

VOLUMEN 1

ARQUEOLOGÍA
ARGÁRICA
PROYECTO BASTIDA



PRIMERAS INVESTIGACIONES
EN LA BASTIDA
(1869-2005)

VICENTE LULL · RAFAEL MICÓ
CRISTINA RIHUETE HERRADA · ROBERTO RISCH

PRIMERAS INVESTIGACIONES
EN LA BASTIDA
(1869-2005)

EDICIÓN CIENTÍFICA

Selina Delgado Raack

PORTADA Y CONTRAPORTADA

Dibujos a mano:

Lámina con dibujos de Louis Siret
(Archivo del Museo Arqueológico Nacional).

Diario Flores y Siret con escritura:
“Diario realizado por Pedro Flores
(Archivo del Museo Arqueológico Nacional).

Fotografía:
Excavaciones en La Bastida, campaña de 1944
(Archivo del Museo Arqueológico Nacional).

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Vélera

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN

Impresos Izquierdo

© Edita Integral, Sociedad para el desarrollo rural

© Las autoras y autores, ASOME-UAB

ISBN 978-84-608-4010-7

DEPÓSITO LEGAL MU 1288-2015

PRIMERAS INVESTIGACIONES EN LA BASTIDA **(1869–2005)**

Vicente Lull
Rafael Micó
Cristina Rihuete Herrada
Roberto Risch

Con estudios y documentación en anexos a cargo de: Lourdes Andúgar Martínez, Eva Celdrán Beltrán, Juan Cuadrado Ruiz, John Davies Evans, Selina Delgado Raack, Magdalena Escalas Vallespir, Pedro Flores García, María Inés Fregeiro Morador, Francisco Jordá Cerdá, Aurora Ladero Galán, Ignacio Martín Lerma, Andrés Martínez Rodríguez, Consuelo Martínez Sánchez, Camila Oliart Caravatti, Juana Ponce García, Carlos Posac Mon, Mariló Posac, Salvador Rovira Llorens, Virginia Salve Quejido, Hermanfrid Schubart, Louis Siret y Cels, Eduardo del Val Caturla, Carlos Velasco Felipe.

ÍNDICE

0. INTRODUCCIÓN.....	13
1. ROGELIO DE INCHAURRANDIETA.....	23
• <i>La información disponible sobre los trabajos de Inchaurreandieta</i>	25
• <i>Desarrollo de los trabajos</i>	29
• <i>Los hallazgos: contextos funerarios y de habitación</i>	33
Cerámica	
Metal	
Industria lítica	
Hueso y concha	
Huesos humanos	
• <i>Inferencias arqueológicas</i>	39
• <i>Síntesis</i>	40
2. LOS HERMANOS HENRI Y LOUIS SIRET Y PEDRO FLORES.....	43
• <i>La información sobre los trabajos de Siret y Flores en La Bastida</i>	46
• <i>El desarrollo de la campaña de 1886</i>	50
• <i>Los hallazgos: contextos funerarios y de habitación</i>	58
• <i>Los hallazgos: objetos muebles</i>	62
• <i>Síntesis</i>	66
3. EXPOLIOS Y FALSIFICACIONES.....	69
• <i>Coleccionismo e industria del fraude</i>	72
• <i>¿Una historia distinta?</i>	83
• <i>Hallazgos casuales y rebuscas</i>	89
4. MANUEL GONZÁLEZ SIMANCAS.....	93

5. JUAN CUADRADO RUIZ.....	97
• <i>La información sobre los trabajos de Cuadrado en La Bastida</i>	100
• <i>El desarrollo de las excavaciones de Juan Cuadrado</i>	102
• <i>Hallazgos: contextos funerarios y de habitación</i>	108
• <i>Hallazgos muebles</i>	110
Cerámica	
Metal	
Industria lítica	
Industria ósea y malacológica	
Huesos humanos	
Carpología	
• <i>Inferencias arqueológicas</i>	117
• <i>Síntesis</i>	119
6. LAS EXCAVACIONES DEL SEMINARIO DE HISTORIA PRIMITIVA DEL HOMBRE (SHPH) (1944, 1945, 1948, 1950).....	121
• <i>La documentación de las campañas del SHPH</i>	125
• LAS CAMPAÑAS DE 1944 Y 1945.....	130
• <i>El desarrollo de los trabajos: aspectos políticos e institucionales</i>	130
• <i>El desarrollo de las excavaciones: equipo, calendario y aspectos de método arqueológico</i>	142
Metodología de excavación y registro en la campaña de 1944	145
• <i>Estructuras habitacionales</i>	148
• <i>Estructuras funerarias</i>	153
Metodología de excavación y registro en la campaña de 1945	157
• <i>De los diarios de campo a la monografía de 1947</i>	161
Recintos habitacionales	
Contextos funerarios	
Hallazgos artefactuales	
• <i>Inferencias arqueológicas</i>	171
• LAS EXCAVACIONES DEL SHPH DE 1948.....	175

• <i>El desarrollo de las excavaciones y principales resultados</i>	176
• <i>Síntesis</i>	179
• LAS EXCAVACIONES DEL SHPH EN 1950.....	179
• <i>La Bastida – 1950: aspectos generales y de método</i>	182
• <i>Síntesis</i>	186
• <i>El depósito de los materiales arqueológicos de las campañas entre 1944 y 1950</i>	187
7. EXPOLIOS, DOCUMENTACIÓN, MUESTREOS, ANÁLISIS Y PROSPECCIONES DE SUPERFICIE (1950-2005).....	195
• <i>Actividades de excavación sin control administrativo</i>	199
• <i>Daños producidos por actuaciones forestales y de acondicionamiento de vías</i>	202
• <i>Prospecciones arqueológicas</i>	206
• <i>Documentación, muestreos y análisis de materiales</i>	208
Investigaciones sobre metalurgia	
Investigaciones sobre producción cerámica	
Investigación sobre industria lítica	
Investigaciones paleoantropológicas	
Investigaciones sobre restos faunísticos	
Entorno actual y evaluación del potencial agrícola	
Cronología	
Documentación y catálogo de materiales museísticos	
Evaluación estratigráfica y síntesis social	
Relevancia de La Bastida en la arqueología argárica	
8. CONCLUSIÓN.....	241
9. BIBLIOGRAFÍA.....	247
10. APÉNDICE: SISTEMA DE CODIFICACIÓN DE LAS TUMBAS ARGÁRICAS.....	263
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES.....	273

ANEXOS (CD)

1. Pedro Flores, Louis Siret, Vicente Lull, Rafael Micó, Cristina Rihuete y Roberto Risch: *Las tumbas de La Bastida halladas en la campaña de 1886, según la documentación de Pedro Flores y Louis Siret y la documentación museística*
 - 1.1. Selina Delgado-Raack: *Análisis mineralógico de una cuenta de collar etiquetada como procedente de La Bastida (Totana, Murcia)*
2. La documentación de Juan Cuadrado Ruiz
 - 2.1. Ignacio Martín Lerma: *Juan Cuadrado Ruiz y La Bastida: haciendo arqueología a través de sus escritos*
 - 2.2. Juan Cuadrado Ruiz e Ignacio Martín Lerma: *Apuntes de campo de Juan Cuadrado en La Bastida (documentos originales y transcripción)*
 - 2.3. Museo Arqueológico de Almería: *Relación de objetos procedentes de La Bastida*
3. La documentación de Eduardo del Val (1944)
 - 3.1. Eduardo del Val: *Diario de campo de la campaña de excavación de 1944 en La Bastida*
 - 3.2. Vicente Lull, Rafael Micó, Cristina Rihuete y Roberto Risch: *Transcripción del diario de campo de la campaña de excavación de 1944 en La Bastida*
4. La documentación de Carlos Posac (1944)
 - 4.1. Carlos Posac y Mariló Posac: *Recuerdos de mis excavaciones en Totana.*
 - 4.2. Carlos Posac: *Diario de campo de la campaña de excavación de 1944 en La Bastida*
 - 4.3. Vicente Lull, Rafael Micó, Cristina Rihuete y Roberto Risch: *Transcripción del diario de campo de la campaña de excavación de 1944 en La Bastida*
5. La documentación de Eduardo del Val y José Antonio Sopranis (1945)
 - 5.1. Eduardo del Val y José Antonio Sopranis: *Diario de campo de la campaña de excavación de 1945 en La Bastida*
 - 5.2. Vicente Lull, Rafael Micó, Cristina Rihuete y Roberto Risch: *Transcripción del diario de campo de la campaña de excavación de 1945 en La Bastida*
6. La documentación de Francisco Jordá Cerdá (1950)
 - 6.1. Francisco Jordá Cerdá: *Diario de campo de la campaña de excavación de 1950 en La Bastida (versión borrador)*
 - 6.2. Vicente Lull, Rafael Micó, Cristina Rihuete y Roberto Risch: *Transcripción del diario de campo Francisco Jordá Cerdá de la campaña de excavación de 1950 en La Bastida (versión borrador)*
 - 6.3. Francisco Jordá Cerdá: *Diario de campo de la campaña de excavación de 1950 en La Bastida (versión en limpio)*
 - 6.4. Vicente Lull, Rafael Micó, Cristina Rihuete y Roberto Risch: *Transcripción del diario de campo Francisco Jordá Cerdá de la campaña de excavación de 1950 en La Bastida (versión en limpio)*

7. La documentación de John Davies Evans (1950)
 - 7.1. John Davies Evans: *Diario de campo de la campaña de excavación de 1950 en La Bastida (en inglés)*
 - 7.2. Vicente Lull, Rafael Micó, Cristina Rihuete y Roberto Risch: *Transcripción del diario de campo John Davies Evans de la campaña de excavación de 1950 en La Bastida (en inglés)*
8. La documentación fotográfica de las excavaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre (1944-1950)
 - 8.1. Magdalena Escalas, María Inés Fregeiro y Camila Oliart: *El registro fotográfico de las excavaciones del "Seminario de Historia Primitiva del Hombre" en el archivo documental del Museo Arqueológico Nacional y en el Fondo John D. Evans*
 - 8.2. Virginia Salve Quejido y Aurora Ladero Galán: *El Museo Arqueológico Nacional, un modelo para la difusión web y para la conservación digital de los fondos documentales*
9. Hermanfrid Schubart: *Materiales argáricos de los museos de Almería, Cartagena y Murcia*
10. Eva Celdrán y Carlos Velasco: *Objetos de La Bastida en el Museo Arqueológico de Murcia*
11. Eva Celdrán y Carlos Velasco: *Los materiales arqueológicos de La Bastida depositados en los fondos del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena*
12. Eva Celdrán y Carlos Velasco: *Los materiales arqueológicos de La Bastida depositados en los fondos del Museo Arqueológico de Mazarrón*
13. Lourdes Andúgar: *Fauna de La Bastida conservada en el Museo Arqueológico de Murcia*
14. María Inés Fregeiro y Camila Oliart: *Los restos esqueléticos humanos de La Bastida procedentes de las campañas de excavación de los siglos XIX y XX*
15. Andrés Martínez Rodríguez y Juana Ponce: *Las colecciones de La Bastida en el Museo Arqueológico Municipal de Lorca*
16. Consuelo Martínez Sánchez: *Intervención arqueológica en el sector excavado de La Bastida de Totana*
17. Salvador Rovira Llorens: *Análisis elemental de escorias de plomo de La Bastida (Totana, Murcia)*

0. INTRODUCCIÓN



0. INTRODUCCIÓN

La Bastida (Totana, Murcia) es uno de los yacimientos clave para el conocimiento de la Edad del Bronce argárica. Situado en un cerro abrupto de 450 m s.n.m., en la confluencia de la rambla de Lébor y el barranco Salado y enmarcado por las estribaciones de las sierras de La Tercia y Espuña, el área con restos arqueológicos ronda los 45.000 m², lo que lo convierte en uno de los asentamientos argáricos más extensos (Fig. 1). Posee una dilatada historia de excavaciones y prospecciones que se remonta a 1869, cuando el estudio de la Prehistoria reciente en la península ibérica apenas contaba con un puñado de referentes. Dichas actuaciones, sujetas o no a control administrativo, han generado un registro informativo de calidad desigual y marcado por una amplia dispersión. A este respecto, baste señalar que hasta ocho museos europeos custodian piezas procedentes de La Bastida¹. Aun así, ello no ha impedido que constituya un yacimiento de referencia en la bibliografía sobre el inicio de la Edad del Bronce en el sureste, y que en la actualidad, pese al daño causado por numerosas excavaciones clandestinas, conserve un enorme potencial para el avance y difusión del conocimiento sobre las primeras sociedades clasistas en Europa occidental.

La Bastida es el centro de un proyecto iniciado a finales de 2008 con tres objetivos principales. El primero es realizar una investigación arqueológica sistemática que combine prospecciones, excavaciones y análisis científicos interdisciplinares, incluyendo en este programa los hallazgos efectuados en el casi siglo y medio de actuaciones arqueológicas. El segundo consiste en una iniciativa museística y de difusión radicada en el propio yacimiento y en las instalaciones adyacentes ya disponibles. Por último, el tercero se orienta a sentar las bases de un centro de investigación y de documentación sobre la Prehistoria reciente mediterránea, en especial la del Mediterráneo occidental. El

1. Museo Arqueológico de Murcia, Museo Arqueológico de Almería, Museo Arqueológico Nacional (Madrid), Museo Arqueológico Municipal de Lorca, Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, Museo Arqueológico Municipal de Mazarrón, *Musées Royaux d'Art et d'Histoire* (Bruselas, Bélgica), Museo de la Universidad de Gante (Bélgica). A la lista hay que añadir la Casa-Museo Arrese (Corella, Navarra).



Figura 1.

Vista general del cerro de La Bastida, donde se aprecian los sectores donde el proyecto ha centrado las principales labores de excavación y de conservación.

proyecto está dirigido por Vicente Lull, Rafael Micó, Cristina Rihuete y Roberto Risch, de la Universitat Autònoma de Barcelona².

El primer paso del programa de investigación ha consistido en recopilar todo tipo de documentos pertenecientes a la ya dilatada historia reciente del yacimiento. Antes del inicio del “Proyecto La Bastida”, se habían efectuado diversas campañas o actuaciones sobre el terreno, distribuidas a lo largo de 140 años y a cargo de una decena de investigadores o equipos de investigación: las primeras excavaciones a cargo del ingeniero de caminos Rogelio de Inchaurrendieta Páez en 1869; nuevas excavaciones de la mano de Louis Siret y su capataz Pedro Flores García en 1886; una visita con recogida de materiales por Manuel González Simancas hacia 1905-1907; excavaciones de Juan Cuadrado Ruiz en al menos tres ocasiones, una en 1927 y tal vez otra en 1928, una intervención puntual en 1932 acompañado por Louis Siret y

2. Para una síntesis de los objetivos del proyecto, así como de las instituciones patrocinadoras y del personal colaborador, véase <http://la-bastida.com>.

una más en 1938, durante la Guerra Civil; excavaciones a cargo del Seminario de Historia Primitiva del Hombre de la Universidad de Madrid en cuatro campañas dirigidas por Julio Martínez Santa-Olalla (1944 y 1945, *de facto*, dirigidas sobre el terreno por Eduardo del Val Caturla), Vicente Ruiz Argilés y Carlos Posac Mon (1948), y Francisco Jordá Cerdá y John D. Evans (1950); recogida de muestras cerámicas y óseas superficiales por Michael J. Walker (1968, 1976); una campaña de prospección superficial a cargo de un equipo de la Universidad de Murcia dirigido por Joaquín Lomba Maurandi en 1990; recogida superficial de escorias por parte de Hans-Gerd Bachmann (1991) y también por Julio Hermoso (principios de la década de 1990); una campaña de limpieza, excavación puntual y restauración por la empresa ArqueoTec (2003) y, finalmente, una limpieza superficial y levantamiento planimétrico realizados por la empresa Arqueoweb (2005).

Por otro lado, hay noticias sobre rebuscas y hallazgos fuera de control científico y/o administrativo por parte de “buscadores de tesoros”, aficionados y trabajadores del campo desde al menos mediados del siglo XIX hasta hace poco más de una década. Capítulo aparte son las afectaciones que ha sufrido el yacimiento como consecuencia de actividades sin una finalidad arqueológica. La que tuvo efectos más negativos se produjo a raíz del aterrazamiento de la cima y la ladera norte del cerro en la década de 1970 mediante maquinaria pesada en el marco de los programas de repoblación forestal en el sureste árido (Fig. 2). Alrededor de esas fechas se produjo también el aplanamiento del extremo meridional del cerro, adyacente a un acusado meandro de la rambla de Lébor, para la preparación de una plantación de parras. Más tarde, a principios de 1990, la Agencia Regional de Medio Ambiente abrió un camino desde la rambla de Lébor hasta la base de la ladera norte del cerro, que afectó depósitos arqueológicos de las laderas surorientales.

El trabajo que aquí presentamos se plantea un doble objetivo. En primer lugar, completar, matizar y analizar la información sobre las intervenciones previas a 2009, fundamentalmente las desarrolladas antes de 1950. Ello permitirá incrementar los datos disponibles sobre las mismas, con vistas a su integración en futuros análisis de conjunto y, además, posibilitará identificar un buen número de piezas de La Bastida depositadas actualmente en varios museos, sobre las cuales se desconocen los contextos concretos de procedencia. En segundo lugar, este libro pretende ilustrar un recorrido por la historiografía y la práctica de la arqueología española a través de los enfoques y aportaciones que han ido sucediéndose a lo largo de casi un siglo y medio. Sin descuidar los aspectos administrativos y políticos concretos que siempre rodean la labor arqueológica y que en los últimos años centran un buen número de investigaciones sobre la historia de la disciplina arqueológica en el Estado, consideraremos los aspectos metodológicos e instrumentales relacionados con las excavaciones y el tratamiento de los hallazgos. Intentaremos mostrar hasta qué

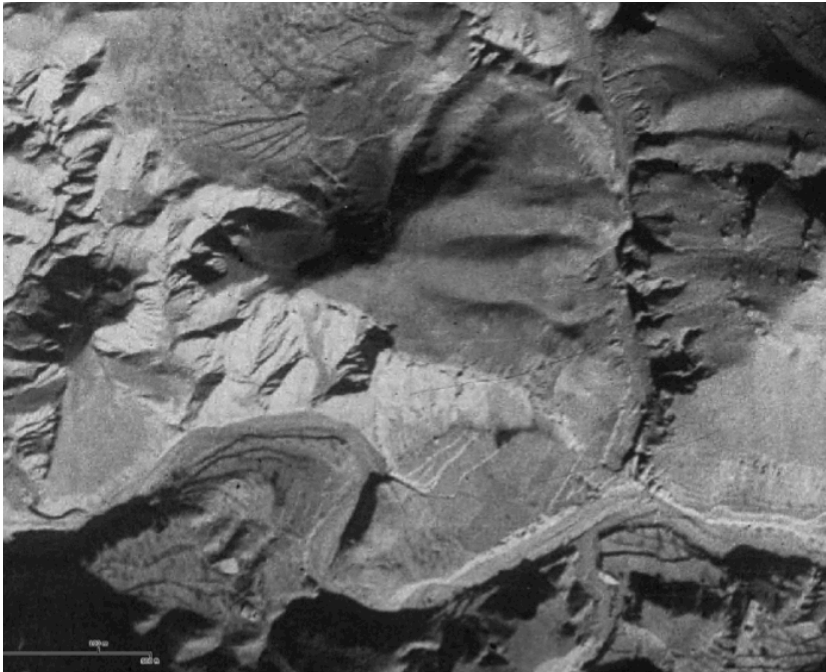


Figura 2.

Ortophotografías donde se observan los yacimientos de La Bastida (centro de la imagen) y Juan Clímaco (pequeño cerro cónico totalmente aterrazado, a la izquierda de la segunda imagen - 1999), correspondientes a los vuelos de 1945 (arriba) y de 1999 (sobre estas líneas). Se aprecian claramente los efectos del aterrazamiento para la repoblación de pinos en la ladera norte de La Bastida, del camino que recorre toda la ladera oriental paralelamente al barranco Salado (cauce a la derecha, norte-sur), así como de la plantación de parras en la vertiente sur junto al cauce serpenteante de la rambla de Lébor.



punto las interpretaciones de síntesis dependen de las “fuerzas productivas” de la arqueología y, también, de qué manera la “teoría arqueológica” resulta indistinguible de las actividades prácticas de campo y laboratorio. En suma, la investigación de la documentación disponible sobre La Bastida invita a conocer mejor una parte del pasado prehistórico y, además, a conocer mejor las vías utilizadas en arqueología en pos de este objetivo.

Tabla 1.

Cuadro resumen de las intervenciones realizadas en La Bastida hasta 2009.

V

CAMPAÑA O INTERVENCIÓN	CRONOLOGÍA
Rebucas previas a R. de Inchaurrendieta	Década de 1860 o incluso con anterioridad
R. de Inchaurrendieta (primer reconocimiento y tal vez excavación de tanteo)	1868 (el año anterior al de la campaña de excavación)
R. de Inchaurrendieta (excavación)	Verano de 1869
L. Siret y P. Flores (excavación)	Noviembre-diciembre de 1886
Remociones puntuales de un “buscador de tesoros” (noticia recogida por J. Cuadrado en 1927)	Entre 1869 y finales del siglo XIX
Hallazgo de vasijas por el labrador del cortijo de la Casa del Pantano	Antes del inicio de las actividades de “El Corro” y “El Rosao”, tal vez a inicios de la década de 1890.
Rebucas de Francisco Cayuela y, probablemente, de “El Corro” y “El Rosao”	Probablemente, hacia 1896-1897, o poco antes.
Visita y recogida superficial de fragmentos de cerámica (M. González Simancas)	1905-1907 (quizás hacia 1906, durante la estancia en Murcia de este militar para la elaboración de su contribución al Catálogo Monumental de España)
Hallazgos de tres tumbas en trabajos de extracción de áridos (descripción recogida por J. Cuadrado en 1927)	Principios del siglo XX
J. Cuadrado (visita y prospección)	Antes de septiembre de 1927
J. Cuadrado (primera excavación)	Agosto-septiembre de 1927 y ¿primavera de 1928?
J. Cuadrado y L. Siret (excavación puntual durante excursión con grupo de exploradores)	Julio de 1932
J. Cuadrado (excavaciones con presos del campo de trabajo de la República en Totana)	Mayo de 1938
Primera campaña del Seminario de Historia Primitiva del Hombre (J. Martínez Santa-Olalla)	Agosto-septiembre de 1944
Segunda campaña del Seminario de Historia Primitiva del Hombre (J. Martínez Santa-Olalla)	Agosto-octubre de 1945
Tercera campaña del Seminario de Historia Primitiva del Hombre (V. Ruiz Argilés y C. Posac)	Agosto-septiembre de 1948
Cuarta campaña del Seminario de Historia Primitiva del Hombre (F. Jordá y J. D. Evans)	Noviembre-diciembre de 1950
Recogida superficial de muestras cerámicas para análisis tecnológico (M. J. Walker)	Diciembre de 1968
Recogida de materiales (S. Agüera)	Fecha indeterminada con anterioridad a 1970
Recogida superficial de muestras óseas para datación radiocarbónica (M. J. Walker)	Diciembre de 1976
Prospección superficial de la Universidad de Murcia (J. Lomba, A. Martínez Rodríguez, J. Ponce, A. Pujante, M ^a J. Sánchez González)	Otoño de 1990
Recogida superficial de escorias (H.-G. Bachmann)	Otoño de 1991
Recogida superficial de escorias (J. Hermoso)	Principios de la década de 1990
Limpieza, excavación y restauración (ArqueoTec)	2003
Limpieza y planimetría (Arqueoweb)	Enero de 2005

AGRADECIMIENTOS

Los resultados resumidos en este texto han sido posibles gracias a investigaciones respaldadas por la Consejería de Cultura y Turismo de la Región de Murcia (BORM 57, 2009, nº 3986), los ministerios de Ciencia e Innovación (proyectos HUM2006-04610, HAR2011-25280 y HAR2014-53860-P) y de Industria, Turismo y Comercio (Plan AVANZA: TSI-070100-2008-133), el Ayuntamiento de Totana (Murcia) y la Direcció General de Recerca de la Generalitat de Catalunya (2009SGR778, 2014SGR919). Agradecemos también la contribución de todo el personal científico y técnico que ha formado parte del “Proyecto La Bastida” entre 2009 y 2012: Amaranta Pasquini, Antonio López Meca, Beatriz Almandoz, Bernat Burgaya, Camila Oliart, Carles Velasco, Carlos Martínez, Carolina Godoy, Claudia Molero, Dylan Cox, Ekhine García, Asunción Martín Bañón, Elena Molina, Elena Torres, Eva Celdrán, Jesús Bellón, Joaquín Pérez, Jordi Aguelo, Jordi Hernández, José Antonio Soldevilla, Lourdes Andúgar, Magdalena Escalas, Margalida Munar, M^a Inés Fregeiro, Mireia Ache, Mireia Celma, Néstor Gracia, Nicolau Escanilla, Paula Paredes, Raúl Díaz, Rocio López, Roger Sala, Selina Delgado, Sylvia Gili y Sonia Lozano.

Nuestra gratitud se extiende a quienes lo largo de los años han dedicado su esfuerzo a la asistencia en las excavaciones y diversas tareas de laboratorio: Hadji Abdellah, Noureddine Aloui, El Khamiss Aloui, Mohammed Aloui, Juan Ambit Palacios, Leo Luis Andrade Chango, Juan Antonio Andreo Cayuela, Diego Andreo Maldonado, Oswaldo Patricio Arévalo Mejía, Jesús Barriónuevo Hinojosa, Ahmed Belhadj, Aamar Belkhatir, Antonio Belmonte Belmonte, Carlos Iván Berrones Delgado, Bartolomé Boti Tudela, Mohammed Bouchnafa, Kaddour Boumedine, El Houssine Boumedine, Ali Busnaba, Juan Antonio Campoy Martínez, Ángeles Cánovas Baños, Ignacio Cánovas Campo, Juan Cánovas Campo, Antonio Cánovas Cánovas, Bernabá Cánovas Sánchez, Ernesto Luis Cauda Michellini, Alejandro Cayuela García, Miguel Cayuela Martínez, Delfín Cazorla Poyato, Driss Chayeb, Abderrahmane Chihbi, Pedro Cortés Marín (Chico), Manuel Cortés Ramírez, Juan Francisco Costa Martín, Juan Crespo Andreo, Omar Dahmani, Zoubir Dahmani, Julio Manuel Delgado Astudillo, José María Díaz Fernández, Lakhdar El Farh, Houcine El Herch, Ahmed Elbaghadi, Irineo Encinas Antesana, Antonio Fernández Fernández, Juan Gallardo Garro, Fabricio García, José García Cánovas, José García Romero, Francesc García Sánchez, Domingo García Ruiz, Carlos Gauchet Cayuela, Nelson Gavilanes Benabides, Mohammed Ghorrafi, Carlos

Giobanni, Juan Gómez Cayuela, Mario Gómez García, Melchor Gómez Tudela, José González Ureña, Ramdane Hadji, Ahmed Hourmi, Jilali Kaddouri, Ahmed Kharbouch, Mustafa Lamar, José Ángel López Bernal (Chungui), Lola López Esmeralda, Bernardo López Quiñonero, Alfonso Lorca Gómez, Sandro Luiz Barrero, Pedro Marín Arias, José Marín Maya, Ascensión Marín Méndez, Ginés Marín Sarabia, Jesús Martínez Baella (Grillo), José Martínez Costa, Bartolomé Martínez Fernández, Ildefonso Martínez García, Pedro Martínez Gázquez, Jacinto Martínez Martínez, Fernando Martínez Molina, Juan Pedro Martínez Mora, Salvador Martínez Sánchez, Francisco Martínez Vélez, Tomás Mellado, Carlos Méndez, Raúl Merino Albares, El Hassane Messaoudi, Francisco Monte Torroglosa, Antonio Moreno Moreno, Antonio Moreno Muñoz (“Pía”), Juan Moreno Tudela, Antonio Muñoz Fernández, José Muñoz Marín, Vicente Muzo Llundo, Pedro Navarro Díaz, Juan Carlos Nieto Nieto, Brahim Ouraghi, Luis Paredes Quituña, Juan Pedro Perelló Olivat, Isabel Pérez Andreo, Antonio Pérez Ruiz, Segundo Andrés Ponbosa Camacho, Leoncio Prado, Luis Quinapanta, Víctor Quinapanta Moposita, Mimouin Rami, Miguel Requena Martínez, Juan Pedro Reverte Fernández, Orlando Rocha Cayo, Ariel Rodríguez Maida, Salvador Romera Martín, Francisco Romera Zamora, Clemente Romero Fernández, Víctor Romero Terrazas, Ana Ruiz Ruiz, María Dolores Ruiz Zuñega, Clemente Sánchez, Antonio Sánchez López, Francisco Sánchez Muñoz, Gregorio Sánchez Nieto (“Chiquet”), Fina Sánchez Puerto, Elvira Santa Cruz, Luis Santiago Muñoz, Isabel Segura Ruiz, Abdelkader Smaili, Mohamed Temmani, Manuel Rigoberto Valdez Romero y Zuobir Wahabi.

Finalmente, gracias también al nutrido grupo de voluntarios y voluntarias que han colaborado desinteresadamente a lo largo de estos cuatro años de trabajo: Adriana Pérez, Aida Romera, Alessandra Pische, Alicia Mejías, Alma Salinas, Ana Celdrán, Ana Finnegan, Anna Berrocal, Athina Doukaki, Christian Falanga, Erik Moog, Felipe García Miñarro, Gerai Puig, Guillem Salvador, Helena Valtierra, Henar García, Hendaya Serrano, Ingrid Blanch, Irene Gaya, Iris Bautista, Isabel Orozco, Joana Bruno, José Manuel Navarro García, Juan Panné, Laura Jiménez, Laura López, Llucia Bosch, Lorena Juárez, Margalida Rivas, Marina Martínez, Marta Sánchez, Mateu Xavier Morlà, Miguel Valério, Montserrat Menasanch, Neus Roca, Pedro Ortiz Mármol y Rocío Gómez.



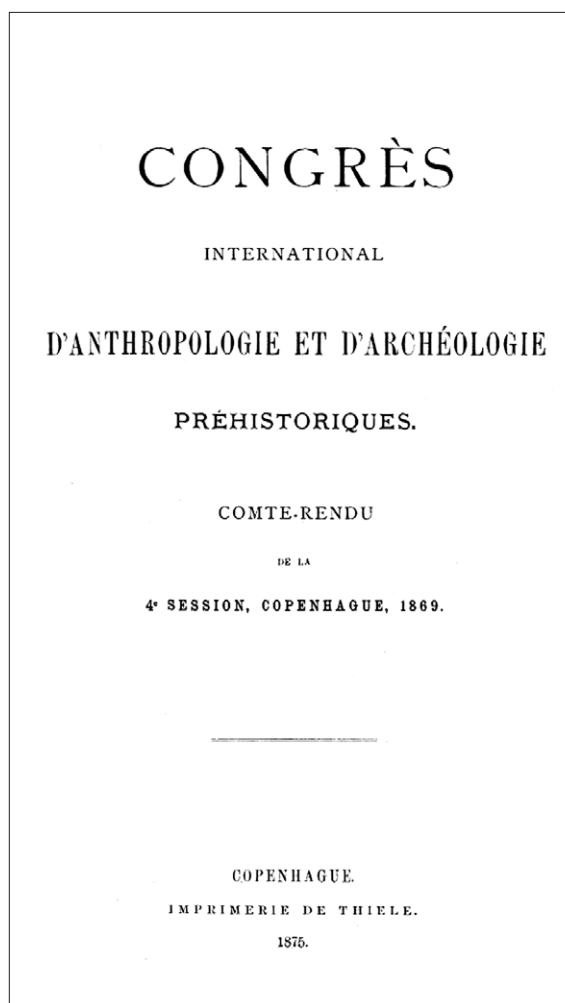
ROGELIO DE INCHAURRANDIETA

La información disponible sobre los trabajos de Inchaurrendieta³

Rogelio de Inchaurrendieta Páez (1836-1915) fue uno de los ingenieros de caminos más destacados de la segunda mitad del siglo XIX en España (Fig. 3)⁴. Aunque la arqueología no figuraba entre sus obligaciones profesionales, realizó excavaciones en La Bastida con el apoyo de la Escuela de Ingenieros de Caminos de Madrid y publicó sintéticamente sus descubrimientos en una revista española y en las actas del congreso internacional de antropología y de arqueología prehistórica de 1869, celebrado en Copenhague (Fig. 4). Su trabajo le concede un lugar relevante en el origen de la arqueología argárica, aunque su iniciativa pionera no tuvo el eco que mereció⁵.

Las excavaciones de Inchaurrendieta se realizaron en 1869 y sólo duraron tres días. Sus resultados fueron publicados sin ningún tipo de ilustración gráfica en los dos artículos citados⁶, escritos poco después de acabada la excavación, y en una breve nota redactada antes de 1895 e incluida en un estudio histórico de Totana y Aledo⁷. Estos textos describen de forma resumida los principales hallazgos arqueológicos, mayoritariamente funerarios. De ahí que la única vía para recabar una información más extensa y detallada pasaba por acceder a posibles notas inéditas de Inchaurrendieta y, obviamente, por abordar el estudio directo de los objetos. Nuestros primeros pasos se encaminaron en esta dirección.

-
3. La información sobre los trabajos de Inchaurrendieta en La Bastida procede de las tres publicaciones en las que se refirió a ellos (Inchaurrendieta 1870, 1875, y una nota incluida en Munuera 2000). Sólo incorporaremos citas bibliográficas cuando reproduzcamos párrafos textuales o cuando convenga tratar cuestiones en detalle.
 4. La figura de Inchaurrendieta, su biografía, trayectoria profesional e inquietudes arqueológicas han sido glosadas en diferentes trabajos (Cuadrado Díaz 1986, Navarro 1996, García Cano 2006, Villar y Romero 2007, Villar –URL www.rogelioinchaurrendieta.es–, Bayonas 2010, López Azorín 2012). El papel de los ingenieros de caminos y de minas en el nacimiento de la arqueología en el Estado Español es un hecho ampliamente reconocido (Goberna 1985, 1986, Puche 2002, Sáenz Ridruejo 2007). En el sureste peninsular, los casos de Louis Siret y Emeterio Cuadrado resultan especialmente significativos por la trascendencia de sus trabajos para el desarrollo general de la disciplina.
 5. Sáez Martín (1947: 40, nota 15) ya expresó su sorpresa ante este hecho.
 6. Inchaurrendieta (1870, 1875). La dificultad para acceder al primero de éstos motivó su reproducción en Sáez Martín (1947: 31-41). La copia no fue del todo exacta, como se detalla en la tabla 2.
 7. Inchaurrendieta, en Munuera (2000 [1916]). Las notas sobre La Bastida y otros hallazgos arqueológicos de Totana aparecieron en la Parte Primera de esta obra, a modo de avance, que vio la luz en 1895 (pp. 36-41).



Inchaurrendieta indicó que sus hallazgos fueron trasladados desde Totana hasta la Escuela de Ingenieros de Caminos en Madrid. No obstante, expresó su intención de que recalaran finalmente en el Museo Arqueológico Nacional (MAN)⁸, que había sido fundado tan sólo tres años antes. Emeterio Cuadrado Díaz, figura clave de la arqueología del sureste en el siglo XX y también ingeniero, señalaba en una publicación de 1986 que el director de la Escuela en los tiempos de las excavaciones de Inchaurrendieta, Lucio del Valle, había manifestado en marzo de 1870 su reconocimiento por la labor arqueológica de éste, y planteado asimismo la posibilidad de trasladar las piezas al “Museo de Arqueología” (MAN)⁹.



Figura 3.

Retrato de Rogelio de Inchaurrendieta Páez.



Figura 4.

Portada de las actas del congreso de Copenhague, donde La Bastida y, por ende, los inicios de la Edad del Bronce en el sureste peninsular, se dieron a conocer internacionalmente por primera vez.

8. Inchaurrendieta (1870: 808).

9. Cuadrado Díaz (1986: 319).

En esto coincidía con el deseo expresado por el propio Inchaurrendieta. Si consultamos la voz “Inchaurrendieta, Rogelio” en la edición de 1925 de la enciclopedia Espasa, se dice, efectivamente, que los objetos fueron donados al “Museo Arqueológico”. Sin embargo, el MAN, por boca de su directora en 2009, Rubí Sanz Gamo, afirmó que la institución no tenía constancia de la entrada de piezas de La Bastida procedentes de la excavación de Inchaurrendieta, ni de ningún tipo de documentación escrita al respecto. Ello coincidía con la indicación de Bernardo Sáez Martín¹⁰ a mediados de la década de 1940, en el sentido de que aquellos hallazgos nunca ingresaron en museo alguno.

Sabiendo que las piezas no llegaron al MAN, había que centrarse en las sucesivas sedes de la Escuela de Ingenieros de Caminos. Abrigábamos ciertas esperanzas de hallar alguno de los objetos, pues al menos teníamos indicios de que las piezas estuvieron en Madrid. En primer lugar, la citada nota de del Valle señalaba que las piezas habían llegado a la sede de la Escuela. Otro indicio en este sentido se extrae de la carta que el ingeniero de minas Recaredo de Garay y Anduaga envió al secretario de la Academia de la Historia el 4 de octubre de 1870 desde las minas de los Silos de Calañas (Huelva)¹¹. En dicha carta describe diversos hallazgos prehistóricos en esa región minera y, al presentar unos aretes de plata, los compara con los hallados por Inchaurrendieta en Murcia, matizando que los onubenses son de mayor tamaño. Dado que Inchaurrendieta no publicó ilustraciones de sus hallazgos, para que de Garay pudiese apuntar la referida diferencia de tamaño debió haber examinado en persona las piezas de La Bastida, seguramente en Madrid.

Por último, unos veinticinco años después, poco antes de 1895, Inchaurrendieta comentó que en la Escuela se conservaba la colección de objetos de La Bastida, incluyendo dos cráneos hallados en una de las tumbas¹². En el mismo texto, reiteró su antiguo deseo de que dichos objetos pasasen al Museo Arqueológico. Fue, sin embargo, la última referencia directa a ellos de que disponemos. Décadas después, Emeterio Cuadrado Díaz consultó en la misma Escuela una lista de objetos procedentes de La Bastida, y señaló que su contenido coincidía con la relación de piezas publicada en 1870 por Inchaurrendieta. Ahora bien, Cuadrado Díaz no hizo ninguna referencia a la colección de objetos en sí misma, por lo que faltaba comprobar si la Escuela había mantenido su depósito y si seguía conservando también la lista citada por Cuadrado u otro tipo de documento similar.

10. Sáez Martín (1947: 31).

11. Biblioteca digital de la Real Academia de la Historia, signatura: CAHU/9/7957/05(08).

12. Inchaurrendieta, en Munuera (1895: 2000 [1916]: 76). En esa fecha, la Escuela ocupaba un edificio de nueva planta acabado en 1888 en la confluencia de las actuales calles de Alfonso XII y Claudio Moyano (Aguilar 1945, Martín 1994). Por tanto, en aquellos momentos la colección de La Bastida había sido trasladada con éxito desde la anterior sede de la calle del Turco (hoy, calle del Marqués de Cubas).



^

Figura 5.

Edificio de la sede de la Escuela de Caminos entre 1888 y 1968, el último lugar conocido que albergó los hallazgos de Inchaurreandieta en La Bastida.

Entre 1888 y 1968, la sede de la Escuela de Caminos se situó en un edificio en la confluencia de las actuales calles de Alfonso XII y de Claudio Moyano (Fig. 5), que albergó durante unos años parte de las instalaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, y que hoy en día (2012) ocupa la Gerencia de Infraestructuras y Equipamientos del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte (MECD). Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido, eran pocas las probabilidades de hallar lo que buscábamos. En efecto, la búsqueda en la UAM fue infructuosa¹³. En lo que respecta al MECD, y pese al interés puesto por M^a Dolores Izquierdo, gerente, y Ramón Marco, aparejador y buen conocedor de aquellas instalaciones desde la década de 1970, el resultado fue, asimismo, negativo.

13. Agradecemos a Concepción Blasco Bosqued, catedrática de Prehistoria en la Universidad Autónoma de Madrid, su ayuda en estas indagaciones.

En junio de 2010 acudimos a la sede actual de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos (Universidad Politécnica de Madrid, Ciudad Universitaria), donde fuimos atendidos amablemente por Javier Valero, secretario de la institución, Margarita Sanz Medrano, secretaria académica, Concepción García Viñuela, jefa de la biblioteca, y el profesor Ignacio Menéndez-Pidal, adscrito al Laboratorio de Geología y uno de los responsables de las colecciones de diverso orden (minerales, maquinaria, etc.) depositadas aquí. Tras diversas entrevistas y búsquedas en archivos y almacenes, se hizo evidente que se había perdido todo rastro de los hallazgos de Inchaurrendieta en La Bastida¹⁴. Ignacio Menéndez-Pidal apuntó que la colección pudo haberse extraviado a raíz de dos acontecimientos que afectaron intensa y directamente a la Escuela en el siglo XX: la Guerra Civil y el traslado a la sede actual en 1968.

La única noticia positiva vino de la consulta del Registro de Comunicaciones de Entrada de la Escuela. Éste se hace eco, en la entrada nº 329, de una comunicación emitida el 8 de octubre de 1869 por la Dirección General de Obras Públicas, Agricultura, Industria y Comunicaciones, mediante la cual se hacía saber que, con cargo al presupuesto de la Escuela, se aprobaba destinar la cantidad de 90 escudos para el pago de las excavaciones en La Bastida, y también para el traslado al Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistóricas en Copenhague (1869) de dos moldes de yeso realizados a partir de sendos cráneos hallados allí. Cuando menos, esta breve nota confirmaba la participación directa de la Escuela en la campaña de excavación arqueológica y también en la difusión internacional de algunos de los descubrimientos. Con ello dimos por concluida la investigación documental sobre la excavación de Inchaurrendieta¹⁵.

Desarrollo de los trabajos

La casa de la familia Inchaurrendieta se hallaba a escasos 3 km de La Bastida, en la zona del municipio de Totana conocida como Los Huertos (Fig. 6). A principios de 1869 o quizá en el año anterior, cuando contaba poco más de 30 años y siendo ya profesor de la Escuela de Caminos en Madrid, Rogelio de Inchaurrendieta fue informado por un labrador¹⁶ del hallazgo de objetos metálicos

14. Algo que García López (1992: 33) había señalado ya tras un contacto con la Escuela de Ingenieros realizado en la década de 1980. Las últimas indagaciones sobre la colección nos llevaron al Museo Nacional de Antropología, de nuevo sin resultados. Agradecemos a su directora, Pilar Romero de Tejada, la asistencia dispensada a nuestra solicitud de información.

15. Las entrevistas con descendientes y estudiosos de su figura no aportaron datos sobre los trabajos realizados en La Bastida. Pese a ello, agradecemos a José Inchaurrendieta Serrano, tataranieta del ingeniero, y a José Luis Montero y Julia Villar su interés y disposición favorable hacia nuestras pesquisas.

16. Dicho campesino conocía la afición de Inchaurrendieta de coleccionar fósiles. Esta afición tenía mucho que ver con su interés en la geología. De hecho, impartió esta disciplina en la Escuela de Caminos y se le reconoce una gran influencia para que los temas geológicos ganasen protagonismo en la formación de los ingenieros y cobrasen un papel destacado en la planificación de las obras públicas (Inchaurrendieta 1869, 1901).

y esqueletos humanos en un monte cercano¹⁷. Inchaurrendieta indica que recabó información adicional al respecto, y tal vez en función de ello haya que entender la carta recibida del párroco José M^a Bellón¹⁸, quien le facilitó datos de interés sobre los hallazgos ya efectuados por gentes del lugar. Decidido, realizó una exploración inicial que deparó el descubrimiento de una tumba y, en el verano de 1869, abordó una excavación de tres días con 18 jornaleros, cuyo coste, como hemos comprobado, fue sufragado por la Escuela de Caminos. Diversas obligaciones profesionales le impidieron proseguir los trabajos de campo, que nunca más reanudó.

Figura 6.
Imagen actual de la antigua casa de la familia Inchaurrendieta según J. Villar, junto al canal del transvase Tajo-Segura y al pie de las estribaciones de la sierra de Espuña (Totana).

v



17. Inchaurrendieta (1870: 807).

18. Nacido en Totana, con inquietudes sobre el pasado de su tierra y que mantuvo correspondencia con Inchaurrendieta (González Guerao 2009, González Fernández y Martínez Caverio 2010). Agradecemos a Juan González Castaño, actual depositario del documento, habernos facilitado el acceso al mismo.

Desconocemos la ubicación de los sectores excavados por Inchaurrendieta, salvo en un caso. La clave para su identificación procede del siguiente párrafo referido al hallazgo de varios hoyos rellenos de escorias:

*“L’endroit où elles [las escorias] sont les plus abondantes est situé tout près d’une esplanade de forme elliptique, ayant 15m de diamètre à sa plus grande largeur, entourée par une petite digue, formée de pierres et de terre”*¹⁹.

Esta descripción se ajusta a lo que Juan Cuadrado Ruiz y los arqueólogos del Seminario de Historia Primitiva del Hombre denominaron “lavajo”, “balsa de agua”, “depósito de aguas” o, en tono jocoso, “plaza de toros” (*infra*), y cuya excavación hemos concluido en 2011. El lugar se halla en la ladera sureste, la más accesible remontando la rambla de Lébor desde Totana y donde el poblamiento prehistórico y las rebuscas clandestinas han sido más intensos. Se trata, efectivamente, de una gran estructura destinada a la gestión del agua que ocupa una superficie cercana a los 600 m² junto al barranco Salado. Se da la circunstancia que nuestras excavaciones en dicha estructura y en zonas limítrofes también han deparado el hallazgo de abundantes fragmentos de escorias, por lo que la correspondencia con la zona mencionada por Inchaurrendieta resulta exacta.

Es tentador pensar que el escenario de los trabajos del ingeniero no distaba demasiado de la citada explanada elíptica. Diversos sectores a pocos metros al suroeste, pendiente arriba²⁰, muestran un arrasamiento inusual del depósito arqueológico, hasta el punto de haber desaparecido casi todo indicio de muros y de haber deparado el hallazgo de una proporción muy baja de tumbas. Por lo visto en otras zonas del yacimiento, las excavaciones clandestinas no suelen centrarse en el desmonte de muros, sabedores sus autores que las tumbas argáricas con sus codiciados ajuares tienden a localizarse justo por delante de los mismos. En cambio, dicho arrasamiento no sería extraño en una actuación que se caracterizase por ser sistemática y expeditiva, como veremos que fue la campaña de 1869, y que no estuviese condicionada por conocimientos previos sobre la naturaleza del depósito. Es indicativo en el mismo sentido que Inchaurrendieta no fuese capaz de identificar estructuras habitacionales²¹, tal vez debido a que desmontó muros sin ser consciente de que lo hacía. Es indicativo, asimismo, que sin duda alcanzase el sustrato geológico del cerro, como se deduce de las observaciones acerca de su fragilidad y de la oportunidad que ello ofreció en el pasado para excavar en él las fosas funerarias.

19. Inchaurrendieta (1875: 349).

20. Nos referimos a las zonas ocupadas por los departamentos XIX y XX de las excavaciones de Vicente Ruiz Argilés y Carlos Posac (1948), y los cuadros más al oeste y al norte de la intervención inédita de Francisco Jordá y John D. Evans (1950) (véase *infra*).

21. Como veremos, en sus publicaciones de 1870 y 1875 definió La Bastida como una “montaña funeraria” y no como lugar de habitación.

Finalmente, la altitud relativa de la zona a que aludimos de la ladera sureste es muy similar a la del pie del cerro por el norte, en el punto en que Inchaurrendieta accedería viniendo desde su casa. Con ello sugerimos que, en una campaña de tan sólo tres días, trabajar en las laderas bajas evitando el esfuerzo de desplazarse y excavar en las empinadas laderas superiores pudo ser una manera de maximizar el rendimiento del trabajo.

La información sobre la metodología de campo seguida por Inchaurrendieta es también muy parca. En diversos pasajes de sus dos publicaciones menciona la palabra “zanjas”, lo cual indicaría que el avance de la excavación adoptó una continuidad que originó cortes alargados. De ello podría deducirse que la estrategia de Inchaurrendieta no consistió en profundizar puntualmente donde a buen seguro afloraban sepulturas o tramos de muros, ya que esta actuación oportunista suele dejar tras de sí “toperas” u hoyos aislados de planta circular o semicircular, más que “zanjas”. Él mismo señaló que veía en superficie indicios de al menos 100 tumbas²², y es razonable pensar que si su objetivo hubiera sido estrictamente sacarlas a la luz, lo habría conseguido con el concurso de los 18 jornaleros. En cambio, tan sólo descubrió una veintena de sepulturas (véase *infra*) que, según sus palabras, solían hallarse a 1 m de profundidad²³. Aunque suene a algo obvio, para formular este enunciado ha de haberse excavado ese metro de depósito sedimentario sin la guía de la estructura funeraria aflorando en superficie. Por tanto, cabe la posibilidad de que los trabajos adoptasen cierto carácter sistemático, a saber, en primer lugar la selección de las áreas de excavación, tal vez en función de ciertos elementos de la configuración topográfica del cerro, y, a continuación, la excavación de los depósitos sedimentarios hasta alcanzar el sustrato geológico.

Por otro lado, la participación de 18 jornaleros en la excavación hace poco probable que se trabajase a la vez en un único frente. A razón de una o dos personas usando el pico y una más recogiendo o apartando la tierra y las piedras, y asumiendo que todo ello no se vertía en una terrera más o menos alejada, habría podido actuarse en un máximo de hasta seis sectores al tiempo. Aun siendo así, no creemos que operasen demasiado alejados unos de otros, ya que ello habría dificultado mucho a un único observador, en este caso Inchaurrendieta, controlar la marcha de los trabajos y los hallazgos efectuados. El único dato que puede ayudarnos a evaluar la superficie afectada por la excavación es la veintena de tumbas descubiertas. Los trabajos posteriores del Seminario de Historia Primitiva del Hombre y de la UAB arrojan cifras muy dispares en cuanto a la densidad de sepulturas por unidad de superficie excavada. El sector explorado en las campañas de 1944, 1945 y 1948 tenía unos

22. Inchaurrendieta (1870: 808).

23. Inchaurrendieta (1870: 809).

1350 m² y depuró 113 tumbas, lo que arroja una proporción de una tumba por cada 11,9 m². En cambio, el sector habitacional adyacente a éste excavado desde 2009, de 455 m², sólo ha proporcionado 19, es decir, una tumba por cada 23,9 m². Asumiendo que las condiciones de conservación del depósito arqueológico en la década de 1940 serían más parecidas a las de 1869 que las que nos encontramos nosotros, Inchaurrendieta pudo haber intervenido en una superficie total de unos 250 m². Esta cifra permite hacerse una idea del elevado ritmo de trabajo mantenido durante aquellos tres días del verano de 1869: ahondando una media de 1 m de profundidad, precisamente a la que según se indicaba solían aparecer las tumbas, cada uno de los 18 jornaleros habría desalojado el equivalente a unos 440 capazos²⁴ de tierra diarios. Una excavación arqueológica llevada casi al ritmo de obra pública.

La publicación de datos numéricos precisos relativos a la profundidad media a la que aparecían las tumbas, a la altura de las urnas infantiles o a las dimensiones de los contenedores funerarios para adultos, así como algunas generalizaciones respecto a la disposición de los restos funerarios revelan cierto carácter sistemático en la recogida de información. Es de imaginar que Inchaurrendieta tomase notas a modo de diario de campo, unas notas que respondían a cuestiones de interés que aún compartimos hoy: distinguir los objetos relevantes, medir, cuantificar y observar la disposición de piezas y estructuras constituyen, en tiempos de Inchaurrendieta y en la actualidad, preocupaciones básicas para una arqueología científica.

En suma, barajamos la posibilidad de que la excavación de 1869 se hubiese desarrollado en diversos frentes a cotas relativamente bajas de la ladera sureste de La Bastida. El método de excavación habría consistido en la selección de áreas, tal vez atendiendo a criterios topográficos, y en la apertura de zanjas que alcanzaron la roca madre. En cualquier caso, las áreas de excavación debieron encontrarse lo bastante próximas entre sí como para que Inchaurrendieta anotase y controlase los principales hallazgos.

Los hallazgos: contextos funerarios y de habitación

Inchaurrendieta prestó especial atención a la descripción de las tumbas y sus contenidos. Tanto, que inicialmente calificó La Bastida como “montaña funeraria”²⁵, pese a que una parte de las piezas que enumeró en un anexo se recuperaron en el exterior de tumbas y a que en otro lugar hiciese referencia al hallazgo de escorias en pequeños pozos, situados cerca de una explanada

24. El capazo que tomamos como referencia es el actual de caucho y base plana, con capacidad para 10-11 litros.

25. Inchaurrendieta (1870: 807).

elíptica rodeada por un pequeño “dique” de piedras y tierra²⁶. Parece que con el tiempo reconsideró su primera impresión y, en la nota manuscrita de 1895, admitió la posibilidad de que pudiera tratarse de un asentamiento prehistórico, ya que una persona le informó después de sus excavaciones del hallazgo del “cimiento de un edificio y junto a él tinajas con cereales carbonizados y varios sepulcros”²⁷.

Hay dudas respecto a la cifra exacta de sepulturas excavadas. En el artículo publicado en 1870, se menciona una primera tumba²⁸ cuyo hallazgo parece independiente de las 18 urnas funerarias y de las dos cistas a que se refiere en la misma publicación. De ser así, Inchaurrendieta habría excavado 21 tumbas y no 20. Sin embargo, en la comunicación presentada en el congreso de Copenhague mencionaba 20 urnas y 2 cistas²⁹, lo que totaliza 22. Por tanto, podríamos señalar que la cifra total oscila entre 21 y 22.

Inchaurrendieta distinguió entre urnas y cistas (“sepulcro de losas”), y observó que ambos contenedores funerarios se ubicaban en el interior de fosas realizadas en el sustrato geológico, de naturaleza poco compacta. Señaló que el rito practicado fue la incineración, porque algunas urnas contenían cenizas y, otras, restos de esqueletos “consumidos por el fuego”³⁰. Otro argumento, esta vez indirecto, que apoyaba esta impresión se basaba en la previsible dificultad para que dos cadáveres y las ofrendas asociadas cupiesen en el interior de una vasija, lo cual sólo sería posible una vez reducidos los cuerpos por acción del fuego³¹. Sin embargo, a propósito de esta cuestión planteó también la posibilidad, contradictoria con la anterior, de que los cadáveres hubiesen sido expuestos a la intemperie y desecados para poder ser introducidos en las tumbas³².

La arqueología argárica posterior ha mostrado el error de Inchaurrendieta al creer identificar la acción del fuego en los restos esqueléticos. Ahora bien, se trata de un error hasta cierto punto comprensible. En muchas de las tumbas excavadas en las campañas de 2009-2011 hemos comprobado de primera mano que el estado general de los restos óseos es deficiente. Ello es especialmente

26. Inchaurrendieta (1875: 349). La explanada con su dique, también mencionada por Cuadrado y Martínez Santa-Olalla y su equipo (véase *infra*), corresponde a una balsa que ha sido documentada en su totalidad durante las campañas de 2009 y 2011. Probablemente, el dique a que se refiere Inchaurrendieta sea la alineación de trazado curvo formada por piedras grandes que limitaba esta estructura por el este. Los trabajos recientes han descubierto un dique rectilíneo de algo más de 20 m de longitud, construido a base de piedras medianas y pequeñas trabadas con barro, que cerraba la balsa por el norte.

27. Véase Inchaurrendieta, en Munuera (2000 [1916]: 74 y 76).

28. Una “pequeña fosa con un esqueleto sentado y replegado sobre sí mismo, con armas de bronce y adornos de plata” (Inchaurrendieta 1870: 807).

29. Inchaurrendieta (1875: 345).

30. Inchaurrendieta (1870: 809).

31. Inchaurrendieta (1870: 809).

32. Inchaurrendieta, en Munuera (2000 [1916]: 75).

marcado en las tumbas no colmatadas con tierra, en las que los huesos se presentan muy frágiles, prácticamente deshechos y con un aspecto blanquecino que podría hacer pensar a un profano en los efectos de la calcinación o de una exposición prolongada a la intemperie. Inchaurrendieta menciona además dos urnas que no contenían restos óseos, sino tierra negruzca mezclada con carboncillos³³. Esta circunstancia podría haber reforzado su idea acerca de la práctica de la incineración, aun cuando hoy sabemos que tales vasos podrían ser de carácter doméstico o bien deposiciones asimilables a cenotafios, en absoluto desconocidas en La Bastida.

Las observaciones sobre los contextos funerarios se extienden a la colocación de la urna (horizontal –mayoritaria-, inclinada o vertical), al sistema de cierre (hace notar la frecuencia de urnas que tapan a otras), a la posición de los cadáveres y a la distribución espacial de los enterramientos en función de la edad (como cuando apunta que las tumbas infantiles solían colocarse cerca de las de adultos). También prestó atención a la colocación de las ofrendas funerarias (en ocasiones al exterior del contenedor) y a su composición, aun cuando ello no se viese reflejado con suficiente detalle en sus publicaciones. En este sentido, menciona en términos generales el hallazgo de armas, adornos y vasijas, a veces con mandíbulas de cabrito o huesos de otros animales en su interior. Proporciona, sin embargo, una información más precisa para catorce de la veintena de tumbas en la relación anexa al artículo de 1870. Un examen atento permite reconstruir la composición mínima de sus ajuares respectivos (tabla 2).

Decimos “composición mínima”, porque la citada lista incluye dos entradas con piezas pertenecientes a varios de los conjuntos funerarios ya descritos, sin especificar cuáles son éstos³⁴. Esta imprecisión convierte en provisionales las asignaciones previas, aunque éstas conserven un alto grado de proximidad con los contenidos originales.

Como hemos apuntado anteriormente, en las publicaciones de 1870 y 1875 Inchaurrendieta interpretó La Bastida como necrópolis. De ahí que, en contraste con la atención prestada a los restos funerarios, apenas hiciese mención a hallazgos ajenos a este ámbito. Entre éstos, merece una mención especial la estructura elíptica de la ladera sureste del cerro que, una vez excavada entre 2009 y 2011 ha resultado ser una balsa (véase *infra*).

33. Inchaurrendieta (1875: 347).

34. “25. Mandíbulas, dientes y asta de varios animales. Recogidos en el terreno que envuelve a las urnas y en el interior de los vasos que éstas contienen.
(...)”

35. Aretes de cobre y plata y puntas de flecha o agujas de cobre. De varios sepulcros.” (Inchaurrendieta 1870: 814-815).

Tabla 2.

Composición aproximada de las asociaciones de ajuar correspondientes a 14 tumbas excavadas por Inchaurrendieta (1870).

V

El código “BAI” ha sido asignado en función de la estrategia de registro de las sepulturas de La Bastida adoptada por nuestro equipo (véase el capítulo 10, en este volumen)

TUMBA Nº	Nº INDIVIDUOS	CONSERVACIÓN	CONTENEDOR	AJUAR Y OBSERVACIONES	BIBLIOGRAFÍA
BAI-01	DOS	Cráneos	URNA	Cazuela de barro. Pedazos de una punta de lanza ³⁵ de bronce. Copa. Adornos de hueso y conchas.	Inchaurrendieta 1870, núms. 1 a 5 (en Sáez Martín 1947: 38)
BAI-02	UNO	Cráneo	URNA DOBLE	Copa o plato de forma de casquete esférico. Olla. Puñal de hueso y puntas de flecha o agujas de lo mismo.	Inchaurrendieta 1870, núms. 6 a 9 (en Sáez Martín 1947: 38)
BAI-03	UNO	esqueleto “casi pulverizado”	CISTA	Punta de lanza de bronce y aretes de plata.	Inchaurrendieta 1870, nº 10 (en Sáez Martín 1947: 38)
BAI-04			URNA	Piedra alisada con agujero para colgarla.	Inchaurrendieta 1870, nº 11 (citada como “sepulcro”) (en Sáez Martín 1947: 38)
BAI-05			URNA	Puñal o lanza de bronce, con indicios de haber tenido funda de tela.	Inchaurrendieta 1870, nº 12 (en Sáez Martín 1947: 38)
BAI-06	UNO	“restos de un esqueleto al parecer quemado”	URNA	Puchero pequeño con tierra oscura.	Inchaurrendieta 1870, nº 14 (en Sáez Martín 1947: 39)
BAI-07			URNA	Extremo de asta de ciervo y punzón de hueso.	Inchaurrendieta 1870, nº 16 (citada como “sepulcro”) (en Sáez Martín 1947: 39)
BAI-08	UNO	Cráneo y mandíbula	URNA	Puchero que contenía un trozo de mandíbula. Punta de lanza y aretes de bronce.	Inchaurrendieta 1870, núms. 19 y 20 (en Sáez Martín 1947: 39)
BAI-09			URNA	Aretes y punta de pica o puñal.	Inchaurrendieta 1870, nº 23 (en Sáez Martín 1947: 39)
BAI-10			URNA	Vaso de barro fino.	Inchaurrendieta 1870, nº 26 (citada como “sepulcro”) (en Sáez Martín 1947: 39)
BAI-11			CISTA	Punta de lanza y aretes (tal vez uno de plata).	Inchaurrendieta 1870, nº 28 (en Sáez Martín 1947: 39) Ver también Inchaurrendieta (1875: 348)

35. En ocasiones, Inchaurrendieta usa “punta de lanza” para lo que conocemos como puñal o cuchillo, y también las expresiones “posible punta de flecha” y “aguja” para el punzón.

TUMBA Nº	Nº INDIVIDUOS	CONSERVACIÓN	CONTENEDOR	AJUAR Y OBSERVACIONES	BIBLIOGRAFÍA
BAI-12			URNA tapada con losa	Adornos de bronce, concha y talco. Restos de un puñal de bronce. Algún puchero de barro. Cercana a BAI-13.	Inchaurrendieta 1870, nº 30 y 31 (en Sáez Martín 1947: 39) Ver también nº 33 en referencia a “pucheros de barro” en los dos sepulcros precedentes (Sáez Martín omitó “dos” en su transcripción)
BAI-13			URNA (pequeña)	Aretes y conchas. Algún puchero de barro. Cercana a BAI-12.	Inchaurrendieta 1870, nº 32 (en Santa-Olalla 1947: 39) Ver también nº 33 en referencia a “pucheros de barro” en los dos sepulcros precedentes (Sáez Martín omitó “dos” en su transcripción)
BAI-14			URNA	Vaso de barro fino.	Inchaurrendieta 1870, nº 34 (en Sáez Martín 1947: 39)

Los hallazgos: objetos muebles

Cerámica

Pese al poco tiempo disponible, Inchaurrendieta realizó una caracterización sintética de las distintas clases de artefactos muebles, agrupados según su materia prima. Además, se le han de reconocer agudas observaciones acerca de varios aspectos tecnológicos. Así, fue capaz de determinar que la producción alfarera de La Bastida no hizo uso del torno, y prestó atención a la composición de la pasta, diferenciando entre la arcilla fina de algunos vasos de ajuar y la arcilla mezclada con desgrasantes gruesos empleada para la fabricación de las urnas funerarias. En cuanto a los aspectos morfológicos, no llevó a cabo una clasificación de los distintos perfiles³⁶, sino que se limitó a enfatizar la elevada frecuencia de vasos carenados, reconoció la especificidad de la copa y subrayó la ausencia de decoración y la escasez de apliques. Al margen de ello, valoró positivamente la “elegancia” estética de la vajilla, pese a su “primitivismo”.

Metal

La producción metalúrgica estaba representada por siete cuchillos/puñales, un punzón³⁷, un hacha y doce adornos (la mayoría pendientes)³⁸. Excepto tres

36. Según la relación de hallazgos publicada en 1870, el número de piezas completas ascendía a un mínimo de doce, la mayoría recipientes de ajuar funerario.

37. Entre las piezas metálicas recuperadas llama la atención el escaso número de punzones en comparación con los puñales/cuchillos. Es probable que los punzones se hallen infrarrepresentados, debido a su pequeño tamaño.

38. Las cifras presentadas constituyen estimaciones mínimas. Se basan en la relación de hallazgos publicada por Inchaurrendieta en 1870.

pendientes fabricados en plata, los restantes objetos eran de bronce, ya que los análisis de composición elemental efectuados en el laboratorio de la Escuela de Minas mostraron la presencia de estaño en todas las muestras³⁹. Inchaurrendieta no reprodujo en detalle el informe recibido, por lo que es imposible conocer algo más sobre lo que se antoja una inusualmente elevada frecuencia de bronce en un yacimiento argárico⁴⁰.

Inchaurrendieta también encargó el análisis de algunas de las escorias halladas en varios pozos junto a la explanada elíptica o balsa, con el resultado de porcentajes de entre 6-8% de plomo y “trazas de plata y nada de cobre”⁴¹. A raíz de ello, se planteaba la posibilidad del beneficio del plomo, aunque el propio Inchaurrendieta la puso en duda acertadamente al advertir la ausencia de objetos de este metal.

Parece que Inchaurrendieta no halló ningún objeto de oro, como en cambio sí interpreta Émile de Cartailhac en su síntesis sobre los hallazgos del ingeniero⁴². Tal vez la ambigüedad al respecto provenga de la observación de que “el oro se reservaba para la fabricación de joyas”⁴³, aunque nos inclinamos a creer que esta afirmación se hiciera eco de noticias orales sobre descubrimientos previos⁴⁴.

Industria lítica

Los conocimientos geológicos de Inchaurrendieta le permitieron identificar la materia prima de los abundantes morteros de piedra, principalmente calcárea y traquita⁴⁵. Su agudeza queda de manifiesto al referirse a “piedras de forma semielipsoidal, con una cara plana o ligeramente cilíndrica en el sentido de la longitud (...) desgastadas por el rozamiento”⁴⁶ y plantearse si no hubiesen servido para moler grano, como hacían algunos pueblos africanos. En efecto, Inchaurrendieta estaba describiendo los molinos barquiformes tan abundantes en La Bastida y en muchos otros yacimientos argáricos.

Además de morteros y molinos, las piezas líticas mayoritarias, también se recoge la mención sobre “piedras redondeadas”, tal vez percutores o alisadores, cuentas de collar de talco y otras de función incierta.

39. Inchaurrendieta (1875: 346, nota 1).

40. Las consultas efectuadas en las bibliotecas y archivos de la Escuela Superior de Minas de Madrid y del Instituto Geológico y Minero de España a la búsqueda del informe original sobre los resultados de composición elemental fueron infructuosas. Agradecemos el interés mostrado por Benjamín Calvo, director de la E.T.S. de Minas, Sofía Higuera, secretaria de dirección, y de Carmen Guío, directora de la biblioteca de la misma institución.

41. Inchaurrendieta (1870: 811; 1875: 349).

42. Cartailhac (1886: 295). Esta idea, carente de base documental sólida, acabó no obstante llegando incluso a la opinión pública (véase, por ejemplo, López Almagro 1924: 1).

43. Inchaurrendieta (1875: 346, nota 1).

44. Véase al respecto las informaciones del párroco Bellón en González Guerao (2009).

45. Inchaurrendieta (1870: 811).

46. Inchaurrendieta (1875: 349).

Hueso y concha

Las referencias en este apartado son marginales, pero se hallan no obstante presentes en alusión a punzones (al menos cinco), un fragmento de asta de ciervo y adornos.

Huesos humanos

El estado de conservación de los huesos no era satisfactorio. Como prueba, Inchaurrendieta señala que los cráneos se reducían a polvo al tocarlos, y que fue imposible recuperar un solo esqueleto entero. Sin embargo, de las urnas más enteras y mejor tapadas consiguió recuperar tres cráneos de adultos, dos de los cuales procedían de una tumba doble y de los que se extrajeron los modelos en yeso enviados al congreso de Copenhague.

Tal vez sea en el apartado osteológico donde pueda apreciarse mejor la capacidad de observación y los vastos conocimientos de Inchaurrendieta. Además de remarcar la abundancia de esqueletos infantiles (que le condujo a proponer la práctica del infanticidio), se atrevió con la atribución sexual de una de las tumbas dobles (hombre y mujer), clasificó los cráneos según índices cefálicos, observó la peculiar morfología de los plano-occipitales, vinculó atinadamente el tipo de desgaste en las coronas de muelas y dientes con el tipo de alimentación, y aventuró con acierto que la estatura de las gentes prehistóricas era “no mucho menor que la nuestra”⁴⁷.

Inferencias arqueológicas

En el apartado anterior han quedado de manifiesto las dotes de observación de Inchaurrendieta y su buen criterio en la determinación de diversas cuestiones de orden empírico. Ahora bien, su agudeza también es palpable en la propuesta de inferencias arqueológicas. La primera que merece la pena destacar es de tipo cronológico. Inchaurrendieta situó correctamente La Bastida en la Edad del Bronce basándose en el “atraso” de toda su industria (por ejemplo, la sencillez de los adornos metálicos), y el uso del hueso, cobre, bronce, plata y oro⁴⁸ como materias primas y, en cambio, la ausencia de artefactos de hierro⁴⁹. Además, estableció la antigüedad de La Bastida en unos 3500 años⁵⁰, es decir, no lejos de las estimaciones actuales que datan el grupo arqueológico argárico entre 2200 y 1550 antes de nuestra era, en términos calendáricos.

47. Inchaurrendieta (1870: 809).

48. Como hemos señalado, la mención al descubrimiento de objetos de oro en La Bastida debe atribuirse a informaciones de gentes del lugar recogidas por el párroco Bellón (González Guerao 2009).

49. Inchaurrendieta (1870: 810; 1875: 346).

50. Inchaurrendieta estableció esa edad asumiendo de forma intuitiva que el lugar era 1500 años anterior a los fenicios. También planteó la posibilidad de que La Bastida fuese más reciente, contemporánea a otras “civilizaciones avanzadas”, sólo en el caso de que las gentes que la frecuentaron hubiesen pertenecido a “pueblos salvajes” rechazados a la montaña “por otra raza más civilizada” (Inchaurrendieta 1870: 813). La impresión, no obstante, es que era más partidario de una cronología alta (*idem.*).

Inchaurrandieta formuló así mismo una serie de conclusiones de orden socio-económico. Seguramente el carácter “atrasado” o simple de los objetos que recuperó le hizo afirmar que las gentes de La Bastida llevaron “una existencia bien miserable y precaria”⁵¹. En este contexto de pobreza general, el “estado social [de las mujeres] debió ser bien digno de compasión”⁵². Esta conclusión deviene de lo que a buen seguro constituye el primer intento de lectura social a partir de los conjuntos funerarios argáricos. El argumento parte de que, según sus observaciones, sólo los cadáveres masculinos se asociaban a armas y que los adornos metálicos aparecían asociados también a éstas. Es decir, su inferencia se basa en una teoría del valor implícita según la cual los objetos metálicos eran los más apreciados socialmente, complementada con una generalización empírica según la cual los objetos metálicos acompañan a cadáveres masculinos. La inferioridad social de las mujeres quedaría subrayada por la práctica del “sacrificio de viudas”⁵³. Inchaurrandieta no argumenta el porqué de semejante afirmación, pero posiblemente su intuición tenga que ver con el hallazgo de tumbas dobles con un cadáver masculino y otro femenino, interpretados como inhumaciones simultáneas, de forma que al morir el marido se sacrificaría a su cónyuge y ambos serían enterrados en la misma sepultura. Semejante práctica social le sirve para proponer una conexión entre las gentes de La Bastida y las de Europa septentrional⁵⁴, una conexión norte y centroeuropea que avalarían otras afinidades artefactuales⁵⁵.

Inchaurrandieta también intuyó que las relaciones de parentesco estarían basadas en la familia nuclear. La urna que proporcionó los dos cráneos completos estaba rodeada por otras más pequeñas con enterramientos infantiles, “... lo cual permite a la imaginación lanzada al campo de las conjeturas, adivinar lazos de familia entre aquellos pobres salvajes”⁵⁶.

Finalmente, se adentró en el ámbito de la ideología a través del ritual funerario. En este sentido, los huesos de animales encontrados en el interior de algunas sepulturas testimoniarían alimentos ofrendados a los muertos, mientras que los recipientes contendrían líquidos y comida. De ahí que, a su juicio, las gentes de La Bastida profesarían la creencia en una vida futura⁵⁷.

Síntesis

Aunque breves, los textos de Inchaurrandieta revelan la voluntad por realizar un trabajo sistemático y muestran elementos pioneros en métodos y metodologías que adoptarán las investigaciones arqueológicas posteriores. El

51. Inchaurrandieta (1870: 809).

52. Inchaurrandieta (1870: 811).

53. Inchaurrandieta (1870: 809).

54. Inchaurrandieta (1870: 809-810).

55. Inchaurrandieta (1870: 813).

56. Inchaurrandieta, en Munuera (2000 [1916]: 75).

57. Inchaurrandieta (1875: 347-348).

trabajo de Inchaurrendieta manifiesta una serie de características que enunciamos a continuación de forma resumida.

- Rehuyó la búsqueda oportunista y fácil de objetos, lo que le aleja del mero afán coleccionista.
- Registró informaciones de carácter cuantitativo y cualitativo relativas a los hallazgos (clases de objetos, frecuencia de aparición, disposición o distribución espacial, asociación), seguramente de manera ordenada y detallada.
- Ordenó su exposición según contextos estructurales (tumbas) y clases de industrias, es decir, materia prima, en la tradición iniciada por los primeros arqueólogos daneses, en parte contemporáneos.
- Involucró datos de diversas disciplinas científicas, como muestran los análisis de composición elemental metálica y como también indican sus referencias a la geología, a la osteología y a la antropología. Su formación como ingeniero no debió ser ajena a la importancia concedida al análisis, pero la amplitud de sus conocimientos y objetivos conjuran cualquier sospecha de reduccionismo tecnológico.
- En su trabajo se reconocen las características de una investigación arqueológica holística, que concede importancia a la observación de campo, complementa el registro empírico con datos interdisciplinarios y formula inferencias de orden cronológico, socio-económico e ideológico, algunas de ellas sorprendentemente acertadas y/o de interés.
- El afán por ver publicados sus trabajos con rapidez y en los foros de mayor eco de su época revela honradez y un compromiso claro con el progreso de los conocimientos.

Ante esta valoración positiva, aún puede resultar más sorprendente la escasa repercusión de las investigaciones de Inchaurrendieta en el desarrollo de la arqueología argárica. Para entenderlo, conviene hacer alusión a una serie de factores. Por un lado, sus publicaciones aparecieron en medios de difícil acceso para la investigación española posterior, carecían de ilustraciones y los hallazgos quedaron al margen de los museos arqueológicos. El resumen publicado por Cartailhac en 1886 no bastó para reconocer el valor de los trabajos pioneros de Inchaurrendieta. Por otro lado, el impacto de la obra de los hermanos Siret a partir de 1887 eclipsó toda referencia anterior, de forma que las descripciones e inferencias de Inchaurrendieta dejaron de ser tenidas en cuenta en los debates posteriores acerca de la caracterización material y la organización social argáricas. Por añadidura, autores como Juan Cuadrado desvalorizaron su trabajo⁵⁸ o le negaron incluso la mención cuando se ocuparon de La Bastida⁵⁹. La reivindicación de su trabajo por Sáez Martín⁶⁰ comenzó a hacerle justicia, aunque sin duda, como el que se recoge aquí, sean reconocimientos que llegan demasiado tarde.

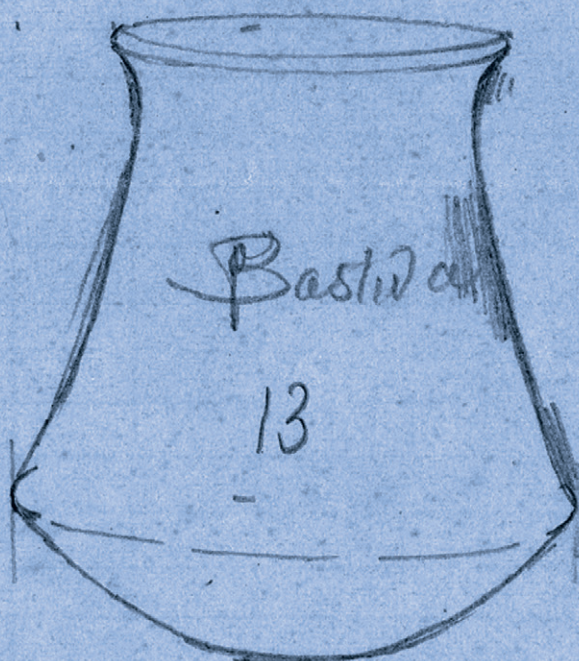
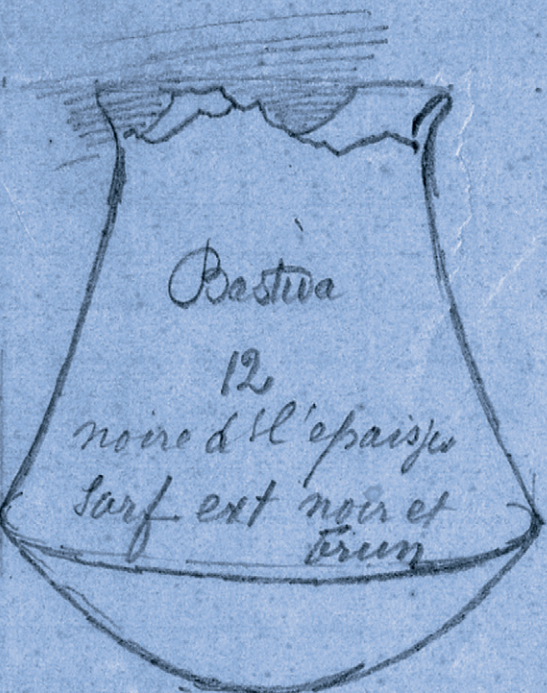
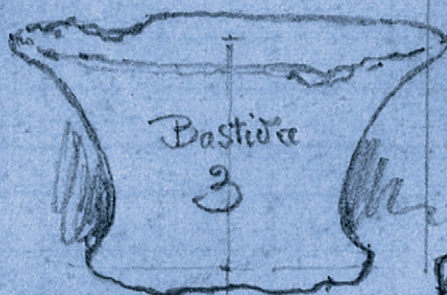
58. Cuadrado Ruiz (1945: 23).

59. Cuadrado Ruiz (1930: 52, 1935: 31). En ambos artículos señaló que La Bastida fue descubierta por “un prospector”, evitando mencionar el nombre de Inchaurrendieta y, sorprendentemente, también el de su maestro Louis Siret, quien excavó en el yacimiento a finales de 1886.

60. Sáez Martín (1947).

2.

LOS HERMANOS HENRI Y LOUIS SIRET Y PEDRO FLORES



Ensemble 1 hache polie à tra
vers l'échelle, de

LOS HERMANOS HENRI Y LOUIS SIRET Y PEDRO FLORES

La labor arqueológica de los ingenieros belgas de minas Henri (1857-1933) y Louis Siret (1860-1934) (Fig. 7), en especial la de éste último, constituye un hito clave no sólo para el conocimiento de la Prehistoria reciente del sureste, sino también de la península ibérica y el occidente europeo⁶¹. Con la ayuda de su capataz Pedro Flores García (Fig. 8) y dos de los hijos de éste⁶², habían iniciado la actividad arqueológica conjunta a principios de la década de 1880. Radicados primero en Cuevas del Almanzora (Almería) y, desde 1883, en Parazuelos (Murcia), los hermanos Siret comenzaron en Fuente Álamo y El Argar las excavaciones en yacimientos de la Edad del Bronce⁶³. El segundo de éstos iba a proporcionar las manifestaciones arqueológicas más abundantes y características del Bronce Antiguo, de forma que acabaría dando nombre a la cultura arqueológica de referencia. Pronto las excavaciones se extendieron a otros enclaves del mismo periodo, como El Oficio y Gatas en Almería, e Ifre y Zapata en Murcia. En 1886, los Siret leyeron el resumen de los trabajos de Inchaurrendieta en La Bastida, que Cartailhac había incluido en su obra *Les Âges Préhistoriques de l'Espagne et du Portugal* (1886)⁶⁴, y, entre el 21 de noviembre y el 9 de diciembre del mismo año, Louis Siret excavó en el yacimiento con el concurso indispensable de Pedro Flores⁶⁵.

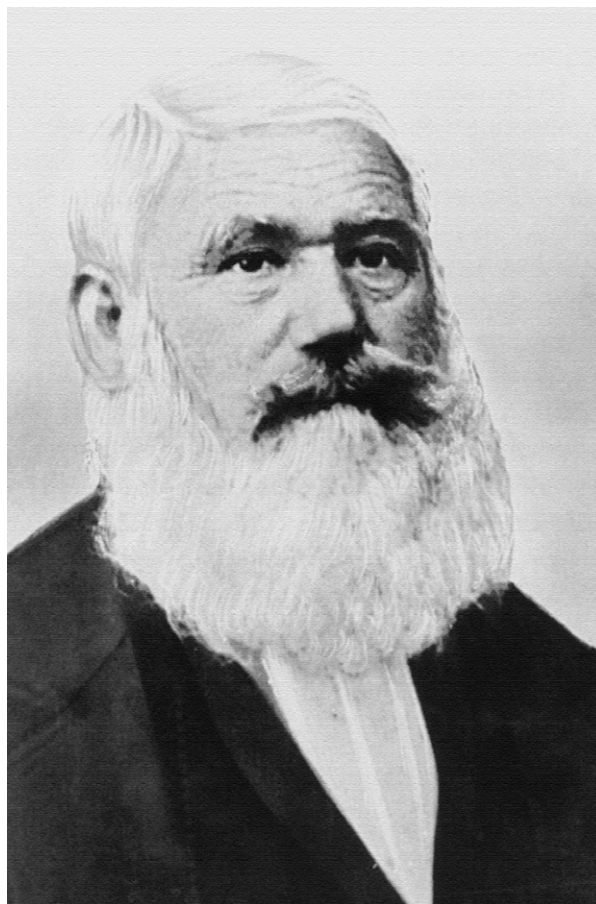
61. La biografía de los Siret y, en especial, su amplísima labor arqueológica ha sido objeto de tratamiento en numerosas publicaciones. Véanse al respecto Casanova (1965), Mariën y Ulrix-Closset (1985), Ripoll (1985), Leira (1985), Pellicer (1986), Goberna (1986), Schubart y Ulreich (1991), Ayarzagüena (1994), Almagro Gorbea (2011), Grima (2011), López Azorín (2012) y, fundamentalmente, Herguido (1994).

62. Herguido (1994: 72-76) recoge una información inestimable acerca de la intervención de los hijos de Flores en las excavaciones. José y Lucas, los mayores, ayudaron a su padre en las primeras campañas en El Argar. El primero, con 13 años hacia 1883, hacía de “secretario”, anotando lo que su padre le dictaba (véase Siret 1999: 126) (al parecer, tampoco habría que descartar que el propio Flores anotase de su puño y letra las observaciones –Maicas y Papí 2008: 51-52). Posteriormente, se incorporaron a las labores arqueológicas Francisco (nacido hacia 1874) y Pedro, que a sus cuatro años hacía de centinela. Hay noticias de que el último, Cayetano, nacido en 1882, participó en las excavaciones de Los Millares a principios de la década siguiente. Veremos más adelante que estos datos no carecen de importancia para entender el desarrollo de la campaña de 1886 en La Bastida.

63. El inicio de las excavaciones en yacimientos de la Edad del Bronce no se conoce con precisión. Juan Cuadrado menciona que el primero fue Fuente Álamo, al que siguieron poco después Fuente Vermeja, Lugarico Viejo y El Argar tras enterarse Pedro Flores (inicialmente un obrero contratado para las obras de la traída de agua a Cuevas) de la presencia de restos prehistóricos en estos lugares (Cuadrado Ruiz 1986: 138). A título aproximativo, habría que barajar los años 1882-1883 para el inicio de las excavaciones en los yacimientos que acabarán denominándose “argáricos”.

64. Sáez Martín (1947: 29). A su vez, Cartailhac había sabido de los trabajos de Inchaurrendieta gracias a la publicación del artículo presentado en el congreso de Copenhague de 1869 (Inchaurrendieta 1875).

65. Henri Siret había vuelto definitivamente a Bélgica tras finalizar la redacción de *Les premiers Âges* en agosto de 1886, y en el mes de octubre de ese mismo año aceptaba un trabajo como ingeniero en los ferrocarriles vecinales de Amberes (Herguido 1994: 42). Así pues, no participó en las labores centradas en La Bastida.



La información sobre los trabajos de Siret y Flores en La Bastida

La Bastida ocupa un papel marginal en la obra monumental de los Siret *Les premiers Âges du Métal dans le sud-est de l'Espagne*, publicada en francés en 1887⁶⁶ y traducida al castellano en 1890. Dedicaron al yacimiento poco más de una página⁶⁷ y no aportaron ilustraciones. En la vasta producción bibliográfica posterior de Louis Siret, La Bastida permaneció en silencio con la excepción, anecdótica, del recurso a la etimología de “Bastida” (Fig. 9) en el marco de la argumentación sobre la pretendida invasión céltica que habría dado lugar a la sociedad de la Edad del Bronce⁶⁸. Pese a que la excavación del yacimiento fue lo suficientemente importante como para incluirla

<

Figura 7.

Louis Siret, a una edad cercana a la que tenía cuando excavó en La Bastida.

^

Figura 8.

Pedro Flores García. Fotografía tomada en su vejez, años después de sus excavaciones en La Bastida.

66. En realidad, vio la luz a principios de 1888 (Herguido 1994: 25), aunque el manuscrito que obtuvo el premio Martorell fue entregado al jurado en octubre de 1886 (ibid. 42, 183).

67. Siret y Siret (1890: 136-137, 239).

68. Siret (1907: 78).

Bastarnes. Larousse: à partir II^e sc^{le} de la haute Vistule au bas Danube = german d'après Tacite, celtique³
d'après doc. grecs = Strabon III p. 256, nom des Bastules = Larousse Val de Bastan (Navarre) -
Larousse: Bastarne voit peuples IV. surtout Bastarnes^(Id) - Bastia (Corse) = fort.
^(Id) Bastide (de bastir, bâtir) - les habitants des Bastides sont dits bastidans, bastidanes. = ouvrage de
défense (élever des bast. aut. place assiégée) = dès l'ép. rom. on trouve des bastides (fortes. volantes)
= équivalent de "Villeneuve" du Nord. - (Id) Bastille: Bastide; constr. volante. Tour fixe.
Id. Bastion - Id. Bastules, Bastetans ou Bastitans - Strabon III, 256: des colonnes à Car.
thage l. IV. 2200 stades = Bastetans nommés parfois Bastules. (Strabon nomme les Bastetans,
non les Bastarnes comme dit
erroneusement le traducteur.)
Atlas Labiche: médit. du VII^e au V^e. Bast: Germains (celtes d'après grec)
(les Vandales, vicius Andalous - des Bastarnes, celtes d'après grecs) viendrait Bastarne ou Bastules
- Celtes + ibères = celtibères - Bast + phénic = Bastuli - poenici. (Bastarnes Pœnini v. Pinart. Géo. anc.)

^

Figura 9.

Apuntes de Siret acerca de la etimología de la palabra "Bastide".

con cierta premura en *Les premiers Âges*⁶⁹, los hallazgos efectuados fueron inferiores en cantidad y calidad a lo esperado (*infra*) y no resultaron relevantes para los temas y argumentos recogidos en publicaciones posteriores.

Así pues, ampliar el registro informativo de la excavación de 1886 requería, por un lado, consultar posibles documentos inéditos y, por otro, localizar y estudiar las piezas descubiertas. Ambos objetivos nos condujeron en primera instancia al Museo Arqueológico Nacional (Madrid), donde se custodia una parte importante del legado documental Siret. Es obligado agradecer la disposición favorable y la colaboración de su directora en 2010, Rubí Sanz, Carmen Marcos, subdirectora, Carmen Cacho y Eduardo Galán, conservadores del Departamento de Prehistoria, y Virginia Salve, Aurora Ladero, Concha Papí y Mónica Moreno, del Departamento de Documentación. A petición nuestra, se nos facilitó gentilmente una copia digital de las páginas del cuaderno donde Flores describió

69. El primer manuscrito de *Les premiers Âges* fue finalizado en agosto de 1886 (Herguido 1994: 42, 183) y remitido el 23 de octubre al jurado del concurso Martorell, en Barcelona (Cuadrado Ruiz 1986: 138). Dado que La Bastida fue excavada entre el 21 de noviembre y el 9 de diciembre de ese mismo año, es seguro que el manuscrito original no contenía noticia alguna sobre el yacimiento. Tras la consecución del premio en abril de 1887, los Siret se pusieron manos a la obra con ahínco para preparar la edición del libro, finalizado en noviembre de 1887 según la fecha consignada en el capítulo introductorio, y que vería la luz en enero de 1888 (Herguido 1994: 25, 70) con la fecha impresa de 1887. La breve nota sobre La Bastida debió ser incorporada al manuscrito inicial durante la última etapa de la edición, entre finales de abril y noviembre de 1887. Louis Siret, en carta a su amigo Jan van Ruymbeke fechada el 22 de enero de 1888 (dada a conocer por J. Grima, 2011: 134), señala que *Les Premiers Âges* incluye los objetos hallados "hasta el 1 de julio de 1887", es decir, incluso más de dos meses después de que los hermanos Siret supieran que les había sido concedido el premio Martorell.

las tumbas que sacó a la luz en La Bastida, así como una transcripción del texto realizada por personal del MAN⁷⁰. Tal y como es norma en los cuadernos de campo del capataz, los datos fueron recogidos siguiendo un mismo esquema⁷¹, tras el cual resulta inevitable ver las instrucciones precisas de los hermanos Siret. Cada tumba suele ocupar dos páginas del cuaderno. En la de la izquierda aparece la información escrita, que acostumbra a organizarse de la siguiente manera:

1. Número de orden de la sepultura en cuestión dentro de la serie de cada yacimiento.
2. Fecha.
3. Distancia (en m) entre la tumba y una o dos referencias, por lo general otras tumbas excavadas con anterioridad.
4. Profundidad del hallazgo, a contar desde la superficie del terreno actual.
5. Dimensiones (en cm) del contenedor funerario.
6. Orientación (en grados) del contenedor funerario, respecto al norte magnético (rumbo).
7. Composición del ajuar funerario.
8. Número de cadáveres.
9. Características del contenedor: estado de conservación, número de mame-lones y características del cierre en las urnas, y tipo de losas o paredes en las cistas; hallazgos exteriores en caso de haberlos.

En la página de la derecha, figura un croquis donde se traza el contorno del contenedor funerario y se dibuja el o los cráneos encontrados, así como las piezas de ajuar en el punto donde aparecieron. En uno de los anexos que acompañan a esta publicación, presentamos la copia digital de los diarios de campo de Flores, así como notas adicionales y comentarios sobre los mismos.

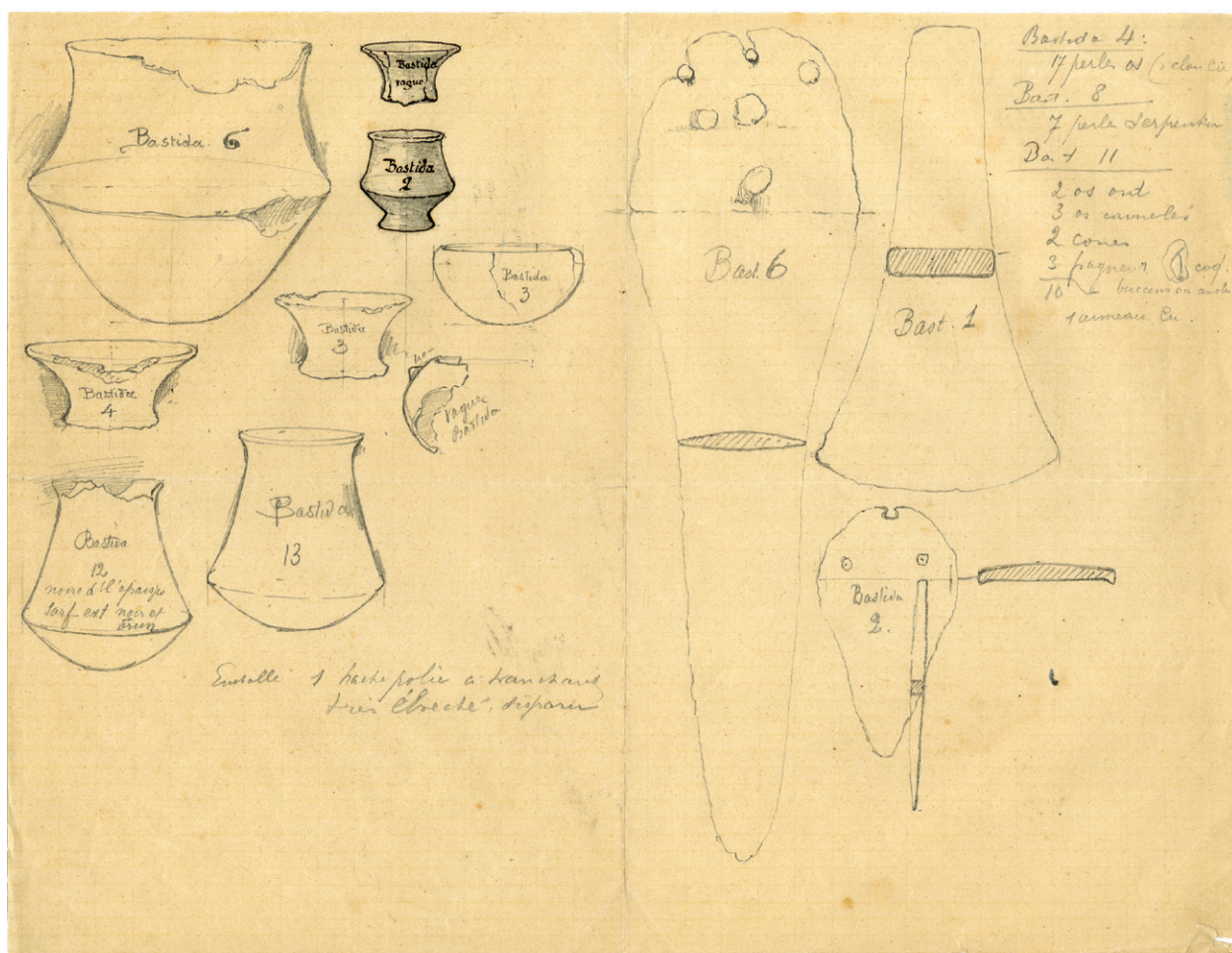
Además del cuaderno de Flores, se nos facilitó la copia digital de una serie de notas y dibujos inéditos realizados por Siret y relativos a objetos de La Bastida y a otros yacimientos de Totana (Fig. 10).

Paralelamente, en el MAN inventariamos las pocas piezas de La Bastida conservadas en la institución, procedentes de las excavaciones de los Siret. Éstas se limitaban a una vasija carenada procedente de la tumba 12 así como un cuerno de cáprido y una placa de pizarra de procedencia controvertida.

Gracias al *corpus* de la colección argárica de los Siret publicado por H. Schubart y H. Ulreich, sabíamos que la mayor parte de los objetos descubiertos en La

70. Dicha transcripción fue iniciada hacia 1952 con motivo de la ordenación de la colección Siret (Taracena del Piñal 1953: 330-331). La presentación y transliteración del diario de excavación de Flores figura en uno de los anexos a este trabajo.

71. Sobre las características de la documentación de Flores, véanse al respecto Ulreich (1986), Schubart y Ulreich (1991), Martín (2001) y Maicas y Papí (2008).



^

Figura 10. Dibujos originales a lápiz inéditos realizados por Siret correspondientes a piezas halladas en La Bastida a finales de 1886.

Bastida se custodiaban en los *Musées Royaux d'Art et d'Histoire*, en Bruselas (Bélgica). Éstos debieron incluirse en el cargamento enviado a Amberes en 1887, que recaló inicialmente en la casa del padre de Siret antes de su venta fraccionada a diferentes museos y particulares⁷². Durante la estancia que llevamos a cabo en febrero de 2012, pudimos localizar y examinar la mayor parte de las piezas recogidas por Schubart y Ulreich, así como comprobar que, en la parte del legado documental Siret custodiada allí, no figuraban datos sobre el yacimiento.

Los restos óseos humanos conservados de la campaña de 1886, correspondientes de las tumbas nº 2, 3, 4, 6, 7, 8, 9 y 10 y depositados en Bruselas, fueron estudiados por M. Kunter (1990: 5, 47).

72. Notas mecanografiadas por Henri Siret sobre aspectos biográficos de la familia hasta 1910, conservadas en los MRAH (Bruselas). Véase también los extractos y comentarios de Herguido (1994: 77) y Grima (2012).

No era raro que aficionados, arqueólogos y museos de finales del siglo XIX cediesen, adquiriesen o intercambiasen piezas para sus colecciones. Hemos de agradecer a Guy de Mulder que en 2009 advirtiese la mención de dos recipientes cerámicos con la sigla “La Bastida” en el catálogo publicado en 1938 por el Museo de la Universidad de Gante⁷³. Marc Mariën y Marguerite Ulrich-Closset (1985: 13) publicaron que el museo de esta universidad había adquirido en 1898 un lote de piezas por valor de 3.000 francos, pero en su nota sólo se señalaba que las piezas procedían mayoritariamente de los yacimientos de El Argar y de Campos. Con toda probabilidad, se trata de dos recipientes de Forma 8 (pies de copa rotos y reaprovechados) que Flores consignó en su diario de campo al describir los contenidos de las tumbas 3 y 4, y que no se localizan en Bruselas ni en Madrid. Lamentablemente, no nos ha sido posible examinarlos, ya que el museo de Gante no ha logrado hallarlos en sus fondos a raíz de una petición efectuada por nuestra parte en 2011.

El desarrollo de la campaña de 1886

La principal fuente de información son las anotaciones de campo de Pedro Flores, que hacen referencia de forma individualizada a las 13 sepulturas excavadas. La primera está fechada el día 21 de noviembre, lo cual planteaba, por así decirlo, un problema logístico, ya que los diarios de Flores informan de que sólo un día antes, el 20 de noviembre, se excavaba en El Argar la tumba nº 884. Es difícil de imaginar que Flores cubriese la distancia entre Antas y Totana, unos 80 km vía Pulpí, en sólo unas horas. Otra anomalía difícil de explicar provenía del hecho que los diarios de campo señalaban que el día 22 de noviembre se había descubierto la tumba 885 de El Argar y, el 26 del mismo mes, la nº 886, en fechas en que supuestamente el equipo se encontraba en plena campaña en La Bastida⁷⁴.

La solución a ambas cuestiones vino del cotejo de las páginas originales correspondientes a las tumbas 884-886 de El Argar, con las de las tumbas de La Bastida. La comparación entre la caligrafía de unas notas y otras revela que fueron escritas por dos personas distintas. La letra de los diarios de La Bastida se asemeja a la de los primeros centenares de tumbas en El Argar. Resulta probable que fuese la letra de José Flores, el primogénito del capataz y apodado “el secretario” (*supra*). En cambio, la caligrafía de la descripción de las tumbas 884-886 de El Argar podría corresponder a su hermano Lucas, también bregado durante las prolongadas campañas en El Argar o, menos probablemente, a Francisco, que tendría 12 años en noviembre de 1886.

73. Maertens de Noordhout (1938: 76).

74. La coincidencia en la excavación de tumbas de yacimientos distintos en el mismo día había sido advertida por Schubart y Ulreich (1991: 31).

Esta afortunada comprobación informa indirectamente sobre la estrategia de trabajo seguida por Louis Siret, justo cuando acababa de dejar de contar con la colaboración directa de su hermano, de regreso definitivo a Bélgica. Por un lado, cabría imaginar el equipo “clásico” formado por Pedro Flores, su hijo mayor José y el propio Siret⁷⁵, desplazado a Totana algunos días antes del 21 de noviembre y que iba a permanecer allí casi tres semanas trabajando en La Bastida y en Las Anchuras. Al mismo tiempo, otro de los hijos de Flores, tal vez Lucas, prosiguió puntualmente y de forma autónoma las excavaciones en El Argar. Ello da idea de la confianza depositada por Siret en la familia Flores y, a la vez, de la implicación laxa del propio Siret en las tareas de excavación.

Pese a su sencillez y brevedad, el diario de Flores ofrece informaciones valiosas para reconstruir las características de la campaña de 1886. Como hemos señalado, ésta se inició el 21 de noviembre y finalizó el 9 de diciembre. Sin embargo, las fechas de excavación de las sepulturas indican que el trabajo sufrió interrupciones. De hecho, 11 de las 13 tumbas salieron a la luz durante los seis primeros días, hasta el 26 de noviembre inclusive. Hay que esperar once días, hasta el 7 de diciembre, para tener noticias de la duodécima y, por último, dos días más para la número 13. Por tanto, salta a la vista que el grueso de la campaña se desarrolló de forma continuada a lo largo de la primera semana (del 21 al 26 de noviembre), y que seguramente, ya en diciembre, sólo se realizaron dos intervenciones aisladas. Cabe la posibilidad de que después del día 26 se abordase la exploración del yacimiento al aire libre de Las Anchuras⁷⁶.

La frecuencia de hallazgos funerarios fue relativamente baja, a razón de una sepultura diaria a excepción del día 22, con dos, (nº 2 y 3) y, sobre todo, del 24, con nada menos que cinco (nº 5, 6, 7, 8 y 9). La especial concentración de tumbas en uno de los días podría indicar por sí misma que Flores dio con un sector del yacimiento especialmente fecundo. Ello nos lleva a plantearnos la pregunta de en qué sector del yacimiento excavó Flores, algo de lo que no quedó constancia gráfica ni textual.

75. Es posible que Siret sólo acudiese a Totana unos cuantos días, ya que la única constancia cierta de su trabajo allí es un croquis topográfico de Las Anchuras y el dibujo de un hallazgo realizado en las cercanías, en el lugar llamado “calar del ollo” (documentos digitales del Archivo Siret (MAN): 1944_45_FD01167_001r-ID001 y 1944_45_FD00101_016v-017r-ID001, respectivamente). Ninguno de estos dos documentos lleva fecha.

76. Los hallazgos en Las Anchuras merecieron un tratamiento específico en *Las primeras Edades*, que incluyó la publicación de una lámina de materiales (1890: 123-126). Pese a no hallar ni una tumba, los Siret concedieron a este yacimiento una relevancia mayor que a La Bastida. Prueba adicional de este interés es la realización de un croquis topográfico bastante preciso, que no llegó a publicarse (documento digital del Archivo Siret, MAN 1944_45_FD01167_001r-ID001). En la documentación inédita consultada en el MAN, hay datos referidos a otros yacimientos explorados en el término de Totana: el dolmen de Loma de los Paletones, el cerro de la cueva de la Moneda y las cuevas sepulcrales de Tazona y La Jabonera. Sin embargo, las notas de campo de Flores están fechadas entre el 28 y el 30 de abril de 1891, casi cinco años después de las excavaciones en La Bastida. Corresponden, por tanto, a una segunda campaña de exploración y excavaciones en Totana, que no analizaremos aquí.

Por fortuna, las anotaciones relativas a la ubicación de las tumbas dan indicios sobre el desarrollo de los trabajos. En resumen, las principales relaciones métricas de las 13 tumbas son las siguientes:

- La tumba 1 dista 25 m de la “estaca 1”. Probablemente, esa estaca marcaba una estación de referencia para un eventual levantamiento topográfico.
- La tumba 2 dista 25 m de la tumba 1 y 35 m de la estaca 1; es decir, se sitúa en un punto bastante separado de las dos referencias iniciales. Sin embargo, a partir de la tumba 2 y hasta la tumba 12 inclusive (es decir, 11 tumbas en total), las referencias de situación se cruzan y apoyan entre sí, casi siempre con distancias de entre 1 y 6 m; sólo en un caso hay una referencia parcial de 9 m.
- Finalmente, la tumba 13 se localiza a 212 m a levante de la “tercera estaca”, y en superficie. Se trata, con diferencia, de la mayor distancia consignada. Es la única tumba encontrada el último día de trabajos en La Bastida, y seguramente lo fue porque la urna, de gran tamaño, afloraba en el terreno.

El análisis de estas relaciones espaciales permite arrojar algo más de luz sobre el desarrollo de las excavaciones. En primer lugar, parece que los hallazgos funerarios proceden de tres zonas diferenciadas. Las urnas 1 y 13 conforman sendas zonas independientes. Se trataría de descubrimientos aislados, revelados seguramente por la presencia en superficie de algún indicador significativo para un observador experto, como una porción de pared cerámica o de losa empleada como tapadera de urna. De hecho, la posición superficial de estas dos tumbas fue consignada por Flores. En suma, se trataría en ambos casos de descubrimientos oportunistas. Por otro lado, las once tumbas numeradas entre 2 y 12 constituyen una agrupación definida al encontrarse muy cerca unas de otras. Sirvan de muestra las distancias entre las cinco sepulturas descubiertas el 24 de noviembre: la cista 6, bajo la urna 5; la urna 7, justo al lado de las dos anteriores; la urna 8, a tan sólo 1 m de la 6, y, la urna 9, a tan sólo 1 m de la 7 y 2 m de la 8.

Por otro lado, si atendemos a la profundidad a la que se hallaron las tumbas excavadas por Flores, observamos que cinco de las once que conforman este grupo afloraban en superficie, mientras que las seis restantes descansaban a tan sólo 0,5 m de profundidad. Así pues, es razonable pensar que la destacada concentración de restos superficiales condujo a la selección inicial de este sector de excavación, y que la ampliación posterior permitió incrementar el número de sepulturas hasta el total de once.

A partir de los datos extraídos de las anotaciones de Flores, abordamos la complicada tarea de localizar el sector de La Bastida excavado en 1886 y de proponer la distribución espacial de las tumbas descubiertas.

Siret acostumbraba a levantar planos topográficos detallados de los yacimientos argáricos. Sobre algunos de los que hemos consultado en el Archivo Siret

del MAN, se anotaba la ubicación exacta de al menos una parte de las tumbas descubiertas (por ejemplo, en El Oficio, El Argar, Fuente Álamo y Lugarico Viejo). Aunque no se haya conservado nada semejante para La Bastida, sabemos que el trabajo contempló inicialmente este objetivo. Así hay que entender la referencia de Flores a las estacas “primera” y “tercera”. En diversos borradores de planos topográficos y planimétricos custodiados en el legado documental Siret, se observan puntos distribuidos por la superficie de los yacimientos. Algunos de estos puntos, los menos, llevan una cifra a su lado, mientras que los restantes se acompañan de letras minúsculas. En este sentido, es de suponer que cada punto señalaría una estación, con la ayuda de las cuales y mediante cálculos de triangulación, Siret realizaría el levantamiento topográfico y la planimetría de los hallazgos estructurales. Cuando menos, las principales estaciones de referencia, aquéllas designadas con un numeral, estarían marcadas mediante una estaca. La primera de dichas estacas fue colocada antes de la excavación de la tumba nº 1 de La Bastida, ya que Flores la empleó como guía para ubicar este primer hallazgo. Ello revela la importancia de los datos espaciales y topográficos para Siret y, así mismo, da una idea del orden seguido en sus excavaciones, tras varios años de experiencia por aquel entonces.

Si hacemos caso del procedimiento seguido en otras ocasiones, la primera de las estaciones topográficas era colocada en el punto más alto del yacimiento en cuestión. Así, en El Oficio la estación nº 1 se emplazó junto al recinto que posteriormente denominó “a” en el complejo occidental de la acrópolis, el punto más prominente⁷⁷. En Fuente Álamo, se aprecia la ubicación de una estación en el punto de mayor altura (en torno a la cota de 55 m sobre el llano), cerca de la tumba 2⁷⁸. En Lugarico Viejo, las cuatro estaciones designadas con cifras se disponen en la parte más alta del yacimiento⁷⁹. En Fuente Vermeja, el levantamiento topográfico se llevó a cabo a partir de una estación central situada en la cota más elevada⁸⁰, desde donde parten ejes radiales para cubrir las laderas; en sus cotas inferiores, siguiendo el perímetro basal del cerro, se plantearon otras seis estaciones numeradas⁸¹. En el caso de La Bastida, cabe suponer que la estaca 1 estaría colocada en algún punto de la cima. Ésta sería la elección más previsible, ya que la forma cónica del cerro garantizaría desde este punto un emplazamiento ventajoso de cara a la cartografía del relieve del terreno y de los eventuales hallazgos. En consecuencia, sugerimos que la tumba nº 1 se localizó en las laderas superiores, una

77. Documento digital del Archivo Siret (MAN): 1944_45_FD00743_009cr-ID003.

78. Documento digital del Archivo Siret (MAN): 1944_45_FD00745_002v-ID001. Ver también Siret y Siret 1890: lámina 64-plano).

79. Documento digital del Archivo Siret (MAN): 1944_45_FD00741_003v-ID001.

80. Documento digital del Archivo Siret (MAN): 1944_45_FD00740_002r-ID001.

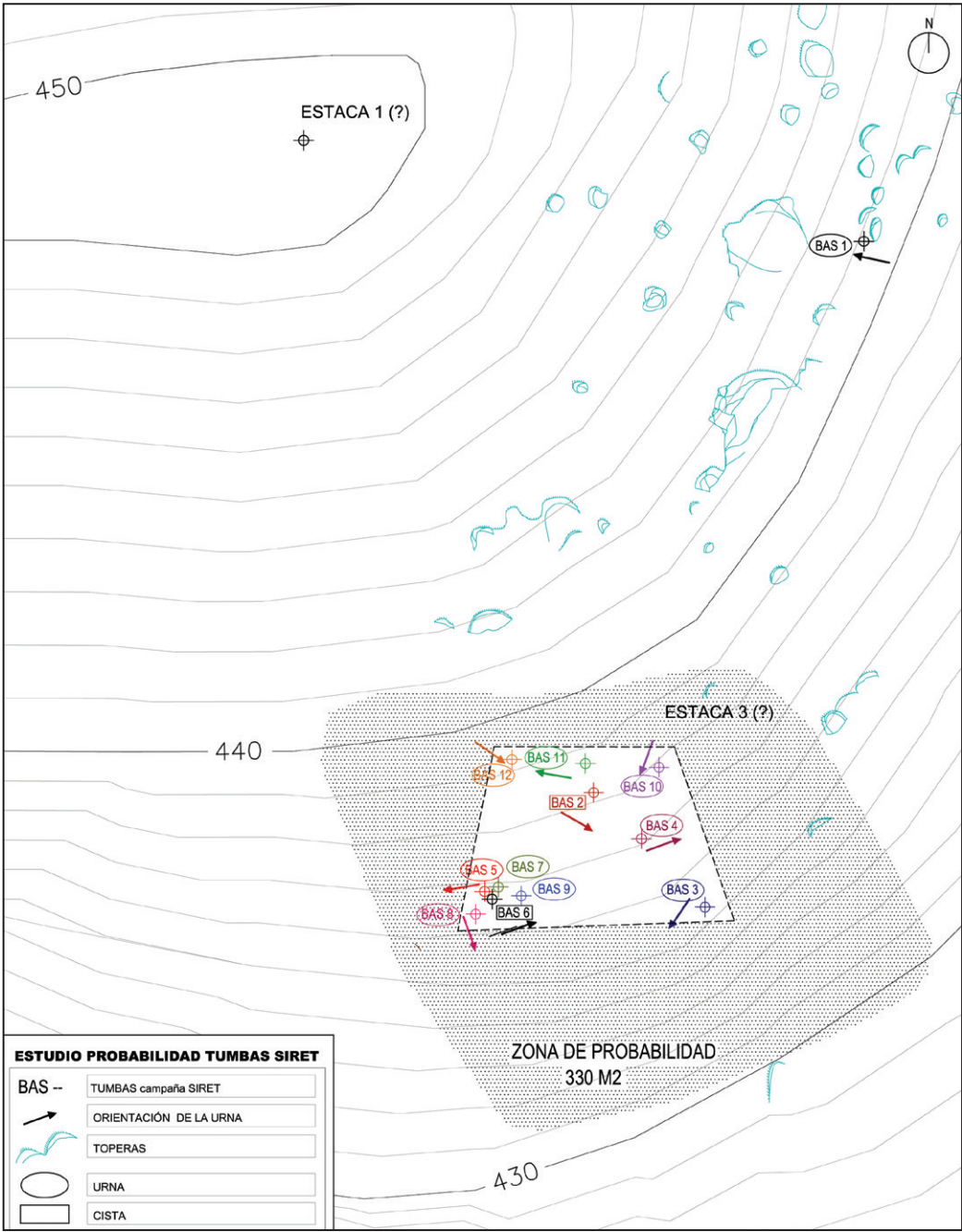
81. Probablemente esta estrategia consistente en colocar estaciones perimetrales y alejadas las unas de las otras se debe al hallazgo de estructuras de forma continua a lo largo de la pendiente del yacimiento, mientras que en El Oficio, donde el principal interés se concentraba en el núcleo de la acrópolis, las estaciones aparecen más concentradas.

zona donde la pendiente media ronda el 40%, al distar tan sólo 25 m de la estaca 1 (Fig. 11).

Flores ubicó la tumba 2 a 35 m de la estaca 1 y 25 m de la tumba 1. Recordemos que la tumba 2 fue la primera del conjunto de 11 sepulturas cercanas entre sí donde se focalizaron los trabajos, lo cual sitúa el principal escenario de la labor de Flores también en las laderas altas. Corresponde ahora proponer la distribución de dicho conjunto de tumbas (Fig. 11).

Figura 11.
Cima y ladera superior meridional de La Bastida. Ubicación hipotética de las tumbas 1 a 12 excavadas en 1886, a partir de las indicaciones recogidas en los cuadernos de Flores.

V



Escala 1:285

Efectuar la distribución espacial de un conjunto de sepulturas según las anotaciones de Flores constituye un ejercicio sujeto a varias fuentes de error. La primera surge de la falta de certidumbre sobre la orientación de las mediciones. Así, a la hora de ubicar una tumba dada, Flores solía tomar como referencia la distancia respecto a dos tumbas excavadas con anterioridad. Sin embargo, al expresar esas medidas en un plano siempre se plantean dos posibilidades, sin que haya manera de decidir con seguridad cuál es la acertada. Una segunda fuente de error procede de las condiciones en que se efectuaron las mediciones. Cabe suponer que Flores utilizase una cinta métrica, de forma que si las tumbas se encontraban cerca unas de otras y separadas por un terreno plano, las medidas serían correctas. Ahora bien, cuando el terreno buza-se y/o las distancias fuesen mayores, es de esperar un grado variable de inexactitud. Por añadidura, los valores consignados tienden al redondeo respecto al metro o al medio metro y, finalmente, no sabemos si los puntos seleccionados como origen y final de la medición corresponden a la boca, la base o cualquier otra parte del contenedor funerario.

El efecto de estas dificultades puede minimizarse en nuestro caso porque el número de tumbas del grupo principal es pequeño y porque las distancias que las separan también lo son. La colocación en planta de estas once tumbas (Fig. 11), aun admitiendo la inexactitud derivada de los factores comentados, arroja varias conclusiones válidas y de interés.

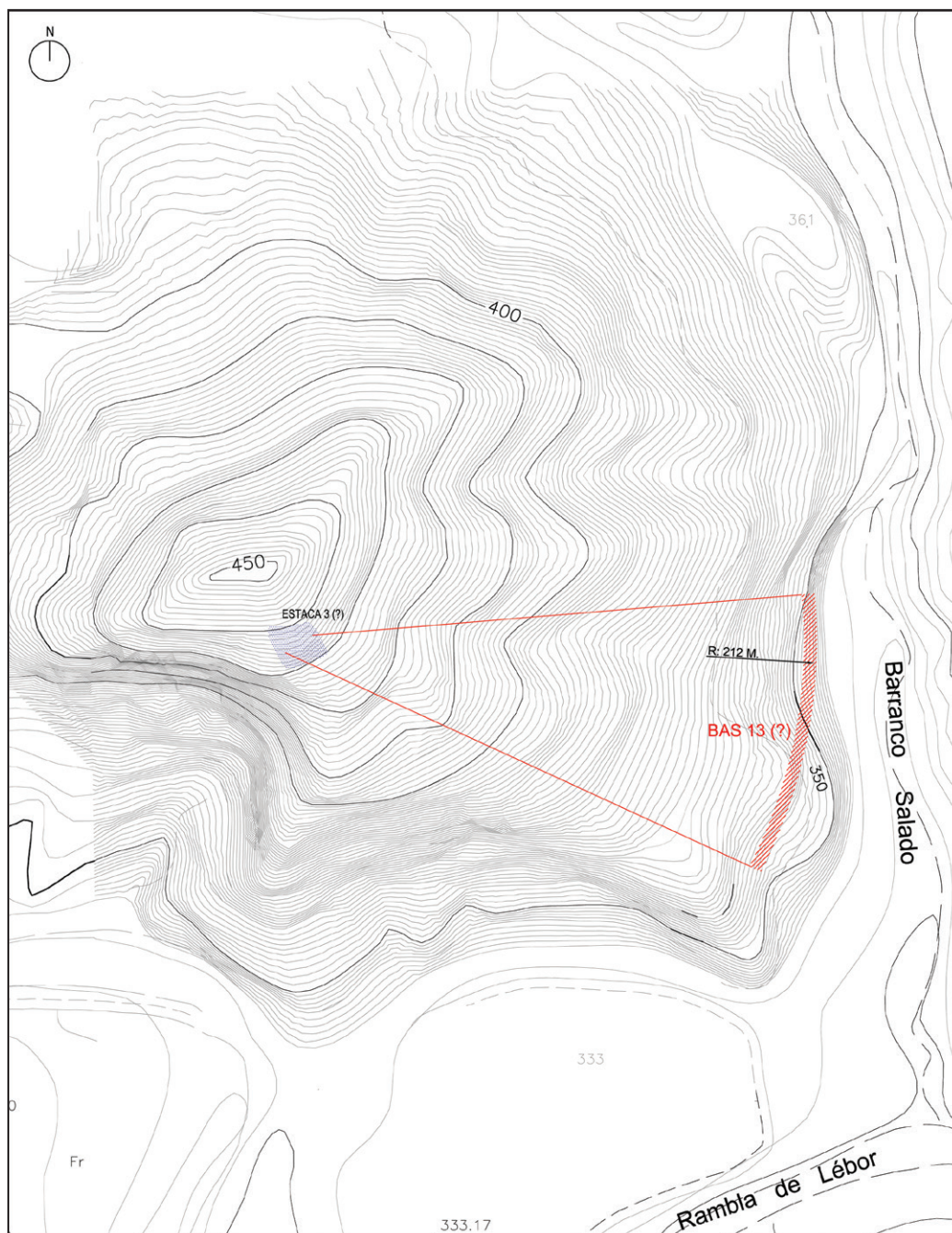
- Cinco tumbas (nº 5, 6, 7, 8 y 9), precisamente las descubiertas el mismo día 24 de noviembre, conforman una agrupación espacial al situarse muy cerca unas de otras.
- Las restantes seis tumbas aparecen separadas a distancias mayores entre sí. Las más cercanas a la agrupación citada en el punto anterior son las nº 2 y 4, a unos 5 m.
- En general, la distancia máxima entre tumbas es de 9-10 m. Si unimos los puntos periféricos de la distribución, se genera un polígono de unos 68 m². Todo ello subraya que la excavación se concentró en un área reducida del cerro.
- Si tomamos como referencia la superficie ocupada por una de las estructuras habitacionales documentadas en las laderas bajas (por ejemplo, el departamento XVIII de las excavaciones de los años 40 del siglo XX o la Habitación 2 de nuestras campañas), y la superponemos en la distribución de tumbas, la mayoría, aunque no todas, podrían quedar incluidas en su perímetro, restando fuera tal vez las tumbas 3 y 12. Este hecho, unido a que la diferencia de cota entre algunas tumbas podría haber llegado a los 6 m, indica que las sepulturas debieron corresponder, cuando menos, a dos estructuras de habitación argáricas. Aun así, proponemos que la estrecha vecindad entre las nº 5, 6, 7, 8 y 9 sugiere su asociación a un mismo espacio.

En términos aproximativos, podemos imaginar un círculo de unos 40 m de diámetro, unos 1250 m² y con centro en la cima, en cuyo interior, más bien hacia su periferia, hallaríamos 12 de las 13 tumbas de la campaña de 1886. Ahora bien, las informaciones contenidas en el diario de Flores permiten sugerir una localización más precisa. Flores anotaba la orientación de las sepulturas con la ayuda de una brújula, ya que expresa esta dimensión en grados de manera precisa (más allá de una mera referencia a puntos cardinales) y usa en ocasiones la palabra “rumbo”, referida a la orientación respecto el norte magnético. Intuimos en este punto de nuevo las enseñanzas e instrucciones de Siret. Las orientaciones de las 13 tumbas de La Bastida se distribuyen en el arco delimitado entre 70 y 282 grados. Ello deja un amplio arco restante de 148 grados, concretamente en el sector N-NW, N y N-NE, sin ninguna tumba orientada hacia su interior.

Hemos observado que las tumbas en urna argáricas en los asentamientos en cerro rara vez orientan su boca hacia la ladera rebajada de la montaña contra la que se apoyan los recintos habitacionales. Ello indicaría que, en la zona excavada por Flores en La Bastida, en el sector entre 282 y 70 grados, es decir, N-NW/N-NE, debería encontrarse la pared resultante del escalonamiento del cerro⁸². En este sentido, la condición necesaria para que una habitación argárica tenga como pared trasera el sector N-NW/N-NE, es estar enclavada en la ladera S, en el caso de La Bastida más probablemente S/S-SE. Dentro de este sector hemos ensayado distintas localizaciones para la “constelación” de puntos referidos a las tumbas 1-12, tal que las orientaciones de las tumbas mantuviesen el máximo ajuste con la topografía actual. Ello permite proponer un área de unos 330 m² de superficie y una pendiente media del 40%, ubicada entre las cotas 430 y 440 m s.n.m. en la ladera sureste (Fig. 12).

La tumba 13 plantea un problema distinto, ya que se localizó a 212 m “a levante de la tercera estaca”, en superficie. En los planos elaborados por Siret, los puntos básicos de referencia topográfica se planteaban con el objetivo de facilitar la toma de medidas de distancia y de ángulos, sobre las que se aplicarían cálculos de triangulación. Como es lógico, la elección de los puntos de estacionamiento debió depender tanto de la topografía del lugar como de la distribución de las áreas excavadas y de los restos arqueológicos. Así, en algunos casos como en El Oficio, las cuatro estaciones principales se plantearon en la acrópolis separadas por distancias de entre unos 5 y 20 m. En cambio, en otros casos como el referido de Fuente Vermeja, la mayor parte de las estaciones (6) se

82. Asumimos que Flores anotaba la orientación a la que se dirigía la boca de la urna y no el cráneo, situado habitualmente en el fondo de ésta. Ulreich (1986: 435) y Schubart y Ulreich (1991: 33) expresan el planteamiento contrario, pero no aducen razones sólidas a favor. En cambio, la orientación en función de la boca ha podido verificarse, por ejemplo, en la tumba 2 de Fuente Álamo, al cotejar los datos en el diario de Flores con el pequeño icono de situación de la tumba colocado en uno de los borradores del levantamiento topográfico (cotejo efectuado a partir de documentos custodiados en el MAN).



Escala 1:2850



Figura 12.
Sector correspondiente a la ubicación
hipotética de la tumba 13 de Siret.

colocó en la parte baja de la ladera, a bastante distancia aunque a la vista de la principal en la cima. Dada la configuración física de La Bastida y el dato de que la tumba 13 se encontraba a 212 m al este de la tercera estaca, ésta debía encontrarse a cotas altas de la ladera S/SE, ya que sólo desde esa zona sería posible medir “212 m a levante” sin rebasar los límites naturales del cerro. Tomando como referencia el área de probable localización de los trabajos

de Flores en las laderas altas, se abre para la tumba 13 un abanico de posibles ubicaciones, siempre en las laderas bajas del sureste del cerro. Recordemos al respecto que fue la única tumba encontrada el último día de trabajos en La Bastida, seguramente porque afloraba en el terreno y fue excavada de manera oportunista. Nos aventuramos a pensar que en ese último día los excavadores ni siquiera subieron a las laderas altas y que la tumba fue descubierta no lejos de la rambla de Lébor, por cuyo lecho transitarían Flores, su hijo y Siret tanto para ir a La Bastida como para subir a Las Anchuras. Una vez excavada, bastó con obtener una referencia de distancia respecto a la estaca más visible y/o cercana a ese punto, en este caso la “tercera”.

Los hallazgos: contextos funerarios y de habitación

La excavación de 1886 deparó el hallazgo de trece tumbas (véase tabla 3 y anexo, Flores *et alii* en este volumen): dos cistas de lajas, 10 urnas y una singular solución mixta entre covacha y urna (tumba nº 12). De las 10 urnas, casi todas tapadas con estructuras de piedra en seco, seis corresponden a F2, una a F5 y 3 a F4. Las de F2 y F5 eran de pequeño tamaño, por lo que debieron acoger cadáveres de individuos infantiles, mientras que las de F4, además de las cistas, contenían esqueletos de personas adultas. Sólo la tumba 2, una cista, era doble, y sólo una, la nº 5, se encontró arrasada.

Los diarios de Flores describen sucintamente las características y contenidos de las 13 sepulturas. Sin embargo, los hallazgos de la excavación de 1886 permanecieron inéditos hasta que, en 1991, Schubart y Ulreich publicaron su extenso catálogo⁸³. Estos dos investigadores accedieron al diario de campo de Flores, cuyas informaciones incorporan, así como a los objetos conservados en los *Museés Royaux d'Art et d'Histoire* (Bruselas, Bélgica) y en el MAN. El conjunto más relevante corresponde a artefactos depositados como ajuar funerarios, pero también presentaron un lote de piezas sin asignación clara a sepulturas y otras procedentes de contextos habitacionales. En el primero de los dos museos citados se conservan ajuar de las tumbas 1, 2, 3, 5, 6, 11 y 13 (Figs. 13-17), así como el lote formado por ejemplares sin asignación funeraria precisa o recuperados en depósitos habitacionales. Por su parte, en el MAN sólo se custodian algunas piezas procedentes de las tumbas 12 y 13⁸⁴. Dado que las tumbas 7, 9 y 10 no contenían ajuar, quedaría por determinar el paradero de las ofrendas asociadas a las sepulturas 4 y 8.

83. Schubart y Ulreich (1991: 274-277, láms. 122-123).

84. Según Schubart y Ulreich (1991: 275), la pequeña F5 de la tumba 12 se encuentra en el MAN. Además, pudimos comprobar que en este museo también se custodia un cuerno de cáprido (nº 86/219/BAST/13/2) y el fragmento de una placa de pizarra de la tumba 13, siendo su atribución como ajuar funerario dudosa (Véase anexo Flores *et alii* en este volumen).

Los dos recipientes en de Forma 8 (pies de copa rotos y reaprovechados)⁸⁵, que según el catálogo publicado en 1938 por el Museo de la Universidad de Gante⁸⁶ se encuentran en esta institución, deberían pertenecer a las tumbas 3 y 4. No obstante, dichas piezas se encuentran hoy día ilocalizadas.

En suma, los contextos funerarios excavados en 1886 pueden considerarse razonablemente bien documentados,

>

Figura 13.
Hacha de cobre hallada en la tumba 1 de las excavaciones de 1886⁸⁷.



>>

Figura 14.
Cuchillo de cobre procedente de la tumba 5 de las excavaciones de 1886⁸⁸.



>

Figura 15.
Vasija carenada de Forma 5 con peana hallada en la tumba 2 de las excavaciones de 1886⁸⁹.



85. La descripción de que disponemos (Maertens de Noordhout 1938: 76) dice así:

“136.- Espèce de coupe en terre brune noirâtre, lissée. Voir chapitre VI, p. 107. Les premiers âges du métal dans le Sud-Est de l'Espagne par H. Et L. Siret. Texte Anvers 1887.

137.- Coupe plus petite que la précédente et de même nature.”

86. Maertens de Noordhout (1938: 76).

87. MRAH, B. 2817-495.

88. MRAH, B.2817-147.

89. MRAH, B.2817-sn.



Figura 16.
Vasija carenada de Forma 5
hallada en la tumba 13 de las
excavaciones de 1886⁹⁰.



Figura 17.
Collar procedente de la tumba 11 de las
excavaciones de 1886⁹¹.

además de ser conocido el paradero actual de la mayoría de sus contenidos.

Las líneas dedicadas a La Bastida en *Les premiers Âges* no describen estructuras habitacionales, salvo en una nota muy escueta que señala la probable presencia de una cisterna⁹². Otra mención al respecto es también de carácter muy marginal y aparece en un documento

90. MRAH, B.2817-1362.

91. MRAH, B.2817-211.

92. Siret y Siret (1890: 239).

Tabla 3.

Presentación sintética de las características de los conjuntos funerarios excavados en 1886. La codificación de los campos puede consultarse en el apéndice al final del texto.

V

SERIE	Nº	CONTENEDOR	INDIVIDUOS	AJUAR			
				CERÁMICA	ÚTILES METÁLICOS	ADORNOS	OTROS
BAS	1	URF2	?1?		HAC		Fauna
BAS	2	CIL	¿H?,¿M? 2 A,A	F5	PÑ ^{3R} PZ		Fauna
BAS	3	URF4	¿H?1A	EXT F2 F8	PÑ/CU		
BAS	4	URF4	?1A	F8	PÑ ^{4R}	COLL ^{16(O)}	
zBAS	5	URF2	?1?		CU ^{3R}		
BAS	6	CIL	?1A	EXT F5	PÑ ^{6R}	AN/PD	Fauna
BAS	7	URF2	?1INF				
BAS	8	URF2	?1INF			COLL ^{7 (SER)}	
BAS	9	URF2	?1INF				
BAS	10	URF5	?1INF				
BAS	11	URF2	?1?			AN/PD 23COLL ^{10(O) 5(L) 3(CH) 3(OS 2(CON)}	Fauna
BAS	12	CO o FOS y URF4	?1?	F5			
BAS	13	URF4	?1?	F5			Fauna

inédito⁹³, concretamente un plano de El Oficio, donde Siret coloca La Bastida en una relación de asentamientos argáricos (junto con Gatas, El Oficio y Piedras [probablemente, Cabezo de las Piedras]), cuya vertiente norte estuvo habitada. Poco cabe inferir de esta escueta nota, salvo el hecho de que el yacimiento fue prospectado superficialmente y que sin duda afloraban restos arqueológicos en la citada ladera septentrional (arrasada en el siglo XX por la repoblación forestal del ICONA). Así mismo, habría que valorar la indicación de Flores en el sentido de que la tumba en cista nº 6 se halló debajo de la urna nº 5. La sucesión estratigráfica de estas dos estructuras funerarias pudo tener su correlato en uno o dos niveles de habitación cuyos restos pudieron quedar reducidos a un lote de materiales muebles, fundamentalmente líticos (*Infra*).

93. Documento digital Archivo Siret MAN: 1944_45_FD00743_009dr-ID004.

Los hallazgos: objetos muebles

Los Siret no prestaron demasiada atención a los objetos hallados en La Bastida⁹⁴. Nunca llegaron a publicar ninguno, pese a que Siret dibujó a lápiz algunos recipientes cerámicos y piezas metálicas procedentes de varias tumbas⁹⁵. En *Les premiers Âges*⁹⁶ se limitan a comentar que las vasijas cerámicas y los útiles y adornos metálicos eran similares a los procedentes de yacimientos de la Edad del Bronce como Zapata. De hecho, expresaron su decepción por la pobreza de los hallazgos en La Bastida, reflejada en especial por la ausencia de piezas de plata o de oro⁹⁷. La falta de hallazgos relevantes, unida al mal estado de conservación del yacimiento, aconsejaron no proseguir con las excavaciones.

Con todo, el conjunto material reviste cierta entidad, sobre todo teniendo en cuenta la brevedad de la campaña (tabla 4).

La distribución expresada en la tabla 4 requiere ciertas prevenciones. Sorprende la presencia de un adorno de plata, cuando los Siret afirmaron que no hallaron ningún objeto de este metal. Es posible, sin embargo, que formase parte de un collar y que, por su pequeño tamaño, pasase inicialmente desapercibido. En segundo lugar, la presencia de puntas de proyectil metálicas en ajuares funerarios argáricos resulta extremadamente inusual (Fig. 18). El hecho de que no fuese mencionada por Flores en



Figura 18.

Punta de proyectil de cobre procedente de contextos habitacionales excavados durante la campaña de 1886⁹⁸.



94. La única mención específica tuvo como protagonistas a los artefactos metálicos, pero ello tan sólo para consignar el peso de la materia prima empleada en cada categoría funcional (Siret y Siret 1890: 501).

95. Documento digital Archivo Siret MAN: 1944_45_FD01200_001r-ID001 y 1944_45_FD01199_001r-ID001.

96. Siret y Siret (1890: 136-137).

97. Siret y Siret (1890: 137).

98. MRAH, B.2817-sn.

Tabla 4.

Resumen de los hallazgos de la campaña de 1886 en La Bastida⁹⁹.

V

	CONTEXTOS FUNERARIOS	CONTEXTOS HABITACIÓN	TOTAL
OBJETOS METÁLICOS			
Hacha	1	-	1
Puñal/cuchillo	5	-	5
Punzón	1	-	1
Anillo/pendiente	2 (+ 1 Ag?)	-	3
Punta de proyectil	0	1	1
Total	10	1	11
CERÁMICA			
F2	1	0	1
F3	-	1	1
F5	4	-	4
F8	2	-	2
Total	7	1	8 (+ varios frags.)
COLLAR			
	3 (+ca. 3 sin proc.)	-	3
INDUSTRIA LÍTICA TALLADA			
	-	11	11
INDUSTRIA MACROLÍTICA			
	1	5	6
FAUNA			
	4	-	4
TOTAL	25	18	43

⁹⁹. Fuente: Schubart y Ulreich (1991: 274-277). No hemos considerado dos piezas rotuladas con la expresión “Cabezo Pequeño” (Schubart y Ulreich 1991: 276, nº 19 y 277, nº 20), porque es posible que los Siret la usasen para referirse a otro yacimiento cercano, tal vez el Cabezo de Juan Clímaco. Conviene señalar que los Siret se refirieron a La Bastida como “un grupo de colinas situado algunos centenares de metros más abajo de Las Anchuras” (Siret y Siret 1890: 136), y que en la documentación inédita del MAN se habla puntualmente de “Cabezo grande” y de “Cabezo pequeño”. En este sentido, la cercanía entre La Bastida y Juan Clímaco, y sus dimensiones relativas (mayor y menor) hacen viable su identificación respectiva con esos dos apelativos.

su diario arroja más dudas sobre su procedencia. Por tanto, no descartamos que se trate de un hallazgo realizado en niveles habitacionales, o bien responda a algún error en la gestión de la colección.

Finalmente, debemos ocuparnos de un problema relativo a la contabilización de los puñales o cuchillos metálicos. Los Siret hicieron mención expresa del hallazgo de cinco ejemplares en La Bastida¹⁰⁰, mientras que si sumamos los hallados por Flores en tumbas concretas (cuatro) y los tres que Schubart y Ulreich recogen como procedentes de tumbas sin determinar¹⁰¹, el total se eleva a siete. Así pues, hay una discrepancia de dos piezas. Para una de éstas, sin embargo, Schubart y Ulreich advierten que muy probablemente proceda de El Oficio¹⁰², por lo que la asignación museística sería errónea. El caso del puñal o cuchillo restante ofrece alguna complicación. El único de los hallados en tumbas que no dibujaron los investigadores alemanes correspondía a la tumba 2. Según el diario de Flores, se trata de un pequeño puñal de hoja triangular en el que apreciamos los orificios de dos remaches. Sin embargo, un dibujo inédito de Siret nos muestra con mayor detalle una pieza de tres remaches¹⁰³ que, en cualquier caso, es claramente distinta a las que publican Schubart y Ulreich como procedentes de tumbas. En resumidas cuentas:

- El puñalito de la tumba 2 se encuentra desaparecido o asignado erróneamente a otro yacimiento en alguno de los museos que custodian la colección Siret.
- De los dos ejemplares presentados por Schubart y Ulreich con los números 3 y 5, uno podría corresponder a un hallazgo exterior a las tumbas, mientras que el otro podría proceder de otro yacimiento y haber sido asignado erróneamente a La Bastida. Desafortunadamente, no resulta posible determinar cuál responde a cada una de estas dos posibilidades. Ante esta incertidumbre, establecemos en cinco unidades los puñales o cuchillos de cobre hallados en 1886.

Por otro lado, salta a la vista que el número de vasijas referenciadas es inferior al efectivamente documentado en los diarios de excavación, que asciende a un total de 18 (11 urnas de enterramiento y 7 vasijas de ajuar).

Pese a estas salvedades, se observan varios contrastes en cuanto a la representación de tipos de materiales y contextos de aparición. En primer lugar, los

100. Siret y Siret (1890: 501). El peso total de los mismos era de 202 g; los valores extremos de esta dimensión eran 20 y 100 y, la media aritmética, 40 g.

101. Schubart y Ulreich (1991: 276, nº 3, 4 y 5; lám. 122, nº 3, 4 y 5).

102. Schubart y Ulreich (1991: 276, nº 4).

103. Documento digital del Archivo Siret (MAN): 1944_45_FD01200_001r-ID001. El tercer remache se localiza en el extremo proximal del enmague y se encontraba abierto. En realidad, Flores ya había hecho constar esta circunstancia, puesto que la línea con la que traza el perímetro del enmague presentaba una interrupción justamente en aquel punto. Este pequeño detalle habla en favor de la fidelidad de las descripciones de campo realizadas por Flores.

metales, los recipientes cerámicos completos y los collares, artefactos compuestos de elementos pequeños, proceden casi por completo de ajuares funerarios. La Bastida, por tanto, no fue una excepción al interés principal de los Siret en términos de arqueología de campo: recuperación de piezas enteras gracias a la protección ofrecida por el contenedor funerario. En cambio, sólo en raras ocasiones se efectuaba la recogida de piezas cerámicas fracturadas en contextos de habitación. Decididamente, los Siret no tenían el remontaje de fragmentos entre sus prioridades.

En segundo lugar, los contextos habitacionales aparecen representados en exclusiva por artefactos líticos, ya sean fabricados por talla (11 láminas de sílex¹⁰⁴) o por pulimento (un hacha, un disco y varias placas¹⁰⁵). Este hecho no es ajeno a lo señalado en el punto anterior: la dureza de los artefactos líticos posibilita que se hayan conservado completos y, además, que hayan seguido incólumes tras una estrategia de excavación “expeditiva”, con frecuencia guiada por la búsqueda rápida de tumbas. Teniendo en cuenta esta ventaja de los artefactos líticos, sorprende la ausencia de ítems de molienda, extraordinariamente frecuentes en éste y en otros yacimientos argáricos. A este respecto, seguramente obró un condicionante distinto, a saber, su peso y las dificultades de transporte que ello conllevaba. En suma, la consigna seguida por Flores podría haber sido la siguiente: “piezas de piedra, sí, pero siempre y cuando no pesen demasiado”.

En tercer lugar, parece que los huesos de fauna sólo se citan y recogen si proceden del interior de una tumba, aun cuando lo normal es que sean mucho más frecuentes en contextos de habitación. Apreciamos también en este aspecto las preferencias de recogida de materiales por parte de Siret y Flores que acabamos de apuntar.

Afortunadamente, los huesos humanos eran recogidos y, pese a su fragilidad, se han conservado lo bastante como para permitir ciertas identificaciones en clave de edad, sexo y patologías. Nuestra revisión del material antropológico conservado en los *Musées Royaux d'Art et d'Histoire* coincide en lo fundamental con las observaciones de Kunter¹⁰⁶ sobre seis tumbas, pero discrepa en dos¹⁰⁷. Para la tumba nº 4 el antropólogo alemán distingue a un posible varón que, dada la escasa entidad de los marcadores conservados, sería más apropiado calificar de alofiso (sexo indeterminable). Más interesantes son las observaciones sobre el material conservado de la tumba nº 2, pues ha sido posible identificar restos de los dos individuos que señala Pedro Flores en su

104. Schubart y Ulreich (1991: 276, nº 15).

105. Schubart y Ulreich (1991: 276, nº 16, 17 y 18; 277: nº 22 y 23, lám. 123, nº 22 y 23).

106. Kunter (1990: 47, 88, 90).

107. Fregeiro y Oliart (en este volumen).

diario, y que podrían corresponder a un hombre y a una mujer a tenor de las marcadas diferencias de tamaño, tanto de las piezas dentales como de los elementos óseos conservados. El perfil demográfico de los nueve individuos conservados sobre un total de 8 tumbas revela una proporción equilibrada entre esqueletos infantiles y de adultos. De entre las tumbas sin restos conservados en los *Musées Royaux d'Art et d'Histoire*, tres (nº 1, 5 y 11) eran urnas de pequeño tamaño y, por tanto, previsiblemente ocupadas por infantiles, mientras que el tamaño de las dos restantes (nº 12 y 13) permitiría acoger el cuerpo de sendos individuos adultos. Por tanto, en el marco de la colección ósea de 1886, dicha proporción equilibrada se mantiene o, si acaso, se decanta ligeramente en favor de los infantiles.

Síntesis

La excavación de Siret y Flores en La Bastida se limitó a ocho días, seis si consideramos sólo los primeros, los únicos en que se observa continuidad en el trabajo y durante los cuales se realizó la mayor parte de los hallazgos. Sabemos que antes de excavar se dispusieron estaciones de cara a un eventual levantamiento topográfico y planimétrico que ignoramos si llegó a realizarse. Asumiendo la ubicación superior de la estación principal y a través de la información contenida en el diario de excavación de Flores, hemos tratado de localizar los sectores explorados, así como conocer diversos aspectos relacionados con el desarrollo de la intervención. En síntesis, consideramos probable que la mayor parte de los trabajos tuvieron lugar en un sector relativamente reducido de laderas altas de La Bastida, que la posición superficial de varias tumbas cercanas entre sí favoreció la elección de dicho sector y que las labores afectaron al depósito arqueológico de más de una estructura habitacional argárica.

La estrategia de excavación de Flores perseguía el hallazgo del mayor número de sepulturas posible, puesto que los contextos funerarios proporcionan abundantes objetos enteros. Sin embargo, hay que decir que ello no implicó por sistema una sucesión de actuaciones puntuales sobre los a buen seguro múltiples indicios funerarios visibles en superficie. Semejante proceder puede reconocerse en la excavación de las tumbas 1 y 13, pero para el grueso de la serie de tumbas debió mediar la selección de un área concreta y su excavación, posiblemente mediante la apertura de zanjas.

Los objetos muebles de la excavación de 1886 se hallan dispersos en tres museos, la mayoría en el de Bruselas. Útiles de cobre, cerámica, industria lítica tallada y huesos humanos constituyen las categorías más relevantes. Los recipientes cerámicos completos y los artefactos metálicos corresponden casi totalmente a ajuares funerarios, entre los que no figura ninguno de miembros

de la clase dominante argárica. La relativa pobreza de este material parece ser el motivo que hizo desistir a Siret de proseguir los trabajos en La Bastida.

Es muy probable que la excavación de La Bastida se simultanease en parte con la de Las Anchuras, yacimiento al que los Siret concedieron mayor relevancia pese a la ausencia de registro funerario. Es probable que en 1886 se inspeccionase también el vecino cabezo de Juan Clímaco, quedando para 1891 la exploración de otros yacimientos peor conocidos del entorno de Totana¹⁰⁸.

¹⁰⁸. Es probable que el hacha de talón y anillas procedente de "Totana" que Siret publica en *L'Espagne préhistorique* (1893: fig. 290) y en *Questions de chronologie* (1913: 345, 351, fig. 125, nº 1) fuese recogida en la segunda etapa de exploraciones en este término municipal en abril de 1891. A falta de otros indicios, no hay por qué suponer que el hacha proceda de La Bastida, tal y como se ha afirmado en ocasiones (Lull 1983: 324, nota 43; Ros 1989: 47; 2003: 243). Vale decir que las excavaciones llevadas a cabo desde 2009 no han constatado ningún material del Bronce postargárico.

3.

EXPOLIOS Y FALSIFICACIONES



3.

EXPOLIOS Y FALSIFICACIONES

La Bastida posee una dilatada historia de excavaciones al margen del control administrativo. De hecho, las rebuscas con fines diversos eran ya comunes antes de los trabajos de Inchaurrendieta. El párroco Bellón, que informó al ingeniero sobre el yacimiento, le escribió en carta que, de La Bastida, “se han sacado muchos restos de cadáveres” y también “(...) varias armas, cuyo diseño en otra ocasión le daré, con otras preciosidades, q(ua)les algunas de ellas se sabe dónde están”¹⁰⁹. El propio Inchaurrendieta había sabido del yacimiento por la noticias de un campesino que, como prueba, le entregó “un trozo de esquisto, probablemente un adorno o amuleto, sacado de uno de los sepulcros”¹¹⁰. También oyó hablar de un jornalero, ya difunto por aquel entonces, que completaba sus ingresos vendiendo al peso los objetos de bronce que sacaba de La Bastida¹¹¹, así como de “sociedades” que habían desmontado varias veces el terreno en busca de un tesoro¹¹². En suma, al inicio de sus actividades en 1869, el ingeniero señaló que la montaña “había sido devastada por la codicia y la ignorancia”¹¹³. Idéntica impresión se llevaron los Siret en 1886, pues, según sus palabras, “el sitio estaba casi del todo revuelto”. Supusieron que las gentes se habían lanzado a excavar allí en busca de “tesoros” tras la excavación de Inchaurrendieta, “devastándolo así todo. De esta manera, la colina en que el caserío se desplegaba ha sido absolutamente saqueada”¹¹⁴. Ante semejante panorama, todavía se consideraron afortunados por haber descubierto 13 sepulturas, aunque su relativa pobreza y las expectativas poco favorables motivaron la brevedad de la campaña y el cese definitivo de sus excavaciones en La Bastida.

¹⁰⁹. González Guerao (2009: 220).

¹¹⁰. Inchaurrendieta (1870: 807).

¹¹¹. Inchaurrendieta (1870: 807).

¹¹². Inchaurrendieta (1870: 808).

¹¹³. Inchaurrendieta (1870: 808).

¹¹⁴. Siret y Siret (1890: 136).

Coleccionismo e industria del fraude

En los últimos años del siglo XIX, Totana y particularmente La Bastida vivieron el inicio de una de las historias que mejor ilustran el papel y la incidencia del tráfico de antigüedades y de falsificaciones en el desarrollo de la arqueología: las peripecias de la sociedad formada por Bernardo Marín Díaz, alias “El Rosao”¹¹⁵, y Francisco Serrano Cutillas, alias “El Corro”¹¹⁶. El relato más completo de los hechos corrió a cargo de Juan Cuadrado Ruiz, quien lo publicó en francés en 1931 con un prólogo de André Vayson de Pradenne¹¹⁷ y, catorce años más tarde, en castellano¹¹⁸. La información de Cuadrado proviene de la entrevista a uno de los protagonistas, Francisco Serrano, mantenida a finales de la década de 1920 (Fig. 19)¹¹⁹. Disponemos también de una nota mucho más breve, redactada a mano por el cronista lorquino Joaquín Espín Rael (1875-1959) y depositada actualmente en el fondo cultural propiedad de la desaparecida Caja de Ahorros del Mediterráneo (Lorca)¹²⁰. Sin embargo, lo sucinto del contenido la convierte en una fuente de menor entidad, a la que sólo nos referiremos puntualmente.

Según la narración de Cuadrado, “El Corro” y “El Rosao” fueron los impulsores de un floreciente negocio de producción y venta de falsificaciones arqueológicas, que tuvo sus comienzos en la imitación de piezas procedentes de ajuares funerarios de La Bastida. Las circunstancias que propiciaron el despegue de la empresa fueron casuales. El campesino de un cortijo cercano al yacimiento guardaba una copa y una olla recogidas allí, que llamaron la atención de “El Rosao”. Éste las solicitó en pago a sus servicios como curandero de caballerías y, al poco tiempo, se asoció con “El Corro” para fabricar y comercializar réplicas como si fuesen auténticas. Un alfarero de Totana llamado León Vidí participaba en la producción, mientras que un cuarto personaje, Francisco Cayuela Aledo, alias “Frasquitolo”, desempeñó el papel de intermediario, siempre según la narración de Cuadrado.

115. Según el censo de 1893, Bernardo tenía entonces 25 años, estaba domiciliado en la calle Peligros, de profesión esquilador y no sabía leer ni escribir. Agradecemos a Javier Castillo (Archivo General de la Región de Murcia) el habernos puesto sobre aviso del valor de este fondo documental en relación a los fines que perseguíamos.

116. Según el censo de 1893, Francisco tenía 28 años, domiciliado en la calle Rosa, nº 16, de profesión jornalero y, al igual que Bernardo, era analfabeto.

117. Cuadrado Ruiz (1931).

118. Cuadrado Ruiz (1945).

119. Cuadrado Ruiz (1945: 26) señala que la entrevista se realizó ocho años después de la muerte de Bernardo Marín, acontecimiento que tuvo lugar en 1920 (Montes 1993: 112). García Cano (2006: 74) data la entrevista, no obstante, en el verano de 1929, y también 1929 es la fecha mencionada por Hernández Carrión (2011: 301).

Sin embargo, en el borrador de una memoria inédita presentada a la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas y fechada en septiembre de 1927, Cuadrado menciona el engaño sufrido por Pierre Paris de parte de “El Rosao”. Este hecho había sido referido por “El Corro” en la entrevista con Cuadrado (Cuadrado 1945: 40), por lo que cabe la posibilidad de que dicha entrevista se hubiese producido con anterioridad a septiembre de 1927.

120. Fondo cultural Joaquín Espín Rael (CAM, Lorca), código de registro “3-7-51”.



^

Figura 19.
“El Corro” y Juan Cuadrado a finales de la década de 1920, con motivo del relato de las peripecias del primero de ellos.

Cuadrado distingue cuatro etapas en el desarrollo de las actividades fraudulentas de los totaneros¹²¹. En la primera se limitaron a vender reproducciones de recipientes cerámicos argáricos; en la segunda, ampliaron su catálogo a objetos de Cartago y Roma, mientras que en la tercera y la cuarta incluyeron ejemplares con influencias estéticas del México precolombino e incorporaron elementos surgidos de la fantasía de “El Rosao” y “El Corro”, plasmados en los últimos tiempos de su actividad también en piedra y metal. Fue precisamente la figuración de motivos americanos y otros ciertamente extravagantes de cosecha propia, absolutamente ajenos al registro arqueológico del sureste, lo que delató a sus autores, que vieron declinar su negocio hasta desaparecer.

La narración de Cuadrado es vívida y rica en anécdotas, pero pobre en cuanto a detalles cronológicos. Sabemos que, “cierto tiempo” después de comenzar sus actividades, Marín y Serrano tuvieron noticia de la gran cantidad

121. Cuadrado (1931: láms. IV, V, VI y VII).

de dinero pagada por la Dama de Elche. Si tenemos en cuenta que la venta al Louvre de esta escultura se produjo el 30 de agosto de 1897, “El Corro” y “El Rosao” habrían empezado su negocio como mínimo a mediados de la década de 1890¹²². En aquella época inicial, centrada en la reproducción de piezas argáricas, La Bastida fue en ocasiones escenario e instrumento de los engaños. A este respecto, “El Corro” relató que utilizaban algunas de las tumbas descubiertas por Inchaurrendieta para colocar y disimular en su interior las imitaciones, y que hasta allí llevaban luego a los incautos compradores con el fin de que presenciasen en persona los “descubrimientos” y quedasen convencidos de la autenticidad de los mismos.

El tráfico de falsas antigüedades totaneras fue hallando dificultades como consecuencia de sucesivas denuncias. Hasta donde podemos saber, la primera alerta sobre esta actividad fraudulenta se produjo en abril de 1897¹²³, cuando Francisco Cánovas Cobeño, naturalista e historiador lorquino, publicó una nota donde alertaba que, en Totana, “dos gitanos” habían vendido colecciones de objetos “encontrados cerca de dicha población” a familias acomodadas¹²⁴. Añadió que este tráfico se había extendido a Lorca y certificó sin ningún tipo de duda la falsedad de dichos objetos, con el fin de prevenir a posibles compradores del engaño en que podían incurrir. En mayo de 1900, Edward S. Dodgson, correspondiente de la Real Academia de la Historia, remitió una carta al director de esta institución en la que informaba de la venta de objetos falsificados en Totana¹²⁵. En este escrito relata que, a invitación de Francisco Cayuela (el socio comercial de Marín y Serrano), se desplazó a Totana para contemplar su colección de antigüedades ibéricas y romanas. Una vez allí, Cayuela le confesó la falsedad de las mismas, y, lo que es más, le condujo al taller alfarero donde se producían desde hacía tiempo las falsificaciones en cerámica que él luego vendía. Dodgson manifestó su repulsa ante este tráfico fraudulento y conminó a la Real Academia a emprender las acciones necesarias para prevenir a futuros compradores, ya fuesen coleccionistas privados o museos, de la estafa de que podían ser víctimas. Señaló además su intención de ponerse en contacto con el gobernador civil de Murcia para consultarle acerca de si el ordenamiento legal vigente consentía el comercio de falsificaciones arqueológicas.

122. García Cano (2006: 73) apunta “los primeros años ochenta del siglo XIX” para el inicio de la historia, aunque no aduce los motivos para proponer una cronología tan temprana. Por su parte, Espín Rael data “hacia 1890” el inicio de los engaños.

123. Fernández de Avilés (1941: 139), siguiendo el parecer de Berlanga (1902: 198-199), indica que Arthur Engel publicó una denuncia decisiva contra los totaneros en la *Révue Archeologique* de 1896 (p. 216, fig. XVII). Sin embargo, la nota de Engel omitía expresamente cualquier referencia a nombres y lugares, por lo que no resulta evidente que se refiriese a aquéllos. De todas formas, aunque Engel estuviese refiriéndose implícitamente a “El Corro” y “El Rosao”, la falta de precisión de su texto restaba efectividad a la denuncia.

124. Cánovas Cobeño (1897: 5). López Azorín (2012: 143) ha advertido acertadamente sobre la alerta del estudioso lorquino.

125. Gómez Ródenas (2001: 180; signatura documento RAH: CAMU/9/7963/43(2)). Dodgson (1857-1922), de nacionalidad británica, es sobre todo conocido por su faceta de filólogo estudioso del euskera.

Tres años después, Manuel Rodríguez de Berlanga identificaba “la celeberrima fabricación murciana de la *Alfarería* de Totana”¹²⁶ como el lugar de procedencia de una serie de recipientes cerámicos puestos a la venta en Málaga por un anticuario, bajo la pretensión de que se trataba de hallazgos prehistóricos realizados en el litoral de la provincia. Poco más tarde, en 1904, Pierre Paris dio la alarma sobre la falsedad de una serie de vasos con elementos antropomorfos producidos en Totana, del mismo tipo de los que, en sus palabras, habían “inundado” España y amenazaban con hacer lo mismo en Francia, ya que podían adquirirse en algunos establecimientos de antigüedades de París¹²⁷. Sin embargo, parece que la precaución no evitó que el propio Paris figurase entre los compradores de piezas falsas (Fig. 20)¹²⁸. Tal vez fue antes de 1904 cuando Louis Siret descubrió a los estafadores en el momento en que éstos intentaron venderle algunas piezas en Herrerías, y presumiblemente lo habría comunicado a personas de su entorno intelectual, como el propio Paris.

Allá por 1906, Manuel González Simancas anotaba en el tomo I de su Catálogo Monumental de la Provincia de Murcia que tres figuritas incluidas en la colección particular de Eulogio Saavedra guardaban semejanzas “con las modernas falsificaciones de Totana, hoy ya tan conocidas”¹²⁹. La afirmación de González Simancas indica que el fraude era ampliamente conocido hacia 1906, cuando menos en los círculos ilustrados. Sin embargo, para el final de la trama totanera pudo ser definitiva la denuncia contenida en un artículo de Horace Sandars publicado en 1913 por la *Society of Antiquaries* de Londres, en el que se denunciaba la masiva venta de recipientes falsos de pretendida filiación fenicia¹³⁰. Para dar idea de la envergadura del tráfico, Sandars empleó la expresión “Totana factory” y mencionó que algunas de esas piezas podían llegar a adquirirse incluso en la capital británica, a menos de una milla de la mismísima sede de la Sociedad en Burlington House. Sandars acompañó el texto con dos fotografías donde aparecen tres vasos típicos de las etapas tardías de la producción totanera (Fig. 21)¹³¹. El artículo de 1913 halló su eco en un resumen del mismo publicado un año después por William Bates en *American Journal of Archaeology*¹³². Es en cierta manera sorprendente que trece años después de

126. Berlanga (1903: 229).

127. Paris (1904: 142, nota 1, y fig. 213).

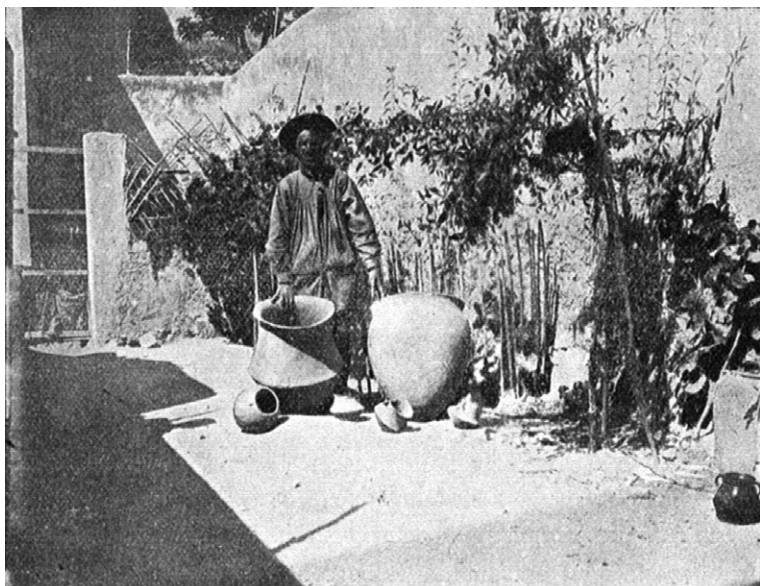
128. P. Paris informaba a G. Bonsor, en carta firmada el 11 de julio de 1903 desde Osuna (Sevilla), de que iba a llevar a cabo unas negociaciones en Totana. En una ulterior misiva también dirigida a Bonsor (enviada el 9 de agosto de 1903 ya desde Burdeos) le decía que no pudo detenerse en Totana como era su intención, porque había sido reclamado desde Burdeos. Sin embargo, ofrecía a Bonsor la posibilidad de adquirir piezas totaneras por mediación de Pascual Serrano, que vivía en Alicante y que estaba bien relacionado en Murcia y en Totana (Maier 1996: 18). Además, como apuntó Cuadrado Ruiz (1927: 9; 1945: 40), Paris fotografió a “El Rosao” rodeado de imitaciones argáricas, creyendo, engañado, en la autenticidad de las mismas.

129. González Simancas (1997: 23).

130. Sandars (1913: 69-71).

131. Sandars (1913: figs. 1 y 2).

132. Bates (1914: 532).



<

Figura 20.
Fotografía incluida por Pierre Paris en el segundo volumen de su gran obra *Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne primitive* (1904), en la que aparece “El Rosao” rodeado de vasijas falsas, aunque consideradas auténticas por Paris.



<

Figura 21.
Dos de las falsificaciones totaneras de las fantasiosas producciones tardías, denunciadas por Sandars.

la denuncia de 1900 todavía fuese necesario alertar sobre la falsedad de esta clase de piezas en circulación. Esta circunstancia cuestiona la pretensión de Fernández de Avilés acerca de que la supuesta denuncia de Engel y la explícita de Paris “diesen la puntilla” a la “faena”. Es verosímil que la acumulación de denuncias públicas debió ir restando margen de maniobra a los artífices de Totana, pero el dilatado encadenamiento temporal de estas alertas indica que el declive del negocio fue lento, incluso cuando en su catálogo figuraban centenares de las extravagantes figuras fruto de la imaginación de los autores. Es posible que una estrategia efectiva de supervivencia

fuese la búsqueda de compradores en lugares diversos y cada vez más alejados de Totana. De una manera o de otra, el taller de falsificaciones consiguió perdurar probablemente en torno a veinte años¹³³.

Se desconoce la cantidad de falsificaciones argáricas comercializadas, pero sin duda fue elevada en función de la pujanza que alcanzó el negocio desde sus comienzos. Tal vez se tratase de una exageración, pero “El Corro” cifró en “centenares”¹³⁴ los potenciales compradores que él y su socio acompañaron a La Bastida para que fuesen testigos de un hallazgo teatralizado. Ahora bien, hay indicios de que Marín y Serrano no se limitaron a tratar con reproducciones. Recordemos que el punto de partida de sus actividades había sido la copa y la olla guardadas por el campesino del cortijo cercano a La Bastida; es decir, tan sólo dos piezas que, además, fueron las primeras en ser vendidas¹³⁵. Sin embargo, en las ilustraciones de Cuadrado relativas al elenco de recipientes producido por los totaneros figuran ejemplares de toda la vajilla argárica (Fig. 22)¹³⁶, algunos tan poco frecuentes como los contenedores bicónicos de Forma 6. Es de destacar también la amplia diversidad de recipientes carenados de Forma 5 en cuanto a detalles morfológicos y tamaños, una diversidad que se corresponde con la variabilidad real de estas piezas. Así mismo, en la fotografía de “El Rosao” rodeado de vasijas que reproduce Paris sin ser consciente de que retrataba a uno de los falsificadores¹³⁷, se observan cinco recipientes de Forma 5 de distintas dimensiones y una urna de Forma 4. En suma, o bien los dos socios excavaron nuevas sepulturas a la búsqueda de modelos con los que ampliar su repertorio, o bien accedieron a piezas descubiertas en el pasado por gentes del lugar, o, menos probablemente dado su bajo nivel educativo, consultaron con criterio la única obra bien ilustrada sobre el bronce argárico disponible en aquel entonces, *Las Primeras Edades* de los hermanos Siret. Dada la cautela con que obraban entre sus paisanos de Totana¹³⁸, nos inclinamos por la primera de estas posibilidades, es decir, la reproducción de originales procedentes de excavaciones propias¹³⁹. Por tanto, habría que considerar a Marín y Serrano como excavadores y no tan sólo falsificadores de piezas de La Bastida.

133. En palabras de “El Corro” (Cuadrado 1945: 39). Esta duración coincide con nuestra estimación indirecta: desde la primera mitad de la década de 1890, hasta alrededor de 1913.

134. Cuadrado Ruiz (1945: 28).

135. Cuadrado Ruiz (1945: 26).

136. Cuadrado Ruiz (1931, lámina 4; 1945; lámina 4).

137. Cuadrado Ruiz (1927: 9).

138. Cuadrado Ruiz (1945: 28).

139. En otro pasaje de su relato, “El Corro” explica que un señor de Cartagena llamado Luis Angosto les pagaba 250 pesetas al mes para que excavasen en La Bastida. Cada cierto tiempo se desplazaban a Cartagena a cobrar y le llevaban alguna pieza, fundamentalmente figuras de piedra (Cuadrado Ruiz 1945: 36-37). Esta noticia data de cuando los totaneros fabricaban estatuillas en piedra y objetos metálicos, es decir, tiempo después del auge inicial basado en la reproducción de recipientes cerámicos argáricos. Así pues, aun cuando excavasen en La Bastida pagados por Angosto, está claro que hubo de haber “campanas” previas que proporcionasen el repertorio completo de la alfarería argárica.



^

Figura 22.

Repertorio de recipientes de inspiración argárica fabricados por los falsificadores totaneros. Como puede observarse, se hallan representados todos los tipos cerámicos argáricos.

En apoyo de esta conclusión hallamos también las palabras de Martínez Santa-Olalla, quien narra sintéticamente las actividades de “El Corro” y “El Rosao” desde una óptica distinta a la de Cuadrado:

“(...) expolían las sepulturas de cistas y tinajas de las casas de la edad del bronce; ya no venden sólo el metal al peso, sino que venden las piezas metálicas por su propio valor, como antigüedades, y venden ventajosamente las piezas enteras de cerámica. La mercancía escasea y ello les decide a no interrumpir el negocio y acuden a la falsificación (...)”¹⁴⁰

Desde esta perspectiva, “El Corro” y “El Rosao” habrían tomado la vía de la falsificación tras una primera etapa de expolios que supuso, obviamente, excavaciones. Ignoramos cuál fue la fuente informativa que llevó a Martínez Santa-Olalla a semejante conclusión, pero algunos datos independientes parecen reforzarla, como veremos más adelante.

¹⁴⁰. Martínez Santa-Olalla (1947: 47).

Si resulta imposible conocer la cantidad de copias argáricas distribuidas, no es menos complicado determinar su paradero. Cuadrado recoge en su relato la identidad de algunas de las personas estafadas, pero no queda claro si en calidad de compradores de imitaciones argáricas o de las abundantes piezas con motivos antropomorfos cuyos estrambóticos rasgos las delatan hoy con facilidad. Según Montes¹⁴¹, algunos museos de Francia y los de Berlín, Múnich, Británico, Histórico de Cádiz, Ruiz de Luna de Talavera, Arqueológico de Cartagena, Jerónimo Molina de Jumilla y Arqueológico de Murcia, así como diversas colecciones privadas de Villena, Murcia, Mula, Caravaca y Cartagena cuentan en su haber con piezas de “El Corro” y “El Rosao”, aunque no especifica cuántas ni a qué “estilo” totanero corresponden. La nómina de instituciones o particulares afectados es sin duda más extensa¹⁴². Uno de éstos, Juan Rubio de la Serna, adquirió un grupo de vasos que luego donó al Museo Municipal de Barcelona. El comprador acabó percatándose de la estafa, pero nada se dice sobre el paradero final de las piezas¹⁴³. Ya nos hemos referido antes a la inclusión de tres figuras en la colección del lorquino Eulogio Saavedra¹⁴⁴. En 1940, Augusto Fernández de Avilés, por aquel entonces director del Museo Provincial de Murcia, publicó una breve nota¹⁴⁵ en la que relata tener conocimiento de una colección en Cehegín que llegó a contar con ochenta vasijas, la mayoría figurativas y con inscripciones. Indica además al respecto que doce recipientes de dicha colección fueron llevados a Barcelona. Cita también como poseedoras de piezas falsas una colección privada de Murcia, otra de La Unión y la colección municipal de Cartagena. En 1945, Antonio Beltrán, director precisamente del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, señalaba que algunas falsificaciones habían ido a parar a sus manos¹⁴⁶, y mencionaba noticias de otras en posesión de particulares en Almansa, Alicante (Isidro Albert), la misma Cartagena (Federico Casal, cronista de la ciudad) y La Unión (Antonio

141. Montes (1993: 106).

142. En la narración de Cuadrado constan como compradores Cosme Cánovas (Totana), Mariano Manzanera y Joaquín Espín (Lorca), el marqués de Castrillo, el anticuario Marcelo del Olmo y Juan Témboury (Málaga), el tratante Valeriano Aracil (Orihuela), Edward Pearce (cónsul inglés en Mazarrón), Luis Angosto (Cartagena), Juan Rubio de la Serna (Barcelona), Pierre Paris (Burdeos) y un número indeterminado de particulares y anticuarios anónimos de Barcelona, Valencia, Madrid, Toledo, Andújar, Almería, Gibraltar, Argel y Orán. Hay que imaginar además que la dispersión de las piezas debe ser actualmente muy amplia como consecuencia de sucesivas ventas o donaciones a partir de los compradores originales. La noticia de Sanders acerca de la posibilidad de adquirir figuras totaneras en Londres es un buen ejemplo. Por citar un ejemplo más aparte de los mencionamos en el texto, en el museo “Camilo Visedo” de Alcoi (Alicante) se custodió una estatuilla en piedra atribuida a los falsificadores de Totana y hoy desaparecida (Segura 2002/2003: 198), aun cuando la localidad alicantina no figuraba en la lista de puntos de venta itinerantes de Marín y Serrano.

143. En el relato de Cuadrado, “El Corro” cuenta que Cayuela vendió a Juan Rubio de la Serna un grupo de objetos, y que éste, convencido de su autenticidad, los donó al Museo Municipal de Barcelona. En sus salas fueron expuestos al público durante varios meses hasta que se destapó que se trataba de falsificaciones, lo que costó “una enfermedad” a Rubio de la Serna (Cuadrado 1945: 32). Desconocemos si las piezas cerámicas, calificadas como “protohistóricas”, eran imitaciones de originales argáricos, prerromanos o fruto de la inspiración de los alfareros totaneros.

144. González Simancas (1997: 23).

145. Fernández de Avilés (1941: 139-141).

146. Beltrán (1945a). Piezas que, además, tuvieron un lugar en tres vitrinas del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena (Beltrán Lloris 2008: 158).

Aguirre)¹⁴⁷, esta última ya mencionada por Fernández de Avilés. Pocos años después, en 1951, Llopis presentó el caso de tres piezas compradas originalmente en Huércal-Overa y que acabaron tras sucesivas herencias en manos del abogado José Fernández Alonso¹⁴⁸. Melgares presentó una situación similar en la colección de Amancio Robles Musso, de Caravaca¹⁴⁹, y Hernández Carrión ha revelado recientemente que las imitaciones depositadas en el Museo de Jumilla procedían de una donación de los herederos del notario Sebastián Cutillas y Cutillas¹⁵⁰. En 2001 ingresaba en la Real Academia de la Historia un lote de once piezas donado por Fernando Fontes, marqués de Torrepacko, adquirido inicialmente por su tío abuelo Mauricio Loizelier¹⁵¹.

En cierto número de casos, las piezas totaneras engrosaron colecciones, sabedores sus titulares de su carácter de falsas antigüedades. Así lo confesó en 1897 Cánovas Cobeño, posiblemente la primera persona que alertó sobre dicho carácter. Al menos dos de las “estatuas de los gitanos de Totana” que ingresaron en el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena tampoco engañaron a nadie, ya que fueron donadas por Juan Cuadrado¹⁵². El Museo Arqueológico de Almería conservaba en 1949 un importante fondo de 68 piezas, entre las que figuran “ídolos” de piedra o barro cocido, vasijas, lucernas, lápidas con inscripciones “romanas” y balas y percutores de piedra. No obstante, en este caso proceden de la colección Cuadrado y, por tanto, hay que pensar que fueron conservadas desde el principio más bien en calidad de curiosidades¹⁵³. Un caso parecido es el de la colección de la familia Siret. Sabemos por Cuadrado del chasco que se llevaron Marín y Serrano cuando intentaron venderle piezas falsas al mismísimo Siret en Herrerías. El belga descubrió el engaño, pero, al parecer y haciendo gala de buen talante, se quedó con varios ejemplares como recuerdo¹⁵⁴. Ello explicaría la presencia de alguno de éstos en casa de los descendientes de Siret, como mostró Casanova en la biografía dedicada a Louis Siret¹⁵⁵, y como nos ha informado Juan Grima Cervantes, quien conserva fotografías

147. Beltrán (1945a: 31-32). Beltrán también hace referencia a la colección de Luis Angosto, mencionado en el relato de Cuadrado, y al hecho de que, todavía en la década de 1940, había chamarileros de Cartagena que vendían piezas totaneras por las que pedían precios elevados. Fernández de Avilés también se hizo eco en 1941 de personas que trataban de vender esa misma mercancía (p. 140).

148. Llopis (1951: 41-42).

149. Melgares (1978: 428, lám. II).

150. Hernández Carrión (2011: 306, 496). La presencia de falsificaciones totaneras en el museo jumillano había sido dada a conocer por Melgares (1978).

151. Almagro Gorbea *et alii* (2004: 409-414).

152. Así lo afirma Beltrán en una relación anual de nuevos ingresos (Beltrán 1946a: 190).

153. Cuadrado Ruiz (1949: 47). A título de anécdota, parece que una más de estas figuras falsas fue adoptada como amuleto por la tertulia de artistas y escritores de Almería, en la que Cuadrado participaba (Cuadrado 1986: 212). En la década de 1960, el pintor Mariano Ballester conservaba celosamente una de las piezas totaneras, plenamente sabedor de su origen (Crónica de Jerónimo García Ruiz en *Línea*, 6 de mayo de 1964, p. 5). El propio Cuadrado obsequió algunas falsificaciones totaneras a Martínez Santa-Olalla hacia 1942, coincidiendo con una visita de éste a Almería (Archivo del Museo de San Isidro, referencia FD1974/1/11215).

154. Cuadrado Ruiz (1945: 33).

155. Casanova (1965: fig. 24).



^

Figura 23.

Piezas de la “tercera manera” de la producción totanera.

>

Figura 24.

Conjunto de piezas comercializadas por “El Corro” y “El Rosao”. La segunda por la derecha es una buena imitación de una vasija carenada de Forma 5. La fotografía procede del legado documental de Louis Siret depositado en el MAN, por lo que probablemente sea parte del material que Siret conservó tras descubrir el intento de estafa del que pudo ser víctima.



de cuatro piezas tomadas en la residencia de la familia Siret. Al respecto, cabe señalar además que dos fotografías del legado documental Siret depositado en el MAN muestran doce piezas de “estilos totaneros” (Figs. 23-24)¹⁵⁶. La circulación no quedó ahí, ya que Vayson de Pradenne, además de contemplar algunas de esas piezas durante una visita a la casa de Siret en Herrerías¹⁵⁷, al parecer se llevó consigo varias donadas por su anfitrión¹⁵⁸.

156. Documentos digitales del Archivo Siret (MAN): 1944_45_FF00161r-ID001 y 1944_45_FF00162-ID001).

157. Cuadrado (1945: 19).

158. Cuadrado (1931: lám. X).

En algunos casos, como los que afectan a los museos de Cartagena¹⁵⁹, Murcia¹⁶⁰, Almería¹⁶¹, Alcoi¹⁶² y Jumilla¹⁶³, se han realizado menciones puntuales o publicaciones monográficas que incluyen ilustraciones de las falsificaciones. Una constatación inquietante tras el repaso de estas noticias es que suelen hacer referencia a las piezas más grotescas y atrevidas de las producciones totaneras tardías, las de la “tercera y cuarta etapas” definidas por Cuadrado, mientras que apenas se dice nada sobre el paradero de las imitaciones argáricas de la “primera manera”, salvo en el caso de una copa de una colección privada de Cehegín¹⁶⁴, de tres recipientes depositados en el Museo Arqueológico de Jumilla (Fig. 25)¹⁶⁵ y, tal vez, de varias piezas del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena¹⁶⁶. Hay indicios para pensar que las imitaciones de modelos de la Edad del Bronce fueron numerosas y que, de una manera u otra, pasaron a engrosar colecciones de titularidad pública y privada. Conviene que la comunidad investigadora sea consciente de este riesgo a la hora de abordar el estudio de colecciones museísticas, y, para mitigarlo, se esté muy alerta a la genealogía de cada pieza. Ignoramos el grado de perfección alcanzado en las imitaciones, o si éstas pudieran poseer detalles que las delatasen fácilmente, como tal vez alguna marca del torno empleado por León Vidí en el modelado de la cerámica. Sin embargo, teniendo Totana una tradición alfarera secular no sería extraño toparse con falsificaciones de calidad, difícilmente distinguibles de recipientes auténticos¹⁶⁷. Como acertadamente señaló Vayson de Pradenne en su prólogo al relato de Cuadrado, al *affaire* de Totana le faltó la controversia necesaria para salir abiertamente al candelero y que se revelasen todos sus detalles e implicaciones. Debería ser motivo de reflexión sobre la práctica de la arqueología en España que el primer relato completo de los hechos tras la denuncia internacional de Sandars en 1913, el escrito por Cuadrado, tardase 18 años en ver la luz pública. A buen seguro que la información ya circulaba entre determinados círculos de expertos, como revelaba Bosch Gimpera en 1928 al aducir el carácter de “falsificaciones de las conocidas de Totana” para rechazar

159. Fernández de Avilés (1941: 140), Beltrán (1945a), Montes (1993: 107), Beltrán Lloris (2008: 158).

160. Montes (1993: 108-111).

161. Cuadrado Ruiz (1949).

162. Segura (2002/2003).

163. Melgares (1978), Hernández Carrión (2011).

164. Fernández de Avilés (1941: 140).

165. Hernández Carrión (2011: 307-309) presenta una olla carenada y dos copas de morfología argárica producidas por los falsificadores.

166. Esta suposición se basa en la presencia de recipientes de tipología argárica en las vitrinas del museo en una fecha tan temprana como 1945 y cerca de un lote de piezas totaneras falsas (Beltrán Lloris 2008: 158). Cabe la posibilidad de que sólo fueran identificados como falsos los recipientes con figuraciones fantasiosas, mientras que las piezas de la “primera época” pasasen como procedentes de La Bastida.

167. Sobre la tradición ceramista en Totana, véase Sánchez Pravía (2003, 2005). En la entrevista mantenida con Cuadrado, “El Corro” afirmó que “(...) habíamos llegado a imitar a la perfección, aunque me esté mal el decirlo, los barros lisos de la Bastida” (Cuadrado Ruiz 1945: 28). Las piezas publicadas recientemente por Hernández Carrión (2011: 307) dan idea de la técnica empleada por los falsificadores. Es cierto que algunos detalles se revelan atípicos, como el pie de copa excesivamente pequeño, pero sin duda es de destacar la buena factura general y la habilidad para reproducir los efectos del paso del tiempo en forma de concreciones sobre la superficie y pequeñas roturas.

la propuesta de venta presentada por Trinitario Ferrero a la Junta de Museos de Barcelona de 13 objetos cerámicos presuntamente hallados en Hellín¹⁶⁸. Sin embargo, el silencio de los estafados y la complicidad, vergüenza o ignorancia de los sucesivos propietarios o depositarios han cubierto con un velo de incertidumbre el conocimiento de la alfarería “argárico-totanera” moderna. Por esta razón, deben quedar muchas trampas tendidas a la espera de investigadores no siempre provistos de las herramientas para eludir las.

>

Figura 25.
Imitaciones totaneras de originales argáricos depositadas en el Museo Municipal “Jerónimo Molina” de Jumilla.
(cortesía de Emiliano Hernández)



¿Una historia distinta?

La estructura y contenidos del texto de Juan Cuadrado ofrecen connotaciones que conviene examinar críticamente para la comprensión de lo sucedido. Por un lado, el protagonismo de las acciones que se relatan corresponde a “El Corro” y “El Rosao”. De ellos partió la iniciativa de montar el “negocio”, ellos condujeron los engaños y las peripecias comerciales y a ellos se atribuyen los deslices que darían al traste con su empresa. La historia ha sido considerada como un ejemplo típico de picaresca, entendida como una manera de obrar reservada a personajes de los escalafones sociales más bajos que, haciendo uso de ingenio, astucia y atrevimiento, son capaces de burlar las normas del *status quo* dominante y

¹⁶⁸. Arxiu Nacional de Catalunya (ANC1-715-T-4461). Lamentablemente, no hemos podido hallar las fotos de los objetos que se citan en el ofrecimiento del vendedor.

alcanzar objetivos vedados a gente de su condición. El hecho de que “El Corro” y “El Rosao” fuesen “gitanos”, encajaría con los estereotipos sobre este colectivo. Es interesante observar que los trabajos que se refieren a la historia que nos ocupa nunca dejan de recordar que Marín y Serrano eran “gitanos”. Con esta puntualización, se facilita la comprensión del relato al lector “payo”, al hacérselo familiar y congruente con sus prejuicios heredados. “Gitano” y “pícaro” entrarían en el mismo campo semántico, por lo que una de las enseñanzas que se desprende del texto es: “ojo avizor, pudientes “payos” coleccionistas de arqueología; redoblen las precauciones a la hora de gastar su dinero”.

Por otro lado, el narrador obtiene también su cuota de protagonismo. Es innegable que Juan Cuadrado escribe el relato con gracia y amenidad. Sin embargo, va más allá de su objetivo declarado de ser un mero transcriptor, ya que procura estar siempre presente conduciendo la trama mediante la formulación de las preguntas oportunas. Cuadrado se asegura el papel de descubridor de la historia, al ser capaz de hacérsela confesar a uno de sus protagonistas directos, a un personaje marginal y, de esta manera, rescatarla del olvido al que estaba condenada por el analfabetismo del pícaro superviviente y, de otra parte, por el silencio de los cultos estafados. En las últimas páginas, Cuadrado reivindica y ennoblece el “arte” de “El Corro” y “El Rosao” y, al emitir este juicio favorable en lugar de vilipendiar sus engaños, subraya su propia audacia al desvelar una historia vergonzosa y oculta para muchos adinerados coleccionistas y académicos.

Nuestro objetivo principal al abordar la relación entre La Bastida y las falsificaciones totaneras fue determinar el grado de afectación directa que pudieron tener las actividades de “El Corro” y “El Rosao” en el yacimiento, y detallar las características y el alcance del fraude en los medios museísticos. Sin embargo, en el transcurso de esta investigación hemos localizado documentos que sugieren que algunos acontecimientos pudieron haberse desarrollado de modo distinto a como los conocemos por la pluma de Cuadrado.

El hecho más relevante parece haber sido el papel inesperado y decisivo de Francisco Cayuela Aledo (Fig. 26), también conocido como “Frasquito Cayuela” o “Frasquitolo”. Varios indicios apuntan a esta conclusión. Una nota manuscrita anónima conservada en la Real Academia de la Historia y fechada tal vez en 1899, describe a Francisco Cayuela como una persona de posición acomodada y sin conocimientos de arqueología, que obtiene ganancias cifradas en “miles de pesetas” de la venta a compradores de Barcelona de “antigüedades encontradas todas en las inmediaciones de la residencia de dicho Sr., y principalmente en lugar escondido entre las escabrosidades de una sierra algo distante de Totana”¹⁶⁹. No parece descabellado identificar ese lugar “escondido entre las escabrosidades de la sierra” con La Bastida.

¹⁶⁹. RAH signatura: CAJ/9/7958/23(4).

Esta información permite avanzar en varios frentes. En primer lugar, nos ayuda a caracterizar al personaje. Cayuela nació en 1866 en Totana. Residió en esta ciudad y en la vecina Alhama de Murcia, y alcanzó notoriedad pública a finales del siglo XIX y principios del XX debido a varios motivos. Tal vez hoy parezca baladí decir que fue uno de los impulsores del ciclismo en Murcia¹⁷⁰, pero no lo es. En aquella época, muy poca gente podía permitirse el lujo de tener una bicicleta y dedicarla a la práctica deportiva. Ello apoya la afirmación incluida en la nota de la Real Academia, en el sentido de que Cayuela gozaba de una posición acomodada¹⁷¹. Pero es que, además, la afición al ciclismo lo vincula inesperadamente con La Bastida, ya que compartió rutas y protagonismo en la promoción de las dos ruedas con su primo José Inchaurrendieta Aledo, hijo del ingeniero de montes José Inchaurrendieta Páez,

>

Figura 26.
Francisco Cayuela Aledo.



170. http://www.regmurcia.com/servlet/s.SI?sit=c,30,m,1546&r=ReP-10179-DETALLE_REPORT_AJESABUELO (consulta en diciembre de 2013).

171. Francisco Cayuela era hijo del juez de primera instancia y también de la Audiencia Provincial Ildefonso Cayuela Mora, y de Matilde Aledo. En 1889 se le conoce como empresario de espectáculos (Diario de Murcia, 9 de mayo de 1889, p. 2) y años después como miembro de la Junta del Casino de Totana (Las Provincias de Levante, 1 de enero de 1897, p. 2) y contador del de Alhama (El liberal de Murcia, 4 de enero de 1912).

y, por tanto, sobrino de Rogelio Inchaurrendieta Páez¹⁷². Así pues, se daban las condiciones para que Cayuela supiese de La Bastida y de lo que podía encontrarse allí.

En segundo lugar, la nota de la Real Academia habla de él como vendedor de antigüedades en Barcelona. A este respecto, hemos localizado una documentación muy reveladora: el expediente relativo a la adquisición, por parte del Ayuntamiento de Barcelona, de un lote de 61 recipientes cerámicos a Francisco Cayuela¹⁷³. Desde Alhama y con fecha 29 de mayo de 1897, Cayuela redactó de su puño y letra una instancia dirigida al Ayuntamiento en la que ofrecía venderle una colección formada por “sesenta ejemplares de cerámica prehistórica, algunas monedas y otros objetos”. Según Cayuela, las piezas fueron descubiertas durante sus excavaciones en “sarcófagos, ceniceros y concavidades” de los yacimientos denominados “Cabezo de La Bastida”, “Cabezo del Sombrero” y “Llano del Campico”, entre las villas de Totana y Aledo y en las cercanías de la “Rambla del Ebor”, la actual rambla de Lébor. La colección llegó a Barcelona el 31 de mayo, concretada en 61 recipientes cerámicos. Recibió en los días siguientes el visto bueno de la Junta Técnica del Museo Municipal de Historia y fue tasada y adquirida por 800 pesetas.

La ponencia pericial de la Junta Técnica, realizada por José Puiggarí, Rafael Bocanegra y Francisco Carreras Candi, describe el material cerámico ofreciendo datos de interés. Un primer grupo de recipientes presenta superficies lisas, pasta negra o gris oscura granulosa con partículas de mica y perfiles semejantes a los de otros descubiertos en la región¹⁷⁴. No se detalla cuántas piezas corresponderían a esta clase, pero parece claro que se trata de originales argáricos o imitaciones de la “primera época” totanera. Un segundo grupo presenta pasta blanquecina y una factura de mejor calidad, sin que se aporte información sobre su morfología. El tercer conjunto muestra características tecnológicas parecidas a los dos anteriores, pero se diferencia de ellos por poseer adornos en forma de zig-zag y meandros que los vinculan a un origen “celta”. Sin una asignación a uno de los tres grupos, se menciona un vaso de pasta roja con dos leyendas en su exterior “escritas en caracteres romanos e ibéricos o fenicios”, “circunstancias que dan a esta pieza mayor valor”. Por último, aluden a una serie de piezas que “despiertan extraordinariamente el interés” por presentar una estructura que “afecta groseramente la forma corpórea de hombres o animales”. Mucho nos tememos que estas “originalísimas producciones”, al igual que el vaso con inscripciones, corresponden a manufacturas de la tercera y cuarta épocas totaneras. Hay constancia

172. http://www.regmurcia.com/servlet/s.SI?sit=c,30,m,1546&r=ReP-8336DETALLE_REPORTAJESABUELO (consulta en diciembre de 2013).

173. Arxiu Nacional de Catalunya, expediente ANC1-715-T-1462.

174. Previsiblemente, conocidos por aquel entonces incluso a nivel internacional gracias a la obra de los hermanos Siret.

que esta colección llegó a ser expuesta en las vitrinas del Museo Arqueológico Municipal de Barcelona¹⁷⁵

Hay indicios para suponer que Cayuela intervino en otras operaciones de venta de piezas al Ayuntamiento de Barcelona. En el mismo expediente consta una carta escrita por Cayuela el 29 de marzo de 1897 desde la finca del Ramblar de Alhama, en la que propone la venta de una colección de objetos de la “época Romana y Celta q[ue] se han hallado en las excavaciones q[ue] en meses pasados se practicaron en un cabezo de las inmediaciones de la Ciudad de Aledo”. En la misma carta se interesaba por el desenlace de una transacción previa en la que intervenía un tal Sr. Moreno, ya que Cayuela se declaraba propietario de los objetos involucrados y desconocía saber el precio que se había pagado por ellos. Es posible que Cayuela se refiriese al lote formado por 16 recipientes cerámicos enteros, una pulsera de bronce y un puñal de bronce, vendido por un tal Ezequiel Moreno al Ayuntamiento de Barcelona por 300 pesetas¹⁷⁶. Precisamente, la venta se había cerrado definitivamente el 23 de marzo de 1897, pocos días antes de la carta de Cayuela. Lo interesante del caso es que, pese a que Cayuela no es mencionado en esta transacción, su letra es reconocible en un escrito en papel basto sin fecha ni firma que acompaña al expediente (folios nº 3 y 4), y que previsiblemente fue aportado por Ezequiel Moreno como documentación anexa sobre la procedencia de las piezas. Este escrito aporta datos de gran interés, ya que informa de que los objetos fueron hallados “en la cumbre de un cabezo llamado de la Bastida, a tres metros de profundidad, dentro de unos sarcófagos de medio metro en cuadro: termino de Aledo, gran Ciudad, y dista tres Kilometros de dicha Ciudad, y 4 Kilometros de Totana”. Esos sarcófagos “estaban hechos a piedra y barro, y los cubría una losa de yeso y en cada uno se encontraba una cacharra llena de huesecitos (...) y en otro sarcófago, se halló dos esqueletos con varios cacharos alrededor, y el cuchillo de cobre en la mano derecha”. Se menciona también la presencia de ollas que “contenían una porción de hueso”. A la vista de todo ello, parece claro que se está describiendo la excavación de tumbas argáricas en cista y urna en el cerro de La Bastida y, por tanto, que en este caso las piezas vendidas serían auténticas.

El asunto no queda ahí, ya que el mismo Ezequiel Moreno aparece en una nueva operación de venta realizada casi en paralelo a la protagonizada por Cayuela entre marzo y junio de 1897¹⁷⁷. En esta ocasión, Moreno vendió al Ayuntamiento por 350 pesetas una colección formada por 31 o 32 cerámicas prehistóricas, 8 de ellas “averiadas”, “procedentes de las excavaciones practicadas recientemente en la antigua Ciudad de Aledo”.

175. Según la descripción de A. García Llansó publicada en el diario “La Vanguardia” del día 27 de enero de 1898 (p. 4).

176. Expediente conservado en el Arxiu Nacional de Catalunya (ANC1-715-T-1410).

177. Arxiu Nacional de Catalunya, expediente ANC1-715-T-1462.

En suma, la documentación consultada aporta una serie de conclusiones interesantes:

- El Ayuntamiento de Barcelona desembolsó un total de 1450 pesetas¹⁷⁸ en la compra de 108 o 109 piezas de cerámica y dos de metal, procedentes de “Aledo” o “La Bastida”. Todas ellas ingresaron en el Museo Municipal de la Historia y llegaron a ser expuestas al público.
- Una parte de esos recipientes y las dos piezas metálicas fueron seguramente objetos auténticos, hallados en excavaciones en La Bastida. El resto, probablemente, eran falsificaciones producidas en Totana. Nuestras pesquisas en las instituciones museísticas de Barcelona (*Museu d'Arqueologia de Catalunya*¹⁷⁹, *Museu Nacional d'Art de Catalunya*, *Museu d'Història de la Ciutat*) a la búsqueda del paradero de estas piezas han sido hasta el momento infructuosas.
- Ezequiel Moreno, vecino de Barcelona, actuó de intermediario en dos de esas transacciones, mientras que Francisco Cayuela figura en una pero probablemente se halla en la sombra de al menos otra.

Francisco Cayuela se perfila como organizador e incluso propietario del “negocio”, más que como un simple intermediario utilizado esporádicamente por “El Corro” y “El Rosao”. A ello apunta también la carta de Dodgson citada anteriormente, y en el mismo sentido hay que entender que Joaquín Espín Rael se refiriese a Cayuela como impulsor de la venta de falsificaciones hacia 1890, y que sólo varios años más tarde, en 1900, comenzase su asociación con “el tío Rosao”¹⁸⁰. No deja de ser curioso que al año siguiente, en 1901, iniciase una carrera como actor que le llevaría a viajar a Madrid¹⁸¹. Tal vez este cambio de orientación personal y profesional le llevase a abandonar el negocio de venta de piezas, o bien a compartirlo o delegarlo en Bernardo Marín.

Iniciábamos este comentario final señalando que el relato de Cuadrado dibujaba una historia de pícaros gitanos. Sin embargo, ahora cabe la posibilidad de que el negocio basado en el expolio de La Bastida y en la venta de piezas

178. Si tenemos en cuenta que el salario medio diario de gran parte de la población trabajadora española a finales del siglo XIX se ha estimado entre 2 y 3 pesetas, la cantidad obtenida en las tres operaciones era respetable, ya que equivalía aproximadamente a dos años de sueldo.

179. Agradecemos a Jordi Rovira i Port, Conservador del *Museu d'Arqueologia de Catalunya*, su atención y amabilidad al facilitarnos el examen de un conjunto de piezas catalogadas como “argáricas” pero sin procedencia conocida, que en principio, se postularon como candidatas a proceder de aquellas adquisiciones municipales. Nuestro examen no arrojó resultados concluyentes sobre el posible origen totanero de las piezas.

180. Fondo cultural Joaquín Espín Rael (CAM, Lorca), código de registro “3-7-51”. Si alguna de las piezas vendidas al Ayuntamiento de Barcelona en 1897 eran falsificaciones de la “tercera o cuarta épocas”, ello significaría que la participación de “El Rosao” se habría iniciado antes de 1900.

181. Las Provincias de Levante (27 de abril de 1901, p. 1), El Correo de Levante (29 de mayo de 1901, p. 2), El Diario de Murcia (1 de septiembre de 1901, p. 1), El Heraldo de Murcia (14 de noviembre de 1901, p. 2). Cayuela llegó a actuar en el Teatro Español de Madrid con la Compañía de María Guerrero (ABC, 16 de noviembre de 1906, p. 6).

auténticas y falsas estuviera orquestado por un personaje perteneciente a las clases acomodadas y relacionado con los círculos influyentes de su tiempo¹⁸². No se trata aquí de negar la participación ni el papel de “El Corro” y “El Rosao”, sino de cuestionar la visión de la historia como una mera picaresca de desheredados. En su lugar, podríamos hallarnos ante una empresa concebida y desarrollada por un miembro de las clases pudientes, que saca beneficio del afán coleccionista de numerosos miembros de su misma clase social, así como del afán de notoriedad cultural de ciertas instituciones públicas.

Y, por último, retornamos a Juan Cuadrado. En su texto, afirma limitarse a transcribir las peripecias que le cuenta Francisco Serrano y, así, difundir una de las historias más sorprendentes de falsificación arqueológica. Sin embargo, ¿por qué limitarse a la narración del totanero?, ¿por qué no contrastar las informaciones de Serrano?, ¿por qué aceptar su versión y, así, arriesgarse a ser engañado por un declarado maestro en estas artes? Como veremos en las páginas siguientes, Cuadrado tuvo vínculos familiares y residencia en Totana, era un hombre conocido y con don de gentes, fue contemporáneo de buena parte de los protagonistas de la historia y tuvo las posibilidades de profundizar en ella y de contrastar los recuerdos de “El Corro”. Fue una lástima que no lo hiciese, porque entonces su relato se habría convertido en algo más que un ameno aviso para navegantes-coleccionistas.

Hallazgos casuales y rebuscas

Además de las peripecias de los excavadores y falsificadores totaneros, Juan Cuadrado recogió la noticia del hallazgo fortuito de tres sepulturas en La Bastida con motivo de unas extracciones de piedra¹⁸³. El hallazgo pudo producirse poco antes de la redacción del borrador de una solicitud de permiso de excavación fechado en septiembre de 1927, y tal vez él mismo no anduviese lejos por el detalle con que las describe. En el croquis de La Bastida que adjunta en varias de sus publicaciones¹⁸⁴, Cuadrado sitúa un punto “A” que representa el lugar de hallazgo de dichas sepulturas. No obstante, conviene señalar que en el relato de las falsificaciones totaneras se hace referencia al mismo episodio de hallazgo, datándolo en este caso antes de las excavaciones de Inchaurrendieta¹⁸⁵. Es posible que este último extremo fuese

182. Otro indicio a este respecto puede inferirse del acuerdo entre Francisco Cayuela y el Ayuntamiento de Barcelona a propósito del pago de las 800 pesetas por el lote de piezas que el Consistorio acababa de adquirir. Debido a la imposibilidad de desplazarse desde Alhama a la Ciudad Condal para recoger dicho importe, solicitó que otra persona hiciese este trámite en su nombre. La persona propuesta era Enrique Campderá y Sala, un importante ingeniero industrial del sector eléctrico, hijo de José Campderá y Parés, también ingeniero y destacado empresario y figura de la burguesía catalana.

183. Cuadrado Ruiz (1927: 6).

184. Cuadrado Ruiz (1931: lám. II, 1935: fig. 7, 1945: fig. 2).

185. Cuadrado Ruiz (1945: 22-23).

incorrecto, dada la distancia temporal que separaría aquel hallazgo y algunos detalles de Cuadrado. Además, sería extraño que Inchaurreandieta no se hubiese hecho eco del mismo.

El hallazgo de las tres tumbas se produjo en la ladera suroriental, en la confluencia entre el barranco Salado y la rambla de Lébor, y a un metro y medio de la superficie. Se trataba de una cista y dos urnas, todas individuales y ocupadas por esqueletos de individuos adultos (hombres en la cista y una de las urnas, y mujer en la urna restante). La descripción que facilita Cuadrado se resume en la siguiente tabla.

Tabla 5. Sepulturas halladas fortuitamente en La Bastida y descritas por Juan Cuadrado antes del inicio de sus excavaciones en 1927¹⁸⁶.

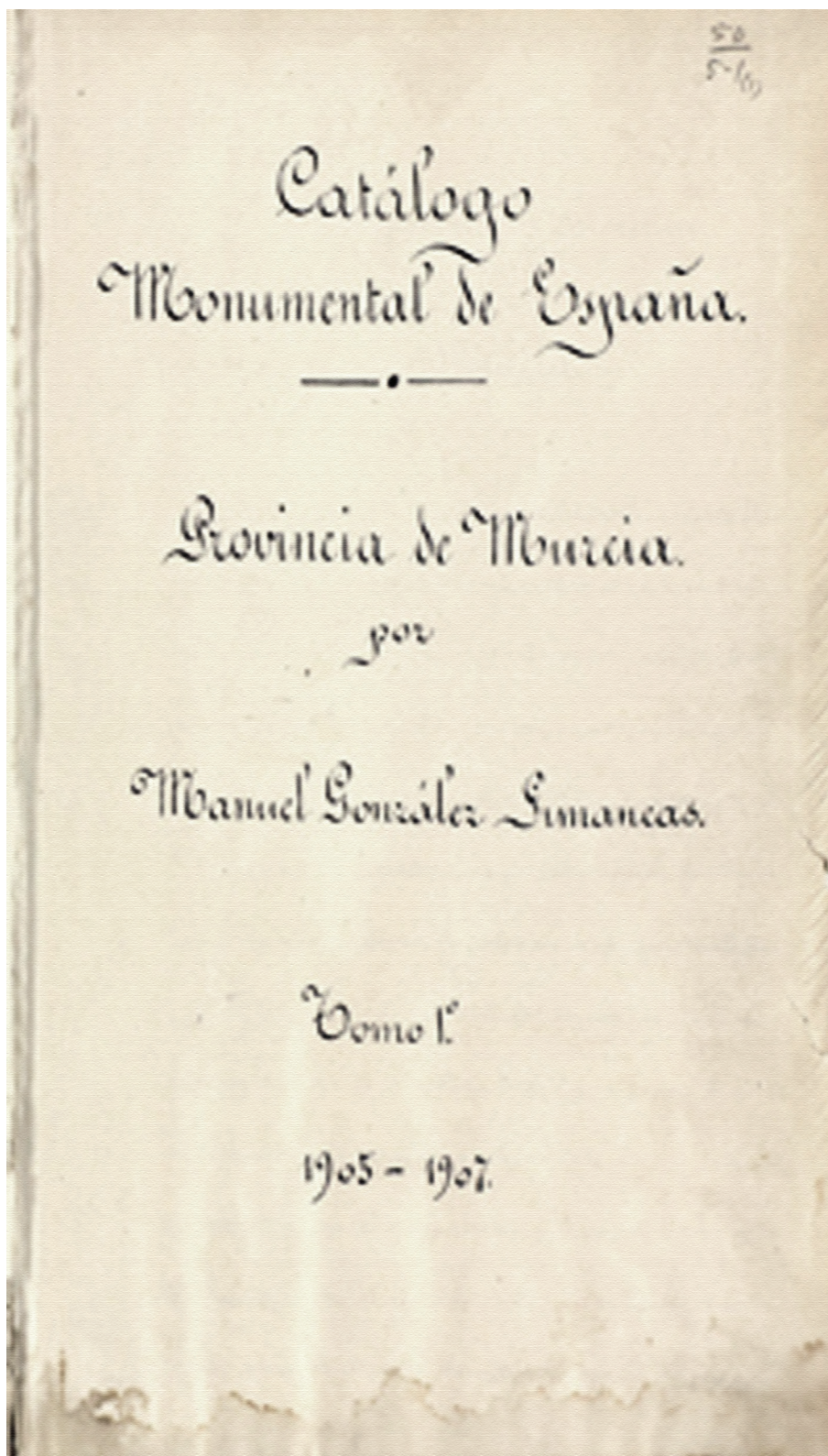
V

TIPO DE TUMBA	INHUMACIONES	AJUAR
Cista de losas bien trabajadas y encajadas, tapada con una losa	1 hombre adulto	<ul style="list-style-type: none"> Una vasija de F5 (“chocolatera”), de 20 cm de altura. Una alabarda. Un puñal de remaches.
Urna en posición horizontal con la boca tapada con una losa	1 hombre adulto	<ul style="list-style-type: none"> 1 vasija de F5 (“chocolatera”), de 8 cm de altura. Un hacha. Un puñal. Aros o pendientes de plata, uno en parte adherido al cráneo.
Urna en posición horizontal con la boca tapada con una losa	1 mujer adulta	<ul style="list-style-type: none"> Dos vasijas “aproximadamente como las anteriores”. Una pulsera de plata. Tres anillos de plata. Dos pendientes de plata. Un punzón de cobre. Collar formado por seis cuentas de hueso y varias de concha.

186. Véase *infra*.

Los ajuares corresponden a individuos de las clases altas de la sociedad argárica. Además, se trata de sepulturas de diferente cronología (la cista con alabarda, la más antigua). Ello, unido a la elevada posición social de los individuos inhumados, sugiere una continuidad espacial en esas formas de dominio económico y territorial desde La Bastida. Hoy en día se ignora el paradero de los ajuares de estas tres tumbas.

Numerosos testimonios dan fe de que La Bastida siguió siendo hasta hace pocos años territorio propicio para “buscadores de tesoros” y aficionados ocasionales a la arqueología. Nunca podremos evaluar cuánto se ha perdido como consecuencia de más de un siglo y medio de excavaciones incontroladas. Afortunadamente, las excavaciones realizadas entre 2009 y 2012 han revelado que los destrozos no han sido lo devastadores que auguraban casi todos los pronósticos. A partir de ahora, gracias a una política decidida de protección del yacimiento y de recuperación de piezas procedentes de expolios previos, unida a una mayor concienciación sobre la necesidad de conservar y valorar la herencia pública arqueológica será posible afrontar el futuro con optimismo.



<

Figura 27.

Portada del volumen de texto manuscrito del Catálogo Monumental de España dedicado a la provincia de Murcia.

MANUEL GONZÁLEZ SIMANCAS

Manuel González Simancas reunió a principios del siglo XX una gran cantidad de datos patrimoniales de la provincia de Murcia, a propósito de su colaboración en el Catálogo Monumental de España (Fig. 27). Según indica J. M. García Cano, el militar y estudioso habría recibido el encargo en marzo de 1905, entregando el resultado dos años más tarde. De ahí la referencia “1905-1907” que figura en su obra¹⁸⁷, aunque es posible que el grueso del trabajo de campo hubiese tenido lugar en 1906¹⁸⁸. El catálogo permaneció inédito hasta la publicación de una edición en facsímil en 1997 (tres primeros volúmenes) y 2002 (cuarto volumen) a cargo del Colegio de Arquitectos de Murcia. Recientemente, puede accederse al contenido de los tres primeros tomos convertidos a formato digital¹⁸⁹.

Las referencias a La Bastida se encuentran en las páginas 77 a 79 del tomo I, sin que en el volumen tercero se incluyan fotografías relativas a esas noticias. La mayor parte del texto se dedica a resumir aspectos de lo publicado por Inchaurrendieta, Cartailhac y los hermanos Siret sobre el yacimiento. Las líneas donde resume los resultados de su propia visita dicen así:

“Cuando yo visité La Bastida sólo quedaban allí algunas lajas de las deshechas sepulturas y fragmentos de urnas cinerarias de los que recogí dos pedazos que figuran en la Colección (n. [espacio en blanco]), uno de ellos conservando el pezoncillo decorativo. Las dos clases de cerámica son de color rojo en las capas superficiales y de entonación gris en la masa inferior, diferencias debidas a deficiencias en la cocción, y en una de ellas se encuentra la mica en gran cantidad. Ambas son labradas a torno”¹⁹⁰.

Salta a la vista que la información de González Simancas no aporta novedades relevantes. El fragmento cerámico “con pezoncillo” pudo corresponder a un recipiente de forma 2 o 4, mientras que la descripción de la pasta de las piezas alude a la cocción reductora-oxidante (pasta “sandwich”) tan frecuente en la cerámica prehistórica. Es muy posible que la alta calidad del acabado, típica de buena parte de la alfarería argárica de La Bastida, le hiciese pensar, erróneamente, en el uso del torno. Desconocemos el paradero actual de los dos fragmentos cerámicos.

La mención a que sobre el terreno se veían restos de lajas funerarias, nos evoca a “El Corro” y “El Rosao” preparando a su alrededor el escenario de sus engaños.

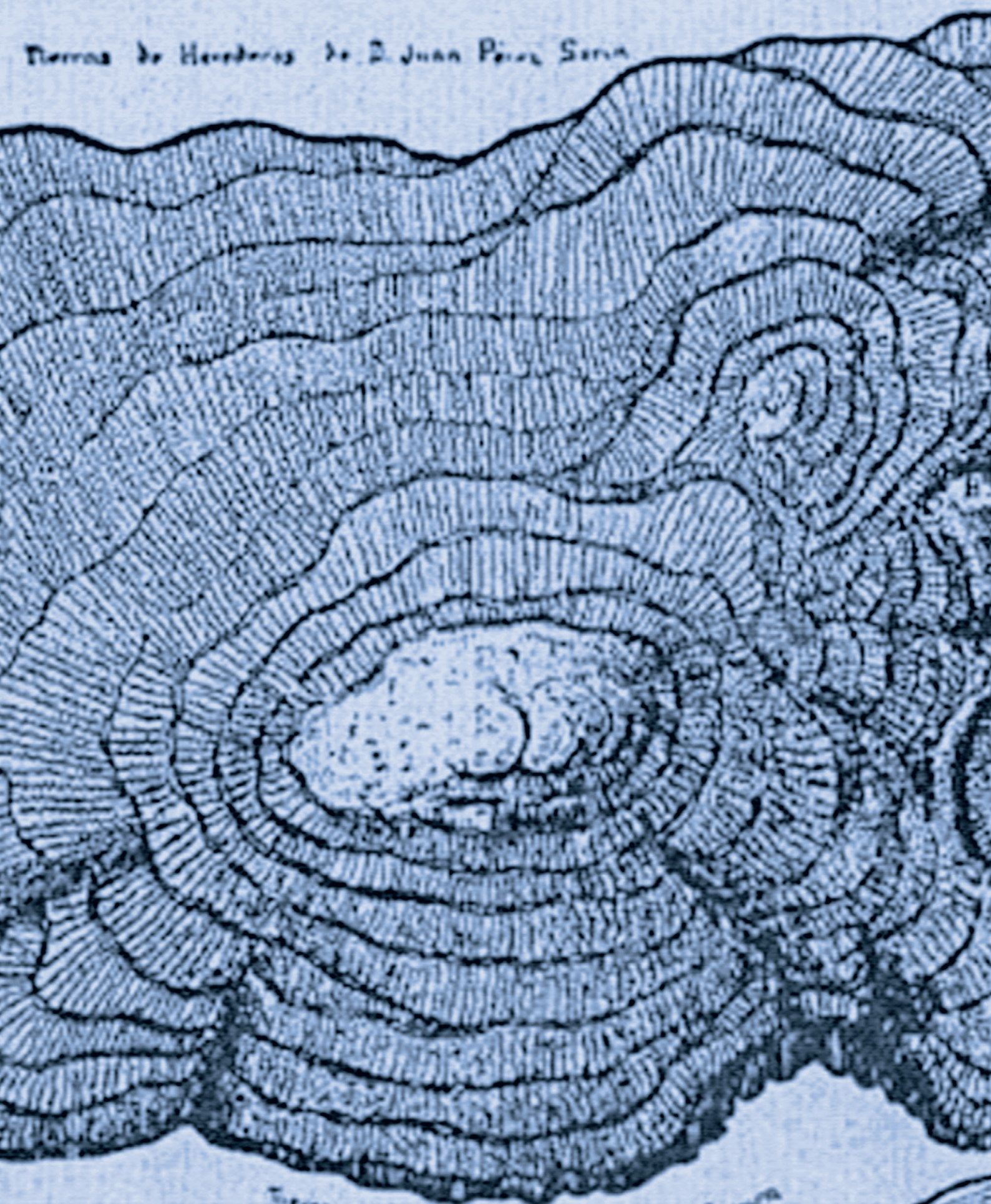
187. García Cano (2006: 132; véase también la nota 33).

188. Navarro (1995-96: 298). Este artículo incluye una completa semblanza biográfica de González Simancas.

189. http://biblioteca.cchs.csic.es/digitalizacion_tnt/index_interior_murcia.html

190. González Simancas (1997: 79). La transcripción de los párrafos correspondientes a Totana puede consultarse en Martínez Caverio (1997: 209-215).

Tierras de Herederos de D. Juan Pérez Soria



Tierras de D. Juan Bta. Chaves Siguera

RAMBLA DE LEBOR

5. JUAN CUADRADO RUIZ

Personaje polifacético de la vida cultural del sureste en la primera mitad del siglo XX, discípulo de Louis Siret y primer director del Museo Arqueológico de Almería, Juan Cuadrado Ruiz (1886-1952) estuvo vinculado familiarmente con Totana por ser su esposa natural de allí (Fig. 28)¹⁹¹. Realizó excavaciones en La Bastida en varias épocas, que a efectos prácticos pueden considerarse inéditas, ya que sólo han visto la luz unas breves notas de carácter general¹⁹². Al parecer, emprendió los primeros trabajos en La Bastida a finales de la década de 1920 con la aprobación de su maestro Louis Siret y en el marco de la exploración de otros importantes yacimientos cercanos, entre los que destacan las cuevas de los Blanquizaes de Lébor. Algunos años más tarde, en plena Guerra Civil, Cuadrado volvió a La Bastida para excavar con un grupo de presos del bando sublevado, internados en el campo de trabajo que el gobierno de la República había instalado en Totana. Entre ambos periodos, cabe mencionar a título anecdótico el hallazgo de una sepultura en urna y varios objetos más con motivo de una excursión el día 18 de julio de 1932 en la que, además de Cuadrado, participaron Louis Siret, diversas personalidades provinciales y un grupo de exploradores del campamento juvenil de Espuña¹⁹³.

Al igual que sucedía con Inchaurreandieta y Siret, la parquedad de los datos sobre los trabajos en La Bastida obligaban a emprender la búsqueda de cualquier tipo de documentación escrita o gráfica, así como al examen de los hallazgos conservados.

¹⁹¹. Una semblanza de su biografía y de lo más destacado de su labor arqueológica puede encontrarse en Martínez Caverio y González Fernández (1997-1998) y en Martín Lerma (2011). Las compilaciones póstumas *Apuntes de arqueología almeriense* (1977) y *De arqueología y otras cosas* (1986) también contienen notas al respecto.

¹⁹². Cuadrado Ruiz (1935, 1947).

¹⁹³. Lanuve (1932: 1).



<

Figura 28.

Juan Cuadrado Ruiz, en una foto tomada en fechas próximas a las de sus primeras excavaciones en La Bastida.

La información sobre los trabajos de Cuadrado en La Bastida

Juan Cuadrado fue el primer director del Museo Arqueológico de Almería, desde 1933 hasta su fallecimiento en 1952. Tal y como se consigna en el catálogo editado en 1949¹⁹⁴, la colección arqueológica de Cuadrado desempeñó un papel destacado en la conformación de los fondos del museo. En dicho catálogo se incluye una serie de piezas procedentes de La Bastida, descritas de forma muy somera. A fin de descubrir si el Museo Arqueológico de Almería poseía documentación adicional al respecto, contactamos con sus responsables actuales. En 2009, Ana Navarro, la entonces directora, y Manuel

¹⁹⁴. Cuadrado Ruiz (1949).

Ramos, conservador, nos facilitaron amablemente una copia de las fichas del inventario interno del museo, confeccionadas en septiembre de 1979, relativas a materiales arqueológicos de La Bastida. De éstos, las piezas de La Bastida seleccionadas para formar parte de la exposición permanente del museo pueden ser consultadas vía internet¹⁹⁵ en fichas que incluyen algunos datos métricos inéditos.

Aun así, el registro documental seguía siendo muy poco elocuente, puesto que cada ficha se limita a incluir una clasificación escueta sobre tipo y materia, una descripción métrica básica y, en ocasiones, un comentario breve sobre el estado de conservación de la pieza. Nada se especifica acerca de datos contextuales elementales, como por ejemplo el sector del yacimiento y el tipo de estructura donde el objeto fue hallado, o siquiera el año en que tal cosa ocurrió. Además, no todas las fichas se acompañaban de una foto. Para añadir más incertidumbre al asunto, cierto número de fichas señalan como procedencia “La Bastida o El Argar”. Esta ambigüedad afecta sobre todo a cuchillos o puñales de cobre y a un numeroso conjunto de recipientes cerámicos. En el primer caso, hemos optado por considerar solamente las piezas publicadas en foto por Cuadrado, mientras que, por lo que respecta a la cerámica, hemos atendido provisionalmente al número total de piezas, como veremos, extrañamente bajo.

Hemos de agradecer a Hermanfrid Schubart habernos facilitado una copia de los dibujos inéditos que realizó en la década de los 60 y que permiten documentar correctamente piezas sólo publicadas en fotografía¹⁹⁶.

Ulteriores pesquisas a finales de 2010 en la biblioteca de la Diputación Provincial de Almería, efectuadas por indicación del Museo Provincial y gentilmente atendidas por Josefa Balsells y M^a Carmen Amate, no dieron más frutos. La biblioteca sólo conservaba en sus fondos una nueva lista mecanografiada de las piezas de titularidad de la Diputación depositadas en el Museo, pero consignadas de una forma tan escueta o más que en las fichas de registro facilitadas por Ana Navarro y Manuel Ramos.

La línea de recuperación documental sobre Juan Cuadrado en lo que a archivos institucionales se refiere ha resultado infructuosa. Sin embargo, en 2009 se produjo un suceso inesperado. Ignacio Martín Lerma, por aquel entonces becario predoctoral de investigación en el departamento de Prehistoria y Arqueología de la UNED (Madrid), nos visitó en La Bastida. Aprovechó la ocasión para comunicarnos que era bisnieto de Juan Cuadrado Ruiz y que la familia había conservado en Vera (Almería) documentos de sus variadas actividades.

195. <http://www.mcu.es/museos/MC/CERES>.

196. Véase Schubart (en este volumen).

Confiaba en que entre esos papeles hubiese alguna noticia sobre La Bastida y, aunque, no tanto como hubiésemos deseado, así fue. Al cabo de pocos días, Ignacio Martín nos entregó la copia de un texto manuscrito de Cuadrado, que venía a ser una memoria de solicitud de permiso para efectuar excavaciones en La Bastida, dirigida a la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades y fechada en septiembre de 1927¹⁹⁷. Como detallaremos más adelante, este documento guardaba algunas referencias interesantes sobre hallazgos producidos con anterioridad y nos puso sobre la pista del fondo documental de la Junta Superior de Excavaciones. Además, el material aportado por Ignacio Martín también incluía una serie de fotografías tomadas durante las excavaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre en 1944, que Cuadrado asesoró. Meses después, Ignacio Martín, con la colaboración de diversos miembros de su familia, logró recuperar documentos relativos a las excavaciones de su bisabuelo en La Bastida, que forman parte de uno de los anexos de este volumen.

De ahí, la investigación nos llevó en diciembre de 2009 al Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares (Madrid)¹⁹⁸. Al parecer, la documentación generada por la Junta Superior de Excavaciones fue a parar al fondo histórico del Ministerio de Educación. La búsqueda no resultó del todo infructuosa, porque hallamos la certificación emitida por la Junta que resolvía favorablemente la solicitud de permiso efectuada por Cuadrado.

Los últimos datos sobre la obra de Cuadrado proceden del Archivo Histórico de Totana. Por un lado, Jesús González Pérez tuvo la gentileza de facilitarnos en mayo de 2009 una fotocopia de las actas de la Comisión Permanente del Ayuntamiento de Totana de los días 12 de junio y 9 de diciembre de 1926, donde se daba fe de las condiciones administrativas en que se habían de desarrollar las excavaciones en La Bastida¹⁹⁹. Consultas adicionales en el mismo archivo municipal dieron con menciones breves relativas a los trabajos realizados durante la Guerra Civil.

El desarrollo de las excavaciones de Juan Cuadrado

Casi todos los escasos datos publicados tienen que ver con los trabajos realizados a finales de la década de 1920, sin duda los de mayor entidad a cargo de Cuadrado en La Bastida. Hay cierta confusión acerca de las fechas concretas

197. Véase Martín Lerma, en este volumen

198. Agradecemos a Daniel Gozalbo Gimeno, jefe de la Sección de Información del AGA, la atención y las facilidades dispensadas durante nuestra estancia.

199. La Comisión Municipal Permanente de Totana, en sesión de 9 de diciembre de 1926, dio vía libre a las excavaciones en los montes de propios de “Cabezo de la Bastida”, “Tirieza” y “Los Picarios”, estableciendo un plazo de ejecución de un año, prorrogable a otro. Siguiendo instrucciones del Ingeniero Jefe de Montes, la resolución estableció:

- Que las zanjas no superen los 10 x 10 m y que se rellenen tras concluir la excavación.
- Se prohíbe que los hallazgos salgan del término municipal, a menos que la Comisión Permanente lo autorice. (referencia: Archivo municipal de Totana, Sesión de Pleno de 4 de diciembre de 1926, folio 121).

en que éstos se desarrollaron. En algunos pasajes, Cuadrado señaló que excavó entre 1927 y 1929²⁰⁰, en otros que lo hizo entre 1927 y 1928²⁰¹, y en otros textos en 1928²⁰². Martínez Santa-Olalla, quien conoció personalmente a Cuadrado y con el que coincidió en Totana durante los primeros días de la campaña de 1944 (*infra*), apuntó el año 1927 para el inicio de las excavaciones²⁰³. El examen de algunos apuntes inéditos²⁰⁴, confirma la realización de excavaciones durante al menos 11 días de inicios de septiembre de 1927. Para ello, contó con la autorización emitida por el consistorio de Totana a finales de 1926, pero no, que sepamos, con el permiso de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.

Por otro lado, el borrador de la solicitud de permiso dirigida a la Junta Superior de Excavaciones redactado en septiembre de 1927²⁰⁵ permite suponer que Cuadrado se proponía proseguir las excavaciones, esta vez bajo el amparo oficial del Estado. Dicha solicitud recibió una resolución favorable el 8 de marzo de 1928²⁰⁶, publicándose de manera oficial en la Gaceta de Madrid el 8 de junio²⁰⁷. Al respecto de la posibilidad de que las excavaciones prosiguiesen durante 1928 e incluso 1929, puede ser interesante señalar que la Alcaldía de Totana remitió el 27 de junio de 1928 al Director General de Bellas Artes el acuerdo del consistorio por el que se ratificaba la autorización a Cuadrado para efectuar excavaciones²⁰⁸. El propio Cuadrado menciona en un escrito poco conocido “primavera de 1928”²⁰⁹ para el inicio de las “primeras excavaciones metódicas”, y, también, que en la guía del Museo de Almería de 1949²¹⁰ se hiciese referencia precisamente a “1928”.

Algunos años después, una breve nota periodística²¹¹ informaba que, en el transcurso de una excursión realizada el lunes 18 de julio de 1932, Cuadrado y sus acompañantes, entre los que figuraba Louis Siret, no dudaron en efectuar una pequeña excavación para ilustrar el significado del yacimiento. Entre los

200. Cuadrado Ruiz (1945: 22).

201. Cuadrado Ruiz (1947: 62).

202. Declaraciones publicadas en el diario “La Verdad” del 15 de septiembre de 1944 (página 2) y en “La Estafeta Literaria”, número 14 (página 28), de octubre de 1944.

203. Martínez Santa-Olalla (1947: 43-44).

204. Cuadrado y Martín Lerma, en este volumen

205. Cuadrado y Martín Lerma (en este volumen).

206. AGA, Fondo Educación 1.03, signatura 31/01036. En el mismo legajo se conserva también una copia a mano del permiso, con fecha de 4 de junio de 1928, elevada al Director General de Bellas Artes del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Ambos documentos pueden consultarse en la documentación anexa a este texto.

207. Gaceta de Madrid nº 160, de 8 de junio de 1928, pp. 1386-1387.

208. AGA, Fondo Educación 1.03, signatura 31/01036.

209. Cuadrado Ruiz (1986: 80). Esta publicación, titulada “Apuntes para la prehistoria de Cartagena”, figura en la recopilación póstuma *De arqueología y otras cosas*.

210. En el repaso a los contenidos del museo, se menciona que el “Cuadro núm. 1” está formado por: “Diez fotografías del yacimiento «argárico» de «La Bastida» (Totana), excavado de su cuenta, con la autorización del Estado, por J. Cuadrado Ruiz, y de algunos de los objetos descubiertos en el mismo en 1928, durante los primeros trabajos de excavación dirigidos por él.” (Cuadrado Ruiz 1949: 57).

211. Lanuve (1932: 1).

hallazgos se cita, además de una sepultura “de algún jefe de tribu”, una urna de enterramiento²¹², hachas de piedra, escorias y “otros objetos”. Desconocemos el paradero de todos ellos.

De las labores realizadas durante la Guerra Civil aún tenemos menos datos. Nuestras indagaciones en el Archivo General de la Región de Murcia han localizado una disposición fechada el 25 de abril de 1938, por la que la dirección del Campo de Trabajo de Totana anunciaba el comienzo de excavaciones para el 2 de mayo²¹³. A tal fin destinaba seis internos, establecía su horario, fijaba una persona para su vigilancia y señalaba la figura del Director del Museo como responsable de la excavación. Sabemos que era Cuadrado precisamente quien dirigía el modesto museo municipal instalado en la sacristía de la iglesia de Santiago y en la capilla de San Ildefonso²¹⁴. Martínez Santa-Olalla se refirió a dichas labores diciendo que el objetivo principal de las mismas había sido “ver de mejorar la suerte de los presos políticos” y que los hallazgos no fueron abundantes, porque se limitaron a remover las terreras producidas por las intervenciones previas²¹⁵.

Apenas tenemos datos sobre la duración de las excavaciones de 1927-1928(?) y 1938, en qué puntos del yacimiento tuvieron lugar, la superficie afectada y casi todas las características de los hallazgos (recintos arquitectónicos, tumbas, contenidos de ambas clases de estructuras, etc.). Paradójicamente, disponemos de más información de los trabajos de Inchaurrendieta, ignorado y denostado por Cuadrado, que del propio Cuadrado. Una de las vías para averiguar alguna de las características de sus campañas es analizar cuantitativa y cualitativamente los objetos procedentes de La Bastida consignados en la relación de piezas depositadas en el Museo Arqueológico de Almería, en el catálogo de dicho museo publicado en 1949²¹⁶, en las dos únicas fotografías publicadas sobre los hallazgos de La Bastida que muestran sendos conjuntos de útiles y adornos metálicos²¹⁷ y, finalmente, en el inventario y las fotografías inéditas de las piezas expuestas en el Museo del Palacio Nacional con motivo de la muestra “El Arte en España – sección España Primitiva”, inaugurada en el marco de los eventos de la Exposición Internacional de Barcelona en 1929²¹⁸.

212. Esta urna era de grandes dimensiones y de ella se dice que sirvió de “sepultura familiar”. En virtud de esta observación, cabe la posibilidad de que contuviese una inhumación doble.

213. Fondo documental: Prisiones 5838, folio 63.

214. Martínez Caverio y González Fernández (1997-1998: 328). En febrero de 1937, el Ayuntamiento nombró a un vigilante, Deogracias Gómez Rosa, y, en diciembre del mismo año, a un auxiliar técnico, Fermín Cayuela Cayuela (Archivo General de la Región de Murcia, resolución del Consejo Municipal de 6 de diciembre de 1937, nº de registro 2143).

215. Martínez Santa-Olalla (1947: 44).

216. Cuadrado (1949: 31-33, 41).

217. Cuadrado (1935: figs. 8 y 9).

218. Bosch-Gimpera (1929: 77-78). Las fotografías correspondientes a piezas de La Bastida expuestas en Barcelona no recogen la totalidad de las mismas pero, como veremos, complementan las imágenes publicadas por Cuadrado. Han podido ser consultadas (diciembre de 2014) en <http://calaix.gencat.cat>.

Con las limitaciones que impone lo parco, fragmentario y disperso del registro informativo, la composición de la colección procedente de La Bastida podría haber sido la que sintetizamos en la siguiente tabla.

Tabla 6.

Síntesis por categorías de la colección de hallazgos procedente de La Bastida, depositada en el Museo Arqueológico de Almería.

V

CERÁMICA		METAL	
TIPOLOGÍA	n	TIPOLOGÍA	n
F1	2	Punzón	15 ²¹⁹
F2	3	Puñal/cuchillo	10 ²²⁰
F3	2	Hacha	3 ²²¹
F4	1	Alabarda	2
F5	11	Brazaletes (plata)	2 ²²²
F7	2	Pendiente/anillo	13
F8	7 ²²³	Pendiente/anillo (plata)	14 ²²⁴
Forma n.d.	1	Fragmento placa cobre	1
Total	29	Total	60

INDUSTRIA LÍTICA		HUESOS HUMANOS	
TIPOLOGÍA	n	PARTE ESQUELETO	n
Molino	5	Cráneo	15 (6 con mandíbula)
Alisador	1	Mandíbula suelta	11
¿Pulidor?	1	Maxilar	1
Piedra volcánica	5	Total	27
“Piedra pulida”	1	VARIA	
Piedra perforada y oquedades	1	Granos de trigo carbonizados	
Hojas de sílex	29	Fragmentos de escoria de fundición de cobre	
Dientes de hoz	20	Fragmentos de madera	

219. Bajo la denominación de “punzón” se incluyen algunos objetos que pueden ser más bien cinceles o barritas (véase Cuadrado 1935: fig. 9).

220. En la relación del Museo de Almería figuran cinco puñales o cuchillos, mientras que en Cuadrado (1935: fig. 8) aparecen ocho que, pese al carácter incompleto de algunos de ellos, parecen representar piezas distintas. Si a estos ocho sumamos el puñal largo y la pieza pequeña que aparecen en una de las fotografías inéditas de la exposición de Barcelona, alcanzamos los diez ejemplares que, precisamente, contabilizó Bosch-Gimpera en el inventario publicado.

221. Pese a que en las fichas del Museo de Almería sólo constan dos hachas de metal, en Cuadrado (1935: fig. 8) se muestran tres.

222. Los dos de plata según consta en <http://www.mcu.es/museos/MC/CERES>, aunque este extremo no era evidente en el inventario en papel.

223. Seis del total de siete vasos de Forma 8 eran pies de copa reaprovechados.

224. En la base de datos Colecciones Españolas en Red (<http://www.mcu.es/museos/MC/CERES>), los pendientes o anillos de plata suman 17 ejemplares. Aun así, dado que este aumento de tres ejemplares respecto a los datos reflejados en las fichas de inventario en papel podrían corresponder a una reclasificación de piezas anteriormente consideradas de cobre, preferimos mantener al menos provisionalmente el total de 14.

En primer lugar, hay que consignar un sesgo en detrimento de los fragmentos cerámicos, la industria ósea, los huesos humanos del esqueleto poscraneal y los huesos de fauna, categorías de hallazgos que no figuran en la relación del museo. Es de prever que Cuadrado los consideró materiales poco relevantes. Por otro lado, si atendemos a la composición cualitativa de la colección llama la atención la relativa abundancia de objetos metálicos en comparación con los cerámicos (más del doble), ya que, aun limitando la recogida a los recipientes enteros, éstos suelen seguir siendo más numerosos que aquéllos. Dentro del capítulo de piezas metálicas, también es de destacar la inusual abundancia de punzones, que conforman la categoría artefactual mejor representada aunque algunas piezas clasificadas como tales sean en realidad cinceles o barritas. En cuanto a la industria lítica, resulta curioso que la gran mayoría corresponda a elementos tallados, mientras que los molinos barquiformes u otras piezas macrolíticas como alisadores, percutores y afiladores, por lo general muy abundantes en los yacimientos argáricos, se queden en poco más del 10%. Es probable que este panorama sea resultado de un sesgo en favor de la industria tallada, más liviana que la macrolítica y, a juicio de algunos, interesante, por su técnica de fabricación y rareza en la Edad del Bronce.

El referente comparativo más adecuado para valorar la colección Cuadrado es el inventario de hallazgos de las excavaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre (SHPH) de los años 1944 y 1945²²⁵. Ello se debe, en primer lugar, a la proximidad cronológica entre una y otros, lo que hace pensar en un estado parecido en cuanto a la conservación del depósito arqueológico. En segundo lugar, cabe señalar la aplicación de prácticas metodológicas similares en la conformación de las respectivas colecciones, concretamente la recogida prioritaria de piezas enteras y un escaso o nulo trabajo de remontaje de fragmentos. La tabla 7 resume sintéticamente los principales términos en que establecemos el ejercicio comparativo:

Tabla 7.
Representación cuantitativa de las principales categorías comparables de hallazgos correspondientes a las excavaciones de J. Cuadrado y el SHPH.

V

CATEGORÍAS DE HALLAZGOS	COLECCIÓN JUAN CUADRADO (LA BASTIDA)	HALLAZGOS SHPH (LA BASTIDA, 1944 Y 1945)	TOTAL POR CATEGORÍAS
Recipientes cerámicos	29 (27,3%)	77 (72,7%)	106
Ítems líticos tallados	61 (57,5%)	45 (42,5%)	106
Armas y útiles metálicos	30 (56,6%)	23 (43,4%)	53
Adornos metálicos	29 (52,7%)	26 (47,3%)	55

225. Martínez Santa-Olalla *et alii* (1947).

Como puede observarse, las categorías relativas a objetos líticos y metálicos muestran valores porcentuales siempre superiores a favor de la colección Cuadrado a distancias de entre 5 y 15 puntos con respecto a los hallazgos del SHPH. La cerámica de la colección Cuadrado pone la nota discordante, ya que supone tan sólo poco más de un tercio de las piezas descubiertas en las campañas de 1944 y 1945. En este sentido, hemos advertido anteriormente que la baja frecuencia de recipientes cerámicos resulta extraña incluso considerando la colección Cuadrado en sí misma. Una explicación de esta anomalía podría radicar en la gestión de los hallazgos a cargo del propio descubridor: los vasos cerámicos de ajuar son vistosos, ligeros y no excesivamente delicados, cualidades que los hacen apropiados para ser expuestos y/o conservados en otros lugares sin la necesidad de dispensar tratamientos especiales²²⁶. Obviamente, tampoco es descartable que se hubiesen producido pérdidas o extravíos desde que Cuadrado ingresó su colección en dicho museo.

En cualquier caso, ateniéndonos a las diferencias porcentuales entre las categorías de hallazgos metálicos y líticos tallados de las colecciones de Cuadrado y del SHPH, proponemos un ejercicio consistente en extrapolar a las intervenciones de aquél ciertas condiciones conocidas gracias a la información publicada de las excavaciones de 1944 y 1945. Así, a la vista de que los trabajos de Cuadrado proporcionaron entre un 5 y un 15% más de objetos que los del SHPH de 1944-1945, es decir, en torno a un 10% de media más, y que éstos afectaron una superficie de unos 1200 m², una simple regla de tres indica que la extensión excavada por el arqueólogo almeriense podría haberse situado ligeramente por encima de 1300 m². Siguiendo la misma proporción, pudo haber excavado unas 110 tumbas. Esta estimación se corresponde con una declaración de Cuadrado publicada en el diario “La Verdad”, en el sentido de que excavó “ciento y pico sepulturas” en La Bastida²²⁷. Este número de sepulturas pudo estar asociado a restos arquitectónicos de una veintena de recintos habitacionales²²⁸.

Si sugerir la superficie explorada por Cuadrado nos aventura en el terreno de las hipótesis, atrevernos a proponer la ubicación de los sectores excavados nos coloca en el límite de la pura especulación. Aun así, merece la pena valorar

226. El Museo Arqueológico Municipal de Cartagena registró el ingreso de “varios vasos argáricos” a mediados de la década de 1940, en calidad de “depósito temporal del señor Cuadrado” (Beltrán 1945b: 200). Sin embargo, no queda claro que el texto se refiera a Juan Cuadrado, que cedió piezas arqueológicas de su colección en los primeros tiempos de dicho museo, o a Emeterio Cuadrado, residente en Cartagena y excavador del yacimiento argárico de La Almoloya, de donde proceden algunos de los hallazgos argáricos que exhibió el citado museo. Si tales vasos procediesen de La Bastida, y este tipo de cesiones o donaciones no hubiesen sido infrecuentes en el comportamiento de Cuadrado, podríamos comenzar a entender lo reducido de la colección de recipientes argáricos en el fondo Cuadrado del Museo de Almería.

227. “La Verdad”, 15 de septiembre de 1944 (página 2). “La Estafeta Literaria” (número 14, página 28, octubre de 1944) se hizo eco por boca del propio Cuadrado que las sepulturas excavadas fueron “más de cien”.

228. Como veremos más adelante, las campañas de 1944 y 1945 depararon el hallazgo de un centenar de sepulturas, así como de restos, más o menos completos, de 18 recintos habitacionales o “departamentos” (Martínez Santa-Olalla *et alii* 1947).

ciertos indicios. Por un lado, Cuadrado sólo recuperó dos ítems definidores de los ajuares de primera categoría según Lull y Estévez²²⁹, alabardas. El azar impidió que los miembros del SHPH en las campañas entre 1944 y 1950 hallasen una de estas armas, ya que un testigo estratigráfico dejado por Posac y Ruiz Argilés en 1948 ocultaba la cista de inhumación doble donde nuestro equipo la encontró en 2009. Sin embargo, pese a la rareza o ausencia de objetos propios de la clase dominante argárica, en ninguna de las campañas mencionadas resulta infrecuente el hallazgo de útiles de cobre y adornos metálicos. Guiándonos por estas similitudes, proponemos que los trabajos de Cuadrado tuvieron como escenario las laderas bajas del cerro de La Bastida, previsiblemente en sus vertientes meridional y oriental. En favor de esta posibilidad puede aducirse que todos los elementos que Cuadrado sitúa topográficamente, a saber, las tres tumbas descubiertas con anterioridad a sus excavaciones, la balsa y la posible muralla, se ubican a cotas relativamente bajas, cerca de los lechos de la rambla de Lébor y del barranco Salado²³⁰.

Hallazgos: contextos funerarios y de habitación

Cuadrado dejó escasísima información sobre conjuntos habitacionales y funerarios de La Bastida. Pese a que es muy probable que excavase más de un centenar de tumbas, entre ellas seguramente alguna de los “centenares”²³¹ o incluso millares²³² que afloraban en superficie según sus palabras, tan sólo ofreció cierto detalle en la descripción de tres sepulturas halladas accidentalmente antes de sus trabajos (*supra*). De las efectivamente excavadas por él a finales de la década de 1920, sabemos que sumaban “un buen número”, y que la mayoría de los contenedores eran urnas ovoides colocadas horizontalmente y con la boca tapada por una losa caliza. Una de éstas, que contenía una inhumación infantil, fue expuesta entre las vitrinas del lateral de salón principal del Museo de Almería²³³. En cambio, las cistas, construidas a base de losas calizas, eran minoritarias²³⁴.

En lo que respecta a estructuras no funerarias, Cuadrado mencionó restos de fortificaciones en la ladera noreste²³⁵, así como una balsa o “amplio lavajo” a media ladera oriental, destinada a recoger el agua de lluvia y asegurar el

229. Lull y Estévez (1986).

230. Los puntos “A”, “C” y “B” señalados en el plano publicado por Cuadrado (1935: fig. 7).

231. Cuadrado Ruiz (1927: 10).

232. De forma marginal, en un artículo sobre estaciones prehistóricas en Lentegí (Granada), Cuadrado menciona que Siret descubrió en El Argar 1800 sepulturas, pero que “En “La Bastida” superan con mucho a esta cifra los enterramientos que hay hoy a la vista” (Cuadrado Ruiz 1986: 95). En otra publicación, se refiere en concreto a 4000 (Cuadrado Ruiz 1947: 62). Lo elevado de esta cifra se antoja más una licencia literaria que un dato arqueológico objetivo.

233. Cuadrado Ruiz (1949: 57).

234. Cuadrado Ruiz (1947: 62).

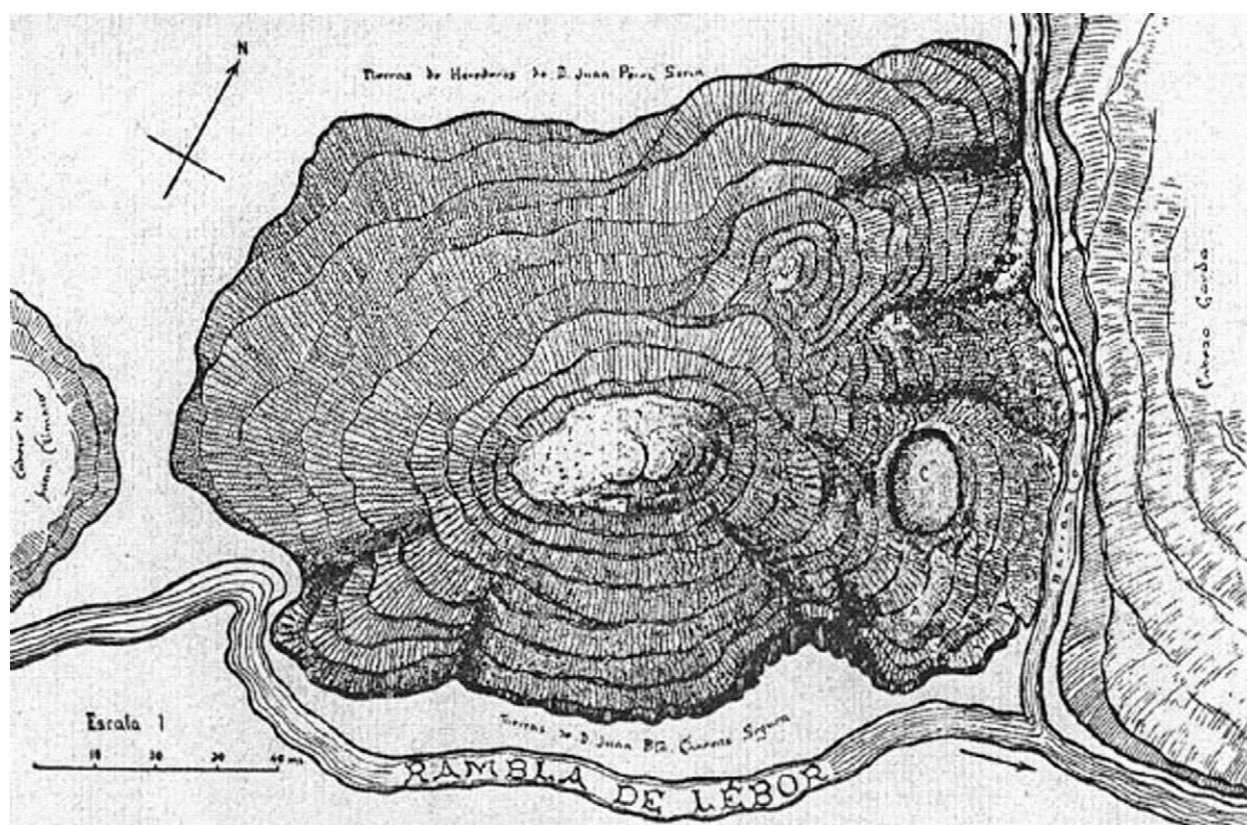
235. Cuadrado Ruiz (1927: 10).

abastecimiento sin recurrir a las ramblas²³⁶. Se trataba, efectivamente, de la misma estructura advertida décadas atrás por Inchaurrendieta²³⁷. La ubicación de las fortificaciones y de la balsa se especifica en el plano topográfico (en realidad más bien un croquis) publicado en 1935 y 1945 (Fig. 29)²³⁸. El punto “B” correspondería a la muralla y, el “C”, a la balsa. Gracias a una breve nota recogida en el borrador de la memoria nº 2, conocemos algunas características de las posibles estructuras defensivas señaladas en el citado punto “B”²³⁹. Al parecer, se trataba de un grueso muro de piedra sin argamasa, cuyo trazado cruzaría el cerro de oeste a este. Los vestigios más claros “pasan por el punto B en línea casi perpendicular al barranco Salado en una extensión de quince metros; y tuerce luego hacia el norte, y termina en el barranco unos 20 metros después”.

Figura 29.

Plano-croquis de La Bastida realizado por Cuadrado, donde se indica con las letras A, B y C la ubicación de distintos hallazgos.

V



236. Cuadrado Ruiz (1927: 10; 1947: 62).

237. Inchaurrendieta (1875: 349).

238. Cuadrado Ruiz (1935: fig. 7; 1945: fig. 2). Sáez Martín (1947: 41) censuró en su momento que el plano que Cuadrado da de La Bastida “no es tal”, a la vista de su carácter poco preciso. El mismo plano, aunque sin la indicación de las letras “B” y “C” había sido publicado inicialmente en 1931 (Cuadrado Ruiz (1931: lámina II).

239. Cuadrado y Martín Lerma (en este volumen).

No resulta fácil ubicar sobre el plano este trazado de 35 m con los cambios de dirección que describe Cuadrado. Es interesante señalar que el último tramo podría situarse cerca de las líneas de fortificación que la campaña de 2012 ha sacado a la luz²⁴⁰. Sin embargo, aun en esta eventualidad todo indica que el reconocimiento de Cuadrado debió ser superficial en el mejor de los casos, ya que no hace referencia a la presencia de las torres y bastiones angulares adosados a los lienzos de muralla descubiertos recientemente.

En las cercanías del punto “B”, Cuadrado menciona los restos de una “galería cubierta como la del poblado de Gatar [Gatas]” que serviría para recoger agua en caso de asedio. A este respecto, las excavaciones de 2012 y 2013 han revelado una estructura de recogida de aguas pluviales y una posible abertura en uno de los flancos de una torre cuadrangular. A la espera de determinar las características de dicha abertura, sobre el papel resulta curiosa la similitud entre este hallazgo y el relatado por Cuadrado. Conviene subrayar, sin embargo, que el arqueólogo almeriense no hizo pública esta observación, como tampoco ninguna referencia arquitectónica ni métrica acerca de la muralla.

Hallazgos muebles

Cuadrado nunca publicó un inventario mínimamente sistemático de sus hallazgos, lo cual dificulta ampliar la aproximación a las categorías de artefactos muebles de sus campañas esbozada en el apartado anterior. El propósito aquí no es realizar un estudio de los materiales como si de una colección aislada se tratase, sino tan sólo apuntar tendencias a partir de los documentos que han llegado a nuestras manos.

Cerámica

Como hemos señalado anteriormente, llama la atención la escasez relativa de recipientes cerámicos, una circunstancia que hace pensar en que la colección alfarera depositada en el Museo de Almería, o bien no recogiese todos los vasos recuperados o bien haya sufrido pérdidas o extravíos desde el momento en que se depositó en dicha institución (Fig. 30). En lo que respecta a la composición interna de este conjunto de 29 vasos, sólo cabe señalar que el predominio corresponde a las ollas carenadas de Forma 5, tal y como es habitual en la distribución cuantitativa de la vajilla de ajuar argárica, considerada en términos generales. Los recipientes de Forma 8 conforman el segundo grupo mayoritario y, como es también usual, la mayoría son pies de copa reutilizados como vasos. La ausencia de recipientes bicónicos de Forma 6 no resulta extraña si consideramos la escasez general de este tipo de vasijas.

²⁴⁰. Lull *et alii* (2014).

>

Figura 30.

Selección de recipientes cerámicos argáricos incluida en la guía del Museo Arqueológico de Almería de 1949. Aunque no sea posible distinguirlas, se incluyen con toda probabilidad piezas procedentes de La Bastida.



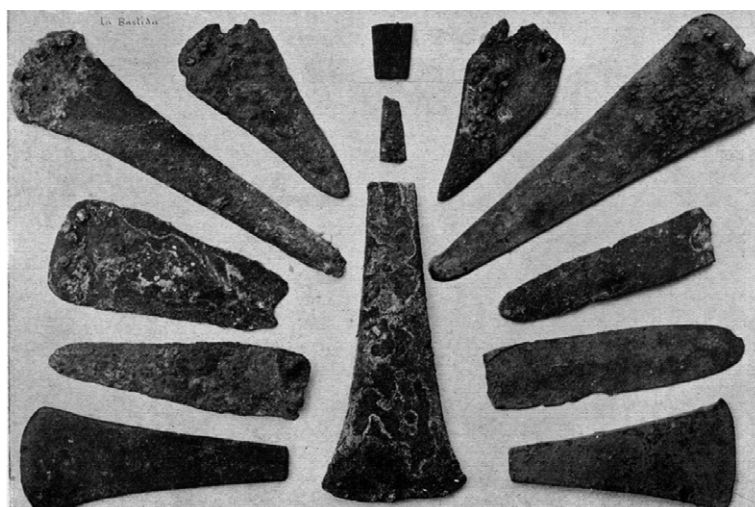
Metal

Una comparación entre el conjunto de piezas metálicas documentado en imágenes (Fig. 31)²⁴¹ y el listado del fondo de La Bastida facilitado por el Museo Arqueológico de Almería revela pérdidas en el apartado de puñales/cuchillos (de diez a cinco) y hachas (de tres y, tal vez, el fragmento de otra, a dos). En el caso de los primeros, hemos advertido que la pieza más llamativa, un puñal largo o espada corta, figura en el museo almeriense como de procedencia desconocida (nº de inventario 14014), mientras que el puñalito de dos remaches (nº de inventario 14019)

>

Figura 31.

Armas y útiles metálicos procedentes de las excavaciones de Cuadrado en La Bastida a finales de la década de 1920.



241. Cuadrado Ruiz (1935: figs. 8 y 9) y la fotografía de varias piezas expuestas en Barcelona en 1929 (<http://hdl.handle.net/10687/51944>).



Figura 32.

Fotografía inédita de varias piezas metálicas procedentes de las excavaciones de Cuadrado en La Bastida.

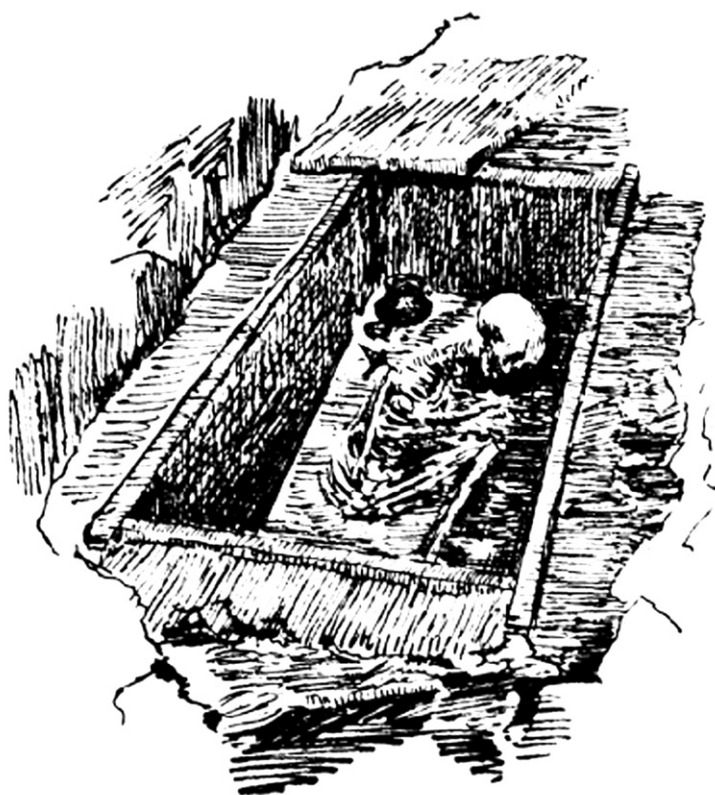


Figura 33. Representación de una sepultura en cista, entre cuyos elementos de ajuar se representa lo que parece una alabarda (esquina superior izquierda de la cista: una hoja puntiaguda con un mango corto perpendicular, bajo los dos recipientes cerámicos)²⁴².

²⁴². Cuadrado Ruiz (1931: lám. III, 1). La ilustración de una tumba en cista genérica publicada posteriormente (Cuadrado Ruiz 1945: fig. 3), aparentemente igual a la de 1931, en realidad no lo es: la posible alabarda del diseño de 1931 ya no se reconoce en el artículo de 1945.

se asociaba de manera incierta a El Argar/ La Bastida. Así pues, la confusión residía en un error en el etiquetaje²⁴³. Cabe señalar que la espada corta fue analizada en el marco del proyecto S.A.M. (nº de análisis 926)²⁴⁴, lo que reveló que se trataba de un cobre arsenical (As = 1,75%).

>

Figura 34.

Objetos metálicos de filiación argárica correspondientes a la colección del Museo Arqueológico de Almería. La fotografía se incluyó en el catálogo editado por Juan Cuadrado en 1949, y en su leyenda no se especificaba la procedencia de las piezas.



Por su relevancia, conviene detenerse sobre dos alabardas expuestas en Barcelona en 1929 (Fig. 32). Además de la escueta mención en el listado de Bosch-Gimpera, el único rastro de esta clase de objetos procedía de uno de los dibujos originales que Cuadrado incluyó en su relato de las peripecias de “El Corro” y “El Rosao”. En la ilustración de una tumba en cista argárica, se aprecia en su interior una alabarda con parte de su mango de madera²⁴⁵, a poca distancia de una vasija carenada de tamaño mediano y de un cuenco pequeño, una asociación frecuente en las tumbas de la clase dominante argárica (Fig. 33). El cadáver se representa recostado sobre su lado izquierdo, posición habitual en las inhumaciones masculinas argáricas, como son también hombres los individuos a los que se asocian las alabardas. Así pues, cabía la posibilidad de

243. La espada y el puñal se identifican también en una fotografía ilustrativa del catálogo del Museo Arqueológico de Almería junto con otros artefactos metálicos (Cuadrado Ruiz 1949: 105), aunque sin que se detalle el yacimiento de procedencia.

244. Bittel *et alii* (1968: 9).

245. Tal vez sea significativo el hecho de que el “cartón” desaparecido que describe Bosch-Gimpera también incluyese fragmentos de madera, unos restos posiblemente asociados con este arma (Bosch-Gimpera 1929: 78).

que el dibujo no representase una composición genérica, ideal, sino una sepultura real. La fotografía recientemente examinada confirma el hallazgo de las dos armas en La Bastida. Además, ha permitido identificar la que aparece en la parte inferior de la imagen con una alabarda custodiada en el Museo Arqueológico de Almería (nº de inventario 14028), fotografiada en el catálogo publicado en 1949²⁴⁶ y hasta ahora de procedencia desconocida (Fig. 34). La segunda alabarda, en la parte superior de la fotografía, se reconoce también en la citada foto del catálogo, a la derecha de la que acabamos de mencionar. Es posible que fuese tenida en cuenta por B. Blance en su estudio sobre la metalurgia prehistórica peninsular, si se trata del ejemplar inédito que indica hallado en el yacimiento El Argar sin precisar en qué contexto²⁴⁷. Brandherm asumió esta correspondencia, ilustrando la información con un dibujo que cuesta asimilar con la pieza documentada fotográficamente²⁴⁸. Schubart no la dibujó en su estancia en el Museo Arqueológico de Almería²⁴⁹, y en esta institución no hay constancia de ninguna alabarda con las características de la que rastreamos. Por lo tanto, cabría suponer que actualmente está en paradero desconocido.

Resulta sorprendente que Cuadrado no publicase siquiera fotografías de las dos alabardas y de la espada corta cuando, como veremos, lo hizo a propósito de hallazgos metálicos menores. Ello, unido a diversos errores en el etiquetaje del museo que él dirigió, ha motivado que estas piezas hayan pasado por provenientes del yacimiento de El Argar o, de forma más vaga todavía, del “Bronce Argárico” en sentido genérico.

Los punzones, cinceles o vástagos, en cambio, son más numerosos en la relación actual del museo almeriense que en el recuento a partir de las imágenes antiguas, quizá porque Cuadrado decidiese no incluirlos todos en las composiciones de objetos que fotografió (Figs. 35, 36). En relación a los adornos de cobre y plata, las cifras entre una y otra fuente resultan compatibles. Es de destacar al respecto la abundancia relativa de adornos de plata (16), que, de forma excepcional supera a los de cobre (13). Al parecer, Cuadrado no encontró espadas largas, diademas ni adornos de oro. Como señalamos anteriormente, la ausencia de estos objetos denotadores de la clase dominante argárica (tampoco halló ninguna vasija de Forma 6) hace sospechar que centró sus exploraciones en las laderas bajas del cerro de La Bastida.

Para finalizar, sólo añadir que, al igual que Inchaurreandieta en su día, Cuadrado también tuvo constancia de la presencia de escorias en superficie, tal y como se señala en el relato de la excursión de julio de 1932²⁵⁰.

²⁴⁶. Esta alabarda, de hoja muy ancha, aparece en la esquina inferior izquierda de una fotografía del catálogo del Museo Arqueológico de Almería (Cuadrado Ruiz 1949: 105), aunque sin yacimiento de procedencia.

²⁴⁷. Blance (1971: 193).

²⁴⁸. Brandherm (2003: 384, lám. 103, nº 1425).

²⁴⁹. Schubart (en este volumen).

²⁵⁰. Lanuve (1932: 1).

>

Figura 35.

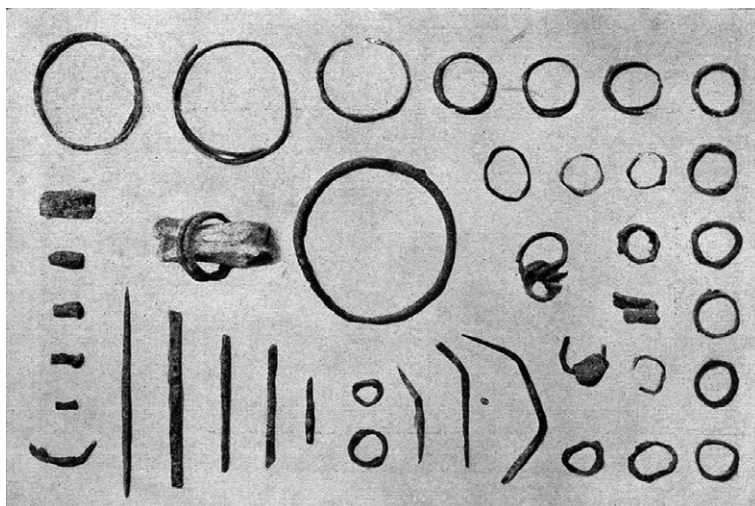
Fotografía inédita de varillas, punzones y adornos metálicos procedentes de las excavaciones de Cuadrado en La Bastida. La única diferencia reseñable respecto a la fotografía anterior, publicada por Cuadrado, es la posición del aro atravesado por un hueso y, también, el hueso mismo. En ambos casos se mostraría una conjunción no demasiado frecuente en la arqueología funeraria argárica, consistente en el hallazgo de un anillo todavía en torno a un dedo. Efectivamente, los huesos que se observan en las fotos son falanges. Sin embargo, se da la curiosa circunstancia de que no son humanas, sino pertenecientes a un ovicáprido y a un bovino, según la identificación de Lourdes Andúgar.



>

Figura 36.

Útiles y adornos metálicos procedentes de las excavaciones de Cuadrado en La Bastida a finales de la década de 1920.



Industria lítica

La colección de piezas líticas es relativamente abundante, sobre todo en lo que respecta a la piedra tallada (Fig. 37). Ello revela un sesgo en la recogida de hallazgos en claro detrimento de molinos barquiformes²⁵¹ y percutores o alisadores, sin duda las categorías de artefactos líticos mejor representadas en La Bastida y en la mayoría de los yacimientos argáricos. Llama la atención la ausencia de hachas de piedra que, sin ser artefactos típicamente argáricos, sabemos que fueron halladas durante la excursión de 1932²⁵². No hay noticia de haber hallado

251. En torno a sólo cinco unidades, ampliables a un total de 10 si entendemos como tales las cinco “piedras volcánicas” también mencionadas en el listado del Museo de Almería.

252. Lanuve (1932: 1).

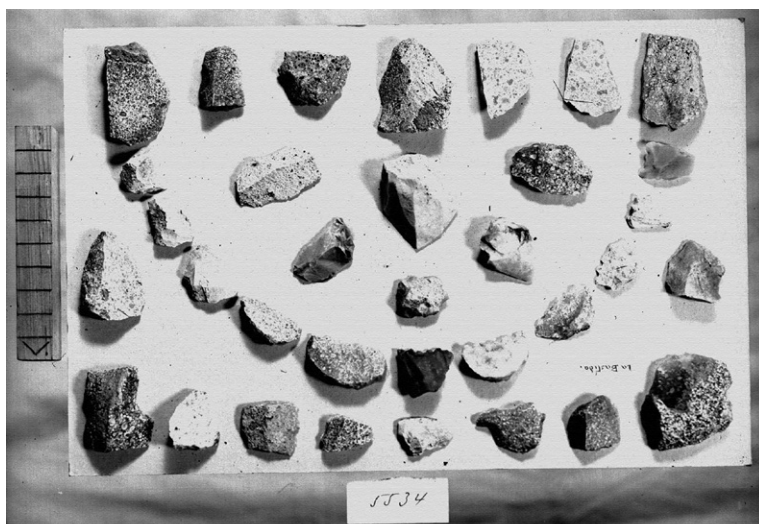


Figura 37.

Fotografía inédita de objetos de piedra tallada procedentes de las excavaciones de Cuadrado en La Bastida.

cuentas de collar líticas y, en cambio, sí una referencia vaga a una cajita “con piedras de asperón, utilizadas por aquellas gentes como afiladeras para las herramientas de cobre o bronce”⁶³.

Para cerrar el capítulo de los artefactos de piedra pulimentada, cabe señalar que la guía del Museo Arqueológico de Almería editada en 1949 hace referencia a un molde para la fundición de hachas y otro para alabardas, supuestamente hallados en La Bastida⁶⁴. Sin embargo, un examen reciente de ambas piezas sugiere que podría tratarse de piezas de producción moderna, fabricadas con propósitos inciertos.

En lo que respecta a las piezas líticas talladas, es posible que una parte de las mismas no provenga de las excavaciones de finales de la década de 1920 ni de 1938, sino de recogidas superficiales o de la intervención puntual de 1932. Así, en 1927 Cuadrado señalaba que “se ven con profusión en su superficie (...) numerosas piedras de moler y afiladeras, y también encontré con relativa abundancia trozos de pedernal, con señales inequívocas de haber sido tallados por la mano del hombre, del tipo de

253. Cuadrado Ruiz (1949: 32).

254. Cuadrado Ruiz (1949: 32). Schubart (1973: 251, nota 12) así lo recoge también en su estudio de las alabardas de la península ibérica, al igual que Brandherm (2003: 434-435, nº 1531, lám. 111). Carrilero y Suárez (1997: 121) atribuyen ambos moldes al yacimiento de El Argar, mientras que el Museo Arqueológico de Almería lo inventaría actualmente como de procedencia dudosa entre La Bastida o El Argar (inventario CE14013, consulta en <http://ceres.mcu.es>).

los que se empleaban en aquella época para la construcción de hoces, acoplándolos en mangos de madera de dicha forma tales fragmentos”²⁵⁵.

Industria ósea y malacológica

Llama la atención que en el listado de piezas conservadas en el Museo Arqueológico de Almería no haya ningún punzón de hueso, ni tampoco ninguna cuenta de collar de hueso o concha, aunque Cuadrado señalase que recuperó objetos de todas estas clases²⁵⁶. Es probable que no considerara estos hallazgos lo bastante relevantes para formar parte de la colección museística. Desconocemos el paradero de todos ellos, al igual que los restos de fauna consumida que a buen seguro también encontró en el transcurso de sus excavaciones.

Huesos humanos

En la guía que repasa los objetos expuestos en el Museo Arqueológico de Almería, Cuadrado menciona “ocho cráneos y otros huesos humanos, de sepulturas de La Bastida”²⁵⁷. Según el inventario museístico, la cifra aumenta a 13 cráneos, uno de ellos teñido de ocre, y siete mandíbulas. Sin embargo, M. J. Walker, que estudió los cráneos de La Bastida en el marco de su tesis doctoral presentada en 1973, ofrece una cifra superior: 15 cráneos y 13 mandíbulas²⁵⁸, aun cuando sólo ocho se conservaban lo bastante completos como para satisfacer los requisitos de su análisis²⁵⁹. Al parecer, nos hallamos ante una cuestión problemática motivada por incidencias en el depósito y gestión de la colección que ha sido imposible dilucidar hasta el momento.

Carpología

Lo único destacable en este capítulo es que en el Museo Arqueológico de Almería²⁶⁰ se guardan granos de trigo carbonizados procedentes de una casa. Así lo consignaba ya Cuadrado en la guía de 1949: “Una cajita con trigo carbonizado, de una casa destruida por el fuego en «La Bastida»”²⁶¹.

Inferencias arqueológicas

La Bastida fue el único yacimiento argárico excavado por Cuadrado, y todo indica que no llevó a cabo un análisis profundo de sus hallazgos. Sin embargo, su conocimiento de la arqueología argárica derivado de las enseñanzas de

255. Cuadrado Ruiz (1927: 5-6).

256. Cuadrado Ruiz (1947: 63).

257. Cuadrado Ruiz (1949: 32). Los restos estaban colocados en el estante 3 de la vitrina 3.

258. Walker (1988: 22, tabla 1).

259. Walker (1986: 453).

260. Sobre los restos humanos de La Bastida en el Museo Arqueológico de Almería, véase Fregeiro y Oliart (en este volumen).

261. Cuadrado Ruiz (1949: 32). Este material se exhibía en el estante 2 de la vitrina 3.

Louis Siret le sirvió para atribuir al asentamiento un rango urbano comparable en escala y población, cuando menos, con El Argar²⁶².

En sintonía con las teorías invasionistas defendidas también por Siret, Cuadrado consideraba que los argáricos formaban un pueblo guerrero que conquistó un territorio poblado por indígenas de los que debían protegerse²⁶³. En este sentido, La Bastida habría constituido un lugar idóneo para el asentamiento, al disponer de suministro de agua y excelentes condiciones defensivas. En sus palabras, una “verdadera fortaleza inexpugnable” para los medios guerreros de la época²⁶⁴. Cuadrado remarcó la ubicación estratégica de los poblados argáricos, que se habrían distribuido en cadena desde Antas a Murcia ocupando lugares de difícil acceso y con contacto visual entre unos y otros. Ello se habría debido a la tensa situación con los indígenas tras la conquista, de forma que el contacto visual permitiría el auxilio entre “hermanos de raza” en caso necesario²⁶⁵. Dicha tensión le sirve también para dar cuenta de la costumbre del enterramiento intramuros: “Los argarienses enterraban siempre los cadáveres de sus deudos bajo el suelo de sus casas, y nunca en necrópolis aisladas, temerosos, sin duda, de su profanación por sus enemigos los indígenas”²⁶⁶. En suma, emplazamientos como La Bastida habrían sido fortalezas habitadas por el pueblo conquistador antes de su fusión con los “naturales del país”²⁶⁷.

Más allá de estas claves de interpretación general, Cuadrado fue muy parco a la hora de poner por escrito sus ideas sobre la organización social y prácticas rituales argáricas y, cuando lo hizo, sus inferencias giraron en torno a los contextos funerarios. Así, la impresión de que los ajuares funerarios contenidos en cistas eran más importantes que los asociados a urnas, le llevó a sugerir que en aquéllas recibían sepultura “jefes o personalidades”²⁶⁸. También reparó en la interpretación de las ofrendas funerarias según la condición sexual del o de la fallecida, al indicar que el ajuar del hombre contenía siempre puñal, alabarda o hacha, mientras que el de la mujer incluía puñalito, punzón y objetos de adorno de plata, cobre, hueso, piedra y conchas marinas²⁶⁹. En el mismo capítulo de las relaciones entre los sexos, apuntó que la constatación (errónea) de la presencia siempre de hombre y mujer en las tumbas dobles, “parece hablarnos de monogamia”²⁷⁰. Planteó también el efecto de una epidemia infantil, a la hora de explicar la gran cantidad de inhumaciones de individuos de esta edad

262. Cuadrado Ruiz (1927: 10, 11).

263. Cuadrado Ruiz (1947: 64).

264. Cuadrado Ruiz (1947: 62).

265. Cuadrado Ruiz (1947: 64).

266. Cuadrado Ruiz (1935: 35-36).

267. Cuadrado Ruiz (1947: 62).

268. Cuadrado Ruiz (1947: 62).

269. Cuadrado Ruiz (1935: 36).

270. Cuadrado Ruiz (1947: 62).

encontradas durante sus excavaciones²⁷¹. Estas observaciones de carácter social se completaron con una inferencia de contenido ideológico, al entender que los restos de comida hallados como parte de los ajuares funerarios eran ofrendas para el “viaje” del difunto²⁷².

Síntesis

Las principales excavaciones de Juan Cuadrado en La Bastida tuvieron lugar a finales de la década de 1920, probablemente entre septiembre de 1927 y la primavera de 1928, y podrían haber afectado en torno a 1300 m² de sectores situados a cotas medias y bajas del yacimiento. Las restantes intervenciones conocidas se limitaron a recogidas superficiales de materiales (antes de 1927) y a excavaciones puntuales, anecdóticas o realizadas en depósitos removidos (1932, 1938). Todas estas intervenciones se mantienen prácticamente inéditas. Una buena parte de los hallazgos efectuados pasó al Museo Arqueológico de Almería, donde la colección todavía sigue custodiada tras experimentar diversos avatares. Ninguna de las piezas cuenta con datos relativos a su contexto concreto de procedencia.

En suma, la labor de Cuadrado en La Bastida fue poco fructífera. Martínez Santa-Olalla criticó que sus excavaciones de finales de la década de 1920 se realizasen “sin plan fijo y con el objetivo anticuario que todavía impera. Lo que importa es obtener ajuares o piezas enteras (...)”²⁷³. Sin embargo, más allá de esta consideración, aplicable en parte también al propio Martínez Santa-Olalla, hemos de lamentar que se perdiese una gran oportunidad para avanzar sustancialmente en el conocimiento de La Bastida. Cuadrado tuvo a Siret como maestro, poseyó unas magníficas dotes como dibujante y gozó de medios y oportunidades para llevar a cabo sus investigaciones. Ahora bien, pese a estas condiciones favorables no documentó ni publicó sus descubrimientos de manera adecuada y suficiente. Diversos testimonios biográficos nos dibujan un personaje polifacético, comprometido con la cultura y excelente comunicador, aunque hoy lamentamos que, junto a esas virtudes, no aplicase un mayor rigor a su labor arqueológica.

271. Cuadrado Ruiz (1947: 62).

272. Cuadrado Ruiz (1935: 36).

273. Martínez Santa-Olalla (1947: 43-44).

6.

LAS EXCAVACIONES DEL SEMINARIO
DE HISTORIA PRIMITIVA DEL HOMBRE
(SHPH) (1944, 1945, 1948, 1950)



LAS EXCAVACIONES DEL SEMINARIO DE HISTORIA PRIMITIVA DEL HOMBRE (SHPH) (1944, 1945, 1948, 1950)

El establecimiento de la dictadura franquista trajo consigo la reorganización de la actividad arqueológica en España²⁷⁴. El organismo oficial encargado de reglamentar y encauzar la arqueología durante la inmediata posguerra fue la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas (CGEA), a cuyo frente se situó Julio Martínez Santa-Olalla²⁷⁵ desde el momento de su creación, en 1939, hasta 1953. Martínez Santa-Olalla (1905-1972), hijo de José Martínez Herrera, un general de aviación adicto a Franco, era “camisa vieja” de Falange y abiertamente filonazi (Fig. 35). Estudió en Barcelona y Madrid con Pere Bosch-Gimpera y Hugo Obermaier, y completó su formación en la Universidad de Bonn.

Durante la década de 1940, Martínez Santa-Olalla fue una de las personas más influyentes en el panorama arqueológico español. Además de la dirección de la CGEA desde 1939, ocupó interinamente la cátedra de Historia Primitiva del Hombre en la Universidad de Madrid, dejada vacante por el exilio y posterior renuncia de Hugo Obermaier. El Seminario adscrito a dicha cátedra se nutrió de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, aunque también estuvo abierto a personas de formación y ocupaciones diversas interesadas en la arqueología²⁷⁶. De entre sus miembros se reclutó el personal técnico encargado de las excavaciones en La Bastida a que nos referiremos en las páginas siguientes.

Gracias a su posición privilegiada en el régimen dictatorial y pese a las penurias de la época, Martínez Santa-Olalla dispuso de los recursos económicos y humanos imprescindibles para llevar a cabo diversas campañas de prospecciones

274. La organización político-administrativa de la arqueología en España durante el franquismo ha sido objeto de estudio en los últimos años. Véanse, al respecto, Díaz-Andreu (1993, 2003, 2007), Díaz-Andreu y Ramírez Sánchez (2001) y Gracia (2009).

275. Diversos estudios han analizado y valorado la figura y actividad arqueológica y académica de Martínez Santa-Olalla. Véanse, al respecto, Castelo *et alii* (1995a, b), Sánchez Gómez (2001), Mederos (2003/2004, 2012), Gracia (2008, 2009), Quero (2009), Reimond (2009), Vera (2009), Mederos y Escribano (2011) y Roldán (2012).

276. Quero (2006: 23-24).



y excavaciones arqueológicas, especialmente intensas en Murcia²⁷⁷. El Seminario de Historia Primitiva del Hombre (SHPH) excavó en La Bastida en cuatro ocasiones entre 1944 y 1950. Las dos campañas de mayor entidad tuvieron lugar en 1944 y 1945, y fueron objeto en 1947 de la publicación monográfica que más información ha aportado hasta ahora sobre el yacimiento (Fig. 39)²⁷⁸. En 1948, los trabajos prosiguieron sobre un área más reducida, y sus resultados vieron la luz en dos artículos sintéticos²⁷⁹. Finalmente, en 1950 se efectuó la campaña menos conocida, ya que cayó prácticamente en el olvido y permanece inédita en la actualidad²⁸⁰. En las páginas

<

Figura 38.

Julio Martínez Santa-Olalla, en una fotografía tomada en la década de 1940.

^

Figura 39.

Portada de la monografía sobre las excavaciones en La Bastida de 1944 y 1945, editada en 1947.

277. Millán (1949).

278. Martínez Santa-Olalla (1947). Disponemos, además, de una breve nota de Posac (1946) y de otra de del Val y Posac (1948).

279. Ruiz Argilés (1948), Ruiz Argilés y Posac (1956).

280. La realización de esta campaña pasó incluso inadvertida a excelentes conocedores de la arqueología de Murcia y su historiografía (García Cano 2006: 199-201). Comentaremos más adelante los motivos que pueden haber influido en la pérdida general del recuerdo de esta excavación.

siguientes valoraremos el significado y la relevancia de todas estas intervenciones a través del análisis de la información, publicada o no, relativa al desarrollo de los trabajos de campo.

La documentación de las campañas del SHPH

Los datos publicados sobre las excavaciones entre 1944 y 1950 son de carácter muy desigual. Como acabamos de señalar, la publicación más extensa versó sobre los hallazgos de las dos primeras campañas. Aun así, no se trata de una monografía exhaustiva, ya que los recintos habitacionales se describen de forma sintética, sin apenas indicaciones estratigráficas, las tumbas merecen una atención individualizada aunque sucinta y, por último, de los hallazgos muebles sólo se publicó una selección ordenada según categorías generales y casi siempre carente de información relativa al contexto de procedencia. En lo que respecta a la campaña de 1948, los dos artículos disponibles mantienen un tono sintético en la descripción de los hallazgos. En 1983, Lull evaluó conjuntamente los datos publicados de aquellas tres primeras campañas y avanzó una interpretación del yacimiento en la que proponía dos fases de ocupación, a las que asignó los recintos habitacionales y tumbas correspondientes²⁸¹. Las referencias al yacimiento en la bibliografía argárica posterior suelen tener en cuenta el trabajo de Lull que, como decimos, sólo se basó en los datos publicados. Algunos años después, Magdalena García López realizó un análisis morfométrico sobre una colección de recipientes cerámicos procedentes de las excavaciones entre 1944 y 1950, conservados en el Museo Arqueológico de Murcia. Este estudio, unido a otro sobre restos faunísticos de igual origen que vio la luz con el anterior²⁸², incrementó la base empírica sobre el yacimiento, pero no amplió la sucinta información estratigráfica y contextual publicada a mediados del siglo XX.

Respecto a la campaña inédita de 1950, en un primer momento parecía que habríamos de limitarnos a certificar su realización. La única referencia contemporánea que hemos localizado es una brevísima nota en las Actas de la II Asamblea Nacional de Comisarios de Excavaciones Arqueológicas celebrada en 1951, donde se mencionaba que, en 1950, el Seminario de Historia Primitiva “realizó excavaciones en Totana”²⁸³. Una nota igualmente breve incluida en un homenaje a la trayectoria investigadora de Francisco Jordá Cerdá precisaba que las excavaciones tuvieron lugar en La Bastida y quién había sido su director²⁸⁴. Nada más sobre aquella intervención, como concluía García López en 1992²⁸⁵.

281. Lull (1983: 311-325).

282. García López (1992).

283. Alonso del Real (1954: 25).

284. Fortea (1984: 14). La misma información aparecía en el bosquejo biográfico publicado por Jesús Francisco Jordá Pardo con motivo de la muerte de su padre Francisco en 2004 (Jordá Pardo 2004: 2).

285. García López (1992: 35).

Sin embargo, poco imaginábamos que, de la campaña menos conocida, íbamos a encontrar el hilo para enriquecer sustancialmente el conocimiento de las excavaciones del SHPH. El primer paso de nuestra búsqueda nos condujo en 2009 a Jesús Francisco Jordá Pardo, hijo de Francisco y profesor de geoarqueología en la UNED (Madrid). A nuestra pregunta sobre la posibilidad de que se conservase algún documento relativo a las excavaciones de su padre en La Bastida, Jesús respondió afirmativamente²⁸⁶. Por fortuna, Francisco Jordá había conservado el diario de campo donde anotó lo más destacado de la excavación de 1950 y, además, una segunda versión pasada a limpio²⁸⁷.

Habida cuenta del carácter inédito de los trabajos de 1950, la documentación que acabábamos de encontrar revestía un enorme valor. Ahora bien, ello no fue más que el comienzo de una serie de afortunados hallazgos. De la lectura del diario se desprendía que Jordá contó con la colaboración de otro arqueólogo, John Davies Evans, quien alcanzaría fama años después por sus investigaciones sobre los templos prehistóricos de Malta y que acabaría ocupando la dirección del *Institute of Archaeology* de la Universidad de Londres (UCL)²⁸⁸. Sin saber siquiera si Evans vivía o no, contactamos con Pamela Jane Smith (Universidad de Cambridge), quien en 2001 le había entrevistado en el marco de un proyecto para la recuperación de las “historias personales” de los profesionales británicos que marcaron una etapa destacada en la historia de la arqueología del siglo XX²⁸⁹. En la transcripción de dicha entrevista se lee que, en 1950, Evans se encontraba en Madrid explorando la posibilidad de realizar una tesis doctoral sobre las hipotéticas relaciones entre El Argar y el ámbito egeo-anatólico (una idea sugerida por V. Gordon Childe, según Evans), bajo la dirección del profesor Glyn Daniel. Ante la imposibilidad de examinar el fondo Siret del Museo Arqueológico Nacional debido al pleito interpuesto ante el Estado Español por los herederos del ingeniero belga, Evans exploró otras vías para conocer el material arqueológico de la prehistoria del sureste. Recibido en España por Martínez Santa-Olalla²⁹⁰, resulta probable que de éste surgiese la iniciativa para que el SHPH realizase su cuarta campaña de excavaciones en La Bastida y, de esta forma, Evans conociese de primera mano el repertorio artefactual argárico²⁹¹. Francisco Jordá fue nombrado Director del Museo Arqueológico de

286. Nuestro más sincero agradecimiento a la ayuda prestada por Jesús Francisco Jordá, quien nos brindó todo tipo de facilidades para acceder a la documentación inédita sobre La Bastida recogida por su padre en 1950.

287. Véase Jordá (en este volumen).

288. Michael J. Walker, profesor de antropología física de la Universidad de Murcia, había señalado la participación de Evans en excavaciones en La Bastida, aunque sin precisar fechas concretas (Walker 1995: 123, nota 7). Evans fue el director de la tesis doctoral de Walker.

289. Véase al respecto <http://www.arch.cam.ac.uk/personal-histories/>. La entrevista mantenida con Evans puede consultarse en <http://www.arch.cam.ac.uk/~pjs1011/interview-transcripts.pdf> (accesible a 30 de abril de 2012).

290. Díaz-Andreu (2008: 123).

291. Estos intentos fueron insuficientes y el proyecto de tesis no prosperó. Evans se trasladó al año siguiente a Turquía y, poco después, a Malta, donde finalmente desarrollaría con éxito una parte importante de sus investigaciones arqueológicas.

Cartagena a finales de 1950 y, poco después, Comisario Provincial de Excavaciones en Murcia, ambos cargos gracias a la influencia directa de Martínez Santa-Olalla (*infra*). Ello colocaba a Jordá en una posición de dependencia y/o deuda respecto a Martínez Santa-Olalla, por lo que no sería extraño que recibiese de éste el encargo de dirigir las excavaciones en el yacimiento de la Edad del Bronce.

Gracias a la inestimable mediación de Pamela Smith, a finales de 2009 contactamos con John Evans en su retiro de Shaftesbury (Inglaterra). Nos atendió con suma amabilidad y nos reveló que, al igual que Jordá, él también había conservado sus propias notas de campo tomadas en 1950. A los pocos días, nos envió una fotocopia del cuaderno²⁹². Sin embargo, lo mejor aún estaba por llegar, ya que no tardó en hacernos saber que había encontrado en su archivo los dos diarios de campo originales de las campañas de 1944 y 1945 redactados por Eduardo del Val Caturla²⁹³. Según nos comunicó, fue el propio del Val quien se los entregó en Cambridge en la década de 1950. Evans nos prometió que legaría esta valiosa documentación para su depósito en el futuro museo dedicado a La Bastida y, en efecto, recibimos los diarios por correo apenas dos semanas después.

John Evans falleció el 4 de julio de 2011 a la edad de 86 años. Poco después, su fondo documental pasó a titularidad del *Institute of Archaeology* del UCL, donde está siendo catalogado como paso previo a su consulta pública. Todd Whitelaw, profesor de arqueología del Egeo en dicha universidad, es una de las personas encargadas de esta labor. Al reparar en los diarios originales de La Bastida y enterarse, por medio de su colaborador Borja Legarra, de que Evans ya nos había facilitado una copia, se puso en contacto con nosotros para ofrecernos inmediatamente la consulta del original. Aunque eso no fue todo, ya que el inventario provisional de la documentación sobre La Bastida incluye también una hoja suelta que completa la lista numerada de objetos realizada en 1945, 78 láminas que muestran entre una y cinco fotografías adheridas en cada una, así como varios negativos. Para nuestra sorpresa, la mayoría de las fotos corresponden a las campañas de 1944 y 1945, por lo que debieron ser tomadas por del Val y, al igual que los diarios manuscritos, entregadas personalmente a Evans. Se trata de revelados²⁹⁴ asociados a fichas del archivo fotográfico del SHPH en las que se describe someramente la imagen. En una inusual muestra de generosidad, tanto el UCL por medio de Whitelaw, como de Judith Conway, sobrina de la esposa de Evans, Evelyn, y heredera de éste, han cedido toda la documentación para que se conserve y pueda consultarse en nuestro país.

292. Evans (en este volumen).

293. del Val (en este volumen).

294. Muchos de los negativos originales han sido localizados en el fondo Martínez Santa-Olalla, custodiado en el Museo Arqueológico Nacional (Madrid) (Escalas, Fregeiro y Oliart, en este volumen).

Un pequeño número de fotografías ahora también en nuestras manos corresponde a la campaña de 1950, con toda probabilidad tomadas por el propio Evans. Su nutrido legado aún no ha sido catalogado en su totalidad, por lo que no es de descartar que en el futuro puedan hallarse documentos adicionales de su labor en Totana.

Animados por el esmero con que Jordá y Evans habían preservado el testimonio de sus trabajos en La Bastida, decidimos tratar de ponernos en contacto con los arqueólogos protagonistas de las excavaciones de la década de 1940 o, en caso de haber fallecido, con sus descendientes o allegados. El objetivo consistía en recuperar todo testimonio de aquellas excavaciones, ya fuesen notas manuscritas, material gráfico o fotográfico, o recuerdos comunicados de forma oral.

Las siguientes pesquisas nos llevaron al Museo de San Isidro o Museo de los Orígenes (Madrid), donde se conserva el fondo documental de Julio Martínez Santa-Olalla (fundador del Instituto Arqueológico Municipal de Madrid en 1953, posteriormente integrado en el actual museo) y también parte importante del legado de Bernardo Sáez Martín²⁹⁵, su más estrecho colaborador²⁹⁶. El repaso de esta documentación reveló algunas noticias alrededor del desarrollo de las excavaciones en Totana, pero no proporcionó nuevos datos arqueológicos. Ulteriores contactos con el personal del Museo Arqueológico Nacional aseguraron que los archivos de esta institución no conservaban ningún documento relativo a las excavaciones en La Bastida. Sin embargo, sí se custodiaba un fondo asociado a la colección particular de Martínez Santa-Olalla, que fue donada al MAN tras su muerte en 1972. La revisión de dichos documentos arrojó resultados positivos, por cuanto el museo conservaba un lote de fotografías de la excavación de 1944. Si inicialmente el personal del archivo del MAN no había contestado afirmativamente, ello se debía tan solo a que dichas fotos y negativos no llevaban ningún tipo de mención a “La Bastida” en los sobres originales donde se guardaban. En este sentido, el reconocimiento por nuestra parte de algunos de los códigos asociados a tumbas y habitaciones empleados en la campaña de 1944 proporcionó la clave para identificar el yacimiento y los contextos documentados. Posteriormente, y gracias a la inestimable y cordial colaboración prestada por Virginia Salve y Aurora Ladero, examinamos el contenido del legado documental de Martínez Santa-Olalla. Afortunadamente, y pese a algunas pérdidas puntuales en los negativos de nitrato de plata, identificamos un extenso conjunto de imágenes correspondientes a las campañas de 1944 y 1948²⁹⁷. Una parte de ellas habían sido incluidas

²⁹⁵. Salas (2006), Quero (2006).

²⁹⁶. Agradecemos a Salvador Quero Castro, del área de difusión del museo, el que nos haya proporcionado todo tipo de facilidades para el acceso al fondo Martínez Santa-Olalla.

²⁹⁷. Véase Escalas, Fregeiro y Oliart (en este volumen).

en las publicaciones que recogen parcialmente sus resultados, pero las restantes resultan inéditas y ofrecen detalles de interés para el mejor conocimiento del yacimiento y los métodos de excavación empleados.

Los contactos con la familia de Eduardo del Val (anteriormente “Kocherthaler”) Caturla (anteriormente “Levi”)²⁹⁸, director de campo de las campañas de 1944 y 1945, no aportaron ningún resultado que pudiera sumarse a los diarios que nos había hecho llegar Evans. Ni sus hijos Pedro y Andrés del Val Pérez-Sirera, ni su viuda, Beatriz Pérez-Sirera Bosch-Labrús, dijeron poseer ningún documento procedente de las actividades arqueológicas de su respectivo padre y esposo.

Tampoco fueron fructíferos los contactos mantenidos en 2010 con José Antonio Sopranis Salto, que participó en la campaña de 1945 como colaborador técnico de del Val. Su delicado estado de salud, con 93 años cumplidos por aquel entonces, impidió mantener una entrevista, y, por otro lado, las preguntas y búsquedas que realizaron sus hijas Isabel y Teresa en nuestro nombre, no dieron resultados²⁹⁹.

Sin embargo, la fortuna volvió a sonreírnos en 2011 cuando conseguimos establecer contacto con Carlos Posac Mon, que participó en las campañas de 1944 y de 1948 como colaborador técnico. Lo que la memoria mermada por la avanzada edad había dejado atrás, fue compensado por la entusiasta e inestimable ayuda de su hija Mariló, quien rebuscó entre los papeles de su padre hasta encontrar el diario manuscrito que redactó en 1944³⁰⁰, así como varias fotografías y un telegrama que tendremos ocasión de comentar³⁰¹. Además, el propio Posac se comprometió a redactar un texto sobre sus impresiones en torno a las excavaciones en Totana³⁰².

Sólo un par de fotografías conservadas por Posac tenían que ver con la excavación llevada a cabo junto con Vicente Ruiz Argilés en 1948. Por desgracia, todas las gestiones para dar con el paradero de algún familiar o conocido de éste han resultado estériles hasta el día de hoy.

298. Según indica el Boletín Oficial de la Provincia de Madrid, de 14 de enero de 1935, p. 3.

299. Pese a ello, deseamos expresar nuestro agradecimiento a la familia Sopranis y, en especial, a sus hijas Isabel y Teresa Sopranis, y a su yerno Manuel Abad, por el interés y la atención prestados a nuestra solicitud.

En la época en que mantuvimos comunicación telefónica con Isabel y Teresa Sopranis advertimos una curiosa coincidencia. Nos hallábamos en el departamento de Prehistoria y Arqueología de la UNED (Madrid) realizando una copia digital de los diarios de Francisco Jordá que su hijo Jesús custodiaba allí, cuando tuvimos el placer de conocer a Manuel Abad Varela, profesor de Historia Antigua y ... yerno de José Antonio Sopranis al estar casado con su hija Teresa, con quien habíamos conversado poco tiempo. Resulta verdaderamente sorprendente que el destino juntase en el mismo departamento universitario a tres familiares de tres personas que excavaron en La Bastida en tres épocas distintas: Ignacio Martín Lerma (bisnieto de Juan Cuadrado), Manuel Abad (yerno de José Antonio Sopranis) y Jesús Jordá (hijo de Francisco Jordá).

300. El diario de del Val de 1944 indicaba que Posac había tomado paralelamente algún tipo de notas (del Val 1944: 26 y 51). (Véase Posac, en este volumen)

301. Vaya desde aquí nuestro más profundo agradecimiento a la familia Posac por la cordialidad con que nos recibieron en Málaga y por el interés mostrado en la investigación sobre La Bastida.

302. Posac y Posac (en este volumen).

En suma, contra todo pronóstico y gracias al cuidado con que algunos de los excavadores de La Bastida conservaron sus notas, disponemos de nuevos datos para evaluar mejor el carácter de las ocupaciones argáricas en el yacimiento. Además, los documentos poseen un valor añadido como testimonio detallado de la arqueología de campo que desarrollaban en España los pocos que podían hacerlo en el inicio de una larga posguerra. En este sentido, ilustran la aplicación de métodos de excavación y de registro que permiten evaluar las prácticas arqueológicas tradicionales más allá de la consabida preeminencia de las preocupaciones cronoculturales en los estudios de materiales, y de los énfasis difusionistas en la interpretación de los mismos. Nos acercan, además, a la práctica de la arqueología de campo “real”, enriqueciendo así las aproximaciones estrictamente historiográficas que ponen el acento en los aspectos administrativos, políticos e interpretativos de la labor arqueológica.

LAS CAMPAÑAS DE 1944 Y 1945

El tratamiento conjunto de estas dos campañas está justificado por haber sido dirigidas sobre el terreno por Eduardo del Val, y publicadas conjuntamente en la monografía de 1947³⁰³.

El desarrollo de los trabajos: aspectos políticos e institucionales

No están del todo claras las razones que llevaron a Martínez Santa-Olalla a excavar precisamente en La Bastida. En las páginas introductorias a la monografía de 1947, Martínez Santa-Olalla enfatizó la importancia nacional e internacional de la prehistoria del sureste a raíz de la obra de los Siret, lo cual bastaba para poner de relieve el interés que suponía proseguir las investigaciones en esta región. El mundo argárico resultaba básico en la definición del periodo “Bronce Mediterráneo II”, propuesto por Martínez Santa-Olalla en su obra de síntesis más conocida, *Esquema paleontológico de la península Ibérica*, cuya primera edición había visto la luz en 1941³⁰⁴.

Por otro lado, el mismo autor señaló con nombres y apellidos el apoyo material recibido de las autoridades políticas de Murcia, en concreto de Cristóbal Graciá Martínez, Gobernador Civil, y de Luis Carrasco Gómez, Presidente de la Diputación. Al parecer, detrás de este apoyo había también el proyecto de fundar un gran Museo Provincial multidisciplinar, científico y renovador³⁰⁵. Así

³⁰³. Martínez Santa-Olalla (1947).

³⁰⁴. La segunda edición, de 1946, incluía ya dos fotografías de La Bastida para ilustrar la caracterización material de El Argar (Martínez Santa-Olalla 1946: láms. XXIII y XXIV).

³⁰⁵. Martínez Santa-Olalla (1947: 8-9). Este mismo deseo quedaba patente en la carta de Martínez Santa-Olalla a Luis Carrasco, del 20 de marzo de 1945 (Archivo General de la Región de Murcia, Fondo de la Diputación, registro FD1974/1/11251), reiterada en otra de 4 de abril (Archivo del Museo de San Isidro, referencia FD1974/1/11249_1 y 2).

pues, parece que confluyeron tanto la relevancia científica de la arqueología prehistórica del sureste, como la voluntad y disponibilidad de medios por parte de las autoridades murcianas.

No resulta casual la sintonía favorable entre ciertos arqueólogos y políticos en aquellos momentos. Además de su pertenencia a Falange y a una familia con militares golpistas de alta graduación, las buenas relaciones entre Martínez Santa-Olalla y algunos personajes muy destacados de la cúpula del poder durante la guerra y la inmediata posguerra han sido destacadas a la hora de explicar su papel protagonista en la nueva organización de la arqueología en España. Hay otros detalles reveladores del carácter de esa relación y de la ideología que la animaba. Uno de ellos fue la implicación de Martínez Santa-Olalla en el establecimiento de lazos con la organización *Das Ahnenerbe*, fundada en la Alemania nazi por Heinrich Himmler, integrada en las SS, y que tenía como objetivo el estudio de la historia cultural de la raza aria. Estos vínculos quedaron de manifiesto en la visita de Himmler a España en octubre 1940 (Fig. 40), en la que el papel de algunos temas relacionados con la arqueología ha sido puesto de manifiesto³⁰⁶.

Otro factor destacado fue la amistad de Martínez Santa-Olalla con José Luis de Arrese y Magra, Ministro del Movimiento y Secretario General de Falange entre 1941 y 1945, y entre 1956 y 1957³⁰⁷. Éste sufragó las excavaciones realizadas en 1941 en el yacimiento visigodo de Castiltierra (Segovia) (Fig. 41), dirigidas por Martínez Santa-Olalla en colaboración con *Das Ahnenerbe*³⁰⁸, y que perseguían rastrear la presencia de elementos ancestrales arios en el territorio español.

La amistad y la complicidad con Arrese en temas arqueológicos se mantuvieron a lo largo del tiempo. Una prueba de ello es que Arrese fue presidente de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (SEAEP) y, Martínez Santa-Olalla, secretario perpetuo de la misma³⁰⁹. La afición a la arqueología de Arrese motivó que algunas de las piezas halladas en excavaciones a cargo de Martínez Santa-Olalla acabasen ingresando en su colección particular³¹⁰, como fue el caso del ajuar de dos sepulturas visigodas de la citada

³⁰⁶. Gracia (2008: 7-8), Mederos y Escribano (2011: 167-177).

³⁰⁷. Entre 1957 y 1960 desempeñó el cargo de Ministro de Vivienda, y fue procurador hasta la disolución de las Cortes franquistas en 1977. Falleció en 1986.

³⁰⁸. Gracia (2008).

³⁰⁹. Arrese (1978: 61).

³¹⁰. José Luis Arrese fue también Comisario Local de Excavaciones en Corella, posición que le permitió apropiarse de cierto número de piezas arqueológicas. El actual propietario de la colección arqueológica y sobrino de su artífice, José Miguel de Arrese y García Monsalve, nos comunicó en enero de 2012 que su tío y Martínez Santa-Olalla compartieron afición y “visitas” arqueológicas a yacimientos de los Areneros del Manzanares (Madrid), fruto de las cuales ingresó en la colección Arrese un buen número de instrumentos paleolíticos de sílex, un colmillo de elefante y algunas cerámicas de las edades del Cobre y del Bronce (Arrese 1978: 61-62). Por otro lado, Arrese nos mostró en su Casa-Museo de Corella (Navarra) piezas de orígenes variados, entre las cuales figuraban algunas gemas de procedencia arqueológica, obsequio personal de Martínez Santa-Olalla. Es probable que estas y otras piezas procediesen del entorno de Carteia (Cádiz), donde excavó entre 1953 y 1961 con el patrocinio y el apoyo de su amigo el ministro Arrese (Roldán 2012: 97).

necrópolis de Castiltierra y, como veremos más adelante, de varios recipientes funerarios de La Bastida, hoy en la Casa-Museo Arrese de Corella (Navarra).

La buena relación entre Martínez Santa-Olalla y Arrese se extendió también a Cristóbal Graciá, Gobernador Civil de Murcia entre 1943 y 1953, compañero de estudios de Martínez Santa-Olalla y como éste, alumno de Bosch-Gimpera³¹¹, así como destacado cargo de Falange³¹². Antonio Beltrán se refirió a él como “aficionado y técnico en cuestiones arqueológicas”³¹³ e, incluso, como “apasionado arqueólogo”³¹⁴, lo que explicaría su generosa contribución de 32.000 pesetas para la fundación del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena. El reconocimiento de Martínez Santa-Olalla hacia Graciá por su ayuda en las



<

Figura 40.
Martínez Santa-Olalla, inclinado y vestido con el uniforme negro de Falange, atiende a Himmler, sentado, durante su visita a Toledo de 1940.

311. Martínez Santa-Olalla (1947: 9).

312. Tras su paso por Murcia, ocupó el cargo de Gobernador Civil de La Coruña. Falleció en 1988.

313. Beltrán (1945c: 12).

314. Beltrán (1946b: 159; 1945c: 12).

>

Figura 41.

José Luis de Arrese (izquierda, con uniforme blanco), Ministro Secretario General del Movimiento, y Julio Martínez Santa-Olalla (a la derecha) en las excavaciones del cementerio visigodo de Castiltierra (Segovia), en 1941.



excavaciones de 1944 y 1945 ha sido ya mencionado. Si a este grupo de afinidad en política y arqueología añadimos la figura de Luis Carrasco Gómez, Presidente de la Diputación Provincial de Murcia³¹⁵, no cabe duda que las excavaciones se realizaron bajo los auspicios de una parte importante de la cúpula del poder provincial y estatal, en aquella época aún bajo la fuerte influencia de Falange. La generosa contribución económica de la Diputación a las excavaciones del SHPH de 1944 en Archena y Totana, 40.000 pesetas³¹⁶, es buena prueba de ello.

Hay constancia documental de que Graciá y Carrasco visitaron La Bastida durante la excavación de 1944. Graciá lo hizo a poco de comenzar los trabajos, el 19 de agosto, coincidiendo aún con Martínez Santa-Olalla y Sáez Martín³¹⁷. El domingo 24 de septiembre, Carrasco³¹⁸ y un nutrido séquito que incluía a Juan Cuadrado, Eduardo del

³¹⁵. Carrasco ocupó el puesto de forma interina entre octubre de 1940 y noviembre de 1944, cuando fue nombrado oficialmente (Nicolás 1982: 371). Un año después, hacia noviembre de 1945, abandonó el cargo de manera poco clara (Nicolás 1982: 376). Una nota remitida por Carrasco a Martínez Santa-Olalla en diciembre de 1945 informaba de que se hallaba en situación de licencia de su cargo debido a una denuncia contra él “por mujeriego”, lanzada por un rival político (Archivo del Museo de San Isidro, referencia FD1974/1/11214).

³¹⁶. Según se publicó en “Línea Nacional Sindicalista” (1 de abril de 1945). Martínez Santa-Olalla inició a finales de 1942 los contactos con la Diputación de Murcia encaminados a obtener financiación para excavaciones arqueológicas (carta enviada el 23 de noviembre de 1942 y tramitada por la Comisión Gestora de la Diputación cuatro días después -Archivo General de la Región de Murcia, Fondo Diputación 7390 02v). Sin embargo, su petición no tuvo cabida en los presupuestos de 1943 por estar ya elaborados en el momento de ser recibida (Archivo General de la Región de Murcia, Fondo Diputación 7390 03). De ahí, por tanto, que la primera campaña se pospusiese a 1944.

³¹⁷. Véase Lerma y Cuadrado (en este volumen).

³¹⁸. Agradecemos a M^a Encarna Nicolás Marín, Catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad de Murcia, el haber-nos facilitado las vías para la identificación de Luis Carrasco en las imágenes tomadas en La Bastida y la Casa del Pantano.



<

Figura 42.

Fotografía tomada la tarde del 24 de septiembre de 1944, posiblemente en la Casa del Pantano. En primer término, con pantalón corto blanco, Eduardo del Val enseñándole algo a Luis Carrasco, Presidente de la Diputación, vestido totalmente de oscuro. Al lado de del Val, en la izquierda de la imagen, Juan José Clemente Meca. En segundo término, el primero por la izquierda del grupo de la derecha, Juan Cuadrado, y, el segundo por la derecha, posiblemente Fernando Palacios (el "brigada Palacios"). No ha sido posible identificar a los restantes personajes, entre los cuales podría figurar Luis Cuéllar Casanova, oficial mayor del Ayuntamiento de Totana.



<

Figura 43.

Luis Carrasco Gómez, Presidente de la Diputación Provincial de Murcia, en la Casa del Pantano sujetando un collar descubierto en una de las tumbas argáricas de La Bastida (24 de septiembre de 1944).



<

Figura 44.

En torno a la tumba 51, en curso de excavación bajo el suelo del Departamento X, vemos, a la izquierda y de blanco, a Eduardo del Val; en el centro, a Luis Carrasco, y, a la derecha, a Juan Cuadrado.



^

Figura 45.

Grupo de visitantes junto a la tumba 51 en curso de excavación.

Val, el alcalde de Totana, Juan José Clemente Meca, el oficial mayor del ayuntamiento, Luis Cuéllar Casanova y el gestor municipal Mariano Vera Vivancos³¹⁹ visitaron el yacimiento y asistieron a la excavación de la tumba nº 51³²⁰ (Figs. 42-45). También examinaron una selección de los hallazgos más destacados, colocados sobre dos mesas probablemente en el patio de la cercana casa del Cejo del Pantano, donde se alojaban los responsables de la excavación (Fig. 46).

En la tarde del martes día 26, se produjo una nueva visita de mayor relevancia institucional al estar liderada por Cristóbal Graciá. Vestido con la característica indumentaria falangista de camisa azul Mahón y corbata negra, aparece en varias fotografías en compañía de Luis Carrasco, Juan Cuadrado y Eduardo del Val (Figs. 47-51). Graciá ocupa siempre una posición central en las escenas,

>

Figura 46.

La “Casa del Pantano”, junto al lecho seco de la rambla de Lébor, en su estado actual (a la derecha de la imagen, a media altura). A la izquierda y al fondo, en segundo plano, la cima del cerro de La Bastida.



319. Según consta en las noticias de prensa relativas a la visita publicadas en “La Verdad” el 26 y 27 de septiembre. La visita también fue recogida por “Línea Nacional Sindicalista” (30 de septiembre)

320. Hallazgo descrito al día siguiente en el diario de del Val (tumba con denominación de campo “VX 15”).



<

Figura 47.

Graciá contempla una vasija carenada que le muestra Juan Cuadrado. A la derecha de Graciá, con bastón, Luis Carrasco, y, en primer término a la izquierda y vestido de blanco, Eduardo del Val. Junto a Cuadrado, a la derecha en la imagen, Juan José Clemente Meca y, mirando a la cámara, posiblemente Fernando Palacios (el “brigada Palacios”). La persona que aparece de pie y con sombrero, en último plano, podría ser Vicente Andrés, propietario de la casa del Cejo del Pantano donde se alojó el equipo directivo de la excavación. En la parte inferior izquierda de la foto pueden verse algunas de las cajas que sirvieron para embalar los hallazgos, listas para su transporte a la capital murciana o a Madrid. Es posible que la vasija carenada que sostiene Cuadrado le fuese entregada a Graciá esa misma tarde. Dos ollitas carenadas de La Bastida acabaron en la colección Arrese, Secretario General de Falange y amigo personal de Martínez Santa-Olalla (véase *infra*).

recibiendo las explicaciones y acaparando la atención de otros personajes.

La visita de Graciá y de Carrasco (éste, en dos ocasiones) a la excavación de La Bastida en 1944 indica el interés y el respaldo institucional hacia la labor desarrollada allí. Resulta curioso que Martínez Santa-Olalla, el director de los trabajos del SHPH en Murcia, no se sumase en persona a la visita, y que fuesen del Val y Cuadrado quienes figuran como anfitriones y mostrasen a los invitados el yacimiento y los principales hallazgos. Sin embargo, el hecho de que la visita se llevase a cabo pese a esta ausencia significativa, puede hablar del interés intrínseco que tenían las excavaciones para dos de las personalidades de mayor peso en el panorama político de la Murcia de posguerra.



<

Figura 48.

Cristóbal Graciá (en primer plano, segundo por la derecha), acompañado por Mariano Vera Vivancos (de blanco), Juan Cuadrado (a su derecha) y Juan José Clemente Meca (a la izquierda de la imagen); detrás, en el centro, Luis Carrasco, y, posiblemente, Fernando Palacios (el “brigada Palacios”).

>

Figura 49.

Cristóbal Graciá (a la derecha de la imagen) escucha las explicaciones de Mariano Vera Vivancos (de blanco) y Juan Cuadrado (en el centro del grupo) en el yacimiento de La Bastida, probablemente en el interior del Departamento VIII. Más a la izquierda, Juan José Clemente Meca, Luis Carrasco y un hombre uniformado.



>

Figura 50.

Cristóbal Graciá, con los brazos cruzados, atiende las explicaciones de Juan Cuadrado delante de una de las cistas de La Bastida (tumba 3). Al lado de Cuadrado, a la izquierda de la imagen, Luis Carrasco³²¹. Al fondo, la pared oriental del barranco Salado.



321. Esta foto se reprodujo en la portada del diario "Línea Nacional Sindicalista", órgano de F.E.T. y de las J.O.N.S. de Murcia, del 30 de septiembre de 1944.



<

Figura 51.

Cristóbal Graciá (izquierda), Luis Carrasco (centro, en segundo plano) y Juan Cuadrado (derecha) contemplan una gran urna de enterramiento envuelta con una especie de red que debió servir para su transporte.



<

Figura 52.

Juan Cuadrado junto al muro septentrional del Departamento I de La Bastida, al término de la campaña de 1944.



<

Figura 53.

Juan Cuadrado, sentado junto a una de las estructuras descubiertas en el yacimiento calcolítico de Campico de Lébor (Totana) durante la semana del 11 al 15 de septiembre de 1944³²².

322. La descripción de los trabajos en el Campico figura en el diario de campo de del Val.

Ahora bien, ni la importancia de la arqueología argárica en el panorama peninsular y europeo, ni el patrocinio de las instituciones murcianas dan cuenta por sí solas de la selección específica de La Bastida, ya que en la misma provincia de Murcia se conocían otros importantes yacimientos argáricos. Díaz-Andreu ha apuntado al respecto motivos políticos y personales, concretamente una presunta mala relación entre Martínez Santa-Olalla y Juan Cuadrado a raíz del apoyo de éste último a la organización de los Congresos Arqueológicos del Sureste, una iniciativa ajena a Martínez Santa-Olalla surgida a partir de 1945 y que, en cierta forma, habría acabado desafiando la posición preeminente de éste en la organización y gestión de la arqueología española³²³. Según esta idea, excavar en La Bastida habría supuesto “pisarle” el yacimiento a un rival y, en definitiva, hacer con ello una demostración pública y ostensiva de poder en el momento en que Martínez Santa-Olalla comenzaba a ser cuestionado. Esta posibilidad podría hallar cierto apoyo en las críticas vertidas abiertamente por Bernardo Sáez³²⁴ contra Cuadrado en la monografía de 1947 (véase *supra*) y, también, en el comentario poco favorable del propio Martínez Santa-Olalla al referirse a las excavaciones de Cuadrado en La Bastida de 1927³²⁵.

Aun así, esa supuesta enemistad no explicaría la colaboración directa de Cuadrado en la planificación y, puntualmente, desarrollo de la campaña de 1944 (Figs. 52-53), ni la atención que el propio Cuadrado dispensó a las personalidades políticas de visita en el yacimiento ese mismo año (véase *supra*). Tampoco que, en agosto de 1944, Cuadrado rogase a Martínez Santa-Olalla que hiciese valer la influencia de su padre en el Ejército para que Francisco Gómez Morales, futuro yerno del arqueólogo almeriense, obtuviese cierto trato de favor durante su estancia en la Academia de Chamartín de la Rosa³²⁶. Ni tampoco que, ya a finales de la década de 1940, Clarisa Millán, colaboradora del SHPH y muy cercana a Martínez Santa-Olalla, reconociese explícitamente y en términos elogiosos la ayuda prestada por Cuadrado en algunas excavaciones, y su papel como descubridor de varios de los yacimientos investigados³²⁷ (La Bastida, Campico de Lébor y Juan Clímaco, entre otros). Tampoco encajan otros aspectos cronológicos, ya que las dos primeras ediciones de los congresos arqueológicos del sudeste, 1945 y 1946, contaron con la asistencia y participación del SHPH y una representación nutrida de la CGEA³²⁸, por lo que habría que imaginar que la mencionada rivalidad se entablase a partir de 1947³²⁹, no

323. Díaz-Andreu (2011: 44).

324. Según Díaz Andreu (2011: 44), Sáez era pareja sentimental de Martínez Santa-Olalla.

325. “En 1927 D. JUAN CUADRADO RUIZ emprende unas excavaciones, sin plan fijo y con el objetivo anticuario que todavía impera ...” (Martínez Santa-Olalla 1947: 43-44).

326. Archivo del Museo de San Isidro (referencia FD1974/1/3601).

327. Millán (1949: 52).

328. Como señala García Cano (2006: 210-211), al congreso de 1946 asistió el SHPH al completo.

329. García Cano (2006: 212-213) ha señalado que la asistencia de prestigiosos arqueólogos a la edición de 1947 coincidió con la pérdida de influencia del personal de la CGEA. Diversos documentos conservados en el Archivo del Museo de

en una fecha tan temprana como 1944. Por último, piénsese al respecto que, si la relación entre Cuadrado y Martínez Santa-Olalla hubiese sido tan mala como sugiere Díaz-Andreu, sería difícil explicar por qué Cuadrado conservó su puesto como Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Almería desde 1941 hasta su muerte en 1952, toda vez que ostentar dicho cargo dependía directamente de la decisión de Martínez Santa-Olalla en su calidad de Comisario General.

En definitiva, no parece obvio que la elección de La Bastida tuviese que ver con una animadversión personal entre Martínez Santa-Olalla y Cuadrado. De hecho, hay indicios de lo contrario. No es siquiera descartable que Cuadrado hubiese ofrecido a Martínez Santa-Olalla explorar los yacimientos prehistóricos de Lébor, habida cuenta de la hegemonía de Falange en aquel momento y del carácter contemporizador del por aquel entonces director del Museo de Almería. Por otro lado, hay que tener en cuenta que el SHPH no intervino sólo en La Bastida, sino en un buen número de yacimientos murcianos como parte de un plan de investigación de carácter amplio y diacrónico³³⁰. En este sentido, no parece incongruente buscar la colaboración de un buen conocedor del terreno como Cuadrado, para evitar así los inconvenientes de partir de cero³³¹.

Tal vez sea clave subrayar que las excavaciones en La Bastida formaron parte de un proyecto del SHPH de mayor envergadura centrado en Murcia, que incluía la fundación de un gran museo interdisciplinar. Puestos a buscar motivaciones políticas y personales en el planteamiento y ejecución del programa de excavaciones que incluía las de La Bastida, habría que considerarlas a la luz de un contexto más general y tener en cuenta las tensiones entre grupos de poder dentro del régimen franquista, concretamente entre Falange y ciertos sectores nacionalcatólicos (sobre todo, los llamados “propagandistas” y el *Opus Dei*)³³². Es conocido el enfrentamiento entre la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, cuyo secretario tras la Guerra Civil fue Martínez Santa-Olalla, y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas –CSIC-³³³, institución creada en 1939 y presidida por el Ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín. El incidente violento protagonizado en diciembre de 1942

San Isidro así lo confirman (véase *infra*). Tal vez ello sea un síntoma claro de la rivalidad a que hacía referencia Díaz-Andreu, sólo que en una fecha más tardía a la que planteaba esta investigadora y, por tanto, en unas circunstancias distintas a las que rodearon las primeras excavaciones en La Bastida.

330. Martínez Santa-Olalla (1947: 9), Millán (1949: 50-51).

331. De haberse producido las desavenencias que sugiere Díaz-Andreu, tal vez habría que situarlas después de 1944, dado que el I Congreso Arqueológico del Sureste se celebró en 1945. En cualquier caso, parece claro que, de haber existido problemas personales con Martínez Santa-Olalla, éstos en nada afectaron la posición de Cuadrado ni su lugar influyente entre los grupos dirigentes del primer franquismo. Así, mantuvo hasta su muerte los cargos de director del Museo Arqueológico de Almería y de Comisario Provincial de Excavaciones; Cristóbal Graciá firmó como testigo en la boda de una de sus hijas (ABC, 1 de diciembre de 1950, p. 33), y el diario falangista “Yugo” publicó varios y sentidos panegíricos tras su muerte (véanse los firmados por E. Molina, G. Espinar, J. A. Tapia y D. Casanova, recogidos en Cuadrado Ruiz -1986-).

332. Mederos y Escribano (2011: 148 y ss.).

333. Mederos (2003-2004: 21-24).

por Martínez Santa-Olalla y José Pérez de Barradas (director del Instituto Bernardino de Sahagún de Antropología y Etnología, dependiente del CSIC)³³⁴, da idea del grado de animadversión entre determinados personajes del régimen, así como, indirectamente, de la pugna por el control de las instituciones estatales dedicadas a la promoción cultural y científica.

En este marco de confrontación, parece claro que el ministro Ibáñez Martín representaba un polo de oposición fundamental para la política e intereses académico-institucionales de Martínez Santa-Olalla³³⁵ y, por ende, de al menos un sector importante de Falange. ¿Resulta casual que Murcia fuese *precisamente* la patria de adopción de José Ibáñez Martín? Este personaje fue un destacado miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, que inició su trayectoria docente y política en Murcia siendo teniente de alcalde de la capital y presidente de la Diputación Provincial durante la dictadura de Primo de Rivera. En tiempos de la II República, fue parlamentario de la provincia por la CEDA y, después de la guerra, continuó dando muestras de sus lazos con Murcia³³⁶. Dada esta prolongada y profunda vinculación, la apuesta de Martínez Santa-Olalla por emprender un plan de investigación en Murcia podría entenderse como un episodio más de la rivalidad personal e ideológica entre falangistas y nacionalcatólicos³³⁷. Desde esta perspectiva, la iniciativa de Martínez Santa-Olalla en tierras murcianas, recordemos que con el apoyo de jerarcas falangistas de la talla de Arrese y Graciá, habría podido constituir un atrevido movimiento estratégico con trasfondo político: potenciar actividades científicas y una estructura para su difusión en forma de museo multidisciplinar³³⁸ en el territorio vernáculo de un poderoso adversario y, por añadidura, al margen de su control. Esta interpretación en clave política permite entender el carácter puntual, y en principio sorprendente, de la implicación de Martínez Santa-Olalla en la arqueología murciana, habida cuenta de que carecía de vínculos con el sureste ya fueran de tipo formativo, vital o familiar, y que sus principales intereses de conocimiento se orientaron, antes y después de 1944-1950, hacia temas y metas poco relacionados con lo que los yacimientos de Murcia podían ofrecer.

³³⁴. Mederos (2003-2004: 22).

³³⁵. Ibáñez Martín había apoyado a Martín Almagro Basch en la consecución, en 1943, de la Cátedra de Prehistoria e Historia Antigua y Universal y de España en la Universidad de Barcelona, en competición con Martínez Santa-Olalla (Gracia 2012: 70-71). Ésta fue sólo una de las numerosas ocasiones en que se enfrentaron los intereses de Martínez Santa-Olalla con los de Almagro, respaldado este último con frecuencia por Ibáñez Martín y el Marqués de Loyoza (Gracia 2009, 2012).

³³⁶. A su trayectoria docente y política, se añade que su esposa era natural de Lorca (Sánchez Martínez 2006: 192). En 1942 mandó construir en esta ciudad el Instituto de Enseñanza Secundaria que aún hoy lleva su nombre. El consistorio municipal le honró pocos años después con el título de Hijo Adoptivo. Ibáñez Martín ordenó en 1941 la construcción de la sede actual del Museo Arqueológico de Murcia.

³³⁷. Conviene recordar una vez más que la actividad del SHPH en Murcia no se restringía al interés por La Bastida, sino que perseguía un proyecto global con investigaciones en yacimientos de diferentes épocas y en distintas comarcas (Millán 1949: 50-52).

³³⁸. Martínez Santa-Olalla (1947: 9). Dicho proyecto museístico nunca llegó a concretarse.

Tras la derrota del Eje en 1945, la balanza de la lucha de poder en el seno del aparato franquista fue decantándose hacia el sector nacionalcatólico, en el que el *Opus Dei* adquirió una posición hegemónica. Los nuevos tiempos aconsejaban desmarcarse de actitudes, personajes y formas nazi-fascistas, y acercarse a las democracias burguesas anticomunistas, en un proceso de apertura internacional en el que el apoyo del Vaticano se revelaba importante. Ello supuso ir retirando las camisas azules del primer plano, en favor de figuras comprometidas con los principios doctrinales del catolicismo y sus estructuras de influencia y acción política. La pérdida de la cátedra que ocupaba interinamente Martínez Santa-Olalla en la Universidad de Madrid, o el desarme de la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas ilustran el declive público del arqueólogo, en paralelo al de Falange, durante la década de 1950³³⁹.

El desarrollo de las excavaciones: equipo, calendario y aspectos de método arqueológico

Las principales fuentes de información sobre el desarrollo de las excavaciones son los diarios de campo de las campañas de 1944 y 1945³⁴⁰ y Posac (campaña de 1944)³⁴¹, además, obviamente, de la monografía publicada en 1947. Según palabras de del Val, las excavaciones dieron comienzo el 7 de agosto de 1944, aunque parece que el inicio de los trabajos efectivos se demoró unos cuantos días. El 11 de agosto, Martínez Santa-Olalla, Bernardo Sáez y el recién llegado Juan Cuadrado, visitaron diversos yacimientos de la comarca y, al día siguiente por la tarde, se presentaron en La Bastida tal vez para decidir el sector que habría de ser excavado (Fig. 54). Las labores de excavación se iniciaron el día 13³⁴² con el concurso de cuatro jornaleros, aunque a los pocos días el grupo se incrementó hasta sumar nueve hombres y un capataz³⁴³.

El 14 de agosto, Martínez Santa-Olalla envió un telegrama a Carlos Posac Mon, por aquel entonces en Melilla, ordenándole presentarse urgentemente en Totaña³⁴⁴. Posac acababa de licenciarse en Filología Clásica en la Universidad de Madrid, y conocía a Martínez Santa-Olalla por haber asistido como oyente a sus clases y haber cumplido meses atrás el encargo de revisar unos hallazgos

339. Véase Gracia (2012) para un relato detallado de la pugna política y académica entre Martínez Santa-Olalla y Martín Almagro Basch, a la postre vencedor.

340. Todos los diarios se incluyen en este volumen (Posac 1944, del Val 1944 y del Val y Sopranis 1945), así como las fotos que les acompañaron y que hemos localizado en los fondos del Museo Arqueológico Nacional y en el archivo de John D. Evans.

341. Este diario se incluye como anexo en este volumen.

342. En el diario de Cuadrado se indica el inicio efectivo de las excavaciones el domingo 13 con la ayuda de cuatro hombres (Cuadrado y Martín Lerma, en este volumen). Del Val y Posac apuntan al día 12, tal vez aludiendo a la visita del sábado por la tarde (1948: 577).

343. Posac (1944: 2). Posac también recoge en su diario (p. 3) lo pagado en jornales el 19 de agosto: 12 pesetas por día al capataz y una menos al resto.

344. Véase Posac (en este volumen).



^

Figura 54.

Vista del cerro de La Bastida desde el cauce de la rambla de Lébor y en dirección oeste, antes del inicio de las excavaciones de 1944.

altomedievales en la provincia de Ávila. Por su parte, Eduardo del Val ya se hallaba en Murcia desde el 10 de agosto, concretamente excavando el yacimiento ibérico del Cabezo del Tío Pío (Archena) en compañía de Julián San Valero. Del Val procedía de una familia acomodada de origen alemán radicada en España desde hacía años, había sido alumno de Martínez Santa-Olalla y era miembro del SHPH. Es de suponer que recibiese un requerimiento similar al de Posac y llegó a Totana el día 18³⁴⁵. Sus primeras notas en el diario de campo relativas a La Bastida datan del sábado 19, la misma fecha que inaugura el cuaderno de Posac, quien llegó al yacimiento ese mismo día.

Martínez Santa-Olalla, Sáez y Cuadrado abandonaron Totana el día 19 o el 20 para, en el caso del director nominal

³⁴⁵. (Cuadrado y Martín Lerma, en este volumen)

y de su colaborador, no regresar, que sepamos, nunca más a La Bastida³⁴⁶. A partir de ese momento, la campaña prosiguió bajo la dirección efectiva de del Val y la colaboración de Posac, que se ausentó temporalmente a partir del 7 de septiembre al tener que regresar a Melilla (Fig. 55). Posac nos confesó los temores iniciales de ambos, ante la posibilidad de que el yacimiento no fuese más que un fraude. Tal era el efecto pesimista del relato de las peripecias de “El Corro” y “El Rosao”, escrito años antes por Cuadrado. Afortunadamente, la desconfianza se disipó pronto, a la vista de las estructuras arquitectónicas y las tumbas que comenzaron a descubrir. Los trabajos se prolongaron hasta el 26 de septiembre.

En lo que respecta a la campaña de 1945, el diario de del Val informa que se desarrolló entre el 16 de agosto y el 13 de octubre, y que el colaborador técnico José Antonio



<

Figura 55.

Carlos Posac (izquierda) y Eduardo del Val (derecha) en La Bastida, junto a la urna de la tumba 11³⁴⁷, a finales de agosto de 1944.

346. En cambio, Cuadrado volvió en al menos otra ocasión (del Val 1944: 47) antes del cierre de la campaña, cuando su presencia está atestiguada los días 25 y 26 de septiembre de 1944.

347. Recipiente reproducido también en Martínez Santa-Olalla *et alii* (1947: lám. XXXIV).

Sopranis Salto acompañó al director de campo en lugar de Carlos Posac, quien por aquel entonces cumplía obligaciones militares. Parece que Julio Martínez Santa-Olalla, Bernardo Sáez y Juan Cuadrado no participaron en la marcha de los trabajos de campo y, que sepamos, tampoco se registró ninguna visita institucional.

Metodología de excavación y registro en la campaña de 1944

Durante las casi siete semanas de la campaña de 1944, se excavó en La Bastida una superficie aproximada de 790 m², donde se descubrieron estructuras arquitectónicas correspondientes a 11 recintos habitacionales o “Departamentos”, y 54 tumbas (Fig. 56). Además, los responsables dedicaron algunos días a visitar y/o intervenir en los yacimientos de la cueva del Campico del Centeno, el Campico de Lébor, el Cejo del Pantano (al parecer con abrigos ocupados en el Paleolítico), el cerro de Juan Clímaco y “otras estaciones” de la rambla de Lébor.

La excavación de 1944 en La Bastida se centró en un sector orientado nortesur de unos 40 m x 19 m como dimensiones máximas, y con una suave pendiente hacia el oeste. Se halla en la ladera meridional (entre las cotas aproximadas de 365-370 m s.n.m.), sobre una especie de espolón en la confluencia entre la rambla de Lébor y el barranco Salado, a unos 30 m de altura relativa por encima de sus lechos. Se llega al lugar subiendo una cuesta no demasiado larga desde el cauce de Lébor. Factores como la relativa comodidad de acceso y la menor pendiente de este sector pudieron haber favorecido su elección, en detrimento de otras zonas del yacimiento. Por otro lado, ciertas indicaciones hablan de una cata practicada a varias decenas de metros pendiente arriba, así como de algún sondeo al norte del sector principal de excavación, en el área denominada “balsa”³⁴⁸.

La información de del Val contiene planos en formato croquis con la planta, ubicación (medidas de triangulación) y dimensiones de estructuras, secciones estratigráficas, dibujos a mano alzada de contextos funerarios y de piezas concretas, así como textos descriptivos breves acerca de la marcha de la excavación y de los hallazgos más relevantes. Todo ello se complementaba con fotografías en blanco y negro, en ocasiones tomadas con la ayuda de una especie de andamio portátil de madera, que permitía tomas desde cierta altura desde una perspectiva casi cenital (Fig. 57)³⁴⁹. Una selección de las mismas fue publicada en la monografía de 1947. Algunas copias de éstas y otras fotografías hasta ahora inéditas se conservan en el archivo del MAN³⁵⁰ e, inesperadamente, en

³⁴⁸. Posac (1944: 17).

³⁴⁹. Denominado coloquialmente “tinglado” y cuya sombra aparece en algunas de las fotografías publicadas en 1947. Se componía de dos escaleras afrontadas, uno de cuyos peldaños superiores servía de apoyo a una especie de angarilla colocada horizontalmente, desde donde se obtenía una perspectiva elevada con respecto a los hallazgos.

³⁵⁰. Salve y Ladero (en este volumen), Escalas, Fregeiro y Oliart (en este volumen). Pueden consultarse actualmente a través de <http://www.man.es/man/coleccion/catalogos-tematicos/archivo-bastida.html>

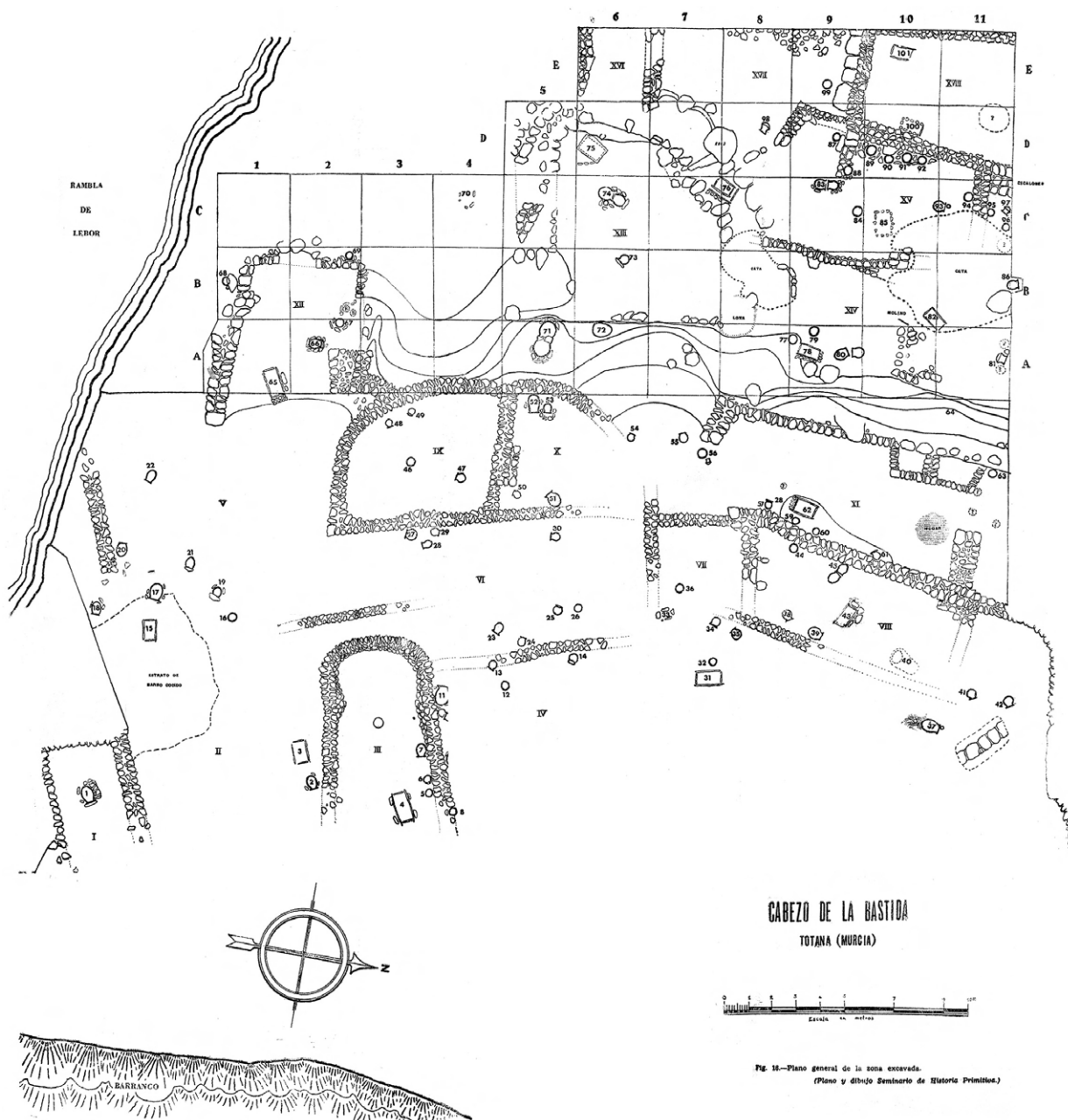


Fig. 18.—Plano general de la zona excavada.
(Plano y dibujo Seminario de Historia Primitiva.)

el archivo personal de Evans, al cual tuvimos acceso en octubre de 2012. Las notas de Posac ocupan 39 páginas de un cuaderno tipo “bloc” y también toman la forma de un diario. El tono es más narrativo que el de del Val, pero no carecen de frecuentes referencias métricas y croquis, sobre todo relativos a contenedores funerarios. En las últimas páginas puede leerse una síntesis de las características de los recintos de habitación que fue la base para la información publicada en la monografía de 1947. Finalmente, disponemos de anotaciones escuetas escritas por Cuadrado durante los primeros siete días de excavación.

Figura 56.

La Bastida. Planta de las estructuras descubiertas en las campañas de 1944 (mitad oriental) y 1945 (contenidas en la cuadrícula, al oeste).



^

Figura 57.

La Bastida. Campaña de 1944.
Excavación de los departamentos IX y X. En el centro de la imagen se aprecia el andamio desde el que se fotografiaron algunos hallazgos destacados.

El diario de del Val es el más extenso (115 páginas de tamaño cuartilla) y el que ofrece más detalles para conocer el método seguido en las excavaciones. Cuando éste asumió la dirección de las mismas, Martínez Santa-Olalla y Cuadrado ya habían sacado a la luz parte de los departamentos 1, 2, 3 y 4, así como varias tumbas. De estos hallazgos iniciales disponemos tan sólo de algunas notas redactadas por Cuadrado³⁵¹. La primera labor de del Val fue proceder a un levantamiento cartográfico de las estructuras a la vista, así como dibujar un croquis de la estratigrafía interna del Departamento 1³⁵². Estas tareas iniciales anuncian cuatro constantes en la metodología de registro de 1944:

- a. El contenedor estructural, ya sea de habitación o funerario, constituía el marco físico de referencia para la ubicación de los hallazgos muebles. Por esta razón, su detección, delimitación y excavación marcaron las prioridades en el desarrollo del trabajo de campo.

351. Cuadrado (en este volumen)

352. del Val (1944: 16).

- b. La información relativa a la secuencia estratigráfica se tomaba en ciertos perfiles, bajo la forma de secciones. Con cierta frecuencia, se hacía mención a “tierras” de distintas características, “capas”, “niveles” o “manchas”. Sin embargo, los hallazgos muebles no fueron separados en función de alguna de las unidades sedimentarias diferenciadas, sino, como señalamos en el punto anterior, respecto al contenedor estructural. Además, las observaciones estratigráficas tuvieron una incidencia prácticamente nula a la hora de elaborar la cronología relativa del yacimiento.
- c. La ubicación espacial en plano de contenedores y contenidos fue un procedimiento habitual. Para ello, se habilitaron cuatro estaciones topográficas emplazadas al este del área excavada, muy cerca del talud de la pendiente. Tomando como referencia un par de dichas estaciones (llamadas “vértices” e indicadas con un triángulo y una letra mayúscula “A”-“D”) o, en ocasiones, un punto inequívoco de alguna estructura inmueble ya descubierta (por ejemplo, una cista), se procedía a ubicar los hallazgos mediante triangulación. Las distancias se tomaban con la ayuda de cinta métrica³⁵³, por lo que es de esperar cierto error que se incrementará a medida que aumente la distancia respecto a los vértices de referencia.
- d. Se anotaron habitualmente las dimensiones métricas de diversos hallazgos, al igual que su profundidad tomada desde la superficie del lugar, no respecto a un punto cero general.
- e. La fotografía arqueológica fue una técnica empleada de forma habitual para la documentación de estructuras habitacionales y, sobre todo, funerarias.

Estructuras habitacionales

La excavación se inició en el extremo suroriental del sector seleccionado, concretamente a la altura de lo que posteriormente se conocería como “Departamento III” (Fig. 58)³⁵⁴. Al parecer, el trabajo comenzó abriendo en el terreno un frente de considerable potencia, hasta el sustrato geológico³⁵⁵. A continuación, el frente avanzaba hasta topar con algún muro. Cuando esto sucedía, se limpiaban sus paramentos interno y externo pero no se retiraba la tierra que cubría la cresta del zócalo conservado, por lo que se generaban curiosos testigos estratigráficos parciales. Una vez detectado, el paramento servía como guía para proseguir el trabajo hasta dejar expuesto el recinto o lo que se conservaba de él.

³⁵³. Carlos Posac (comunicación personal, septiembre de 2011).

³⁵⁴. Martínez Santa-Olalla *et alii* (1947: lám. XVII, leyenda).

³⁵⁵. Cuadrado describe la apertura de una “zanja profunda” el primer día de excavación, que irá ampliándose en las jornadas posteriores (Cuadrado y Martín Lerma, en este volumen). Nuestros trabajos recientes de limpieza en el sector excavado en 1944 han mostrado que en determinados puntos no se alcanzó la base geológica formada por brechas de compacidad heterogénea, tal vez porque ésta pudo ser confundida con niveles erosivos de arrastre depositados durante la ocupación del lugar, o con rellenos arqueológicos de naturaleza y consistencia similar.



^

Figura 58.

La Bastida, campaña de 1944. Imagen de los departamentos III (en primer término) y I (a la izquierda, en segundo plano), donde se aprecia la capa de sedimentos superficiales dejada sobre los muros.

Los recintos habitacionales, denominados “Departamentos”, se definían a partir de la constatación de cuando menos un tramo de muro, ya sea al interior o al exterior de la estructura de que éste hubiese formado parte. En ocasiones, como sucede en los departamentos IV y V, bastaba documentar segmentos cortos para suponer la existencia de un recinto, aunque las características de su perímetro original permaneciesen desconocidas. Otras veces, en cambio, los tramos conservados permitían reconstruir la práctica totalidad del mismo (nº I, III, VIII, IX y XI). En cualquier caso, cada departamento era designado sobre el terreno mediante un número arábigo correlativo, transformado en romano en la publicación de 1947. Los tramos individuales eran nombrados con una letra mayúscula, aunque esta precisión fue ignorada en la publicación definitiva.

Para excavar los aproximadamente 791 m² de la campaña de 1944 se dedicó un máximo de 32 jornadas de trabajo de campo. Ello arroja una exploración diaria media de alrededor de 24 m². Tomando como estimación 80 cm de potencia sedimentaria media en este sector,

desde la superficie hasta la base, cada día se habrían desalojado 19,2 m³ de depósito arqueológico o, su equivalente en términos actuales, entre 1750 y 1920 capazos de goma del modelo de 10-11 litros de capacidad. Dado que el equipo estaba formado por diez jornaleros, el promedio rondaría los 180 o 190 capazos por persona y día, aunque haya que tener en cuenta una división de tareas entre quienes picaban y quienes recogían y trasladaban los sedimentos y las piedras a la terrera. Esta cifra supone algo menos de la mitad de lo estimado para la excavación de Inchaurrendieta (véase *supra*), pero no deja de suponer un esfuerzo y un ritmo elevados, difícilmente compatibles con las exigencias de un registro guiado por criterios estratigráficos y por la recogida de piezas fragmentadas en dispersión. Sólo en la excavación del Departamento XI, del Val señala la posible existencia de “dos niveles”³⁵⁶, entendidos como ocupaciones sucesivas de un mismo recinto murario claramente definido³⁵⁷. No obstante, ni en este caso se distinguieron los hallazgos correspondientes a cada uno de dichos niveles.

La escasez y/o carácter fragmentario de los hallazgos artefactuales realizados en niveles de derrumbe o acumulación sobre piso explican la esporádica y limitada atención recibida. Resulta posible que el elevado ritmo de excavación hubiese contribuido a que algunos hallazgos pasasen desapercibidos y que no se hubiesen individualizado lotes de fragmentos cerámicos correspondientes a piezas concretas, aun cuando la recogida de tales fragmentos cerámicos fuese una constante en la metodología de excavación³⁵⁸. De ahí que la gran mayoría de recipientes publicados procedan de tumbas, y que la representación de cerámica doméstica se reduzca a una cantidad de fragmentos relativamente baja. El instrumental lítico, en cambio, parece que fue recogido sistemáticamente (Fig. 59), aunque su protagonismo fue escaso en la valoración general del yacimiento.

El orden y las fechas de aparición de los sucesivos departamentos permite hacerse una idea de las direcciones y estrategias seguidas en el desarrollo de la excavación (Fig. 60). Entre el 13 y el 19 de agosto se habían excavado parcialmente los cuatro primeros departamentos, en el sector sureste. Incorporados del Val y Posac, los trabajos continuaron en dirección oeste para completar en primera instancia el registro de estos primeros cuatro departamentos. En la franja más meridional, cerca y en paralelo con el borde del barranco sobre

356. del Val (1944: 66 y ss.). En del Val, Sopranis y Posac (1947: 49), esta diferenciación estratigráfica observada en el Departamento XI se hace extensiva al nº II, argumentándose en ambos casos que la uniformidad de los hallazgos no indicaba ningún tipo de discontinuidad cultural.

357. En modo alguno como unidades sedimentarias al estilo de las modernas “unidades estratigráficas”. Es seguro que la excavación actual de cada uno de aquellos dos niveles habría permitido distinguir más de una.

358. Los miles de fragmentos conservados en el Museo Arqueológico de Murcia y estudiados por García López (1986, 1992; véase también Celdrán y Velasco, en este volumen) dan buena muestra de ello. Lo mismo cabe decir de los restos de fauna, como se desprende de los en torno a dos millares de ítems estudiados en la Universidad Autónoma de Madrid (de Miguel *et alii* 1992).

▼

Figura 59.

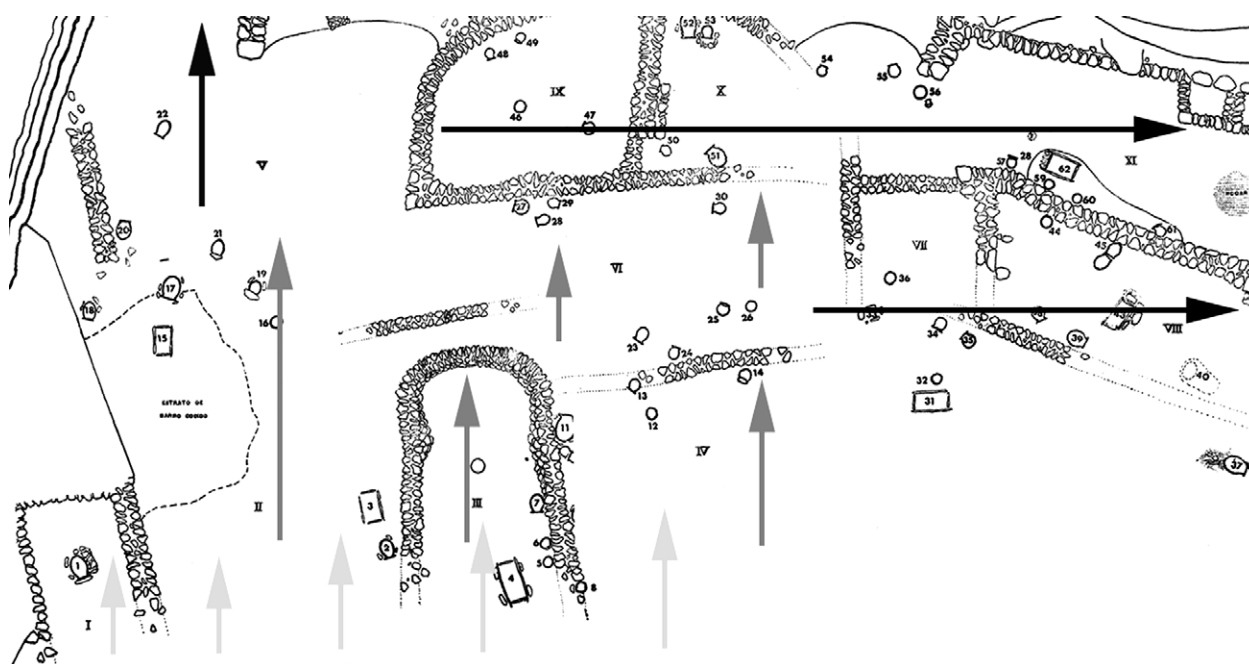
Objetos líticos, en su mayoría molinos barquiformes, hallados durante la campaña de 1944 en La Bastida. Es de destacar la recogida incluso de material fragmentado.



Figura 60.

La Bastida. Secuencia y dirección de los trabajos de excavación durante la campaña de 1944. Las flechas con tonos cada vez más oscuros indican el progreso de los trabajos.

▼



Lébor, se siguió avanzando en profundidad hacia el oeste ante la ausencia de muros transversales. En torno al 29 de agosto, ya se había completado la excavación de los departamentos I a IV y se había iniciado la del V. A partir de entonces y hasta el 7 de septiembre, un grupo prosiguió hacia el oeste la excavación del Departamento V hasta alcanzar el límite occidental de la excavación, mientras que un segundo grupo comenzó a exhumar la franja oriental de lo que iba a definirse como Departamento VI, justo por detrás del muro norte-sur del Departamento IV. Desde este momento, los trabajos prosiguieron extendiendo un frente formado por el límite septentrional del

Departamento V y la prolongación del mismo hasta la parte posterior del ábside del Departamento III. De este frente partieron dos líneas de avance paralelas hacia el norte: una, oriental, descubrió la mayoría del Departamento VI y, posteriormente, el VII y el VIII; la segunda, a occidente y en la terraza superior, sacó a la luz en primera instancia los departamentos IX y X, para luego dirigirse hacia el XI. Contando con una decena de jornaleros, es razonable imaginar dos grupos trabajando simultáneamente con capacidad para asumir autónomamente las labores de excavación, y de recogida y acarreo de tierra y piedras (Fig. 61).

Figura 61.

La Bastida. Campaña de 1944. Excavación en curso del Departamento VIII. La imagen revela que dos obreros picaban para hacer avanzar el frente de la excavación, en este momento en proceso de descubrir el muro occidental del departamento. Un tercer obrero, agachado, recogía la tierra en capazos de esparto, y una cuarta persona, a la derecha, sería la encargada de trasladarlos hasta la terrera.

v



En conjunto, el sector excavado en 1944 puso al descubierto estructuras de habitación dispuestas en tres aterrazamientos sucesivos. En este contexto, los 11 departamentos fueron descubiertos siguiendo una secuencia general de sur a norte y de este-oeste, pendiente arriba.

Sin embargo, la comparación entre la secuencia de descubrimiento de los departamentos y la de las tumbas muestra que los trabajos de excavación contemplaron movimientos de retorno hacia áreas por las que se había pasado antes; es decir, que el avance de la excavación no dejaba atrás sectores totalmente finalizados. Así, es de destacar que durante los últimos días de la campaña, entre el 18 y 25 de septiembre, cuando se había llegado incluso al límite norte del área de excavación, se efectuase el hallazgo de tumbas en puntos tan diversos como los departamentos V (tumba 22), VI (tumbas 24, 28 y 29), VIII-sur (tumba 38), IX (tumbas 46 y 49), X (tumba 51) y XI-sur (tumba 57). El diario de del Val y Sopranis de 1945 informa, además, de que entre el 6 y el 12 de octubre de ese año se volvió a trabajar en el área del Departamento VIII descubierto un año antes, fruto de lo cual se descubrieron cinco tumbas más³⁵⁹.

Estructuras funerarias

Las estructuras funerarias fueron las verdaderas protagonistas de la campaña, tanto por su abundancia y la atención prestada a su exhumación y registro informativo, como porque proporcionaron la mayoría de los artefactos publicados. En contra de lo que pudiera suponerse, la detección de una tumba no siempre conllevaba su excavación inmediata, sino que resultaba frecuente que la sepultura quedase expuesta y que su levantamiento se demorase entre uno y cinco días. En un principio, las tumbas en urna eran designadas con un código encabezado por una “V” (la inicial de “vasija”), seguido por un punto o un guión y por número arábigo correlativo³⁶⁰, mientras que a las cistas correspondía una “C”, seguida de un numeral en romano. Las vasijas de ajuar contenidas en una tumba compartían el código general de la tumba y añadían a continuación una letra minúscula (“a”, “b”,...). Sin embargo, este sistema registró anomalías conforme avanzaba la campaña. Así, a partir del 13 de septiembre de 1944 se canceló la serie de las urnas tal y como se había iniciado³⁶¹, y se sustituyó por la expresión “V.” seguida de “X”³⁶² o, en tres casos, de una “Z”, o de “Y” en uno, y de un número arábigo correlativo desde el 1³⁶³. Ignoramos a qué

³⁵⁹. Identificadas en la monografía de 1947 con los nº 37, 39, 40, 43 y 44.

³⁶⁰. Los vacíos ocasionales en la numeración de las urnas como, por ejemplo, el que se abre entre “V.27” y “V.31” en los días 30 y 31 de agosto, podrían deberse a la asignación de estos códigos a vasijas inicialmente consideradas como tumbas, pero finalmente identificadas como ajuares exteriores (el caso de “V.20”) o como vasijas domésticas.

³⁶¹. El último código de esta serie es “V.43”.

³⁶². En un cierto número de casos, el número asociado parece colocarse en posición de subíndice.

³⁶³. La serie “VX” alcanzó hasta “VX18”, además de un contexto con “VX?”. La tumba con el código “VY” carecía de numeral.

pudo deberse este cambio de criterio. Por otro lado, conviene señalar que las páginas finales del diario contienen dibujos esquemáticos de parte de los perfiles de diversas urnas, circunstancia que, unida a los croquis de conjunto intercalados en el texto, permiten identificar un buen número de tipos cerámicos empleados como contenedor funerario.

Es de suma importancia señalar que los códigos identificativos asignados durante la excavación fueron sustituidos a la hora de publicar los hallazgos en la monografía de 1947. A este respecto, se procedió a unificar las distintas series en una única secuencia de números arábigos que partía del 1. Además, se optó por asignar estas cifras en virtud de un orden espacial, y no según la fecha de descubrimiento o excavación. Así, la numeración de las tumbas se acompasó con la de los departamentos, de forma que, por ejemplo, la tumba nº 1 corresponde con la hallada en el subsuelo del Departamento I, inicialmente registrada como “V.8”. Lamentablemente, esta transformación de códigos no se trasladó a las etiquetas asociadas a los materiales depositados en la Diputación Provincial y, luego, en el Museo Arqueológico de Murcia, de forma que, cuando accedimos por primera vez a ellos en 2008, quedamos perplejos ante el carácter incomprensible de las siglas y la ausencia de criterios para establecer correspondencias entre la información museística y la publicada en 1947. No fue hasta el afortunado hallazgo de los diarios de campo de del Val y de Posac cuando logramos establecer una relación de equivalencias entre ambas partes (Tabla 8). La detallada y no siempre clara comparación entre descripciones textuales, croquis, imágenes y, sobre todo, la traslación de las medidas de triangulación han permitido correlacionar satisfactoriamente las referencias publicadas en 1947 con las de los diarios³⁶⁴.

Prácticamente todos los días depararon el hallazgo o la excavación de, como mínimo, una tumba. Especialmente fecundos fueron el 29 de agosto (mención a ocho sepulturas), el 26 y 31 del mismo mes y el 25 de septiembre (cinco menciones cada día (Tabla8)). Por lo que se aprecia en distintas fotografías, la excavación de una tumba llevaba consigo el rebaje del área circundante que, en el caso de las cistas, suponía dejar al descubierto gran parte de las lajas laterales. Después se retiraba el sedimento filtrado en el interior hasta que quedaban a la vista los primeros huesos y, en caso de haberlos, el o los recipientes cerámicos depositados como ajuar (Figs. 62-63). En este punto, se solía tomar una fotografía de conjunto y se realizaba un croquis en el diario de campo. A diferencia de lo usual en los estratos habitacionales, la metodología seguida

³⁶⁴. En los diarios, sin embargo, hay referencias de cinco sepulturas que no se mencionan en la monografía de 1947: V-14 (departamento IV), V-26, V-27 y V-32 (Departamento VI) y V-X7 (con localización por puntos de triangulación pero sin asignación a un departamento específico). Por otro lado, el diario de Posac incluye una lista de correspondencias entre “Numeración primitiva”, “Actual” y “D.V.” (relativa a “del Val”). Sin embargo, hemos comprobado que no concuerdan con la realidad, entendida ésta por la identidad entre la descripción textual (situación, características del contenedor y del contenido) incluida en los diarios, y los mismos datos presentados en la monografía de 1947.

en la excavación de las tumbas incluía el empleo de la criba para la recogida de todos los componentes del ajuar.

Tabla 8.

Correspondencia entre los códigos de campo asignados a las tumbas descubiertas en la campaña de 1944 y la numeración publicada en 1947.

V

Nº EN PUBLICACIÓN	DEPARTAMENTO	DENOMINACIÓN EN DIARIOS
1	I	V-8
2	II	V-4
3	II	C-2 y V15 (ajuar)
4	III	C-1 y V1 (ajuar)
5	III	V-2
6	III	V-3
7	III	V-11
8	IV	V-5
9	IV	“tinaja 9”
10	IV	V-12
11	IV	V-10
12	IV	V-6 y V-7
13	IV	V Y
14	IV	V-19
15	II*	C-4
16	V	V-16
17	V	V-22
18	V	V-17
19	V	V-21 y V-20
20	V	V-25
21	V	V-23
22	V	V.X8
23	VI	V-31
24	VI	V.X6

Nº EN PUBLICACIÓN	DEPARTAMENTO	DENOMINACIÓN EN DIARIOS
25	VI	V-28
26	VI	V-29
27	VI	V.X3
28	VI	V.X4
29	VI	V.X5
30	VI	V-36
31	VII	C-III
32	VII	V.30
33	VII	V-33
34	VII	V-X?
35	VII	V24
36	VII	V-18
38	VIII	V.X14
41	VIII	V.Z1
42	VIII	V.Z2
45	VIII	V-40/41 y V.X16
46	IX	V.X9
47	IX	V-45 y V.X12
48	IX	V.X10 y “nº 44”
49	IX	V.X11
50	X	V.X13
51	X	V.X15
52	X	V-43
53	X	V-42
54	X	V.X17 y V-37
55	X	V.X18
56	XI	V-X1 (= V39) y V.X2
57	XI	V.Z3
s/nº	“Monte arriba”	Urna cata I y “V. Cata I”

[*En el diario se indica “Departamento II”, aunque en la publicación de 1947 se anota “Departamento V”]



^

Figura 62.

La Bastida, campaña de 1944. Vista del interior de la tumba 9 (Departamento IV) una vez expuesto el esqueleto y las piezas de ajuar funerario.



^

Figura 63.

Contenedor y contenidos desarticulados de una sepultura en urna, tras su levantamiento (fotografía tomada el 24 o 25 de septiembre de 1944).

Metodología de excavación y registro en la campaña de 1945

La metodología de excavación y de registro de campo en 1945 introdujo novedades respecto al año anterior. Así, el área de excavación quedaba incluida en una cuadrícula formada por 46 unidades de 3 m de lado, adyacente al oeste, pendiente arriba, respecto al sector explorado en 1944. Con carácter excepcional, en 1945 se excavaron además varios puntos del Departamento VIII que depararon el hallazgo de cinco tumbas. Los cuadros se designaban mediante la combinación de una letra (eje E-W, de la "A" a la "E") y una cifra (eje S-N, de "1" a "11"). Esta malla condicionó tanto la excavación como el registro de los hallazgos, ya que el trabajo se desarrolló dentro de los límites de cada cuadrado de 3 x 3 m, y ya no en primera instancia en función del trazado de los recintos

murarios descubiertos. La marcha de la excavación mantuvo, sin embargo, un sentido lineal que implicaba no abordar la excavación de nuevos cuadros antes de haber concluido, o casi concluido, la del cuadro o cuadros adyacentes. De esta forma, lejos de efectuar una excavación en extensión, se realizó el vaciado sucesivo de áreas con forma de cuadrado fijadas apriorísticamente. El inicio se localiza en el extremo meridional (cuadros A-C/1-2), desde donde se avanzó progresivamente hacia el norte y, llegado un punto (cuadros “5” en adelante), también hacia el oeste. En algunas ocasiones, este avance se detuvo con el fin de volver atrás y concluir alguna tarea pendiente de carácter menor. El rebaje del depósito se llevaba a cabo mediante el levantamiento de capas artificiales. No se contempló un registro estratigráfico, ni la recogida de los hallazgos en función de la sucesión de unidades sedimentarias. De ahí que la utilidad de las secciones dibujadas, abundantes y que abarcan los principales ejes de los sectores de 1944-1945, quedase limitada a mostrar e ilustrar las características generales del depósito estratigráfico, más que a representar la guía empleada para la recogida y presentación ordenada de los hallazgos, y su eventual análisis. Al igual que sucedió en 1944, fueron las estructuras habitacionales (departamentos) y las tumbas los marcos físicos para la agrupación y posterior publicación de los descubrimientos. Por tanto, la cuadrícula se limitó a ser una guía para una exploración ordenada del depósito y una herramienta que facilitaba la ubicación espacial de los objetos.

La nueva estrategia impuso un ritmo más lento a los trabajos, ya que, si bien la campaña de 1945 duró unos 18 días más que la de 1944 (alrededor de 50 días laborables frente a los 32 del año anterior³⁶⁵), la extensión investigada fue casi la mitad (unos 414 m² en 1945, en lugar de los casi 800 m² de 1944). Una evaluación aproximada arroja un ritmo de excavación diario tres veces inferior al mantenido durante la campaña de 1944. No parece, por otro lado, que el cribado en seco de los sedimentos fuese una práctica habitual (hecho que podría explicar la ralentización de los trabajos de excavación respecto a 1944), sino más bien puntual y limitada principalmente a la tierra procedente del interior de tumbas. El número de jornaleros fue inferior en 1945, ocho en lugar de los diez del año anterior, pero tampoco esta reducción del personal parece lo bastante significativa como para explicar la menor extensión de los trabajos. Así pues, hay que concluir con que la excavación por cuadros se acompañó de una labor de registro más detallada, que incluía descripciones textuales sobre el depósito estratigráfico, elementos arquitectónicos y tumbas, así como un incremento en las representaciones gráficas (siempre en croquis) del tipo planta, sección y diseño de artefactos muebles, acompañadas por medidas de dimensión y profundidad. Todo ello se tradujo también en una mayor extensión del diario³⁶⁶.

³⁶⁵. En las campañas de 1944 y 1945, el domingo era el único día festivo de la semana.

³⁶⁶. Diario que alcanzó 168 páginas, además de varios anexos (del Val y Sopranis 1945, en este volumen). Algunas de las páginas del diario fueron redactadas por Sopranis, quien firmó junto a del Val el texto al finalizar la excavación.

El mayor detalle en el registro de campo de 1945 respecto al de 1944 queda asimismo de manifiesto si tenemos en cuenta que el sector excavado en 1945 deparó cuatro tumbas menos y no tantos ni tan completos recintos habitacionales, por lo que, en principio, pudo haberse excavado a mayor velocidad. La razón del menor número de estructuras domésticas y funerarias pudo estribar en que una superficie amplia del este y el centro del área cuadriculada se encontraba muy afectada por procesos erosivos y por la acción de rebuscas anteriores (la llamada “zona estéril”)³⁶⁷. En resumidas cuentas, parece claro que en 1945 se empleó más tiempo que en 1944 en excavar una superficie sensiblemente menor y que proporcionó menos restos estructurales, pero que se generó una información más detallada.

En 1945 se descubrieron 48 sepulturas, para cuyo registro se utilizó un código formado por la letra “S” mayúscula (inicial de “Sepultura”), seguida por un número correlativo a partir del 1. Al igual que sucedió en 1944, estos códigos de campo fueron sustituidos en la publicación de 1947 por una cifra que, en este caso, enlazaba con la última asignada a las tumbas halladas en el sector explorado en 1944. La reenumeración de las tumbas del área cuadriculada en 1945 se realizó atendiendo al criterio de orden espacial en función de aterrazamientos y departamentos comentado para la campaña de 1944.

Llama la atención en el diario de del Val y Sopranis algunos saltos en la numeración de las tumbas, sobre todo hacia el final de la campaña. Así, por ejemplo, S44 es mencionada antes que S41, 42 y 43, y, S47, antes que S40, 45 y 46. Ello podría ser fruto de las prisas de final de campaña, de forma que el diario no se llevase al día y/o que Sopranis llevase un registro paralelo al de del Val, y que éste incorporase puntualmente a su texto las anotaciones de aquél. Todas las tumbas, menos S32, 33, 36 y 37, recibieron algún tipo de mención. Cabe la posibilidad de que estas cuatro sepulturas fuesen halladas entre los días 1 y 4 de octubre, coincidiendo con una interrupción casi completa de la crónica de del Val. Ello refuerza la idea de que Sopranis pudo efectuar anotaciones independientes que, por desgracia, no hemos podido hallar³⁶⁸. De igual modo que en 1944, el diario de campo de del Val y Sopranis ha resultado imprescindible para efectuar la correspondencia entre las denominaciones publicadas en 1947 y las siglas museísticas (Tabla 9).

Casi todos los días de la excavación se descubrió o excavó alguna tumba. El máximo de tumbas descubiertas y/o excavadas en un día fue de cinco (el 29 de septiembre). Los primeros días de excavación en la segunda semana de agosto y, sobre todo, la semana del 17 al 22 de septiembre, fueron los menos

³⁶⁷. del Val *et alii* (1947a: 54).

³⁶⁸. En 1945, algunos objetos destacados se numeraban con una serie independiente. Curiosamente, el primero no lleva el 1, por lo que parece continuarse la secuencia iniciada el año anterior. En el diario de del Val se detectan saltos en la secuencia de estos hallazgos destacados, lo que también indicaría la existencia de una lista paralela o, cuando menos, complementaria, a cargo de Sopranis. Los objetos mencionados explícitamente son piezas halladas fuera de las tumbas.

fecundos en este aspecto. En cambio, a partir del 25 de septiembre el ritmo se incrementó, documentándose en las últimas tres semanas casi la mitad de las sepulturas de la campaña. Como ya sucedía en 1944, no siempre la excavación de una tumba se iniciaba el mismo día en que era localizada. Así, entre este momento y su excavación podían transcurrir entre uno y cuatro días laborables, o incluso más en ciertos casos (S19, 24, 31). Todo parece indicar que la metodología de excavación y registro de las tumbas no varió respecto a la aplicada en 1944.

Tabla 9.

Correspondencia entre la numeración publicada en 1947 y los códigos de campo asignados a las tumbas descubiertas en la campaña de 1945 y recogidos en el diario.

V

Nº EN PUBLICACIÓN	DEPARTAMENTO	DENOMINACIÓN EN DIARIO
37	VIII	S47
39	VIII	S45
40	VIII	S48
43	VIII	S44
44	VIII	S46
58	XI	S26
59	XI	S25
60	XI	S28
61	XI	S29
62	XI	S27
63	XI	S24
64*	XIV	S23
65	XII	S1
66	XII	S2
67	XII	S5+V1
68	XII	S3
69	XII	S4
70	XIII	S6
71	XIII	S7
72	XIII	S8
73	XIII	S9
74	XIII	S10
75	XIII	S11

Nº EN PUBLICACIÓN	DEPARTAMENTO	DENOMINACIÓN EN DIARIO
76	XIII	S12
77	XIV	S21
78	XIV	S20
79	XIV	S18
80	XIV	S19
81	XIV	S22
82	XIV	S49
83	XV	S16
84	XV	¿S31?
85	XV	S34
86	XV	No se menciona Nº
87	XV	S14
88	XV	S17
89	XV	S33
90	XV	S30
91	XV	S36
92	XV	S31
93	XV	S35
94	XV	S38
95	XV	S41
96	XV	S43
97	XV	S42
98	XVII	S13
99	XVII	S15
100	XVIII	S40
101	XVIII	S39

[*En el diario de campo y en la publicación de 1947, se asocia la sepultura nº 64 al Departamento XI; sin embargo, según su localización en el plano publicado por del Val, Sopranis y Posac (1947a: fig. 16) parece más correcto vincularla al Departamento XIV o, tal vez, a la prolongación del mismo hacia el norte, designada como Departamento XX –Lull 1983: 313–]

De los diarios de campo a la monografía de 1947

La información y los hallazgos obtenidos en 1944 y 1945 fueron analizados y presentados en forma de monografía en 1947. Al margen de los capítulos introductorios a la historia de las investigaciones y al contexto geográfico y arqueológico de Totana, así como del extenso apartado interpretativo final, interesa destacar aquí lo concerniente al tratamiento de las estructuras y objetos arqueológicos.

Recintos habitacionales

El capítulo VI, titulado “La ciudad y su arquitectura”, contiene la presentación de los dieciocho departamentos identificados, así como la planta general de los mismos y varias secciones este-oeste que representan la sucesión estratigráfica de los principales restos estructurales. La descripción de cada departamento es de carácter sintético, y suele hacer hincapié en cuestiones relativas a la forma general del recinto, su estado de conservación, ciertos rasgos arquitectónicos del mismo y de las estructuras asociadas, las características más llamativas de algunos de los estratos contenidos y, puntualmente, los hallazgos muebles más destacados. Sin embargo, por lo general se omiten las circunstancias concretas que rodearon la excavación y se reduce la información métrica recogida en las anotaciones de campo. Tampoco encontramos de manera habitual comentarios en torno a las técnicas constructivas aplicadas en cada departamento, ni análisis comparativos que tengan en cuenta distintas dimensiones (fundamentos, grosores, uniones, aparejos, paramentos, ...). La lectura del diario de Posac revela que la descripción resumida redactada por éste³⁶⁹ pudo ser el texto base para la publicación posterior.

Además de los dieciocho departamentos explorados, hay indicios de que se practicaron catas exploratorias en la explanada al norte de aquéllos, en el sector conocido e interpretado como “balsa” donde se recogerían las aguas de lluvia³⁷¹.

En un breve artículo, del Val y Posac mencionaban muros de fortificación visibles en superficie por el lado norte del yacimiento³⁷¹. Martínez Santa-Olalla también debía conocerlos, pues calificó La Bastida como “gran ciudad fortificada” ya desde el apartado introductorio de la monografía de 1947³⁷². Sin embargo, conviene señalar que los diarios de campo de 1944 y 1945 no contienen ninguna mención al hallazgo de tales muros ni, de hecho, a la práctica de excavaciones en las laderas septentrionales del cerro. Por tanto, la idea del carácter fortificado del asentamiento debió proceder de Cuadrado, quien señaló la presencia de fortificaciones en el sector nororiental del yacimiento, aunque sin proporcionar ningún tipo de descripción ni testimonio documental de las mismas³⁷³.

³⁶⁹. Véanse las páginas 36-39 de dicho diario (en este volumen).

³⁷⁰. Martínez Santa-Olalla (1947: 27, lám. XV, 2). Del Val se refería en 1944 a la zona de la balsa como “plaza de toros” (1944: 65, 78), mientras que en 1945 ya lo hizo como “depósito de aguas” (1945: 1). Posac es quien da más indicios sobre la realización de excavaciones en esta zona: “A la derecha de nuestra área existen tres trabajos parciales de excavación. El más bajo deja un semicírculo perfecto exhumado. El centro está cubierto de tierra. Se han hecho catas hace días sin resultados positivos, no apareciendo fondo de piedras hasta muy hondo sin salir terreno virgen” (Posac 1944: 17-18). La mera comparación entre el estado del sector antes de comenzar las excavaciones de 1944 (Martínez Santa-Olalla 1947: lám. V, fig. 1), cubierto por vegetación, y la fotografía tomada ya avanzada la campaña (Martínez Santa-Olalla 1947: lám. XV, fig. 2), muestra por sí sola la realización de trabajos de limpieza y, probablemente, la apertura de dos catas en el centro del área limitada por el muro curvo oriental (indicadas por dos manchas oscuras en la segunda fotografía).

³⁷¹. del Val y Posac (1948: 576).

³⁷². Martínez Santa-Olalla (1947: 12).

³⁷³. Véase más arriba y Cuadrado y Martín (en este volumen).

Contextos funerarios

La relativa escasez de información publicada sobre las estructuras habitacionales es el resultado de una menor atención sobre el terreno, donde los contextos funerarios desempeñaron un papel protagonista. A la presentación individualizada de las 102 sepulturas se dedica el capítulo X, uno de los más extensos. Las descripciones incluyen información sobre el tipo de tumba (aunque sin especificar el tipo morfológico del contenedor cerámico), el departamento al que se asocia, orientación, medidas generales y estado de conservación del contenedor y de los restos óseos, número de cadáveres (en ocasiones, también la categoría de edad del individuo fallecido) y, con especial atención, las piezas que constituían el ajuar funerario en caso de tenerlo. Ilustra el texto una selección de fotografías, tomadas, por lo general, al descubrir el contenedor y, luego, una vez expuesto el contenido funerario. La composición del ajuar funerario de todas las sepulturas vuelve a recogerse de forma sintética en una tabla general³⁷⁴. En este sentido, gracias a la información sobre la tipología del contenedor cerámico contenida en los diarios, la detección de errores, así como la adscripción de objetos concretos a tumbas específicas³⁷⁵, nos hallamos en condiciones de ofrecer una versión corregida y ampliada de dicha tabla (Tabla 10).

Como norma general, la descripción publicada de los contextos se ajusta a la información recogida sobre el terreno, y revela la aplicación de un protocolo para la recogida de información. Habría que ver detrás de ello las instrucciones de Martínez Santa-Olalla, puesto que tanto del Val como Posac eran excavadores noveles, ni siquiera familiarizados con la arqueología argárica, Juan Cuadrado no parecía guiar su labor por protocolo empírico alguno, mientras que, en cambio, el arqueólogo burgalés tenía experiencia en la excavación de centenares de tumbas (necrópolis visigodas de Herrera de Pisuerga, Madrid y Castiltierra).

La ubicación de las sepulturas en el plano general de la excavación (véase *supra*) permite apreciar que algunas de las asignaciones de tumba a departamento resultan problemáticas. Así, las nº 31, 32, 34 y 35 son asociadas al Departamento VII, aun cuando quedan fuera del recinto limitado por sus muros conservados. Lo mismo se observa con las tumbas nº 18 respecto al Departamento V, la nº 54 respecto al X, y la nº 55 respecto al 11. No obstante, los casos más claros de esta problemática los proporcionan las tumbas nº 37 y 68, adscritas respectivamente a los departamentos VIII y XII pese a que se sitúan claramente extramuros de ambos.

³⁷⁴. Dicha tabla incluye datos sobre el departamento de referencia, el tipo de contenedor, el número de individuos inhumados y la edad aproximada de éstos (del Val, Sopranis y Posac 1947: 116-118).

³⁷⁵. Véase el apartado dedicado a los objetos muebles.

Tabla 10.

Presentación sintética de las características de los conjuntos funerarios excavados en 1944 y 1945. Los conjuntos nº 84, 89, 90, 91 y 92, asociados al Departamento XV, designan con toda probabilidad urnas de almacenamiento en contexto doméstico.

V

SERIE	Nº	CATEG.	TIPO	INDIVIDUOS	AJUAR CERÁMICO	AJUAR METÁLICO	AJUAR ADORNOS	AJUAR COLLAR	OTROS
BAO	1	3	URF4	?1 ^A	F1 F4 F7	PZ	PDN	6COLL ^{3(O) 2(EPL)} 1(CH)	
BAO	2	4b	URF4	?1 ^A	F3				
BAO	3	4a	CIL	?1 ^A	2F5				
BAO	4	3	CIL	?1 ^A	F5	PÑ ^{3R}			
BAO	5	5	URF4	?1 ^{INF}					
BAO	6	5	URF5	?1 ^{INF}					
BAO	7	5	URF4	?1 ^{INF}					
BAO	8	5	URF4	?1 ^{INF}					
BAO	9	4b	URF4	¿M?1 ^A	2F5				Fauna
BAO	10	5	UR ^D	?1 ^{INF}					
BAO	11	3	URF4	? ¿M?2 ^{A, A}	^{EXT} F5 F8	PZ	2 PDN		
BAO	12	4b	URF4	?1 ^A	^{EXT} F5				
BAO	13	5	URF4	?1 ^{INF}					
BAO	14	-	URF4	CENOTAFIO	F5				
BAO	15	4a	CIL	H1 ^{SB}		PÑ ^{3R}			
BAO	16	5	URF4	?1 ^{INF}					
BAO	17	4b	UR	?1 ^A	F1				
BAO	18	4a	URF4	?1 ^A	^{EXT} F5 F5		2PD ^{*/}	9COLL ^{4(L) 4(CH)} 1(OS)	
BAO	19	4b	URF4	?1 ^{INF}	^{EXT} F2				
BAO	20	5	UR	?1 ^A					
BAO	21	4b	URF5	?1 ^{INF}	F3				
BAO	22	4b	UR	?1 ^{INF}	F5				¿Fauna?
BAO	23	4b	URF4	?1 ^A	F5				
BAO	24	4a	URF4	?1 ^A			BZT 2PD	COLL ¿?	
BAO	25	4	URF4	?1 ^{INF}					
BAO	26	4b	URF4	?1 ^{INF}	F2				
BAO	27	3	URF4	?1 ^A	F5	PÑ			
BAO	28	4b	URF4	?1 ^A	^{EXT} F2/F3				
BAO	29	4b	URF4	?1 ^A	^{EXT} F2			2COLL ¿L?	^{EXT} Fauna
BAO	30	5	URF2	?1 ^{INF}					
zBAO	31	-expolio-	CIMx	?1 ^{SB}					
zBAO	32	-expolio-	UR	?1 ^A					
BAO	33	3	FOS	?1 ^A	2F5	PZ			

SERIE	Nº	CATEG.	TIPO	INDIVIDUOS	AJUAR CERÁMICO	AJUAR METÁLICO	AJUAR ADORNOS	AJUAR COLLAR	OTROS
BAO	34	4b	UR	?1¿INF/SB?	F5				
BAO	35	5	URF2	?2INF, INF					
BAO	36	5	URF2	?1INF					
BAO	37	2	URF4	?1SB	F3 _{EXT} F5 F7	HAC PZ BZL	BZT ^{AB} SR* 3PD ^{AB3*/AB3/} AB2 3AN ^{CR*/} AB*/AB	32COLL ^{18(L) 11(O)} 2(MF) 1(CH)	Sílex y aro marfil; fauna
BAO	38	3	URF4	?1A	F5	PÑ/CU ^{2R} PZ BZL			
BAO	39	-	URF4	¿CENOTAFIO?	_{EXT} F5				
zBAO	40	-expolio-	FOS	?1A					
BAO	41	4b	URF4	?1SB	_{EXT} F7				
BAO	42	4b	URF4	?1A	_{EXT} F2 _{EXT} F5 ¿F2?				
zBAO	43	-expolio-	CIL	ninguno					
BAO	44	5	URF2	?1INF					
BAO	45	4b	UR ^D 2F4	?1A	_{EXT} F5 F8				
BAO	46	5	URF2	?1INF					
BAO	47	-	URF4	CENOTAFIO	F5				¿Fauna?
BAO	48	5	UR ^D 2F2	?1INF					
BAO	49	-	URF2	¿CENOTAFIO?	F2				¿Fauna?
BAO	50	5	URF4	?1INF					
BAO	51	4b	URF4	?1¿INF/SB?	F2				
BAO	52	3	URF4	?, ?2A, A	_{EXT} F1/4 F2 F8	HAC 2PÑ 2R / 3R	2AN/PD ABI/ABI+ PD*	43COLL ^{22(O)} 8(OS) 9(V) 4(L)	
BAO	53	4a	URF4	?1A	F2 F7			13COLL ^{9(CH) 4(O)}	
BAO	54	5	URF2	?1INF					
BAO	55	4b	URF4	?1A	_{EXT} F2				
zBAO	56	3	UR	?1SB	_{EXT} F2 F5	PZ		_{EXT} COLL ^{¿?}	
BAO	57	4b	URF2	?1INF	F7				
BAO	58	4a	FOC	?1INF			BZT ^{AB} 2PD ^{AB/AB*}		
BAO	59	4b	UR¿F2?	?1INF	F1/F2				
BAO	60	5	UR¿F2?	?1INF					
BAO	61	5	URF4	?1INF					
BAO	62	4a	CIL	?1SB	F5		2PD ^{*/*}		
BAO	63	4b	UR¿?	?1INF	_{EXT} F5 _{EXT} F1/ F2				
BAO	64	5	FOS	?1A					
BAO	65	4b	CIL	?1A	_{EXT} 2F2				

SERIE	Nº	CATEG.	TIPO	INDIVIDUOS	AJAR CERÁMICO	AJAR METÁLICO	AJAR ADORNOS	AJAR COLLAR	OTROS
BAO	66	5	URF4	?1A					
BAO	67	5	URF4	?1INF					PZ hueso
BAO	68	4b	UR	?2?	F5				
BAO	69	5	URF4	?1INF					
BAO	70	4b	FOC	?1A	F7				
BAO	71	4b	UR ^D 2F4	?1A	EXT F2				
zBAO	72	-expolio-	UR¿F4?	?1A					
BAO	73	5	URF4	?1INF					
BAO	74	4b	UR ^D 2F4	?1A	EXT F2			1COLL ^{1(CH)}	
BAO	75	4b	CIL	?1A	F5				
BAO	76	3	CIL	?, ?2 ^{A, A}	F5	PÑ ^{3R} PZ			PZ hueso
BAO	77	4b	URF5	?1INF	EXT F5				
BAO	78	5	CIMx	?1¿INF/SB?					
zBAO	79	-expolio-	UR	ninguno	2F5				
BAO	80	3	UR ^D 2F4	?, ?2 ^{M 3 A, A, A}	EXT F5 F8 y dos vasos más ext	PÑ ^{4R} PZ	2BZT ^{AB/AB3}	10COLL ^{10(O)2(L)1(D)}	Aro marfil; punzón hueso
BAO	81	5	URF5	?1?					
zBAO	82	-expolio-	CIL	¿?					
BAO	83	4b	UR ^D 2F2	?1INF	F2				
BAO	85	4b	CIMP	?1A	F7 F8				
zBAO	86	-expolio-	URF4	¿?					
BAO	87	4b	URF4	?1INF				1COLL ^{¿?}	
BAO	88	4b	UR ^D F2 F4	?1INF	EXT F2				
BAO	93	4a	URF4	?, ?2 ^{A, A}	EXT F5 F8		2PD		
BAO	94	5	UR¿F2?	¿?1INF?					
BAO	95	5	UR	¿DOMÉSTICA o CENOTAFIO?					
BAO	96	5	UR	?1INF					
BAO	97	-	URF4	CENOTAFIO	F5				
BAO	98	5	URF5	?1INF				1COLL ^{¿?}	
BAO	99	5	UR	?1INF					
BAO	100	5	CIMP	?1A					
BAO	101	5	CIL	?1¿SB?					
BAO	102	4a	UR ^D F4 y ¿?	?, ?2 ^{INF, A}	F2 ^{EXT} F5 EXT F8		2PD		

En otras ocasiones, los imprecisos límites de algunos departamentos, en concreto los nº II y V, provocan las consiguientes dudas acerca de la asociación a ciertas sepulturas. Cabe señalar que es aquí donde encontramos una de las escasas inferencias basadas en la observación de relaciones estratigráficas, según la cual la tumba en cista nº 15 cortaba el estrato de barro con improntas característico del Departamento II y, en consecuencia, quedaba adscrita al nº V.

Hallazgos artefactuales

En lo que respecta a los hallazgos muebles, ocupan el capítulo VII y se presentan subdivididos en “industrias” (hueso, sílex, metal y cerámica). Sin embargo, los artefactos de piedra pulimentada se incluyen en el capítulo siguiente, titulado “La economía”, mientras que el capítulo IX se dedica por entero a los “adornos”, ya estén fabricados en piedra, hueso, marfil, concha o metal. Es poco probable hallar una axiomática que dé coherencia a esta categorización, ya que los artefactos de piedra pulimentada y los incluidos bajo el rótulo de “adornos” podrían ser perfectamente encuadrados en sus “industrias” correspondientes atendiendo a la materia prima en que fueron fabricados y, por otra parte, todos los tipos de artefactos cabrían en una definición amplia de “economía”.

A una clara incongruencia conceptual en la ordenación de los hallazgos, hay que añadir dos problemas de corte empírico en la presentación de los mismos. En primer lugar, los objetos arqueológicos son descritos bajo la rúbrica de una clase o categoría de rango inferior a la que dictaba el título del capítulo que les acoge. O, en otras palabras, los objetos no son descritos individualmente, sino que se mencionan en tanto integrantes de un grupo que se describe en su generalidad, salpicado de referencias individuales sólo de forma puntual y, en buena medida, arbitraria. Así, por ejemplo, en el apartado dedicado a “Minería y metalurgia” se presentan “mazos”, “picos”, “machacadores” y un “molde”, aludiendo a los factores comunes de cada clase. Sin embargo, pocas veces se facilitan datos cuantitativos básicos de cada una de esas clases (frecuencia de aparición de cada una y de sus eventuales tipos y subtipos) y se elude presentar siquiera un inventario sucinto de los atributos tecnomorfométricos de cada pieza. De esta manera, los dibujos que ilustran los capítulos VII-IX constituyen la mejor fuente para obtener información de estos aspectos, aunque no queda claro a qué obedece su selección, habida cuenta de que el número de hallazgos de cada categoría suele ser mayor³⁷⁶. Por añadidura, parte de ellos carecen de indicaciones de escala, por lo que resulta imposible extraer datos métricos.

Para completar las carencias del tratamiento dispensado a los artefactos, la procedencia contextual de los que aparecen dibujados o referenciados en el

³⁷⁶. Así, por ejemplo, en la página 70 se informa del hallazgo de 77 vasijas de ajuar funerario, mientras que en las dos láminas anejas sólo se representan 17, es decir, menos de la cuarta parte. Además, no queda claro que esas 17 piezas procedan exclusivamente de sepulturas.

texto rara vez se especifica. En lo que respecta a las vasijas cerámicas pequeñas y enteras, y a los objetos metálicos, resulta más que probable su pertenencia a ajuares funerarios. Sin embargo, en estos casos no suele mencionarse cuál fue la tumba que los contuvo.

En suma, la monografía de 1947 ofrece una presentación mínimamente ilustrada de las clases de artefactos muebles encontrados en La Bastida. Tiene el valor de mostrar su repertorio general, pero el inconveniente de no aportar suficientes datos individualizados y contextualizados, de forma que la tarea de identificar las relativamente pocas piezas dibujadas con las mencionadas en el texto constituye una tarea complicada (tratar de cruzar referencias entre diversos capítulos sobre una misma pieza), cuando no imposible.

Por fortuna, la consulta de los diarios de campo, que incluyen un listado confeccionado en 1945 en el que se numeran los hallazgos muebles más relevantes, y los rótulos asociados a unos dibujos inéditos de H. Schubart realizados hace décadas³⁷⁷, han permitido subsanar en cierta medida esta dificultad. En la Tabla 11 anotamos las correspondencias contextuales de una parte de las piezas metálicas y líticas presentadas gráficamente en 1947.

La consulta a la lista de objetos al final del diario de 1945 permite, al menos, observar que los departamentos VIII y, sobre todo, XI fueron los lugares de procedencia de un buen número de piezas de sílex, lítico pulimentado, hueso y concha, aunque sea imposible asignar números concretos a objetos dibujados en las figuras nº 2, 3, 4, 10, 11, 12 y 14.

La tarea de asignar recipientes cerámicos de ajuar a las sepulturas se ha revelado más complicada, por cuanto la abundancia de vasijas carenadas de Forma 5, en su mayoría muy similares, dificulta la identificación de las piezas dibujadas con las que aparecen esporádicamente en foto. En lo que hace referencia a vasijas de otros tipos (formas 1, 2, 4 y 7), no ha sido posible escapar a cierto grado de incertidumbre en las pocas asignaciones probables y, por tanto, hemos considerado preferible no explicitarlas. En cualquier caso, cabe señalar el fuerte carácter restrictivo de la selección efectuada, ya que, de 77 piezas de ajuar recuperadas³⁷⁸, sólo 17 fueron dibujadas y presentadas genéricamente en la monografía³⁷⁹.

³⁷⁷. Schubart (en este volumen)

³⁷⁸. del Val, Sopranis y Posac (1947: 70).

³⁷⁹. del Val, Sopranis y Posac (1947: figs. 7 y 8).

Tabla 11.

Correspondencia contextual de diversas piezas presentadas en la monografía sobre La Bastida publicada en 1947.

V

REF. PIEZA DIBUJADA (DEL VAL, SOPRANIS Y POSAC 1947)	CLASE / TIPO	CONTEXTO	CRITERIO DE ASIGNACIÓN
Fig. 2, nº 1	Colmillo de suido	Departamento VI	Mención al hallazgo de un “colmillo de jabalí” (del Val 1944: 40)
Fig. 2, nº 8	Fragmento anillo hueso	Departamento XI	Mención a “Trozo de anillo de hueso (?)” en del Val (1945: Anexo objetos-6, nº 94 o 97)
Fig. 2, nº 9	Fragmento de cuerno perforado	Departamento XI	Mención a “Cuerno perforado (soplillo)” en del Val (1945: Anexo objetos-8, nº 125)
Fig. 5, nº 1	Hacha de cobre	Tumba 52	Mención monografía (1947: 66)
Fig. 5, nº 2	Hacha de cobre	Tumba 37	Mención monografía (1947: 66)
Fig. 5, nº 3	Hacha de cobre	Cuadrícula D8 (¿Depto. XVII?)	Mención monografía (1947: 68)
Fig. 5, nº 4 y 10	Punzón de cobre con mango de madera	Tumba 37	Mención monografía (mango) (1947: 68) y punzón por proximidad en dibujo
Fig. 5, nº 5	Punzón de cobre	Tumba 33	Rótulo “V.33” en Schubart (en este volumen)
Fig. 5, nº 6	Brazal de arquero (“afiladera”)	Departamento IV	Rótulo “Dep. 4” en Schubart (en este volumen). Asociación contextual a cuchillo en del Val, Sopranis y Posac (1947: fig. 6, nº 1) (<i>infra</i>)
Fig. 5, nº 8	Brazal de arquero (“afiladera”)	Tumba 38	Diario del Val (1944: 74, croquis): pieza con dos perforaciones completas. Schubart (en este volumen): asociación contextual a cuchillo en del Val, Sopranis y Posac (1947: fig. 6, nº 5) (<i>infra</i>)
Fig. 5, nº 9	Punzón de cobre	Contexto funerario “V.44”	Rótulo “V.44” en Schubart (en este volumen)
Fig. 5, nº 11	Barrita cilíndrica de cobre	Departamento II	Rótulo “Dep. 2” en Schubart (en este volumen)
Fig. 5, nº 12	Punta de proyectil de cobre	Departamento V	Mención monografía (1947: 68)
Fig. 6, nº 1	Cuchillo e cobre de cuatro remaches	Departamento IV	Rótulo “Dep. 4” en Schubart (en este volumen). Asociación contextual a brazal de Fig. 5, nº 6.
Fig. 6, nº 2	Cuchillo de cobre de tres remaches	Tumba 52	Reconocible en Martínez Santa-Olalla <i>et alii</i> (1947, lám. XXX, figura 2). Asociado por Schubart (en este volumen) al hacha de la Fig. 5, nº 1.

REF. PIEZA DIBUJADA (DEL VAL, SOPRANIS Y POSAC 1947)	CLASE / TIPO	CONTEXTO	CRITERIO DE ASIGNACIÓN
Fig. 6, nº 3	Cuchillo de cobre de dos remaches	Tumba 52	Visible en Martínez Santa-Olalla <i>et alii</i> (1947, lám. XXX, figura 2). Asociado por Schubart (en este volumen) al hacha de la Fig. 5, nº 1 y al cuchillo de Fig. 6, nº 2.
Fig. 6, nº 4	Puñal de cuatro remaches	Tumba 80	Identificable a partir del croquis de la tumba en el diario de campo de 1945 de del Val (p. 128)
Fig. 6, nº 5	Cuchillo de dos remaches	Tumba 38	Del Val menciona en esta tumba “puñal pequeño con dos agujeros” (1944: 74). Asociado a brazal de del Val, Sopranis y Posac (1947: fig. 6, nº 1) (<i>supra</i>).
Fig. 6, nº 6	Punta de puñal de cobre	Cuadro B-8	Mención a “punta de cuchillo de bronce” en del Val (1945, Anexo objetos-1, nº 36)
Fig. 6, nº 7	Fragmento de puñal o alabarda	Departamento VI	Referencia a “punta de una alabarda o de un puñal en el dep. 6” (del Val 1944: 40)
Fig. 6, nº 8	Puñal de cobre de cuatro remaches	Tumba 15	Coincidencia con el hecho de ser cuchillo roto de 4 remaches (del Val 1944: 67). Rótulo “Cista 4” en Schubart (en este volumen)
Fig. 6, nº 9	Puñal de cobre de tres remaches	Tumba 76	Único puñal/cuchillo por asignar una vez efectuada la correspondencia del resto.
Fig. 6, nº 10	Cuchillo de cobre de cuatro remaches	Tumba 27	Rótulo “V.-X3” en Schubart (en este volumen)
Fig. 6, nº 11	Puñal triangular de cobre	Tumba 4	Mención monografía (1947: 68)
Fig. 8, nº 3	Objeto apuntado de arcilla	Cuadro E-10 (Departamento XVIII)	Mención a “Cuerno (?) de barro” en del Val (1945: Anexo objetos-8, nº 136)
Fig. 10, nº 7	Disco de piedra perforado	Departamento II	Mención a “disquito de piedra perforado” (del Val 1944: 26)
Fig. 10, nº 8	Afilador	Cuadro D-11 (¿Depto XVIII?)	“Afiladera con muesca para colgar” en del Val (1945: Anexo objetos-8, nº 130). Véase la pieza descrita en del Val <i>et alii</i> (1947: 69)
Fig. 10, nº 11	Molde de piedra para hachas	Departamento XI (sector sur)	Mención monografía (1947: 80)
Fig. 11, nº 2	Maza o martillo con acanaladuras	Departamento XI (?)	Tal vez corresponda a la pieza descrita como “martillo de piedra hecho de canto rodado ... Nº 56” (del Val 1945: 102)

REF. PIEZA DIBUJADA (DEL VAL, SOPRANIS Y POSAC 1947)	CLASE / TIPO	CONTEXTO	CRITERIO DE ASIGNACIÓN
Fig. 11, nº 3	Canto labrado en forma de cubo	Departamento VIII (exterior oriental)	Coincide la descripción y la situación en del Val <i>et alii</i> (1947: 77) con la información de del Val (1945: 147-148)
Fig. 13, nº 1-18	Adornos variados	Tumba 37	Mención monografía (1947: 86)
Fig. 13, nº 19-22	Adornos variados	Tumba 52	Mención monografía (1947: 86)
Fig. 13, nº 23-25	Adornos variados	Tumba 80	Mención monografía (1947: 86)
Fig. 14, nº 1	Piedra con insculturas	Cuadro C-8, cerca del Departamento XI	Dibujo y descripción en diario del Val (1945: 81). Del Val <i>et alii</i> (1947: 120)
Fig. 14, nº 5	Mortero	Cuadro B-8	Dibujo en diario del Val (1945: 100)
Lám. XLI, fig. 1	Piedra labrada	Sepultura en urna nº 28, Departamento VI	del Val <i>et alii</i> (1947a: 51; 1947c: 120)

Inferencias arqueológicas

Las metodologías de excavación aplicadas en las campañas de 1944 y 1945 se preocuparon por ubicar en el plano los hallazgos muebles dentro de los límites de las estructuras habitacionales y funerarias. La jerarquía entre éstas corresponde a las primeras, los departamentos, como se refleja en el hecho de que con su descripción se inicia la presentación de datos en la monografía de 1947 (“La ciudad y su arquitectura”), y en que las tumbas son descritas posteriormente y siempre asignadas a uno u otro departamento. Esta manera de enfocar el registro arqueológico supuso una novedad en la investigación prehistórica del sureste, en la que la búsqueda de tumbas (hermanos Siret) o, directamente, objetos individuales (Furgús, Cuadrado) habían guiado las estrategias para el descubrimiento arqueológico y la presentación y estudio de sus resultados. Una excavación orientada en pos de la recuperación de las estructuras prehistóricas y sus contenidos, y no según límites arbitrarios o hallazgos específicos, constituye una de las condiciones necesarias para efectuar lecturas fiables en clave sociológica.

Sin embargo, dicha condición no halló esa posible continuidad. Así, en lugar de considerar unidades de análisis formadas por la reunión de estructuras y objetos contenidos en departamentos, la investigación prosiguió parcelando los hallazgos según una combinación poco sistemática de varios criterios: el carácter inmueble o no de los restos, la materia prima en que fueron fabricados

y la función atribuida³⁸⁰, con independencia de la unidad habitacional que los contuvo. Esta etapa del método de análisis conllevó la separación de aquello que había sido encontrado junto, y dio paso a estudios autónomos que en poco superaron el estadio meramente descriptivo. Y, tras esa separación analítica, el camino hacia la síntesis no retornó a la materialidad de los objetos y sus agrupaciones en departamentos.

El siguiente paso consistió en formular una inferencia básica: los hallazgos representan un conjunto homogéneo, ilustrador de la “ergología algariense” tal y como se conocía a partir, sobre todo, de la obra de los Siret. Se estimó, por tanto, que las diferencias empíricas debidas a factores de cronología relativa (estratigrafía) y distribución espacial eran menos relevantes que el factor común que las vinculaba. La importancia de esta operación teórica reside en que forzó a que el razonamiento avanzase a partir de entonces teniendo como sujeto un concepto unitario, que podríamos denominar “La Bastida-Argar”, cuya peculiaridad frente al resto de yacimientos argáricos fue su carácter de “ciudad fortificada” de excepcional tamaño. Ahí residiría su singularidad dentro de la totalidad argárica, y ahí concluiría la investigación centrada en los hallazgos del yacimiento. Finalmente, el discurso recogido en el último capítulo de la monografía pasó a ocuparse de cuestiones de orden histórico general, en las que La Bastida intervino de forma secundaria, simplemente como elemento distinguido de la cultura argárica o, mejor, del periodo designado como “Bronce II mediterráneo”. Vale la pena detenerse en su contenido.

En términos sustantivos, para Martínez Santa-Olalla y su equipo, entre el Bronce I (lo que hoy denominamos Edad del Cobre o Calcolítico) y el Bronce II se dio una ruptura radical, imposible de encajar bajo las coordenadas de un proceso evolutivo dentro de una misma tradición³⁸¹. Factores novedosos del Bronce II, fundamentalmente el enterramiento intramuros individual en vasija o cista, y la fundación de nuevos asentamientos en ubicaciones montañosas estratégicas, se hallarían en función de las necesidades impuestas por un nuevo contexto histórico: la conquista y colonización de parte de la península a cargo de poblaciones de origen egeo-anatólico, llegadas por mar al sureste y movidas por la búsqueda de metales, sobre todo plata³⁸². Desde esta perspectiva, el enterramiento bajo el suelo de las casas se entiende motivado por un “estado político peculiar de inseguridad militar”³⁸³, en la misma línea que la

380. Los encabezamientos de los capítulos de la monografía donde se presentan los hallazgos son suficientemente indicadores de esta mezcolanza: “La ciudad y su arquitectura” (descripción de departamentos y sistemas constructivos), “Las industrias” (objetos de hueso, sílex, cuarcita, metal, afiladores de piedra, cerámica), “La economía” (molinos de piedra, cereales, morteros y piedras con entalladuras, huesos de animales e instrumentos líticos relacionados con la minería y la producción metalúrgica), “Adornos” (cuentas de collar y colgantes de distintas materias primas, conchas y caracolas, pendientes, anillos y brazaletes metálicos, y aros de marfil) y “Las sepulturas” (descripción espacial, cualitativa y métrica del contenedor, circunstancias del hallazgo y contenidos).

381. Una “sustitución sin tránsito”, en palabras de Martínez Santa-Olalla y Sáez (1947: 152).

382. Martínez Santa-Olalla y Sáez (1947: 153-158).

383. del Val y Posac (1947: 578).

habitación en cerros de fácil defensa, el levantamiento de fortificaciones y la provisión autónoma de agua mediante cisternas y balsas. La Bastida constituiría el ejemplo paradigmático de los nuevos tiempos.

Martínez Santa-Olalla y su equipo sostuvieron que la transición entre lo que hoy llamamos el Calcolítico y el Bronce Antiguo fue protagonizada por una intervención exterior procedente del noreste del Mediterráneo y sin escalas intermedias. Compartían con Cuadrado la misma perspectiva invasionista y, con el último Siret, el papel decisivo de las gentes foráneas, aunque en el caso del ingeniero belga el hogar originario propuesto fuese Europa central. La investigación posterior se ha dedicado poco a entender cuáles eran las condiciones y los argumentos empíricos que sustentaban el llamado paradigma difusionista, seguido en el sureste durante las décadas centrales del siglo XX por arqueólogos como M. Almagro, A. Arribas, B. Blance, W. Schüle o H. Schubart, entre muchos otros. Cuando nos referimos a las condiciones que favorecieron la credibilidad o verosimilitud del difusionismo, no queremos aludir estrictamente a elementos idealistas/ideológicos (la hegemonía de un principio ideológico en virtud del cual la primacía y el liderazgo histórico ha de corresponder por alguna clase de superioridad esencial o espiritual a ciertas culturas), sino a los términos empíricos e informativos que validan o hacen insoslayable la idea difusionista. En el caso que nos ocupa, la información arqueológica previa a las excavaciones del SHPH estaba estructurada en una gran unidad, El Argar, sintetizada fundamentalmente a partir de los hallazgos de los Siret en centenares de tumbas. Martínez Santa-Olalla y su equipo asimilaron los hallazgos de La Bastida a ese bloque de referencia, fundiéndolo con él. ¿A qué condujo esta operación? En primera instancia, a conformar una entidad que funcionase como uno de los términos en futuras comparaciones con otras entidades anteriores, contemporáneas o posteriores. Bajo estas condiciones, la comparación entre el bloque Argar-Bastida y el registro calcolítico permite constatar fácilmente diferencias acusadas. Y las diferencias acusadas separadas por una escasa distancia geográfica y temporal evocan de inmediato el concepto de “ruptura”. Y una ruptura que no supone la antesala para la decadencia o el vacío social, sino el despegue de un mundo distinto y floreciente, evoca “ruptura motivada por elemento catalizador”. Y el elemento catalizador es una sustancia externa a los componentes previos que reaccionan y con los que él también reacciona. Y si es de origen externo, es que se difunde. Y que, sin esa difusión, no habría habido cambio. Y, por tanto, si la difusión es un factor necesario (y, tal vez, incluso suficiente) para el cambio, el mecanismo de difusión posee capacidad explicativa. Explicar el o los motivos de un movimiento de difusión forma parte de otra cadena argumental, que no trataremos aquí.

No es evidente de por sí que esta manera de pensar y de obrar en arqueología esté conducida por prejuicios ideológicos. Más bien, estaríamos ante una

manera de descubrir, observar y priorizar durante la excavación arqueológica, de considerar analíticamente lo hallado, y de relacionarlo mediante reglas de asociación o exclusión con los conocimientos previos, que tiende a colocar al sujeto ante la tesitura de aplicar alguna idea, ideológica o no, sobre una situación o devenir social concretos.

Aunque no es el lugar para tratar en extenso la cuestión, hoy podemos afirmar que los dos polos o términos de la comparación efectuada por Martínez Santa-Olalla y equipo, entre Bronce I y II, habían omitido una etapa de transición intermedia. La unidad “Argar-Bastida” era la síntesis de una materialidad que se nutría en gran medida de los abundantes ajuares funerarios datados en las fases de apogeo de la sociedad argárica, que hoy podemos datar entre 2000 y 1550 cal ANE. Por otro lado, la unidad “Bronce I” traducía el conjunto de hallazgos procedente en su mayoría de las necrópolis de Los Millares y Blanquizar de Lébor y de otros asentamientos calcolíticos explorados por los Siret, cuyo final situamos en torno al siglo XXIII cal ANE. Un intervalo de dos siglos como mínimo se abre entre las dos entidades comparadas. Bajo estas condiciones, ¿sorprende ahora tanto constatar diferencias tan acusadas? En todo caso, podríamos hallar en este lapso un atenuante para comprenderlas o, quizás mejor, para desaconsejar la comparación.

Podría replicarse con razón que Martínez Santa-Olalla y equipo estaban condicionados inevitablemente por el registro siretiano, y que el método de datación por Carbono 14 aún no había sido inventado. Sin embargo, contaban con el método estratigráfico, cuya aplicación consecuente en La Bastida podría haber llevado a matizar los términos en que plantearon la comparación histórico-social. En este sentido, uno de los resultados más interesantes de las últimas excavaciones en La Bastida ha sido certificar una fase de ocupación inicial, caracterizada por un hábitat en viviendas de barro y postes, un impresionante sistema de fortificación, ausencia de tumbas, un repertorio cerámico marcado por la escasez de perfiles completos y cierta distancia tecnomorfológica tanto respecto al equipaje calcolítico como al argárico clásico. Todo ello, datado entre ca. 2200 y 2000 cal ANE. Pues bien, esa fase inicial fue detectada también en 1944 a raíz de la excavación del Departamento II, cuyos hallazgos cerámicos y estructurales fueron bien distintos y en el que, además, los propios excavadores tuvieron constancia de su anterioridad cronológica respecto a otras ocupaciones.

En suma, Martínez Santa-Olalla y equipo disponían del método arqueológico capaz de pautar la diacronía material del depósito, pero lo utilizaron de forma parcial e incorrecta. Ello, combinado con la mayor cantidad de hallazgos de las fases recientes, condujo a asumir una unidad argárica que Siret había contribuido a crear, entre otras razones también por su limitado uso del método estratigráfico. El razonamiento arqueológico del SHPH contemplaba crear entidades unitarias en cuyo seno se disolvían las diferencias de la materialidad

arqueológica estudiada³⁸⁴. Dado que esas unidades condicionaban las subsiguientes comparaciones y explicaciones históricas, todo error de definición o formación inicial pone en cuestión el resto del edificio.

El difusionismo, como estrategia de explicación general, cayó en descrédito principalmente a partir de la década de 1970. La llamada “revolución del Carbono 14” contribuyó a ello al certificar la posterioridad de los supuestos modelos respecto a las supuestas imitaciones y, así, denunciar una paradoja insalvable. Sin embargo, cuando hablamos de “descrédito” por parte de la comunidad arqueológica nos referimos a algo más profundo, tal vez a un olvido o un pasar página interesado. Una vez comprobado científicamente que lo que se había considerado derivación posterior era en realidad más antiguo que el pretendido referente, el esquema difusionista no tenía por qué haber entrado en crisis necesariamente: bastaba cambiar el sentido del movimiento difusor (en el caso europeo, por ejemplo, de occidente a oriente en lugar del hasta entonces dominante ex Oriente lux). En suma, el difusionismo pasó a ser ignorado, desplazado por otra manera de hacer, pero no refutado ni invalidado en general. Mantengamos esta prevención para futuras investigaciones.

La publicación monográfica de Martínez Santa-Olalla y su equipo pudo haber proporcionado una mayor cantidad de datos, haber vinculado la presentación de los objetos muebles con las estructuras que los contuvieron y, sobre todo, haberlos organizado según un criterio estratigráfico del que, en principio, no se era indiferente. Pese a estas carencias, es justo reconocer que constituyó la mayor aportación a la arqueología argárica de campo desde los trabajos de los Siret, y que mantuvo esta distinción durante varias décadas, hasta que vieron la luz los resultados de las excavaciones modernas en Fuente Álamo, Gatas y Peñalosa.

LAS EXCAVACIONES DEL SHPH DE 1948

Tres años después de la segunda campaña de excavaciones y uno tras la publicación de la monografía colectiva de 1947, La Bastida fue de nuevo objeto de la actividad del SHPH. La información de primera mano sobre los trabajos realizados procede de dos artículos eminentemente descriptivos, uno, breve, firmado por Vicente Ruiz Argilés en el mismo 1948, y otro más extenso en coautoría con Carlos Posac³⁸⁵, de 1956. Es la única de las campañas del SHPH para la cual no hemos localizado el diario de campo de los excavadores. Aun así, ha sido posible acceder a fotografías inéditas depositadas en el fondo Martínez Santa-Olalla del Museo Arqueológico Nacional.

³⁸⁴. Interpretar esa manera homogeneizadora de hacer arqueología como la traslación ideológica de su deseo político de Una, Grande y Libre, ¿sería también ideológico?

³⁸⁵. Posac confesó “no recordar nada de esta campaña”. En 1948, era adjunto interino de lengua griega en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Melilla. Por otro lado, no hemos conseguido consultar ningún documento de la mano de Ruiz Argilés, colaborador técnico de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas.

Ignoramos las razones que llevaron a emprender la excavación de 1948. Tal vez ahora cabría reformular el argumento de Díaz-Andreu comentado anteriormente, y apuntar que Martínez Santa-Olalla pretendía mantener su visibilidad en un momento en que la organización de los Congresos de Arqueología del Sudeste Español, el primero en 1945, eludía su hegemonía y, por tanto, la desafiaba. Con motivo del celebrado en 1947 en Murcia, el desencuentro entre el SHPH (que no asistió a sus sesiones) y la organización congresual era ya notorio³⁸⁶.

El desarrollo de las excavaciones y principales resultados

Los trabajos de campo tuvieron lugar en los meses de agosto y septiembre de 1948, a cargo de Ruiz Argilés y Posac. No hay constancia de que Martínez Santa-Olalla supervisara la excavación, aunque sí que acusara recibo de la subvención de 5.000 pesetas con que la Diputación Provincial de Murcia sufragó los trabajos³⁸⁷. Como paso previo, se planteó una cuadrícula adyacente al norte del área excavada durante 1944 y 1945, que continuaba la trazada en 1945 bajo los mismos criterios (Fig. 64). En total, el área explorada ascendió a 160 m². En algunos puntos, la potencia estratigráfica alcanzó 2 m. Las tierras y piedras desalojadas se evacuaban hacia una terrera situada al norte-noreste.

Una parte importante del área comprendida por la cuadrícula se hallaba muy afectada por la acción de la erosión y de las rebuscas previas. Los restos mejor conservados se hallaron en el extremo occidental, donde se concluyó la excavación del Departamento XVIII. Aquí se documentaron once nuevas tumbas, además de interesantes elementos estructurales y objetos de cerámica y piedra. En cambio, la práctica totalidad del sector restante apenas ofreció hallazgos relevantes. Ruiz Argilés y Posac definieron tres nuevos departamentos (XIX, XX y XXI), aunque sus límites estructurales resultan del todo imprecisos.

Los trabajos depararon el hallazgo de quince sepulturas (dos cistas, doce urnas y una fosa), la mayoría concentradas bajo el suelo del Departamento XVIII (Fig. 65). La numeración que las designa en las publicaciones no continúa la publicada en la monografía de 1947, sino que parte del nº 1 y configura una única serie, independiente del tipo o ubicación de las sepulturas.

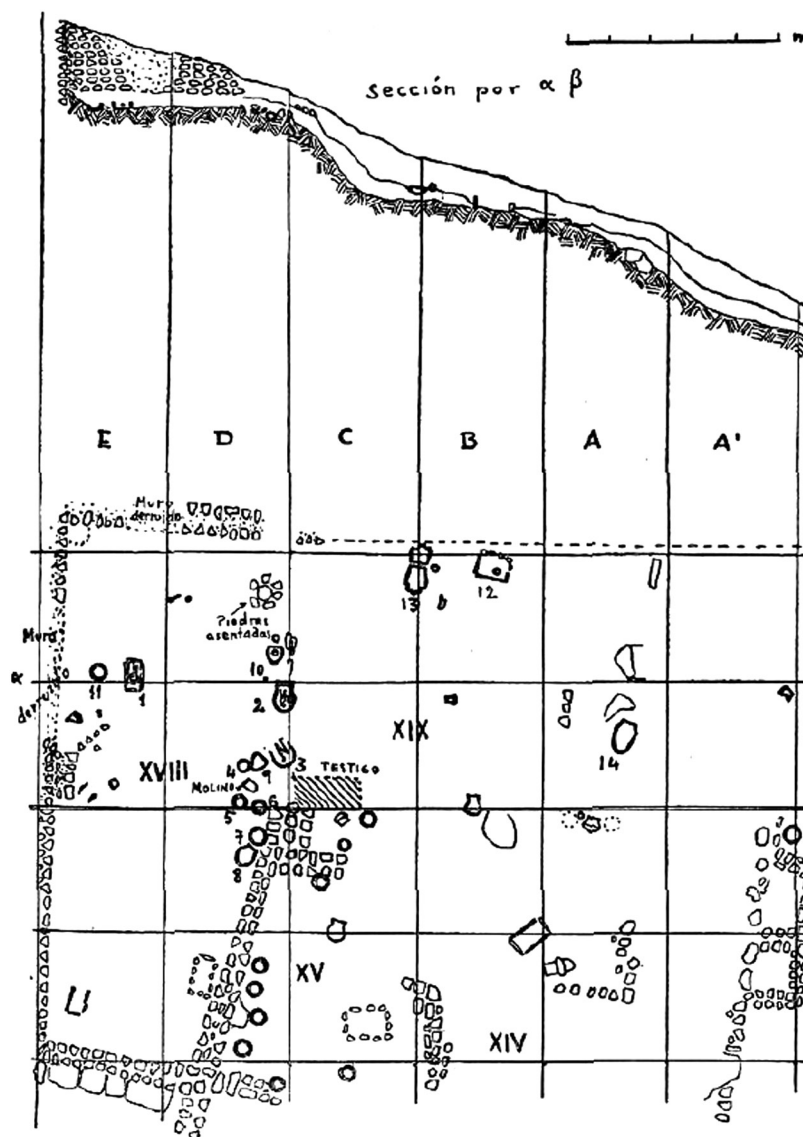
³⁸⁶. El desacuerdo entre el SHPH (Martínez Santa-Olalla, Clarisa Millán) y la organización de los congresos (Antonio Beltrán como responsable organizativo y el Almirante Francisco Bastarache como patrocinador), queda patente en varias cartas conservadas en el archivo del Museo de San Isidro (referencias: FD1974/1/2030, FD1974/1/2029_1, FD1974/1/2029_2, FD1974/1/2028 y FD1974/1/1958 a 1963).

³⁸⁷. Según prometió el presidente de la Diputación, Dionisio Alcázar (Archivo del Museo de San Isidro, referencia: FD1974/1/9644), y se confirmó mediante telegrama el día 20 de agosto de 1948 (Archivo del Museo de San Isidro, referencia FD1974/1/9519). Los gastos superaron esta cantidad, aunque fueron completados por Ruiz Argilés (referencia FD1974/1/9497).

>

Figura 64.

Planta general del sector explorado en 1948, continuación hacia el norte de las excavaciones de 1944 y 1945.



>

Figura 65.

Excavación de las tumbas 2, 3, 9 y 10 de la campaña de 1948. En primer término, uno de los trabajadores; en segundo, Carlos Posac.



La publicación de 1956 presenta los hallazgos ordenados por departamentos. Para cada uno de éstos se detallan elementos y pormenores constructivos, se anuncian las tumbas descubiertas y se hace un repaso de los hallazgos muebles más destacados. En segunda instancia, las tumbas reciben un tratamiento individualizado, lo mismo que en las campañas anteriores (Tabla 12). Sin embargo, el detalle de la información es mayor aquí, tanto a nivel textual (circunstancias del descubrimiento, estado de los restos, características del contenedor y relación de contenidos) como por la novedad que supone el acompañar la descripción con dibujos. Un extenso anexo fotográfico apoya las descripciones de contextos funerarios y habitacionales.

En una tercera sección se presentan los hallazgos muebles más destacados, ordenados según la materia prima en que fueron fabricados (cerámica, metales, e industrias ósea, lítica y malacológica). En cada uno de estos apartados, se ordenan los hallazgos por clases o tipos, y las piezas más relevantes se dibujan

Tabla 12.
Presentación sintética de las características de los conjuntos funerarios excavados en 1948. La codificación de los campos puede consultarse en el anexo al final del texto.

V

SERIE	Nº	CONTENEDOR	INDIVIDUOS	AJUAR		
				CERÁMICA	ÚTILES METÁLICOS	ADORNOS
BAR	1	CIL	?1 ^A	F7	PÑ PZ	1COLL ^{1(CH)}
BAR	2	URF4	?1 ^A	F5		5COLL ^{5(CH)}
BAR	3	URF5	?1 ^A		PZ	3COLL ^{3(CON)}
BAR	4	URF2	?1 ^{INF}			
BAR	5	URF2	?1 ^{INF}			
BAR	6	UR ^D F2F5	?1 ^{INF}			
BAR	7	URF2	?1 ^{INF}			
BAR	8	URF5	?1 ^{INF}			
BAR	9	URF2	?1 ^{INF}			
BAR	10	URF2	?1 ^{INF}	F2 _{EXT} F5		
BAR	11	UR ^D F2F5	? , ? , ?3 ^{INF, INF, INF}	2 vasos indet		
zBAR	12	CIL	?1 ^A	F5	PÑ ^{3R} PZ	2PD/AN ^{AB4*/AB2*}
zBAR	13	UR ^D 2F4	?1 ^A	_{EXT} F5		
zBAR	14	URF4	?1 ^A			1COLL ^{1(CYP)}
zBAR	15	FOC	?1 ^A	F5	PÑ ^{2R}	

en láminas. A diferencia de lo sucedido en la monografía de 1947, en este artículo se especifica la procedencia espacial de las piezas y se facilitan medidas para muchas de ellas.

Síntesis

La excavación de 1948 fue de mucha menor envergadura que las de 1944 y 1945, tanto por lo reducido del área intervenida, como por deparar menos cantidad de hallazgos. Parece claro que el SHPH no se volcó con la misma intensidad que en las anteriores, pero por eso resulta más difícil imaginar cuáles pudieron ser los móviles para llevarla a cabo. Pudo limitarse a ser un testimonio político de Martínez Santa-Olalla en una época en que era cuestionado, pero lo cierto es que esto no deja de ser una presunción.

Sin embargo, pese a lo modesto de la excavación, hay elementos que denotan una mejora en los métodos de ordenación y presentación de los datos respecto a lo publicado en 1947. El trabajo empírico de Ruiz Argilés y de Posac fue mejor en términos cualitativos, aunque sigan echándose a faltar las referencias estratigráficas en la descripción del depósito arqueológico y sus contenidos. En lo que hace referencia a aspectos de interpretación en clave social o económica en el contexto del mundo argárico, ambos arqueólogos prefirieron guardar silencio, seguramente porque las nuevas evidencias no añadían ningún elemento que modificase sustancialmente lo publicado un año antes. Ni rastro, pues, de consideraciones sobre temas de periodización o de dinámica histórica.

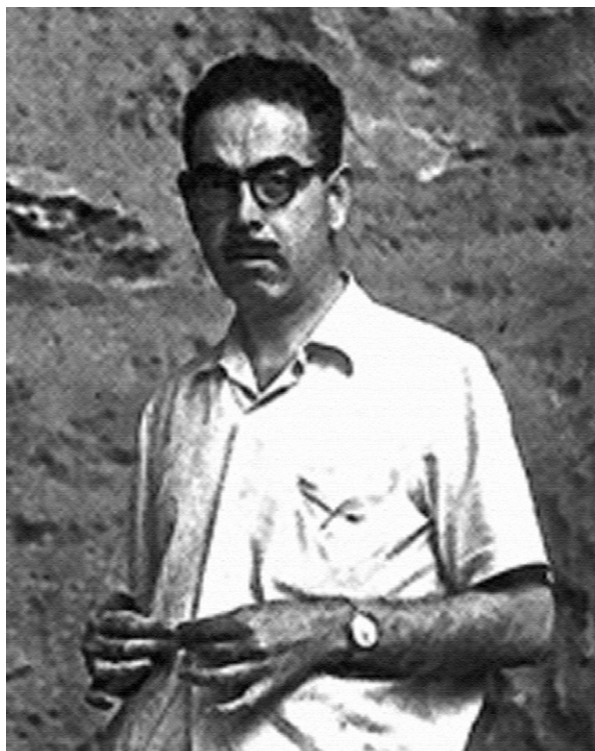
LAS EXCAVACIONES DEL SHPH EN 1950

La campaña de 1950 se ha mantenido inédita hasta ahora, cuando presentamos en este volumen los diarios de campo de los directores de la excavación, Francisco Jordá Cerdá³⁸⁸ y John Davies Evans³⁸⁹ (Figs. 66-67). Como hemos señalado anteriormente, sólo el esmero puesto por ambos en la conservación de estos documentos a lo largo de su vida, así como la colaboración de sus familiares y depositarios de sus legados han permitido conocer los aspectos fundamentales de una campaña de excavación completa en La Bastida, y también obtener informaciones valiosas para identificar la procedencia de diversos lotes de piezas huérfanas de contexto, custodiadas en los museos arqueológicos de Cartagena, Murcia y Nacional.

La noticia de que el SHPH había realizado una cuarta campaña de excavaciones en La Bastida resultó inesperada y sorprendente, tanto por haber sido olvidada por la investigación posterior, como por la identidad de quienes la

³⁸⁸. Jordá Cerdá (en este volumen a y b).

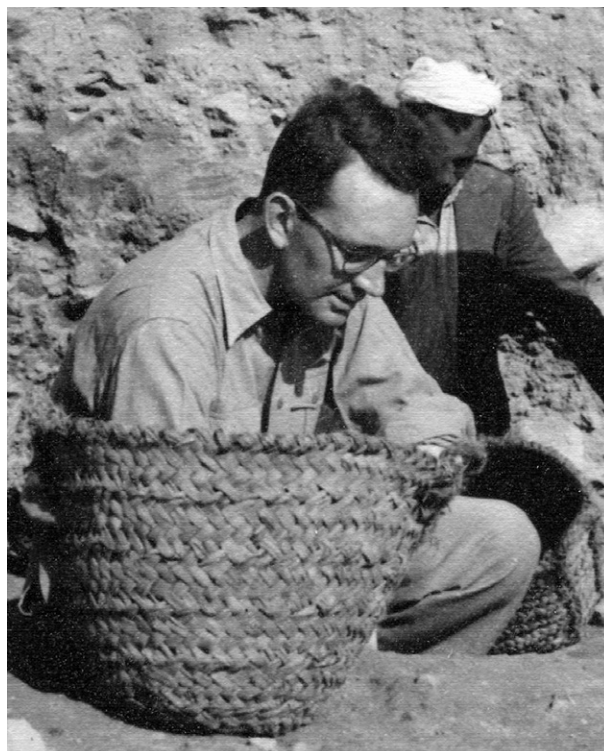
³⁸⁹. Evans (en este volumen).



^

Figura 66.

Francisco Jordá Cerdá en el yacimiento de Cova Negra, hacia 1945/50.



^

Figura 67.

John D. Evans excavando en Jericó a inicios de 1952.

dirigieron³⁹⁰. En efecto, Jordá y Evans fueron conocidos y respetados arqueólogos a raíz de investigaciones que en nada tuvieron que ver con la Edad del Bronce del sureste. En este sentido, la excavación de un yacimiento argárico constituye una rara singularidad en sus respectivas trayectorias. Es posible que las excavaciones de 1950 se hubiesen llevado a cabo en virtud de una confluencia puntual de condiciones e intereses, más que como consecuencia de un proyecto sistemático: por un lado, la llegada de Evans a la Universidad de Madrid (acogido por Martínez Santa-Olalla³⁹¹), con el propósito de realizar una tesis sobre el mundo argárico y sus posibles relaciones egeo-anatólicas³⁹²; por otro, la imposibilidad

³⁹⁰. Resultaría así incorrecta la información de Lomba *et alii* (1996: 745), en el sentido de que Clarisa Millán excavó en La Bastida en 1949 y 1950. Millán se limitó a publicar de manera resumida en 1949 algunas de las actuaciones arqueológicas del SHPH en los años anteriores y, que sepamos, nada la vincula con el trabajo de campo en 1950.

³⁹¹. Archivo del Museo de San Isidro (referencia FD1974/1/8569_1 y FD1974/1/8569_2).

³⁹². Tesis titulada "Algunos problemas de la Edad del Bronce en España" que, según consta en un documento conservado en el Archivo del Museo de San Isidro, dirigía el propio Martínez Santa-Olalla (referencia FD1974/1/3261). Véanse, al respecto de los proyectos de Evans, los documentos con referencia FD1974/1/327 y FD1974/1/3273.

administrativa de estudiar los materiales de la colección Siret del MAN y, de ahí, la necesidad o conveniencia de tomar contacto con otros lotes y con las condiciones de sus contextos de descubrimiento y, por último, la presencia en Murcia de Jordá, Director del Museo Arqueológico de Cartagena gracias a la influencia de Martínez Santa-Olalla³⁹³, y Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Murcia nombrado directamente por éste; es decir, de alguna forma en situación de subordinación respecto al director del SHPH³⁹⁴. No obstante, al carecer del apoyo de un proyecto estable por parte del propio SHPH, y al proseguir o emprender Jordá y Evans líneas de investigación ajenas al mundo argárico, la campaña de 1950 en La Bastida cayó en el olvido.

La principal fuente de documentación se compone de tres cuadernos. Dos de ellos fueron redactados por Jordá. De éstos, uno recoge las anotaciones diarias en campo, mientras que el segundo reproduce las mismas en limpio. No se trata, sin embargo, de un documento que permita prescindir del primero, por cuanto, entre otras razones, se interrumpe varios días antes de la conclusión de los trabajos. El tercer diario fue redactado por Evans en inglés, y se completa con un pequeño lote de fotografías en blanco y negro³⁹⁵. Los tres documentos se hacen eco a la par de los mismos hechos, pero muy a menudo introducen matices particulares que los hacen complementarios. La combinación de los tres documentos permite hacerse una idea del transcurso de la excavación, así como de las principales características de los hallazgos estructurales y muebles. Además, se han conservado cinco informes breves redactados por Jordá, que fueron enviados a Martínez Santa-Olalla con el fin de que éste se mantuviese en Madrid al corriente del progreso de los trabajos³⁹⁶.

393. La correspondencia de Martínez Santa-Olalla con Jordá y con el alcalde de Cartagena, Miguel Ángel Hernández Gómez, revela que Jordá fue designado director del museo a propuesta directa y explícita del primero. Dicha propuesta llevaba consigo, en términos de contraprestación, el ingreso en el museo de diversos lotes de materiales procedentes de Totana, Archena, Cieza y otros lugares, descubiertos a raíz de excavaciones realizadas por el SHPH. Además, Martínez Santa-Olalla comprometía futuras subvenciones estatales destinadas a realizar excavaciones en la ciudad de Cartagena, y aseguraba que también recalarían en el museo municipal los hallazgos bajo control de Jordá en su inminente condición de Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas. Entre esos hallazgos, Martínez Santa-Olalla hizo mención expresa a los que habrían de producirse en las próximas excavaciones en Totana (Archivo del Museo de San Isidro, Madrid, referencias FD1974/1/11116, FD1974/1/11117 y FD1974/1/11120, véase también al respecto la carta de Martínez Santa-Olalla a Jordá con referencia FD1974/1/11094). La correspondencia también revela que el candidato propuesto en primera instancia (diciembre de 1949) por Martínez Santa-Olalla para ocupar la vacante dejada por A. Beltrán fue Vicente Ruiz Argilés (Archivo del Museo de San Isidro, Madrid, referencias FD1974/1/11123 y FD1974/1/11123_2). Ignoramos a qué se debió el cambio de la persona escogida.

394. Martínez Santa-Olalla también promovió por las mismas fechas el nombramiento de Jordá como ayudante de Historia Primitiva en la Universidad de Madrid (Archivo del Museo de San Isidro, referencias FD1974/1/11117_2 y FD1974/1/11119_1). A inicios de 1951, Jordá solicitó a Martínez Santa-Olalla en varias ocasiones que realizase gestiones para que se le subiese el sueldo como Director, debido a las estrecheces económicas por las que atravesaba (por ejemplo, Archivo del Museo de San Isidro, referencias FD1974/1/11088, FD1974/1/11089).

395. En el diario de Evans se hace mención esporádica a la toma de fotografías en un mínimo de tres carretes. Las imágenes del legado Evans que hemos podido recuperar pueden consultarse en Escalas, Fregeiro y Oliart (en este volumen).

396. La instrucción explícita para la redacción y envío de dichos informes figura en la carta remitida por Martínez Santa-Olalla a Jordá el 7 de noviembre de 1950 (Archivo del Museo de San Isidro, referencia FD1974/1/11096). Los cinco informes breves datan de los días 15, 19, 24 y 29 de noviembre, y 7 de diciembre (Archivo del Museo de San Isidro, referencias respectivas FD1974/1/11085, FD1974/1/11086, FD1974/1/11084, FD1974/1/11092_1 y 2, y FD1974/1/11088).

La Bastida – 1950: aspectos generales y de método

La campaña de excavación transcurrió durante 23 días laborables, entre el jueves 9 de noviembre y el miércoles 6 de diciembre de 1950. Además de Jordá y Evans, participaron casi siempre entre 7 y 10 obreros³⁹⁷, una cifra similar a la de campañas anteriores. En este caso, pese a que la Diputación Provincial dispuso una subvención de 5.000 pesetas, parece que nunca fueron cobradas y que los trabajos acabaron siendo sufragados personalmente por Martínez Santa-Olalla³⁹⁸.

Los trabajos de campo se plantearon como una continuación de parte de los sectores explorados en 1945 y 1948. Para ello, se amplió la cuadrícula previa formada por unidades de 3 x 3 m en cinco filas al oeste, pendiente arriba (F, G, H, I y J) y en dos filas al norte (15 y 16). Teniendo en cuenta que en 1950 se completó la excavación de los cuadros 14-A/E, inconclusos en 1948, la superficie investigada en 1950 rondó 430 m², es decir, una extensión sólo superada por la primera campaña de 1944. El ritmo de avance de la excavación debió ser elevado, casi tanto como el de 1944, aunque, como veremos, favorecido en 1950 por la conservación más deficiente del depósito arqueológico.

La excavación dio inicio justo en el exterior norte del Departamento XVIII (cuadros E/D-14) (Fig. 68). Durante los primeros días se avanzó descubriendo su fachada y ampliando el área frente a ésta. A partir del día 14, contando ya con un mínimo de ocho obreros hasta el final de la campaña, trabajarán dos equipos simultáneamente en sendos frentes (Fig. 69). La actividad comenzó a concentrarse entonces al oeste y noroeste del Departamento XVIII, siguiendo un orden ascendente desde la fila de los cuadros F, hasta culminar a principios de diciembre en los cuadros J. Durante los últimos dos días de campaña, la labor volvió a centrarse en el extremo oriental de la cuadrícula (cuadros C/B/A-14/15/16).

De la lectura de los diarios se desprende que el planteamiento de una cuadrícula general perseguía dos objetivos: respetar una guía para el avance de la excavación y contar con un marco de referencia para situar fácilmente los hallazgos en el plano. En este sentido, la cuadrícula se hallaba en función de una estrategia de excavación extensiva, que no en extensión, puesto que los trabajos no se orientaban a documentar *prima facie* los recintos estructurales prehistóricos, sino a completar el desalojo del depósito en unos límites de contornos regulares.

Es justo reconocer que la severa afectación de los niveles argáricos en buena parte del área, habría dificultado ordenar el registro en función de recintos

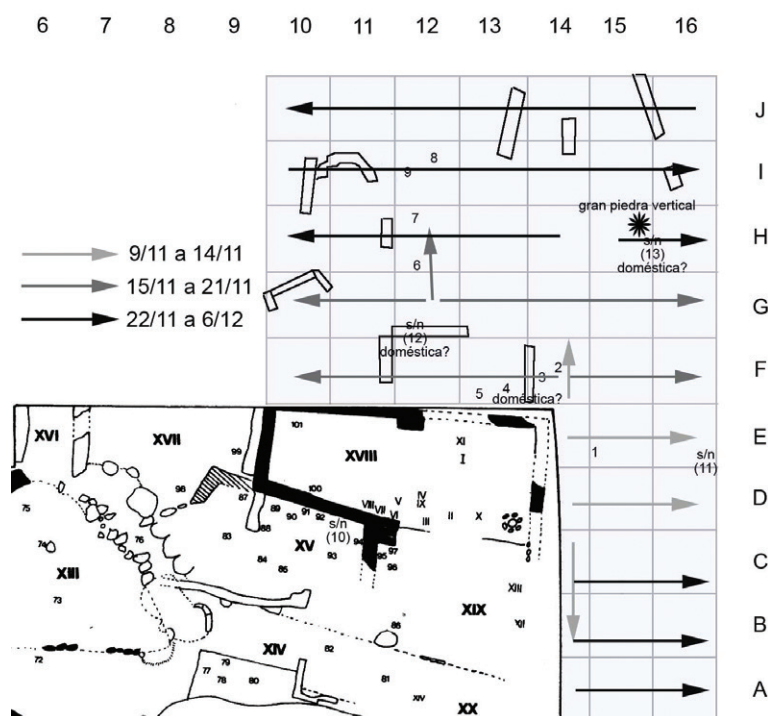
³⁹⁷. Según consta en la contabilidad de los jornales realizada por Jordá (Archivo del Museo de San Isidro, referencia FD1974/1/11082_4).

³⁹⁸. Archivo del Museo de San Isidro (referencias FD1974/1/2514, FD1974/1/2516, FD1974/1/8433 y FD1974/1/8434). Los gastos ascendieron a casi 10.000 pesetas y fueron adelantados personalmente por el Director del SHPH (Archivo del Museo de San Isidro, referencias FD1974/1/11098, FD1974/1/11069_1, FD1974/1/11082_1, FD1974/1/11082_2, FD1974/1/11082_3, FD1974/1/11082_4).

>

Figura 68.

Esquema que muestra el sentido de avance de las excavaciones durante la campaña de noviembre y diciembre de 1950 en La Bastida.



>

Figura 69.

Detalle de una de las fotografías tomadas por Evans en 1950, donde se aprecia la gran explanada de la balsa en segundo plano. Tal y como sucedía ya en 1945, el frente de avance de la excavación se realiza a pico y ese esfuerzo recae sobre dos obreros que trabajan uno al lado del otro. Un tercero, por detrás de ambos, recoge la tierra en capazos. En la imagen se distinguen tres obreros más, encargados de transportar los capazos hasta la terrera, situada bastante lejos, sobre el barranco Salado. A la izquierda de la imagen puede verse un gran acopio de piedras medianas y grandes, lo que muestra que eran separadas del sedimento en el proceso de recogida.



arquitectónicos definidos. Dicha afectación fue particularmente aguda en la zona incluida en los cuadros H/G/I-12/16³⁹⁹ y A/B/C-15-16. En este último caso, la deficiente conservación del depósito era una continuación de lo observado en 1945 y 1948 en una franja de terreno que se extendía a la misma cota desde el límite septentrional del Departamento XII. La amplitud de esta franja,

399. Jordá, en la página 27 del diario de campo, se refiere de forma muy gráfica a los cuadros G12 y G13 en términos de una “zona bombardeada”.

similar a una amplia trinchera de dirección sur-norte, su parecido en dimensiones y orientación respecto a la zona afectada que se abre en los cuadros G/H/I, y su proximidad a la “balsa” motivaron nuestra propuesta de ubicar aquí cuando menos una parte de las excavaciones de Inchaurrendieta. Sin embargo, en otros puntos donde los restos de muros permitían reconocer siquiera parcialmente algún tipo de recinto, la estrategia guiada por el avance y el registro conforme a los cuadros no varió. Es, en suma, también sintomático que en los diarios no se haga siquiera mención a “departamentos”, que había sido la unidad de ordenación espacial para los hallazgos en las tres campañas anteriores.

Un indicador más de la relevancia otorgada a la excavación por cuadros es que el registro no se articuló teniendo en cuenta criterios estratigráficos. En este punto, se subraya la tendencia observada en las campañas previas del SHPH. Conviene dejar clara la cuestión: no es que no se observasen cambios sedimentarios en el depósito arqueológico⁴⁰⁰, ni que la sucesión de unidades estratigráficas no quedase ilustrada mediante secciones gráficas⁴⁰¹, sino que los hallazgos no se agrupaban en unidades definidas por las indicaciones de cronología relativa que proporciona el registro estratigráfico.

Las sepulturas recabaron una mayor atención por parte de Jordá y Evans, tal y como se deduce de las descripciones más detalladas (Tabla 13). Se numeraron nueve tumbas, aunque en realidad equivalen a siete, pues una de ellas estaba conformada por lo que originalmente interpretaron como dos sepulturas distintas y que luego fueron unificadas por los propios excavadores (S8 y S9), mientras que otra tiene todas las características de un recipiente doméstico. Sólo una era en cista y, las restantes, en urna. Además, tres hallazgos de vasijas completas ofrecen dudas al no contener huesos humanos⁴⁰², mientras que un cuarto presenta todas las características de un cenotafio⁴⁰³. Por otro lado, un contexto funerario más no se descubrió en el sector cubierto por la cuadrícula de 1950, sino que apareció de forma casual en el área asignada al Departamento XV (cuadro D11). En suma, el número total de tumbas descubiertas se establece en ocho (Tabla 13). Teniendo en cuenta que el área excavada fue relativamente amplia, esa cifra supone un bajísimo número de hallazgos funerarios, muy por debajo de la media de las campañas anteriores. De esta forma, en 1950 se detectó una tumba cada 54 m² de superficie excavada, mientras que en 1944 este tipo de hallazgos se producía cada 15 m² y, en 1945 y 1948, tan sólo cada 8-10 m², aproximadamente. Dado que el sector del asentamiento

400. A título de ejemplo sobre esta cuestión, vale decir que Jordá comenta la detección de un nivel formado por cenizas y carbones, al parecer procedentes de un hogar, que pasaba por debajo del muro recto descubierto entre los cuadros F13 y F14.

401. Siguiendo la tónica de las excavaciones del SHPH en La Bastida, las secciones sirven para ilustrar la configuración del depósito excavado, pero los estratos o niveles detectados no sirvieron para organizar el registro informativo de los hallazgos.

402. Identificadas en los cuadros E16, G12 y H15/H16.

403. Cuadro D11.

investigado en 1950 parece haber tenido las mismas características residenciales que otros adyacentes, sólo la intensa afectación del depósito arqueológico debida a la erosión y a intervenciones previas puede explicar la inusualmente baja frecuencia de sepulturas.

Tabla 13.

Presentación sintética de las características de los conjuntos funerarios excavados en 1950. La codificación de los campos puede consultarse en el anexo al final del texto.

V

SERIE	Nº	CONTENEDOR	INDIVIDUOS	AJUAR			
				CERÁMICA	ÚTILES METÁLICOS	ADORNOS	
BAJ	1	CIL	M ¹ A	F5 F8			¿COLL ^(M) ?
BAJ	2	URF4	M ¹ A		PZ	COL	8 COLL ^{5(L) 2(O) 1(SER?)}
BAJ	3	URF4	¿M? ¹ A	EXT 2 vasos	CU ^{2R} PZ	PD ^{ABI+*} PD/AN ^{ABI+*}	
zBAJ	4	UR	M, ? 2 A, ¿INF/SB?	F7 sin pie			
BAJ	5	UR¿F4?	? ¹ A	¿F1/F2?			
BAJ	6	URF4	M, H 2 A, A	F7	PÑ ^{3R} PZ	2PD ^{ABI/ABI+}	
BAJ	7	UR	? ¹ INF	F1			
BAJ	8	URF2	¿CENOTAFIO?	EXTF2	CU ^{2R/3R}		

La metodología de excavación de las sepulturas contemplaba un nivel de minuciosidad similar al observado en las anteriores campañas del SHPH. Tras el descubrimiento de una tumba, se procedía a situarla en el plano mediante medidas de distancia tomadas desde alguna de las intersecciones de los cuadros y/o desde puntos significativos de otras estructuras inmuebles. Cuando la excavación del contenido dejaba a la vista un cuadro lo bastante elocuente, se levantaba un croquis detallado y trazado con destreza, con el fin de representar la colocación de los huesos del esqueleto y las piezas de ajuar. Se tomaban fotografías en el momento de detectar el contenedor y, más tarde, una vez quedaban al descubierto los restos humanos y el ajuar, en caso de tenerlo. Los sedimentos extraídos del interior de la tumba eran cribados para asegurar la recuperación de todos los elementos de ofrenda. Cada sepultura recibía un código identificativo formado por una “S” mayúscula, un punto y un número correlativo que comenzaba en el 1. Se trata, por tanto, del mismo sistema inaugurado en 1945. En la campaña que nos ocupa, junto a este numeral se añadía un guión y la cifra “50”, en referencia a “1950”.

Los croquis que representan planos de situación de hallazgos, secciones y el interior de tumbas resultan bastante numerosos, lo mismo que los dibujos a lápiz de los artefactos mejor conservados y relevantes. Ambos arqueólogos mostraron tener buena mano en trazar este tipo de representaciones. La mayoría de estos dibujos se refieren a piezas de ajuar funerario, ya sean vasos cerámicos o piezas metálicas, aunque también destaca la atención prestada a objetos líticos, como molinos barquiformes e instrumentos cortantes de piedra tallada. Los dibujos suelen ir acompañados de sus correspondientes secciones e indicaciones métricas, lo cual eleva el valor de esta información y facilita la identificación de las piezas conservadas en museos.

Síntesis

El hallazgo y publicación de los diarios de campo inéditos de la campaña de 1950 en La Bastida supone una excelente noticia, por cuanto saca a la luz actuaciones y materiales que habían caído en el olvido casi absoluto. El hecho de no haber sido en su día la base para una publicación limita en cierta medida su valor heurístico, pues nos hallamos ante una información que no fue sometida al proceso de revisión y corrección de eventuales errores que habitualmente acompaña el análisis y presentación de resultados.

La labor arqueológica de Jordá y Evans continuó en lo esencial la metodología aplicada en campañas anteriores por el SHPH. También guarda coherencia la selección del sector excavado, que supuso la ampliación inmediata de lo conocido a raíz de las campañas de 1945 y, sobre todo, 1948. Por otro lado, no cabe duda que la inclusión en el área de excavación de zonas intensamente removidas mermó en gran medida la cantidad y calidad de los hallazgos, como puede apreciarse en la falta de recintos habitacionales completos y en el escaso número de tumbas encontradas.

La campaña de 1950 supuso la conclusión de las actividades del SHPH en La Bastida. Tanto por la extensión afectada como por la riqueza de los hallazgos, las excavaciones de 1944 y 1945 superaron con creces a las dos restantes. Seguramente, la implicación decidida del SHPH en su época de mayor pujanza, unida a la colaboración y consejos de Juan Cuadrado resultaron decisivas a la hora de conseguir resultados fructíferos. Además, éstos fueron publicados en una monografía que, pese a sus carencias, aportó un volumen de datos sin parangón desde las obras de los Siret. Por comparación con las dos primeras campañas, las realizadas en 1948 y 1950 fueron de menor envergadura y arrojaron resultados desiguales y menos relevantes: la de 1948 deja entrever un rigor metodológico superior a las demás, aunque fue la que menos extensión exploró, mientras que la de 1950 arrastró la mala fortuna de haberse centrado en un sector muy afectado y, sobre todo, la de una coyuntura personal e institucional en la que La Bastida no constituía una prioridad para nadie. Fue, en

cierto modo, una premonición del desamparo en que el yacimiento se vio sumido durante las décadas siguientes.

EL DEPÓSITO DE LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS DE LAS CAMPAÑAS ENTRE 1944 Y 1950

La diáspora y las lagunas en la información de campo tienen su homólogo en la localización actual de los hallazgos. En lo que se refiere a los efectuados en las dos primeras campañas, la financiación a cargo de la Diputación de Murcia otorgó a esta institución la titularidad y el depósito de las piezas descubiertas⁴⁰⁴. Sabemos que al menos una parte de las halladas en 1944 viajaron a Madrid en las siete cajas que tomaron ese rumbo al final de la excavación⁴⁰⁵, aunque cabe la posibilidad de que retornasen en 1945⁴⁰⁶. La mayor parte de los materiales de la cuarta campaña ingresó en el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena⁴⁰⁷, del cual era Director Francisco Jordá. Sin embargo, al menos un lote de piezas relevantes, concretamente las halladas en la sepultura 6, fueron enviadas por Jordá a la sede del SHPH⁴⁰⁸. Además, Jordá señaló que la furgoneta del ayuntamiento que trasladó las piezas desde Totana a Cartagena, cargó también los materiales “que había en el cortijo de campañas anteriores”⁴⁰⁹, concretamente de la que tuvo lugar en 1948⁴¹⁰. Años después, gran parte de las piezas depositadas en Cartagena fueron trasladadas a la capital murciana⁴¹¹.

No todas las piezas permanecieron en la provincia de Murcia o viajaron a Madrid. Al menos dos recipientes cerámicos de la campaña de 1944 han sido localizados en la Casa-Museo Arrese, en Corella (Navarra), después de una peripecia que resulta muy reveladora de las prácticas arqueológicas entre los señores

404. Martínez Santa-Olalla (1947: 9).

405. Del Val (1944: 81) señala que el material arqueológico fue embalado en 53 cajas, de las cuales siete fueron a Madrid. Todo indica que las restantes permanecieron en manos de la Diputación Provincial de Murcia. Véase también la carta fechada el 18 de octubre de 1944, posiblemente del presidente de la Diputación de Murcia, dirigida a Martínez Santa-Olalla (Archivo General de la Región de Murcia, Fondo de la Diputación, registro Dip 7390/7).

406. Carta de Martínez Santa-Olalla a Luis Carrasco, fechada en Madrid el 20 de marzo de 1945 (Archivo General de la Región de Murcia, Fondo de la Diputación, registro FD1974/1/11251). La vuelta de las piezas a Murcia habría aprovechado el viaje a Murcia de Martínez Santa-Olalla para impartir una conferencia en la sede de la Diputación invitado por su Presidente. Sin embargo, la conferencia se aplazó a finales de octubre (Archivo del Museo de San Isidro, referencia FD1974/1/11233) y no tenemos constancia de que llegara a impartirse. Desconocemos si ello conllevó la permanencia de las piezas en Madrid o si, de una u otra forma, todas o en parte, viajaron a Murcia.

407. Hay constancia expresa de este ingreso mediante la nota de agradecimiento enviada por Jordá a Martínez Santa-Olalla en enero de 1951 (Archivo del Museo de San Isidro, referencia FD1974/1/11077).

408. Según consta en una carta de Jordá a Carlos Alonso del Real fechada en mayo de 1951 (Archivo del Museo de San Isidro, referencia FD1974/1/11056). Entre la petición de Martínez Santa-Olalla a Jordá, por intermedio de Alonso del Real (Secretario del SHPH), figurarían piezas enteras y también materiales fragmentados (Archivo del Museo de San Isidro, referencias FD1974/1/11091 y FD1974/1/11056). Véase también el documento con referencia FD1974/1/11094, en el que Martínez Santa-Olalla le recuerda a Jordá el tipo de hallazgos que desearía recibir.

409. Archivo del Museo de San Isidro (referencia FD1974/1/11088).

410. Así consta en la respuesta recibida por Jordá a su pregunta al respecto (Archivo del Museo de San Isidro, referencias FD1974/1/11100 y FD1974/1/11101).

411. Celdrán y Velasco (en este volumen).

de la arqueología y los dueños del país en aquel entonces. Como indicamos anteriormente, Cristóbal Graciá, Luis Carrasco y Juan Cuadrado visitaron el yacimiento el martes 26 de septiembre de 1944. Hicieron una parada en la casa del Cejo del Pantano, donde a Graciá le fueron mostradas algunas piezas. Muy probablemente, fue obsequiado entonces con varios recipientes cerámicos carenados. Sabemos que Graciá era aficionado a la arqueología, afición compartida con su superior José Luis Arrese⁴¹², por aquel entonces Ministro Secretario General del Movimiento. Desconocemos vías y fechas, pero algunas, si no todas las piezas que Graciá llevó consigo⁴¹³, recalaron en la colección particular de Arrese en Corella. Ello era así en 1954, cuando María Ángeles Mezquíriz publicó una breve noticia sobre ésta⁴¹⁴. En una de las imágenes que la ilustran, se distinguen cuatro recipientes carenados juntos en el interior de una vitrina, que bien podrían corresponder con hallazgos de La Bastida (Figs. 70-71).

Años después, el propio Arrese publicó el catálogo de su colección de arqueología⁴¹⁵, donde se hace referencia expresa a dos ollitas carenadas procedentes de La Bastida (Fig. 72)⁴¹⁶. De una de ellas se dice, además, que fue “donativo del Gobernador Civil D. Cristóbal Graciá”⁴¹⁷ y que procedía de la sepultura nº 17. Ahora bien, si acudimos a la monografía de 1947 comprobaremos que la tumba 17 no contenía ninguna vasija carenada como ajuar⁴¹⁸. La solución a este aparente desajuste vino de la consulta de los diarios de campo de del Val y de Posac, donde pudimos comprobar que la tumba 17 pasó a corresponder a la nº 18 de la monografía. En este caso, el ajuar de la sepultura nº 17 según la numeración de campo contenía dos ollas carenadas⁴¹⁹. Ello permite suponer que Graciá se llevó al menos uno de los recipientes⁴²⁰ con la información disponible poco después de ser exhumado y antes de que las tumbas fuesen reenumeradas con vistas a su publicación.

Y allí seguían en enero de 2012, cuando tuvimos la oportunidad de documentarlas (Figs. 73-74).

Al menos la mayor parte de los hallazgos realizados en las campañas de 1944 y 1945 pasaron directamente a instalaciones de la Diputación Provincial. Allí se encontraban cuando en 1964 el pintor Mariano Ballester y el arqueólogo José

412. Además de coleccionista de arte y arqueología, Arrese fue Comisario Local de Excavaciones de Corella (Navarra).

413. Puestos en contacto con la familia Graciá en Caudete (Albacete), nos han confirmado por boca de Cristóbal Graciá Salgado que desconocen la existencia de documentos o piezas arqueológicas de La Bastida entre el legado familiar.

414. Mezquíriz hacía referencia a “cerámica del poblado argárico de La Bastida, en Totana (Murcia)” (1954: 343).

415. Arrese (1978). El grueso del texto del catálogo fue redactado por Clarisa Millán, antigua colaboradora de Martínez Santa-Olalla en el SHPH.

416. Arrese (1978: 23-24).

417. Arrese (1978: 23).

418. Posac, Sopranis y del Val (1947: 97).

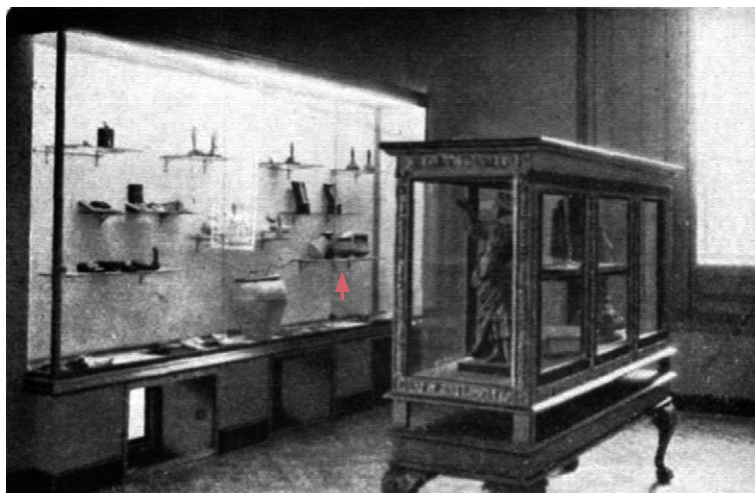
419. Posac, Sopranis y del Val (1947: 97).

420. El segundo recipiente procedía probablemente de una sepultura distinta de la 18 según la numeración publicada en 1947 (véase Celdrán y Velasco, en este volumen).

>

Figura 70.

Una de las salas de la Casa-Palacio de los Arrese hacia 1954. La flecha indica un estante sobre el cual se distinguen cuatro recipientes carenados de pequeño tamaño. Los dos del fondo procedían de La Bastida.



>

Figura 71.

Imagen de la misma estancia tomada en 1962, en la que José Luis Arrese muestra una pieza al periodista Julio Trenas. En la parte superior de la vitrina del fondo, pueden apreciarse dos vasijas argáricas (marcadas con flechas), probablemente las de La Bastida⁴²¹.



Sánchez Meseguer se afanaban en examinar y ordenar el material⁴²². Más tarde, en 1966, las piezas fueron transferidas a los fondos del Museo Arqueológico de Murcia⁴²³, donde algunas aún conservan su envoltorio a base de

421. Esta imagen se incluyó en un reportaje de Julio Trenas dedicado a la Casa-Pacio de José Luis Arrese, publicado en ABC el 13 de julio de 1962.

422. Crónica de Jerónimo García Ruiz en *Línea* (7 de mayo de 1964, pp. 5 y 6).

423. Andúgar (en este volumen), Celdrán y Velasco (en este volumen), Fregeiro y Oliart (en este volumen).

hojas de diario de la década de 1940⁴²⁴. Por su parte, los objetos recuperados en 1948 y 1950 se distribuyen, en una diáspora sorprendente, entre el MAM, el MAN y el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena⁴²⁵, del que Francisco Jordá fue nombrado director cuando excavaba en La Bastida.

Finalmente, un pequeño lote de objetos hallados en las excavaciones del SHPH se halla en el MAN, institución en la que ingresaron procedentes de la colección Martínez Santa-Olalla tras su fallecimiento. Se trata de tres cajas con el rótulo “Bastida de Totana” que contenían más de



<

Figura 72.
Vitrina de la Casa-Museo Arrese que, en los años 70, contenía dos vasijas carenadas procedentes de La Bastida (sobre los extremos izquierdo y derecho de la línea superior).

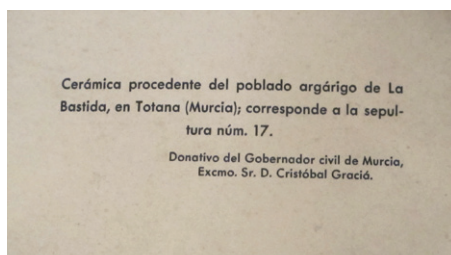
424. Agradecemos al personal del Museo Arqueológico de Murcia la asistencia que nos ha brindado desde el inicio de nuestras investigaciones en el año 2008. Estamos especialmente en deuda con su actual director, Luis de Miquel Santed, y con su antecesora en funciones, M^a Ángeles Gómez Ródenas.

425. Agradecemos al personal del Museo Municipal de Cartagena, en especial a su directora María Comas y a su conservador Miguel Martínez Andreu, las facilidades brindadas a la hora de estudiar esta parte de sus fondos. Una selección de los hallazgos depositados en el Museo Municipal de Cartagena fue transferida al Museo Arqueológico de Murcia el 8 de febrero de 1966, según consta en la documentación de este museo, cuya consulta agradecemos a su director, Luis de Miquel Santed (véase Celdrán y Velasco, en este volumen).

>

Figura 73.

Vitrina nº 3 de la Casa-Museo Arrese de Corella, donde aún se encuentran las dos piezas de La Bastida mencionadas en el catálogo de 1978.



^

Figura 74.

Tarjeta sobre cartulina, conservada dentro de una de las dos vasijas carenadas de La Bastida de la colección Arrese.

un centenar de fragmentos de cerámica⁴²⁶, fragmentos de un cráneo (2º 5.6-5a)⁴²⁷, un bloque de mineral de hierro⁴²⁸, un canto de cuarcita⁴²⁹, un sobre con semillas de cereal, un anillo, un pendiente y un punzón de cobre⁴³⁰ y restos de sedimento (Tabla 14). Al respecto, decidimos no abordar el estudio de los objetos de metal para evitar su manipulación debido al alto grado de corrosión y deterioro que presentaban.

En su mayor parte, procedían de las excavaciones de 1950 y fueron remitidos por Jordá a la sede del SHPH en Madrid. Sin embargo, algunos podrían proceder de las campañas de 1944-1945, como el sobre de semillas rotulado de puño y letra por Eduardo del Val y vinculado con el Departamento VIII. La presencia de estos materiales en Madrid obedece a envíos que llegaron a la sede del SHPH siguiendo instrucciones de Martínez Santa-Olalla.

426. Según el registro del MAN, dichos materiales cerámicos suman 192 fragmentos, repartidos en dos cajas:

1. Caja con 169 fragmentos cerámicos repartidos en 5 bolsas (2 bordes, 1 carena, 1 galbo con mamelón y 165 galbos) (Colección Santa-Olalla, nº inv. 1973/58, contexto C-49 N-2).
2. Caja con 23 fragmentos cerámicos repartidos en 4 bolsas (6 bordes, 1 carena, 2 galbos con mamelón, 24 galbos) (Colección Santa-Olalla, nº inv. 1973/58, contexto C-50/P1).

427. Se trata de uno de los dos cráneos (cráneo nº 2) recuperado en la tumba 6 (la sigla "5.6" es, en realidad, una errónea transcripción del original, que debía ser "S.6"). La etiqueta incluía también estos datos: 23-XI-50, G12 y H-12, que se refieren al año de la campaña (1950) y a los cuadros en que se halló la sepultura.

428. Colección Santa-Olalla, nº inv. 1973/58, contexto C-50/P1.

429. Colección Santa-Olalla, nº inv. 1973/58, contexto C-50/P1.

430. Colección Santa-Olalla, nº inv. 1973/58.

Tabla 14.
Listado de los materiales arqueológicos de La Bastida depositados en el MAN.

V

CAJA	BOLSA	SIGLA 1	ROTULACIÓN	INFORMES	FORMAS	TOTAL	OBSERVACIONES
1	1	C-49 N-2	100 fragmentos	98	2	100	
1	2	C-49 N-2	2 galbos/1 carena/1 galbo con mamelón		4	4	1F4+1F+1F2+1 mamelón
1	3	C-49 N-2	50 fragmentos	57	2	59	6 informes pegados (=12) + 1
1	4		1 fragmento	1		1	fragmento de pared de urna grande (F4)
1	5	C-49 N-2	4 galbos	4		4	
2	1	C-50/P.1	6 bordes		6	6	3F4+2F2+1F5/4
2	2		2 galbos con mamelón y 1 galbo carenado		3	3	2 fragmentos de urna con mamelones (F5)
2	3	C-50/P.1	5 galbos	5		5	5 fragmentos de urna
2	4	C-50/P.1	19 galbos	19		19	la mayoría de los fragmentos pertenecen a una urna
2	5						1 escoria/mineral de hierro
2	6						1 útil macrolítico tallado

Además de las cajas remitidas tras la campaña de 1944, tenemos constancia del envío por parte de Jordá del ajuar de la tumba 6 de la campaña de 1950, así como probablemente de un muestrario de fragmentos cerámicos representativos de la alfarería argárica. Sin embargo, resulta claro que entre la llegada de aquellos restos a Madrid y el ingreso de la colección Martínez Santa-Olalla en el MAN a principios de la década de 1970, se registraron pérdidas. Así, por ejemplo, tenemos la certeza de que entre el ajuar de la tumba 6 de 1950 trasladado a Madrid figuraban una copa y un puñal (“alabarda” en palabras de Jordá), además de los ya citados adornos y un punzón. Ahora bien, las piezas más destacadas, copa y puñal, no fueron depositadas en el MAN. Esta circunstancia fue advertida por el personal del museo en lo que respecta al puñal, al cotejar la etiqueta original de Jordá, que menciona la “alabarda”, con los

artefactos metálicos recibidos, que no la incluían. Pérdidas, regalos, donaciones, intercambios son las posibles circunstancias que darían cuenta de esta situación. No deja de resultar paradójico que personajes como Martínez Santa-Olalla y Arrese, que colocaban en su discurso a “España” y al “Estado” por encima de todas las cosas, considerasen que el “patrimonio español” era, o podía ser, parte de su patrimonio privado y, en cuanto tal, sujeto al arbitrio de su voluntad.

La presentación y estudio preliminar de los materiales descubiertos por las campañas del SHPH pueden consultarse en diversos anexos de este volumen⁴³¹.

431. Andúgar (restos faunísticos), Celdrán y Velasco (cerámica, industria lítica, metal), Fregeiro y Oliart (restos humanos).

7.

EXPOLIOS, DOCUMENTACIÓN,
MUESTREOS, ANÁLISIS Y PROSPECCIONES
DE SUPERFICIE
(1950-2005)



7. EXPOLIOS, DOCUMENTACIÓN, MUESTREOS, ANÁLISIS Y PROSPECCIONES DE SUPERFICIE (1950-2005)

Tras la campaña de 1950 se abre una etapa de cinco décadas en la historia de La Bastida, caracterizada por el desamparo en la conservación del yacimiento, la interrupción de las excavaciones con supervisión administrativa y, paradójicamente, el reconocimiento de su importancia en la arqueología argárica. Durante varias décadas, las estructuras arquitectónicas descubiertas por las excavaciones del SHPH fueron degradándose paulatinamente ante la falta de actuaciones de mantenimiento (Figs. 75-77). En las páginas anteriores, hemos señalado puntualmente la incidencia de las actividades clandestinas durante la segunda mitad del siglo XX, así como las inexplicables dejaciones institucionales que se tradujeron en los daños irreparables producidos por la repoblación forestal de la cima y la ladera norte en la década de 1970, y por la apertura de un camino de servicio a lo largo de la vertiente oriental en 1990. Las únicas actividades sobre el terreno vinculadas con la investigación tuvieron que ver, en primer lugar, con muestreos de restos visibles en superficie para la realización de análisis científico-técnicos y, en segundo término, con actividades de prospección en el marco de estudios generales sobre el poblamiento prehistórico comarcal o regional. Por otro lado, varios conjuntos de hallazgos de La Bastida depositados en distintos museos fueron objeto de tareas de documentación, catálogo y análisis. Finalmente, la interpretación de los datos publicados sirvió para detallar y ampliar el conocimiento de las ocupaciones prehistóricas y, por ende, la comprensión del mundo argárico en general. Dedicaremos el presente capítulo al repaso y comentario de este abanico de actuaciones.



^

Figura 75.

En primer plano, vista del sector suroccidental de las excavaciones del equipo del SHPH. Al fondo, la rambla de Lébor. Fotografía tomada por M. J. Walker en 1968 y reproducida en su tesis doctoral (1973: lám. XVII).



<

Figura 76.

Vista del interior del Departamento III, excavado durante la campaña de 1944. La fotografía fue tomada por M. J. Walker en 1968 e incluida en su tesis doctoral (1973: lám. XVIII).



<

Figura 77.

Vista del mismo Departamento III. Esta imagen y las dos anteriores ilustran el estado de abandono en que se hallaba La Bastida en la segunda mitad del siglo XX.

Actividades de excavación sin control administrativo

Las noticias sobre rebuscas y hallazgos fuera de control científico y/o administrativo por parte de “buscadores de tesoros”, aficionados y trabajadores del campo, desde mediados del siglo XIX hasta hace poco más de una década⁴³², han sido una constante en la historia reciente de La Bastida. Como botón de muestra, el lamento de los hermanos Siret en la década de 1880, en el sentido de que la colina se encontraba ya entonces “absolutamente saqueada”⁴³³. Ello da idea de la intensidad que habían alcanzado las rebuscas en fechas tan tempranas. Sin embargo, a tenor de lo descubierto, legal o ilegalmente, en los 130 años siguientes salta a la vista que el juicio de los ingenieros belgas fue exagerado.

La tradición oral en Totana guarda recuerdo de La Bastida como un lugar a donde “ir de excursión” y en el que “encontrar cosas antiguas”. Hemos recogido testimonios según los cuales las visitas no estaban exentas de un halo de superstición. Un informante local explicó que era costumbre que los novios acudiesen a La Bastida en busca de un cráneo humano para colocarlo debajo de la cama la noche de bodas y, de esta manera, favorecer la fertilidad de la pareja. En otra narración, se menciona a un chiquillo que gustaba de espantar a sus compañeros de juegos envolviéndose en una sábana y sujetando en alto un cráneo de La Bastida.

Estas narraciones hacen referencia a acontecimientos de “hace mucho tiempo”, cuyos participantes no tenían conciencia de realizar actividades ilegales. Sin embargo, con la legislación vigente en la segunda mitad del siglo XX, lo eran. Así, en el Archivo General de la Administración se conserva copia de una denuncia elevada por la 321ª Comandancia de la Guardia Civil de Murcia y fechada el 30 de agosto de 1973, contra un grupo de jóvenes que excavaron ilícitamente diversos yacimientos, entre ellos La Bastida. Este grupo, denominado “Campo de Estudios y Rastreos Arqueológicos Murviedro”, realizaba sus actividades aprovechando los días festivos. En el escrito de la Guardia Civil se mencionan los nombres de varios de sus miembros, y se señala que fueron liderados por José Rafael López Hernández, maestro nacional, luego por Vicente Ruiz Martínez, pintor, y, puntualmente, por Manuel Jorge Aragoneses, en aquel entonces director del Museo Arqueológico de Murcia. Además de esta figura institucional, contaban con el respaldo del Ayuntamiento de Lorca, cuya alcaldía, con fecha 10 de julio de 1972, emitió un certificado donde se daba por informada de las actividades de excavación, detallaba los nombres, apellidos y domicilios de los catorce integrantes de la asociación y señalaba que uno de los objetivos de ese “grupo de muchachos” era conseguir piezas que permitiesen

432. Véanse al respecto las referencias a ello en los capítulos de esta obra dedicados a Inchaurrendieta, los hermanos Siret y Cuadrado.

433. Siret y Siret (1890: 136).

la apertura de un futuro museo municipal en Lorca⁴³⁴. De hecho, los objetos intervenidos por la Guardia Civil, cuya relación se adjunta a la denuncia, quedaron depositados en un inmueble municipal de la calle Zapatería de esta localidad⁴³⁵. Una parte importante de las piezas que hoy custodia el Museo Arqueológico Municipal no son ajenas a estas actividades clandestinas⁴³⁶. La denuncia a que nos hemos referido fue elevada a la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Educación y Ciencia a través del Gobierno Civil de Murcia. Esta instancia administrativa añadió en su informe que el “grupo Murviedro” había suspendido sus actividades de búsqueda de objetos arqueológicos. Ignoramos si esta denuncia derivó en algún tipo de sanciones.

Además de las efectuadas por el grupo de aficionados lorquinos, es muy probable que, a principios de la década de 1970, La Bastida fuese objeto de otras intervenciones. Así parece indicarlo la información conservada por el Museo Arqueológico de Murcia, según la cual Saturnino Agüera hizo entrega, con fecha de 26 de abril de 1975, de un lote de material cerámico procedente de La Bastida⁴³⁷. Como consecuencia de estas y previsiblemente otras muchas rebuscas⁴³⁸, el equipo de la Universidad de Murcia que prospectó el yacimiento en 1990 llamó la atención sobre el “indiscriminado expolio”⁴³⁹ sufrido por La Bastida, conclusión similar a la expresada poco después por Muñoz Amilibia⁴⁴⁰ y Martínez Caveró⁴⁴¹.

434. Referencia AGA: CA281 12/25.26 (1975-1981).

435. Para una descripción de la “Colección Murviedro”, actualmente depositada en el Museo Arqueológico Municipal de Lorca, véase Martínez Rodríguez y Ponce (en este volumen).

436. Véase Martínez Rodríguez y Ponce (en este volumen).

437. El material ingresado en el MAM procedía del fondo de la Diputación Provincial y le fue asignado el número de registro 0/55 (véase Celadrán y Velasco, en este volumen). Saturnino Agüera Martínez fue Guarda de Monumentos Nacionales en Mazarrón y excavador aficionado durante décadas.

438. Así, por ejemplo, García López (1986: 142) se hace eco incidentalmente de una de ellas en la cima de La Bastida, al comentar la procedencia de un cuenco de pretendida filiación postargárica. Véase también Martínez Rodríguez y Ponce (en este volumen) para un repaso de los materiales depositados en el Museo Arqueológico Municipal de Lorca procedentes de colecciones de aficionados.

439. Lomba *et alii* (1996: 759).

440. “(...) el yacimiento se ha visto gravemente afectado (...) sobre todo por constantes actuaciones de excavadores furtivos, por las laderas sur y este, donde se han producido grandes destrozos. El gran número y la importancia de los enterramientos practicados en el subsuelo de las viviendas y la búsqueda de los ajuares de sus tumbas por estos furtivos, ha dado lugar a una escandalosa “explotación” del yacimiento, con la única finalidad de obtener un lucro, ya que las piezas de ajuar son dirigidas a una red de mercado clandestino de objetos arqueológicos” (Muñoz Amilibia 1992: 10). En su calidad de Catedrática de Arqueología de la Universidad de Murcia, Ana M^a Muñoz Amilibia había entregado a la Delegación Provincial del Ministerio de Cultura, en febrero de 1979, una lista de yacimientos murcianos que requerían una especial salvaguarda, entre los cuales figuraba La Bastida. La idea consistía en poner en marcha un plan de protección que incluyese la compra de algunos de ellos por parte de la Administración Pública, con el fin de asegurar su vigilancia y conservación. También se proponía el nombramiento de guardas y de delegados municipales para velar por la preservación de los yacimientos (documentación conservada en el AGA, referencia CA285 12/25.26 (1979-1983). Tenemos constancia documental de que el Ayuntamiento de Totana adoptó la resolución de crear una plaza de estas características y que elevó al Ministerio de Cultura la petición correspondiente para que fuese ocupada por Pedro Navarro Díaz (carta de 11 de marzo de 1981, documento CARM, 7375-29_b). Entre los yacimientos que habrían de ser protegidos, figuraba La Bastida.

441. “(...) La Bastida y otros muchos yacimientos han sufrido importantes saqueos de manos de excavadores clandestinos, actuaciones no siempre fruto de una desmedida afición a la arqueología, sino resultado de un deseo de obtener piezas destinadas al mercado negro de objetos arqueológicos, lo que ha hecho desaparecer de Totana una parte muy valiosa de su patrimonio histórico” (Martínez Caveró 1997: 41).

Durante la prospección superficial realizada entre finales de 2008 y principios de 2009 en el marco del “Proyecto La Bastida” pudo documentarse extensa y fehacientemente la veracidad de estas impresiones (Figs. 78-80). En una primera apreciación tras limpiar la vegetación

>

Figura 78.

Fotografía que ilustra el estado de abandono en el que se encontraba el piedemonte de La Bastida previamente a las intervenciones recientes de la UAB en el año 2008.



>

Figura 79.

Vista del piedemonte de La Bastida, tal y como se encontraba a nuestra llegada en el año 2008.



>

Figura 80.

Aspecto del departamento III previo a nuestra llegada a La Bastida, que ilustra el estado de conservación en el que encontraba el yacimiento en el año 2008.



baja que cubría las laderas sur y suroriental del cerro, y a lo largo de las excavaciones entre 2009 y 2013 se han contabilizado 206 hoyos de intervenciones clandestinas, también conocidos como “toperas”. La mayor parte son depresiones de planta curva de poco más de 1 m de diámetro que muerden la ladera y alcanzan profundidades variables. Algunas se presentan aisladas, y, entre éstas, cabe distinguir aquéllas cuyo contorno parece coincidir perfectamente con los límites de una tumba. En estos casos, se presume el uso de un detector de metales, que habría indicado con precisión el punto en el cual hallar algún codiciado elemento metálico como parte de un ajuar funerario. Por otro lado, no es infrecuente observar secuencias de toperas a lo largo de una misma curva de nivel. Con toda probabilidad, ello testimonia el expolio de tumbas alineadas originalmente al pie de la cara interna de algún muro desaparecido, como las excavaciones publicadas han revelado, por ejemplo, a lo largo del flanco oriental del Departamento XVIII. Otras veces, las toperas presentan grandes dimensiones y un contorno irregular y, en varios de estos casos, dejan al descubierto segmentos de muros prehistóricos. Probablemente, en estos casos el muro servía de referencia para extender la zanja a lo largo de su zócalo, a la búsqueda de las consabidas tumbas y de otros objetos depositados sobre el antiguo piso de frecuentación.

Conscientes de la cruda realidad del expolio secular y, también, del frágil respaldo jurídico para emprender actuaciones encaminadas a la incautación de las piezas descubiertas ilícitamente durante décadas, desde el “Proyecto La Bastida” hemos optado por una política de concienciación pública que persigue dos objetivos. El primero, con miras a corto plazo, se dirige a desactivar los móviles que conducen a efectuar excavaciones clandestinas. Para ello, resulta fundamental conseguir que estas actividades sean objeto de la desaprobación, la denuncia y, en definitiva, la censura social. Charlas y talleres en centros de enseñanza secundaria, así como conferencias públicas han sido los vehículos principales para contribuir a esta toma de conciencia. El segundo objetivo consiste en la recuperación del mayor número de hallazgos ilícitos mediante donaciones de particulares. Esta fórmula obtuvo excelentes resultados en la vecina Lorca. Las donaciones se harían efectivas con el compromiso de que las piezas quedarían bajo dominio público en un futuro museo monográfico sobre el yacimiento, donde se haría mención explícita del o de los donantes.

Daños producidos por actuaciones forestales y de acondicionamiento de vías

La Bastida ha sufrido al menos dos afectaciones de importancia como consecuencia de actividades no relacionadas con la arqueología. Sin duda, la más importante tuvo lugar a inicios de la década de 1970, cuando la cima y la

totalidad de la ladera norte fueron aterrazadas con maquinaria pesada en el marco de los programas de repoblación forestal emprendidos por el ICONA. La destrucción del yacimiento en estos sectores ha sido prácticamente total.

La documentación acerca de estas labores de repoblación es escasa⁴⁴². Según las actas del Pleno Ordinario del Ayuntamiento de Totana, durante las sesiones de los días 5 de mayo⁴⁴³ y 7 de junio de 1972⁴⁴⁴ se aprobó el consorcio con ICONA que iba a permitir la repoblación del monte público nº 86 (“sierra de Tirieza”). Según el Agente Forestal Francisco Martínez Fernández, La Bastida, monte público nº 81, fue repoblado en el mismo proceso que el nº 86. Ello supone que los trabajos de aterrazamiento previos a la plantación pudieron empezar a partir de otoño de 1972 y que, en el caso de no procederse a la siembra antes del final de la primavera de 1973, ésta se habría retrasado hasta al menos el otoño de este año. La razón estriba en que se procuraba sembrar en las estaciones del año más lluviosas, a fin de que esta humedad favoreciese el arraigo de los árboles recién plantados. Paralelamente, el muestreo y análisis dendrocronológico efectuado por Mireia Celma (Universidad Autónoma de Barcelona) sobre algunos pinos de La Bastida matiza aquella información, al indicar que dichos árboles nacieron hacia 1973-1975. Si tenemos en cuenta que se plantaban pinos de aproximadamente un año de edad, la entrada de las máquinas en La Bastida pudo haberse producido entre finales de 1973 y 1975 ó 1976. Nos inclinamos a situar este evento desde como mínimo finales de 1973 o más probablemente ya en 1974, fechas no excesivamente alejadas del momento de la tramitación administrativa en el Pleno Municipal.

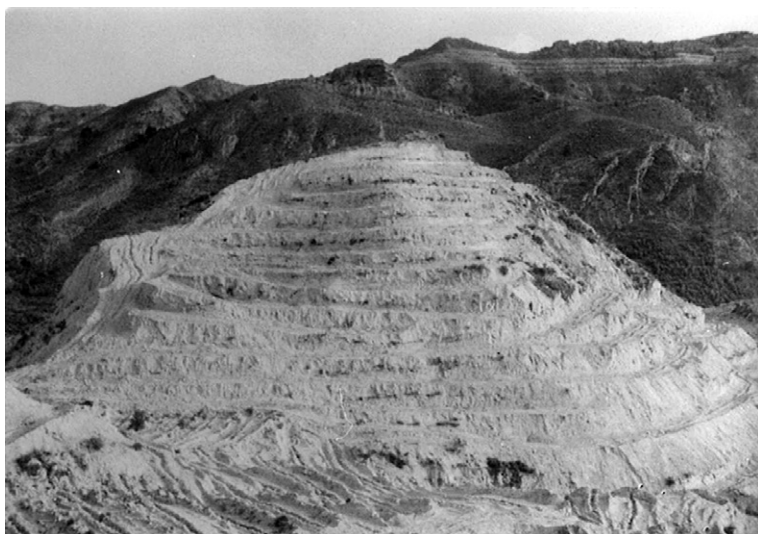
Según diversos testimonios orales, la maquinaria empleada en los aterrazamientos para la repoblación hizo aflorar gran número de restos arqueológicos de todo tipo⁴⁴⁵. Al parecer, la intervención de algunos aficionados locales contribuyó a detener los trabajos forestales, lo cual impidió que éstos afectasen a los depósitos de las laderas meridional y oriental. Con el cercano ejemplo de lo sucedido en el cerro de Juan Clímaco (Fig. 81), de no mediar esta interrupción los efectos habrían sido devastadores. La prospección superficial realizada en el marco del actual proyecto reveló la presencia de restos arqueológicos, principalmente fragmentos cerámicos y útiles líticos, en los primeros seis aterrazamientos sucesivos de la ladera norte a contar desde la

442. Agradecemos el interés y el esfuerzo en la búsqueda de documentación al respecto por parte de Diego Gallego Cambrero, del Departamento de Zoología y Antropología Física de la Universidad de Murcia, M^a José Funes Atienza, del Centro de Documentación e Información del Parque Regional El Valle y Carrascoy (Dirección General de Medio Ambiente, Gobierno de la Región de Murcia), Francisco Martínez Fernández (Agente Forestal, Dirección General de Medio Ambiente, Gobierno de la Región de Murcia) y por M^a Carmen Crespo Romera (Archivera del Ayuntamiento de Totana).

443. Archivo Municipal de Totana, acta de la Sesión de Pleno, legajo 51, libro 28, folio 50.

444. Archivo Municipal de Totana, acta de la Sesión de Pleno, legajo 51, libro 28, folios 54 y 55.

445. García López (1986: 12) también recogió testimonios según los cuales la gente del pueblo acudía a recoger “cráneos y vasijas” que afloraron al aterrazar la ladera.



<

Figura 81.

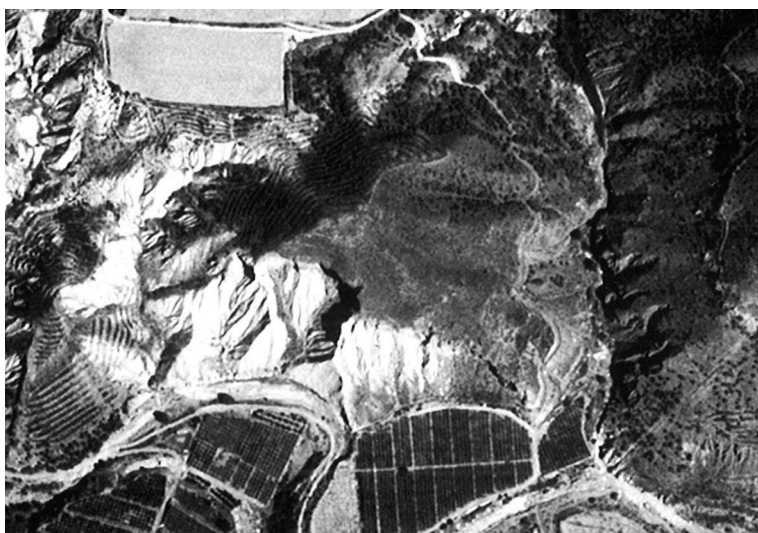
Vista de la ladera norte del cerro de Juan Clímaco, yacimiento calcolítico a pocos metros al oeste de La Bastida, en el momento en que fue aterrazado a principios de la década de 1970 para la plantación de pino carrasco. La imagen habla por sí sola de la intensa transformación que supusieron tales labores y el consiguiente arrasamiento total de los depósitos arqueológicos.



<

Figura 82.

Imagen ortofotográfica de La Bastida tomada en 1981. Pueden apreciarse los trabajos de repoblación forestal a lo largo de la ladera septentrional, mientras que, al sur, entre el cauce serpenteante de la rambla de Lébor y el barranco Salado que limita la ladera oriental del cerro, se distingue una parcela plantada con parras. El camino que bordea la ladera oriental se insinúa como una senda, pero aún no había sido ampliado con ayuda de maquinaria



<

Figura 83.

Imagen ortofotográfica de La Bastida tomada en 1999. Respecto a la imagen de 1981, se observa con claridad el trazado del camino abierto por la Agencia Regional de Medio Ambiente en la ladera oriental, así como la expansión de la plantación de parras hacia el este

cima. Si consideramos este hecho como reflejo de la extensión original del asentamiento, la pérdida ocasionada por la reforestación rondaría media hectárea, es decir, aproximadamente el 10% del yacimiento (Fig. 82).

Al parecer, la repoblación forestal de la década de 1970 no fue la primera actuación de este tipo. Según consta en el Archivo Municipal de Totana, este ayuntamiento decidió acogerse en 1953 a las ayudas estatales para la repoblación de montes propios, señalándose expresamente que las actuaciones en el Monte nº 81 habrían de limitarse a plantaciones puntuales en “claros y calveros”⁴⁴⁶. Si esta actuación llegó a tener lugar, habría que caracterizarla como una labor manual y, previsiblemente, de poco alcance, aunque probablemente también ocasionó daños en el depósito arqueológico de difícil evaluación.

En una fecha indeterminada, probablemente poco antes de 1981, se allanó un terreno de unas 1,8 ha para instalar una plantación de parras en el extremo meridional del yacimiento, entre el pie del abrupto cortado que limita la ladera sur y el cauce serpenteante de la rambla de Lébor (Figs. 82-83). Años más tarde, la plantación se extendió hacia el oeste (0,25 ha) y también hacia el este (0,25 ha) en dirección al cauce del barranco Salado en su confluencia con la rambla de Lébor, alcanzando así el pie de la ladera suroriental de La Bastida tal y como se aprecia en la imagen aérea de 1999 (Fig. 83). No es posible precisar si estos trabajos agrícolas afectaron depósitos arqueológicos en posición primaria, ya que ignoramos si se realizó un seguimiento preventivo.

Por otra parte, a principios de 1990 la Agencia Regional de Medio Ambiente abrió un camino que conducía desde la rambla de Lébor hasta la base de la ladera norte del cerro⁴⁴⁷, muy cerca de donde se construiría el edificio que ha de albergar el futuro museo monográfico de La Bastida (Fig. 83). El camino tenía aproximadamente 1 km y transcurría a lo largo de la ladera oriental, a cotas relativamente bajas. Su apertura mediante maquinaria supuso la ampliación de una senda previa de 0,5 m hasta una anchura de unos 3 m. Tenemos constancia de esta obra gracias al informe presentado por el arqueólogo José Sánchez Pravía el 15 de mayo de 1990 tras una visita al yacimiento⁴⁴⁸. Pocos días después, Pedro Olivares Galvañ, Director General de Cultura, comunicó a la Agencia Regional de Medio Ambiente que la apertura del camino había causado daños al yacimiento, al tiempo que hacía votos para que en el futuro se tuviese en cuenta a su departamento con el fin de conseguir una conservación

446. Archivo Municipal de Totana, actas de la Sesión Ordinaria de Pleno de 6 de abril de 1953 (libro de Actas de Pleno de 6 de febrero de 1949 a 19 de junio de 1953, folio 185, legajo 49) y de 24 de julio de 1953 (libro de Actas de Pleno de 6 de julio de 1953 a 7 de mayo de 1954, folios 14-15, legajo 49).

447. “Informe sobre apertura de camino en el yacimiento arqueológico de la Bastida de Totana” (Archivo General de la Región de Murcia, expediente 240/83).

448. Documento CARM,7375-29_b (Archivo General de la Región de Murcia).

más eficaz del patrimonio arqueológico⁴⁴⁹. La respuesta de Francisco López Baeza, Director de la Agencia Regional de Medio Ambiente, señalaba que “nunca se tuvo conocimiento de que se tratara de una zona arqueológica, no apreciándose en el curso de las obras restos o vestigios arqueológicos”⁴⁵⁰. Sin embargo, lo cierto es que el camino afectó depósitos arqueológicos situados en los límites sur y sureste del yacimiento, tal y como las excavaciones del “Proyecto La Bastida” en estos sectores han permitido constatar. Dicha afectación fue, sin duda, mucho menor que la producida por la repoblación forestal, pero produjo como mínimo el arrasamiento del extremo septentrional de un gran recinto habitacional argárico, y de los extremos orientales de dos edificios geminados.

Prospecciones arqueológicas

William Clayton Mathers realizó una prospección del valle del Guadalentín entre 1982 y 1983, en el marco de su tesis doctoral titulada *Regional Development and Interaction in South-East Spain (6000-1000 b.c.)*, que fue defendida en 1986 en la Universidad de Sheffield. El título pone de manifiesto el carácter general de los objetivos, en este caso el conocimiento de la formación y desarrollo de las primeras comunidades agrícolas en el sureste peninsular. Sin embargo, la intención de evaluar el grado de variación de las distintas dimensiones de análisis a escala regional justificó la atención prestada a los yacimientos del valle del Guadalentín, tanto a nivel bibliográfico como de campo. En este sentido, Mathers seleccionó un área de 30 x 15 km que cubría desde la vega hasta los picos de sierra Espuña⁴⁵¹. Dicha área fue subdividida en 3248 cuadrados de 500 m², y una muestra de los mismos fue inspeccionada sobre el terreno⁴⁵².

En lo que respecta concretamente a La Bastida, Mathers la visitó con seguridad, pero ignoramos si recogió materiales en superficie y, en caso de hacerlo, dónde se encuentran actualmente. La mayor parte de sus comentarios se sustentan en datos publicados por Martínez Santa-Olalla y su equipo⁴⁵³, sin que conformen un apartado específico sobre el yacimiento. La Bastida es citada cuando se trata de presentar y ahondar en el panorama del periodo argárico de la región, pero no como objeto de análisis particular. En términos cronológicos, Mathers sitúa su ocupación en el “Bronce Medio”, en paralelo con la de la Cabeza Gorda, tras una fase transicional respecto al Calcolítico, aunque ya

449. Comunicación fechada el 30 de mayo de 1990 (Archivo General de la Región de Murcia, expediente 240/83, documento CARM,7375-29_b).

450. Comunicación fechada el 6 de agosto de 1990 (Archivo General de la Región de Murcia, expediente 240/83, documento CARM,7375-29_b).

451. Mathers (1986: 143, anexo 4.4).

452. Mathers (1986: anexos 4.10, 4.11 y 4.39).

453. Véase, al respecto, Mathers (1986: anexos 3.29, 3.30, 5.10, 5.12).

dentro del “Bronce inicial”, ilustrada por Las Anchuras y Tira del Lienzo⁴⁵⁴. De esta forma, parecería configurarse un patrón secuencial en el que las primeras poblaciones de la Edad del Bronce (Las Anchuras, Tira del Lienzo) abandonaron sus lugares de residencia en un momento dado, para establecerse en enclaves cercanos donde hoy reconocemos los asentamientos argáricos típicos (La Bastida, Cabeza Gorda). Sin duda, Mathers formuló una hipótesis interesante a partir de la información cronológica de que disponía. Sin embargo, hoy sabemos que el cuadro es más complejo, ya que la ocupación de La Bastida cubre todo el periodo comprendido por Mathers en su Bronce Inicial y Medio, y que la de Tira del Lienzo corresponde plenamente con su Bronce Medio, de forma que resultó coetánea con la del vecino asentamiento de la Cabeza Gorda. La situación cronológica de Las Anchuras requiere precisarse más, aunque gana fuerza la posibilidad de que fuese sincrónica respecto a la primera ocupación de La Bastida.

En el plano económico, Mathers considera que la ubicación de muchos asentamientos argáricos en zonas de topografía más abrupta que durante el Calcolítico no habría perseguido una finalidad exclusivamente defensiva, sino que plantea el aprovechamiento intensivo de parcelas dispersas de extensión reducida gracias al aprovechamiento de las aguas de escorrentía pluvial mediante abancalamientos y pequeñas canalizaciones⁴⁵⁵. La ventaja de este modelo respecto a la visión convencional de extensos campos irrigados en las vegas, siempre según Mathers, estribaría en su capacidad para evitar los efectos catastróficos de las grandes avenidas y de las enfermedades y plagas⁴⁵⁶. De este modo, plantea la ejecución de una estrategia que, sin negar el factor defensivo, permitiría la subsistencia local.

M^a Magdalena García López visitó La Bastida con motivo de las investigaciones que condujeron a la elaboración de su tesis de licenciatura, presentada en 1986 en la Universidad de Murcia. La autora refiere el hallazgo en superficie de un fragmento de filita con presencia de azurita y malaquita⁴⁵⁷. Sin embargo, su labor no consistió en la documentación y/o recogida de materiales muebles de superficie, sino que se centró en la descripción de las estructuras arquitectónicas descubiertas en los años 40. García López amplió la descripción publicada por Martínez Santa-Olalla y su equipo, al añadir datos sobre las dimensiones de los recintos, de sus paramentos murarios e incluso de las piedras que los conformaban, además de comentarios acerca de su estado de conservación en aquel entonces⁴⁵⁸.

454. Mathers (1986: 165-167).

455. Mathers (1986: 198-199).

456. Mathers (1986: 199).

457. García López (1992: 24).

458. García López (1986: 26-31).

Durante el verano de 1990, un equipo vinculado con la Universidad de Murcia formado por Joaquín Lomba, Andrés Martínez Rodríguez, Juana Ponce, Ana Pujante y M^a Jesús Sánchez González, realizó una prospección arqueológica sistemática en la cuenca media y baja de la rambla de Lébor⁴⁵⁹. Se cubrió una superficie de 19 km² dentro de los términos municipales de Lorca, Aledo y Totana. Uno de los objetivos principales consistía en evaluar el estado de conservación de los yacimientos de esta comarca, afectados por más de un siglo de excavaciones clandestinas y oficiales. La Bastida era, en este sentido, uno de los casos paradigmáticos. En referencia al yacimiento, el equipo señala la presencia en superficie de restos de muros y de tumbas, así como de numerosos fragmentos cerámicos. La adscripción de dichos restos es ar-gárica, si bien se menciona la cronología dentro del Bronce Tardío y Final de unos pocos fragmentos cerámicos estudiados poco antes por M^a Milagros Ros y M^a Magdalena García López⁴⁶⁰. Además, se apunta que el yacimiento había sido víctima de un intenso expolio⁴⁶¹. Finalmente, tras considerar la ubicación de La Bastida y la presencia en su registro arqueológico de materiales exógenos, se plantea como hipótesis que la razón de ser de La Bastida y de otros asentamientos adyacentes situados en las riberas de la rambla de Lébor pudiese tener que ver con su papel en el funcionamiento de rutas de intercambio⁴⁶².

Otros investigadores, como M. J. Walker y M^a M. Ayala⁴⁶³, visitaron La Bastida para recoger muestras o documentar ciertos hallazgos. Nos referiremos a estas actividades en las páginas siguientes, al repasar los análisis de materiales procedentes del yacimiento.

Documentación, muestreos y análisis de materiales

La documentación, muestreo y análisis de piezas de La Bastida llevados a cabo en las instalaciones de museos y laboratorios o, puntualmente, en el propio yacimiento, ofrece una extensa lista de trabajos. De hecho, el muestreo para la realización de análisis científico-técnicos posee una larga tradición en La Bastida. Así, los análisis de composición de escorias metálicas encargados por Inchaurrendieta al laboratorio de la Escuela Superior de Minas de Madrid en 1869, lo convierten en un ejemplo pionero en la arqueología peninsular (véase *supra*). Iniciaremos el repaso temático de estas actuaciones precisamente con los restos vinculados con la metalurgia.

459. Lomba *et alii* (1996).

460. Véase *infra*.

461. Lomba *et alii* (1996: 759).

462. Lomba *et alii* (1996: 763).

463. Martínez Rodríguez y Ponce (en este volumen).

Investigaciones sobre metalurgia

El mismo tipo de escorias que Inchaurrendieta mandó analizar atrajo el interés de Hans-Gert Bachmann, especialista en arqueometalurgia integrado en el equipo a cargo de la investigación del yacimiento de Fuente Álamo (Cuevas de Almanzora, Almería), dirigido por Hermanfrid Schubart, Volker Pingel y Oswaldo Arteaga. Bachmann realizó una visita a La Bastida en otoño de 1991, durante la cual recogió fragmentos de escoria “del tamaño de una nuez hasta un guisante”⁴⁶⁴ en las inmediaciones del Departamento VIII, donde el equipo del SHPH había documentado una destacada concentración de estos residuos. El análisis reveló que se trataba de escorias de plomo, con un contenido de este metal notablemente superior (entre 6,2 y 9,9%) al observado en escorias modernas recogidas de la playa de Garrucha (Almería)⁴⁶⁵ (tan sólo 0,6%). Según el investigador alemán, la mayor abundancia relativa de plomo podría ser resultado de la aplicación de una tecnología más simple, compatible con la supuesta mayor antigüedad de la muestra de La Bastida.

Unos años antes de la visita de Bachmann, M^a M. García López había encontrado fragmentos de escoria mezclados con el material cerámico de las excavaciones del SHPH, que estaba estudiando como tema de su tesis de licenciatura (véase *infra*). Esta investigadora los remitió al profesor V. Polo, de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Murcia, quien emitió un breve informe. El texto fue recogido como apéndice en la mencionada tesis⁴⁶⁶. Por desgracia, no se adjunta ninguna imagen de las escorias, y el examen a que fueron sometidas no supuso la cuantificación de los elementos integrantes en su composición. Lo único que se señala es que se trataba de un material de naturaleza silicatada; con una dureza de entre 6,5-7,5 grados en la escala de Mohs; poco conductor (5.000 ohmios de resistencia) y, por tanto, con un contenido en carburos (carbón de fundición) “algo elevado”; insoluble en ácido nítrico y clorhídrico, y que desprendía un olor a ácido sulfídrico. El escaso material solubilizado contenía una cantidad de hierro “apreciable”.

Por otra parte, Salvador Rovira⁴⁶⁷, del Museo Arqueológico Nacional, analizó muestras de similar procedencia, recogidas a principios de los años 90 por Julio Hermoso. Según Rovira, se trata de escoria resultante de la metalurgia del plomo, cuya datación no remonta más allá de época romana.

Los primeros resultados de los análisis efectuados por Ernst Pernicka sobre escorias recogidas en el marco del actual proyecto de investigación (Fig. 84) confirman que se trata de escorias de plomo resultantes del procesado de

⁴⁶⁴. Bachmann (2000: 178).

⁴⁶⁵. Bachmann (2000: tabla 2).

⁴⁶⁶. García López (1986: 201).

⁴⁶⁷. Rovira (en este volumen)

galenas no argentíferas. Sin embargo, no hemos hallado indicios de ningún horno o estructura de combustión que hubiese podido generarlos, y continúa siendo una incógnita la elección de este sector de La Bastida para desarrollar las actividades testimoniadas por las escorias metálicas: no se conocen afloramientos cercanos de galena, por lo que el hipotético transporte de mineral en bruto hasta La Bastida habría supuesto un coste difícil de explicar; si lo que se transportó fueron escorias en mayor o menor grado de fragmentación, el enigma se complica todavía más. Por ahora, la única explicación verosímil sugiere el empleo de estas escorias machacadas como fertilizante agrícola⁴⁶⁸, en algún momento anterior a 1869. En este sentido, puede ser indicativo que el hallazgo de estos fragmentos se restrinja al único tramo de las laderas meridionales del cerro con una pendiente moderada y aptitudes para la retención de aguas y, por tanto, con mejores condiciones para su aprovechamiento agrícola.

Los primeros análisis de composición elemental en artefactos metálicos de La Bastida corrieron a cargo de nuestro equipo en el marco del “Proyecto Gatas”. Una de las líneas de investigación consistía en determinar las fuentes de procedencia de las materias primas empleadas en la producción metalúrgica a lo largo de la prehistoria reciente del sureste. La responsabilidad científico-técnica fue asumida por Sophie Stos-Gale, Mark Hunt-Ortíz y Noel Gale, del centro *Isotrache-Research Laboratory for Archaeology* de la Universidad de Oxford. Así, en 1988 se llevó a cabo un muestreo de varios afloramientos de minerales metálicos en Almería y Murcia, combinado con un muestreo sobre artefactos de base cobre y de plata procedentes de yacimientos datados entre el Calcolítico y el Bronce Tardío y custodiados en diferentes museos. Los primeros resultados analíticos comenzaron a obtenerse poco después⁴⁶⁹ y se incluyeron en la memoria de actividades del primer sexenio del “Proyecto



^

Figura 84.
Escorias de galena recogidas en contextos superficiales de la ladera baja suroriental durante los trabajos de 2009.

⁴⁶⁸. Diversos estudios y experimentos muestran que las escorias siderúrgicas aumentan la concentración de silicio en el suelo y favorecen su captación por las plantas. Por su parte, el calcio y el magnesio favorecen la asimilación de nutrientes. Además, la adición de escorias al suelo incrementa la porosidad del mismo y, de ahí, la tasa de transporte hídrico (Dalmaso 2011: 31).

⁴⁶⁹. Buikstra *et alii* (1991: 217).

Gatas”, depositada en 1994 en la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía⁴⁷⁰. Posteriormente, los principales resultados se publicaron en 1995⁴⁷¹, 1999⁴⁷² y, acompañados de ciertos matices, en 2001⁴⁷³.

En lo que se refiere estrictamente a objetos de La Bastida, se realizaron 20 análisis de composición elemental mediante la técnica de Fluorescencia de Rayos X (FRX) (Tabla 15) y dos de isótopos de plomo (Tabla 16). Cabe señalar además que, según M^a M. García López, un fragmento de filita con inclusiones de malaquita y azurita anteriormente citado, fue enviado también al citado laboratorio de la Universidad de Oxford⁴⁷⁴. Sin embargo, su eventual análisis no consta en la lista de resultados sobre muestras minerales publicada en *Archaeometry*⁴⁷⁵, por lo que cabe la posibilidad de que no llegara a realizarse.

Tabla 15.

Composición elemental de 20 objetos de cobre, bronce y plata procedentes de La Bastida⁴⁷⁶.

V

CÓDIGO MUESTRA	Nº INV. MUSEO	DESCRIPCIÓN PIEZA	AS	AG	SN	ZN	NI	FE	PB	CU
MU 13	575	Puñal 2 remaches	0,71	<0,05	3,74	<0,25	<0,05	<0,15	<0,05	95,42
MU 15	576	Puñal 3 remaches	1,11	<0,05	0,94	<0,25	<0,05	<0,15	0,61	97,19
MU 12	647	Puñal 3 remaches	3,19	<0,05	<0,22	<0,25	<0,05	0,25	<0,05	96,56
MU 9	654?	Punzón	1,28	<0,05	<0,22	<0,25	<0,05	0,16	<0,05	98,56
MU 8	657?	Punzón	1,44	0,66	<0,22	<0,25	<0,05	<0,15	<0,05	97,91
MU 7	671?	Punzón	0,30	<0,05	<0,22	<0,25	0,36	0,27	<0,05	99,06
MU 5	676	Punzón	1,27	<0,05	<0,22	<0,25	<0,05	0,19	<0,05	98,54
MU 2	677	Punzón	3,06	<0,05	<0,22	<0,25	<0,05	0,20	<0,05	96,74
MU 14	684	Puñal 3 remaches	3,45	<0,05	<0,22	<0,25	<0,05	<0,15	<0,05	96,55
MU 16	685	Puñal 2 remaches	1,30	<0,05	<0,22	<0,25	<0,05	<0,15	<0,05	98,70
MU 17	686	Puñal 3 remaches	2,11	1,75	<0,22	<0,25	<0,05	<0,15	0,13	96,02

470. Stos-Gale, Hunt y Gale (1994).

471. Stos-Gale, Gale, Houghton y Speakman (1995).

472. Stos-Gale, Hunt y Gale (1999).

473. Stos-Gale (2001).

474. García López (1992: 24).

475. Stos-Gale *et alii* (1995).

476. Datos según Stos-Gale *et alii* (1994: tablas 5.5.2b; 1999: tabla 9.2).

CÓDIGO MUESTRA	Nº INV. MUSEO	DESCRIPCIÓN PIEZA	AS	AG	SN	ZN	NI	FE	PB	CU
MU 18	Sin nº	Puñal 4 remaches	0,45	<0,05	10,29	<0,25	<0,05	<0,15	<0,05	89,26
MU 19	Sin nº	Puñal 3 remaches	4,43	<0,05	<0,22	<0,25	<0,05	0,16	<0,05	95,41
MU 20	Sin nº	Anillo	1,32	<0,05	<0,22	<0,25	<0,05	0,25	<0,05	98,43
MU 3	Sin nº	Espiral	-	Mucha	-	<0,25	<0,05	Indicios		Indicios
MU 4	Sin nº	Espiral	-	Mucha	-	-	-	-		Indicios
MU 6	Sin nº	Anillo	-	Mucha	-	<0,25	<0,05	Poco		Algo
MU 1	Sin nº	Espiral	2,44	<0,05	7,18	<0,25	<0,05	0,16	<0,05	90,21
MU 10	Sin nº	Hacha	0,92	<0,05	<0,22	0,98	<0,05	<0,15	<0,05	98,10
MU 11	Sin nº	Puñal 4 remaches	1,23	2,24	<0,22	<0,25	<0,05	<0,15	<0,05	96,53

Tabla 16.
Composición isotópica de dos objetos metálicos procedentes de La Bastida⁴⁷⁷.

V

MUESTRA	DESCRIPCIÓN PIEZA	208PB/206PB	207PB/206PB	206PB/204PB
MU 03	Espiral	21095	,85715	18202
MU 15	Puñal 3 remaches	208602	,84162	18636

Cabe señalar que la muestra MU 03, correspondiente a una espiral de plata, arrojó valores isotópicos compatibles con los de la región minera de Sierra Morena (Linares-La Carolina)⁴⁷⁸. Esta posibilidad se mantiene tras los nuevos análisis sobre artefactos de plata argáricos y criaderos de plata nativa en el sureste peninsular⁴⁷⁹. De hecho, la mayoría de los artefactos analizados a finales de la década de 1980 se concentró en este mismo campo isotópico, circunstancia que fundamentó en su día la hipótesis de una producción metalúrgica centralizada y una red de distribución jerarquizada controlada por la clase

⁴⁷⁷. Datos según Stos-Gale *et alii* (1994: 5.5.4; 1999: 9.4).

⁴⁷⁸. Stos-Gale *et alii* (1999: 354 y 356).

⁴⁷⁹. Bartelheim *et alii* (2012: 303, tab. 6, fig. 8).

dominante argárica⁴⁸⁰. En cambio, la muestra MU 15, tomada de un puñal de tres remaches, tendía hacia las mineralizaciones de cerro Minado, en la Sierra de Almagro⁴⁸¹. Esta posibilidad parece haberse reforzado según algunos análisis relacionados con el campo isotópico de esta formación geológica⁴⁸², lo cual hace poco probable la procedencia sarda sugerida en 2001 por Stos-Gale.

En lo que respecta a la investigación de los recursos metálicos presentes en las cercanías de La Bastida, cabe señalar la indicación de M^a M. García López sobre la presencia de afloramientos de cobre a menos de una hora de marcha a partir del yacimiento, concretamente en los parajes de la Sierrecica de Cimbra⁴⁸³ y, posiblemente, en el Alto de los Secanos. La autora considera que esta circunstancia condicionó la elección de La Bastida como lugar de asentamiento⁴⁸⁴.

Investigaciones sobre producción cerámica

Michael J. Walker visitó La Bastida y el cercano yacimiento del cabezo de Juan Clímaco en diciembre de 1968, en el contexto de la realización de su tesis doctoral titulada *Aspects of the Neolithic and Copper Ages in the Basins of the Rivers Segura and Vinalopó, South-East Spain*, supervisada por John D. Evans y que sería presentada en la Universidad de Oxford en 1973. Durante su visita a ambos yacimientos, recogió un lote de fragmentos cerámicos de entre los visibles en superficie⁴⁸⁵. Esta intervención se encuadraba en un amplio programa de muestreo en yacimientos prehistóricos del sureste peninsular, que perseguía el objetivo de detectar tendencias y/o rupturas en la producción cerámica entre épocas y/o comarcas⁴⁸⁶. La dimensión analítica tenía un carácter sistemático e interdisciplinar muy poco común en la investigación arqueológica de la época. En este contexto, los análisis sobre tecnología cerámica en La Bastida incluyeron el examen petrológico de ocho muestras, el procesado de otras catorce mediante fluorescencia de Rayos X (Tabla 17), cuatro pruebas de porosidad relativa, cuatro de determinación de dureza, cuatro experimentos de recocción y cuatro estimaciones de tasas de contracción⁴⁸⁷. Los resultados indicaron el empleo de materias primas locales⁴⁸⁸ y unas condiciones de cocción que no superaron temperaturas de 700°C en atmósferas que, con frecuencia, fueron de carácter reductor⁴⁸⁹.

480. Para una formulación reciente completada con nuevos datos arqueológicos, véase Lull *et alii* (2010).

481. Stos-Gale *et alii* (1999: 355). Resultado también publicado en Stos-Gale (2001: tabla 1).

482. Montero y Murillo (2010: 46).

483. Descubrimiento que García López atribuye a C. Mathers (García López 1992: 24, nota 3).

484. García López (1992: 24).

485. Walker (1973: 323).

486. Walker (1973: 368 y ss.).

487. Walker (1973: 371).

488. Walker (1973: 375).

489. Walker (1973: 390).

Tabla 17.

Resultados de los análisis de fluorescencia de Rayos X sobre catorce muestras cerámicas recogidas en la superficie de La Bastida por Walker en 1968 (expresados en partes por millón redondeadas al valor más próximo de 50 ppm en referencia a los elementos químicos, y en % para Fe_2O_3)⁴⁹⁰.

V

Nº MUESTRA	BA	ZR	SR	RB	PB	ZN	NI	FE2O3
452	450	150	150	100	100	200	250	13
453	900	150	200	100	Muy bajo	150	150	11
454	550	150	300	150	Muy bajo	100	150	10
455	850	150	300	100	50	100	200	10
456	1000	150	300	50	Muy bajo	50	150	7
457	600	150	250	100	50	100	100	9
458	450	150	150	100	150	150	100	10
459	300	150	200	100	Muy bajo	50	150	9
460	600	150	250	100	50	100	150	9
461	750	150	250	100	Muy bajo	100	100	8
462	1100	150	350	100	Muy bajo	100	150	9
463	1500	150	200	100	100	100	100	10
464	550	150	150	100	20	100	100	9
465	850	150	250	100	Muy bajo	100	150	7

Si la aproximación de Walker a la alfarería de La Bastida había incidido en aspectos tecnológicos, la de M^a M. García López profundizó principalmente en cuestiones de ordenación y definición tipológica. Esta investigadora abordó el estudio de una colección de recipientes y fragmentos de La Bastida depositados actualmente en el Museo Arqueológico Provincial de Murcia, aunque una parte importante de ellos procedía de los fondos de la ya desaparecida Diputación Provincial⁴⁹¹. Por tanto, el material fue hallado a raíz de las excavaciones del SHPH. García López concreta su origen en las campañas de 1944 y 1945⁴⁹², aunque hoy podemos confirmar que se incluyeron piezas de la excavación de

⁴⁹⁰. Walker (1973: 381-382).

⁴⁹¹. García López (1986: 1). El estudio se realizó en el marco de su tesis de licenciatura, dirigida por Ana M^a Muñoz Amilibia y presentada en la Universidad de Murcia en 1986. Años después vio la luz una versión corregida y ampliada de la misma (García López 1992).

⁴⁹². Inicialmente depositadas en la Casa de la Misericordia, pasaron luego al Servicio de Investigación Arqueológica de la Diputación Provincial y, finalmente, al Museo Arqueológico de Murcia (García López 1992: 15).

1948 y también de la de 1950, temporalmente depositadas en el Museo Municipal de Cartagena hasta su traslado al Museo Arqueológico de Murcia el 8 de febrero de 1966⁴⁹³. El número de ítems incluido en el trabajo superó los 10.400, contando fragmentos sueltos y piezas completas o con distintos grados de conservación del perfil. Salvo el lote de vasijas ya en aquel entonces expuestas en el Museo Arqueológico de Murcia, el material restante se conservaba en las cajas de madera que habían utilizado los excavadores para transportarlo desde Totana⁴⁹⁴. García López indica de que muchas de las cajas contenían información sobre la procedencia de los restos dentro del yacimiento, a veces escrita directamente sobre la caja y a veces en anotaciones en papel. Ambas clases de soportes se encontraban muy deteriorados, por lo que sólo fue posible transcribir la información en contadas ocasiones⁴⁹⁵. La imposibilidad de relacionar determinados códigos con contextos conocidos de La Bastida y, en otros casos, manifiestos errores de correspondencia entre el contenido de ciertas cajas y el supuesto contexto de referencia, convirtieron en poco relevante este tipo de registros escritos. De hecho, García López omitió esta parte de la tesis de licenciatura en su publicación de 1992.

El método de análisis de García López contemplaba en primer lugar la descripción morfológica, métrica y tecnológica (color, textura, desgrasante y acabados) de fragmentos y piezas⁴⁹⁶. A continuación, los datos codificados de cada una de estas variables fueron sometidos a distintos tests estadísticos. El recuento y posterior cálculo de las frecuencias relativas de cada atributo ocupa gran parte del trabajo; primero, sobre el lote general de 1945 ítems con información de todas las variables contempladas⁴⁹⁷ y, a continuación, en los conjuntos cerámicos clasificados tipológicamente procedentes de contextos de habitación (1611 ítems, mayoritariamente fragmentos)⁴⁹⁸ y funerarios (105 piezas enteras)⁴⁹⁹. A la descripción cuantitativa, acompañan dibujos originales de las vasijas completas. El capítulo IV recoge de manera sintética aunque proliza los resultados obtenidos al comparar los valores cuantitativos calculados previamente y manteniendo la distinción entre cerámica habitacional y sepulcral⁵⁰⁰. Los comentarios incluyen referencias puntuales a paralelos estilísticos o tecnológicos con recipientes hallados en otros yacimientos.

El análisis estadístico prosigue con la consideración de las principales variables métricas (diámetro máximo, diámetro de la boca, altura total, altura de

493. Según consta en la documentación del propio Museo Arqueológico de Murcia, cuya consulta nos facilitó amablemente su director, Luis de Miquel Santed, el 28 de noviembre de 2012.

494. García López (1986: 21).

495. Se adjunta una relación de los casos en que ello fue posible (García López 1986: 21-22).

496. García López (1992: 37-40).

497. García López (1992: 41-46).

498. García López (1992: 46-77).

499. García López (1992: 78-125).

500. García López (1992: 127 y ss.).

la carena) tomadas sobre el conjunto de piezas completas. Una vez clasificadas tipológicamente, se procede al cálculo de la moda y el coeficiente de correlación de cada dimensión métrica, así como a efectuar los índices entre dimensiones que caracterizan la arquitectura de los recipientes. La autora compara entonces los resultados obtenidos con los valores de referencia presentados por Lull en 1983 para el conjunto de la vajilla argárica, a fin de valorar el lugar de las piezas de La Bastida en el marco general de la producción alfarera.

El capítulo de conclusiones recoge los resultados parciales más relevantes para cada uno de los tipos argáricos considerados. Según García López, la cerámica de La Bastida manifiesta una marcada uniformidad métrica y tecnológica, lo cual se interpreta como síntoma de una producción a cargo de especialistas⁵⁰¹, al tiempo que descarta una rama dirigida a usos funerarios.

El trabajo de García López incluye también un capítulo dedicado a un lote de 11 fragmentos cerámicos que Milagros Ros y la misma autora⁵⁰² habían adscrito al Bronce Tardío y Final del sureste. Corresponden a recipientes abiertos de carena alta con borde ligeramente saliente y pequeño tamaño, ollas de cuerpo con tendencia ovoide y borde saliente, y un fragmento de pared decorado con un triángulo efectuado mediante la técnica de boquique. Todos aparecieron entre la cerámica argárica documentada por García López en el transcurso de su labor, por lo que proceden de las excavaciones del SHPH⁵⁰³. Las investigadoras sitúan la mayoría de los restos en el Bronce Tardío, con una posible perduración a inicios del Bronce Final, lo que, a su juicio, pondría de manifiesto la continuidad ocupacional del asentamiento tras el final de El Argar.

Sin embargo, los trabajos recientes del Proyecto La Bastida arrojan serias dudas sobre este extremo, ya que tras varias campañas de excavación en distintos sectores del yacimiento no se ha detectado ninguna estructura o unidad sedimentaria del Bronce postargárico, es decir, posterior a ca. 1600-1550 cal ANE. De igual manera, ninguno de los hallazgos realizados en dichas excavaciones, ni tampoco en la prospección exhaustiva que las precedió pueden clasificarse inequívocamente dentro de la vajilla del Bronce Tardío o Final del sureste. Siempre cabe la posibilidad de que aún no hayamos dado con los restos de una hipotética ocupación postargárica, pero la revisión tipológica de los fragmentos sugiere que podrían fecharse entre 2200-1550 cal ANE, aunque algunos no formen parte del elenco típico de la alfarería argárica. Así, por ejemplo, el fragmento decorado con un motivo triangular (nº inv. 617) podría clasificarse entre las producciones epicampaniformes que se han documentado esporádicamente en el sureste (en Lugarico Viejo o, incluso, en niveles antiguos de La Bastida),

501. García López (1992: 172).

502. García López (1986: 137-143, figs. 233-236, inventario en anexo vol. II; 1992: 41, 143-150, 175), Ros (1986: 323, 326), Ros y García López (1987).

503. García López (1986: 139).

datadas entre ca. 2200 y 2000 cal ANE y, por tanto, no necesariamente vinculadas con las cerámicas decoradas de la tradición de Cogotas I. En lo que respecta a los fragmentos lisos, la mayoría recipientes con carena relativamente alta y abiertos y cocciones heterogéneas, reiteramos la posibilidad de que correspondan a ejemplares atípicos dentro de la norma argárica, tal vez datables en los momentos iniciales de su gestación.

Investigación sobre industria lítica

M^a M. Ayala y S. Jiménez Lorente realizaron un estudio centrado en las piedras con cazoletas halladas en La Bastida a raíz de las excavaciones del SHPH⁵⁰⁴. Se trataba de dos ítems de grandes dimensiones con numerosas insculturas, y fragmentos de otras. Las dos investigadoras se refieren a las dos piezas más grandes con el término “estelas”, y las contextualizan en la tradición de estudios sobre cazoletas y petroglifos de la región murciana. Dado que una de ellas se encuentra en paradero desconocido, centran su atención en la que permanecía aún en el yacimiento, concretamente en la explanada conocida como “balsa”. Sus descubridores la clasificaron como “piedra con insculturas” y señalaron que apareció en superficie cerca del Departamento XI y “en posición derivada” (Fig. 85)⁵⁰⁵. Sobre esta pieza comentan lo siguiente:

“En una cara presenta grandes y medianas de las citadas oquedades, agrupadas de forma caprichosa y unidas algunas de ellas por ranuras. Mirado en distintas posiciones ofrece las interpretaciones más variadas, aunque siempre muy dudosas (representaciones arbóreas o humanas). La otra cara muestra varias ranuras concéntricas por sus bordes, que dejan una superficie plana en el centro”⁵⁰⁶.

Ayala y Jiménez Lorente documentaron *in situ* la pieza, realizando una descripción métrica y locacional de las 31 cazoletas que, en muchas ocasiones, se encontraban unidas entre sí por canalillos⁵⁰⁷. Esta circunstancia les lleva a considerar que la unión de varios elementos discretos conformaría figuras geométricas, casi siempre de perímetro triangular. Las autoras proponen tres alternativas interpretativas: una representación de constelaciones celestes, una representación cartográfica de poblados y/o elementos relevantes del relieve natural o un altar destinado a fines de culto⁵⁰⁸. Aunque dedican más atención a considerar la posibilidad de que se tratase de un mapa, Ayala y Jiménez Lorente no se decantan por ninguna hipótesis.

La pieza estudiada por Ayala y Jiménez Lorente seguía en el mismo lugar cuando reemprendimos las labores de campo, siendo trasladada a las instalaciones

504. Ayala y Jiménez Lorente (2005). Las piezas fueron publicadas por Martínez Santa-Olalla y equipo (1947: 88, 116, 120, fig. 14, nº 1, 2, 3, 5, 6, 8, 9, 10, 11; lám. XLII: fig. 1 y 2).

505. del Val, Sopranis y Posac (1947: 120).

506. del Val, Sopranis y Posac (1947: 120).

507. Ayala y Jiménez Lorente (2005: 41).

508. Ayala y Jiménez Lorente (2005: 43-46).

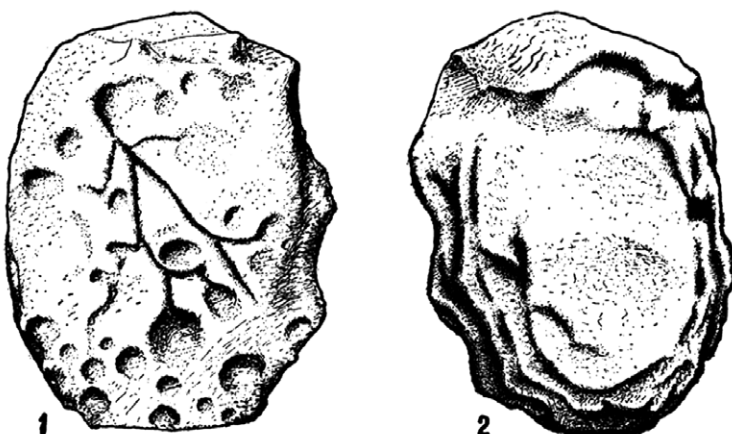


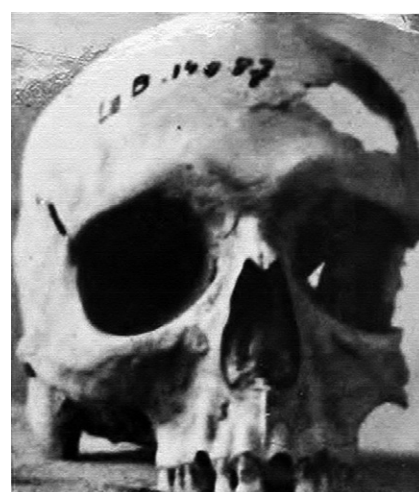
Figura 85.
Ítem lítico (85,5 x 63 cm) con grabados
hallado en La Bastida y estudiado por
Ayala y Jiménez Lorente.

del futuro museo de La Bastida. La exposición prolongada a la intemperie y el desgaste por rodamiento, muy acentuado en esta roca sedimentaria, hace inútil la observación microscópica a la búsqueda de posibles huellas de fabricación y uso y, también, la toma de muestras para detectar eventuales residuos.

Investigaciones paleoantropológicas

Pese a que el objetivo principal de la tesis doctoral de M. Walker consistía en dar cuenta del desarrollo de las sociedades neolíticas y calcolíticas en las cuencas del Segura y del Vinalopó, este investigador incluyó materiales de otras regiones y cronologías para disponer de referentes con fines comparativos. Ello explica el muestreo de fragmentos cerámicos en La Bastida y, también, el programa analítico sobre restos humanos de los yacimientos de El Argar y La Bastida. El objetivo aquí era evaluar el grado de endogamia poblacional en diferentes grupos a través del análisis estadístico de variables métricas y epigenéticas correspondientes a una muestra representativa de restos craneales. En este contexto, Walker examinó 389 restos craneales de época calcolítica y argárica depositados en diferentes museos. La Bastida proporcionó 15 casos (Figs. 86-88), de los cuales en 14 fue posible constatar una o más variables en observaciones no métricas de rasgos epigenéticos⁵⁰⁹. El material

Figura 86.
Vista frontal de uno de los cráneos de
La Bastida analizados por Walker en el
Museo Arqueológico de Almería (exca-
vaciones de Juan Cuadrado).



509. Walker (1973: 415, 430-tabla). El código de yacimiento de La Bastida es "037". Walker asignó a los cráneos de La Bastida los siguientes números de referencia: 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 69, 70, 73 y 180. De estos doce casos, cuatro presentaban la bóveda incompleta y, uno más, la cara. Tres casos más, hasta alcanzar el total de 15, estaban representados por restos mandibulares.



^

Figura 87.

Vista superior de uno de los cráneos de La Bastida analizados por Walker en el Museo Arqueológico de Almería (excavaciones de Juan Cuadrado).



^

Figura 88.

Vista de dos de los cráneos de La Bastida analizados por Walker en el Museo Arqueológico de Almería (excavaciones de Juan Cuadrado).

osteológico se encontraba custodiado en el Museo Arqueológico de Almería⁵¹⁰ y, por tanto, procedía de las excavaciones realizadas por Juan Cuadrado.

Los resultados del análisis se hallan recogidos en la tesis y en varias publicaciones posteriores⁵¹¹. En primer lugar, vale la pena mencionar una serie de observaciones surgidas del examen anatómico. La primera hace referencia a la adscripción sexual de los individuos representados a partir de los cráneos. Utilizando seis de las funciones discriminantes propuestas por Giles y Elliot, los cráneos nº 61, 64 y 65 fueron clasificados, con dudas, como masculinos⁵¹². En cambio, usando la medida de la altura mínima de la facies maxilar del hueso cigomático (pómulo) (*maxillary zygomatic process measurement*), las únicas identificaciones propuestas conciernen a los nº 65 y 73⁵¹³. Así pues, en la mayoría de los casos no fue posible realizar una adscripción sexual fiable, y cabe destacar que sólo en el cráneo nº 65 se registró una coincidencia positiva en los dos criterios aplicados. En cuanto a la edad de fallecimiento, en ninguno de los casos de La Bastida se informa sobre este dato.

510. Véase Fregeiro y Oliart (en este volumen).

511. Walker (1973, 1985, 1986, 1988a, b, c).

512. Walker (1973: 415).

513. Walker (1973: 415).

Para finalizar el repaso a las observaciones anatómicas, cabe señalar que el cráneo nº 61⁵¹⁴ presenta un caso de ausencia congénita de suturas coronioidea y lambdoidea izquierdas, con las de la lateralidad derecha bien conservadas, y en el que el hueso parietal derecho es mucho más grande que el izquierdo⁵¹⁵. En la evaluación de rasgos no métricos, Walker señala al respecto que “Los grupos factoriales de la bóveda se asocian de una manera que nos hace pensar en los sistemas genéticos de hemidominantes polimórficos (ej. grupos sanguíneos A-B o M-N). (El caso de La Bastida posiblemente se debe a una condición recesiva, quizás al nivel de control o de coordinación.)”⁵¹⁶. El mismo cráneo SP0061 presenta *cribra orbitalia*⁵¹⁷. En general, Walker apunta que en La Bastida no abundan “los huesos lambdoideos intrasuturales y se dan en proporciones moderadas todas las anomalías de los forámenes, destacándose cinco cráneos con canales condilares posteriores patentes, muescas frontales, forámenes cigomáticos y con la ausencia bilateral de los forámenes mastoideos”⁵¹⁸. Por último, menciona un caso de paladar ligeramente hendido (nº SP0062)⁵¹⁹ y, otro, de sutura metópica incompleta⁵²⁰.

El apartado más relevante para el tema que nos interesa aquí tiene que ver con los análisis estadísticos mediante pruebas bivariantes y multivariantes sobre datos cuantitativos relativos a variables craneales⁵²¹. La Bastida fue uno de los yacimientos incluidos. La conclusión más interesante es la estrecha similitud entre El Argar y La Bastida, y la distancia apreciable entre ambos y las colecciones correspondientes a cuevas de enterramiento colectivas de cronología calcolítica y procedencia fundamentalmente levantina. Walker propone que este fenómeno habría sido consecuencia de una mayor movilidad y contacto entre poblaciones agrícolas bien comunicadas en las tierras bajas durante época argárica⁵²². Años más tarde, a esta conclusión se añadió otra posibilidad en el sentido de que la homogeneidad de El Argar y La Bastida podría ser resultado de un papel como centros receptores de micropoblaciones⁵²³. En cualquier caso, y dada la existencia de elementos de continuidad entre las colecciones de las edades del Cobre y del Bronce, Walker descartó explicar la sociedad argárica como consecuencia de la llegada de poblaciones invasoras⁵²⁴.

514. Número de inventario 14079 del Museo Arqueológico de Almería (Walker 1988b: 1711).

515. Walker (1973: 427).

516. Walker (1986: 465).

517. Walker (1973: 423).

518. Walker (1986: 462). Pese a que Walker menciona cinco casos, ofrece una lista con seis: SP0060, 0063, 0064, 0066, 0069, 0070 (Walker 1973: 431-432).

519. Walker (1973: 427).

520. Walker (1973: 428).

521. Para una exposición de los planteamientos del análisis, véase Walker (1973: 437 y ss.).

522. Walker (1973: 454).

523. Walker (1986: 466).

524. Walker (1973: 454).

Manfred Kunter publicó un estudio sobre una amplia muestra de esqueletos argáricos depositados en varios museos europeos procedentes de las excavaciones de los hermanos Siret⁵²⁵. El material de La Bastida se encontraba custodiado en los *Musées Royaux d'Art et d'Histoire* (Bruselas, Bélgica), y se componía de restos óseos hallados en ocho de las trece tumbas excavadas en 1886, las nº 2, 3, 4, 6, 7, 8, 9, 10⁵²⁶. Kunter codificó los datos extraídos de su examen atendiendo a la parte del esqueleto representada, edad de fallecimiento y criterios en los que se basa esta inferencia, sexo del individuo fallecido y criterios osteológicos en los que se basa dicha atribución, patologías, asociación o no a restos faunísticos y observaciones variadas⁵²⁷. En lo que respecta específicamente a La Bastida, los resultados figuran en la tabla adjunta (Tabla 18).

Tabla 18.

Síntesis de las características de la población funeraria de La Bastida, según los restos hallados en la excavación de 1886⁵²⁸.

V

Nº TUMBA	REPRESENTACIÓN	EDAD	CRITERIOS DE EDAD	SEXO	CRITERIOS DE SEXO	PATOLOGÍAS	FAUNA
1	-	-	-	-	-	-	+
2	3,9	40-50 a	3	H??	4	+z	+
3	2,3	20-30 a	3	H?	1,4	-	-
4	2,3,7	40-60 a	3	H??	1	+v	-
6	1,3,7	50-70 a	3,6	-	-	+v	-
7	2,3,5	6 m	2	-	-	-	-
8	2,3	18-24 m	2	-	-	-	-
9	4,5,7	Neonato	5	-	-	-	-
10	2,4	Neonato	5	-	-	-	-
11	-	-	-	-	-	-	+

Por su pequeño número en el conjunto de la muestra analizada, los restos de La Bastida no merecieron un comentario individualizado, a excepción de un par de casos reseñados en el apartado de paleopatologías: la tumba 6 en el grupo de casos de hiperostosis observada en la zona del cráneo⁵²⁹ y la tumba

525. Kunter (1990). Además de La Bastida, los yacimientos incluidos en el estudio fueron El Argar, El Oficio, Fuente Vermeja, Gatas, Ifre, Zapata y Lugarico Viejo. El material óseo comenzó a ser estudiado en agosto de 1984.

526. Aunque, como veremos, Kunter anota la presencia exclusiva de fauna en los restos óseos etiquetados como correspondientes a las tumbas 1 y 11.

527. Kunter (1990: 6-7).

528. El significado de los códigos empleados se encuentra en Kunter (1990: 8-9). Los ofrecemos a continuación traducidos. Las determinaciones osteológicas del material de La Bastida figuran en Kunter (1990: 47).

529. Kunter (1990: 88).

4 como ejemplo, entre otros, de artritis en las articulaciones proximales y distales de metatarsos, así como en las articulaciones de los dedos de los pies⁵³⁰. Una revisión reciente ha permitido matizar y valorar las identificaciones de Kunter relativas a la pequeña colección osteológica de La Bastida depositada en Bruselas⁵³¹.

Investigaciones sobre restos faunísticos

Magdalena García López incluyó un informe sobre análisis de restos faunísticos en su publicación de 1992 centrada en el estudio del material cerámico de La Bastida. Dicho análisis fue realizado por F. J. de Miguel, D. Patón, M. Cereijo y R. Moreno, del Laboratorio de Zooarqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, sobre un conjunto de 2256 restos de vertebrados no humanos procedentes de las excavaciones de la década de los 40 conservados en el Museo Arqueológico de Murcia⁵³². El trabajo contempló como primer paso la identificación taxonómica de los 1481 restos que conservaban suficientes elementos diagnósticos. Como puede observarse (Tabla 19), la mayoría corresponde a especies domésticas, entre las cuales destacan por número de restos los ovicápridos, seguidos por bovinos y suidos. Sin embargo, se considera que el ganado vacuno habría constituido el principal recurso cárnico, por encima también de los cérvidos que suponían hasta casi el 12% de los restos identificados⁵³³.

A continuación, se aborda el tratamiento pormenorizado de los restos de cada género o especie, que incluye su desglose en función de partes anatómicas y la consideración de aspectos sexuales, de edad, biométricos y tafonómicos, indicios de manipulación, carnicería y cocina, y estigmas patológicos. Además de la visión general acerca de la importancia de cada especie en la dieta cárnica, las conclusiones inciden en la relativa escasez de marcas antrópicas, cuyas frecuencias encabezan los bovinos, y la detección de tumoraciones en varias falanges (una de *Bos* y tres de *Cervus*) que pudieron estar provocadas por la avanzada edad de los especímenes. Sin descartar otros posibles usos de la cabaña ganadera, los autores sugieren una orientación general hacia el consumo cárnico⁵³⁴. Finalmente, se subraya la talla relativamente baja de los bovinos, en comparación con la de las reses de otros yacimientos meridionales prehistóricos.

Pese a que parece que los restos contaban con información contextual relativa al departamento o cuadrícula de procedencia⁵³⁵, no se abordó ningún intento de comparación entre unidades habitacionales. Tan sólo contamos con la observación escueta de que la mayor parte de los restos óseos se concentraban en

⁵³⁰. Kunter (1990: 90, lám. 18).

⁵³¹. Fregeiro y Oliart (en este volumen).

⁵³². Andúgar (en este volumen) ha estudiado una parte de esta colección que no llegó a manos del equipo de investigación de la Universidad Autónoma de Madrid.

⁵³³. de Miguel *et alii* (1992: 205).

⁵³⁴. de Miguel *et alii* (1992: 205).

⁵³⁵. de Miguel *et alii* (1992: 189-190, 197, 199, 203).

Tabla 19.

Resumen relativo a los restos faunísticos identificados por el Laboratorio de Zooarqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, según (de Miguel *et alii* 1992: tabla 1).

V

GÉNERO/ESPECIE	NR	%	NMI	%	NR/NMI
<i>Equus</i> , équido	98	6,62	32	10,74	3,06
<i>Bos</i> , vacuno	266	17,96	48	16,11	5,54
<i>Ovis, aries</i> , oveja	90	6,08	21	7,05	4,29
<i>Ovis, Capra</i> , oveja, cabra	489	33,02	75	25,17	6,52
<i>Capra</i> , cabra domés, montés	41	2,77	20	6,71	2,05
<i>Sus</i> , cerdo, jabalí	158	10,67	36	12,08	4,39
<i>Canis</i> , perro, lobo	31	10,87	15	5,03	2,07
<i>Lagomorpha</i> , conejo, liebre	126	8,41	21(1)	7,38	5,73
<i>Cervidae</i> , ciervo, corzo	175	11,82	25(1)	8,72	6,73
<i>Meles meles</i> , tejón	2	0,14	1	0,34	2,00
<i>Bos, Cervus</i>	1	0,07	1	0,34	1,00
Aves	4	0,27	1	0,34	4,00
IDENTIFICADO	1.481	100	298	100	-
SIN IDENTIFICAR	709	-	-	-	-
TOTAL	2.190	-	-	-	-
OTROS RESTOS					
<i>Homo sapiens</i>	66	-	-	-	-
<i>Gastropoda</i>	1	-	-	-	-

el Departamento XII y alrededores (cuadros A-1 y C-1 de la campaña de 1945), y que entre tales restos figuraban los escasos testimonios de especies como cabra montés, corzo, liebre, tejón y lobo⁵³⁶. Sin embargo, M. Cereijo presentó separadamente un estudio específico centrado en los restos de fauna hallados en siete contextos funerarios⁵³⁷. Del análisis se desprende la mayor frecuencia de restos de ovicápridos, seguidos de bovinos, suidos y cánidos, así como la abundancia relativa de individuos de corta edad e incluso neonatos (Tabla 20). Esta circunstancia permite sugerir que su presencia en ciertas sepulturas estaría más bien sujeta a la época del año en que aconteciese el sepelio (coincidente en este caso con la disponibilidad de crías), más que en una selección social. Además, puede observarse que en las tumbas suelen aparecer especímenes más jóvenes que entre los restos procedentes de unidades habitacionales.

⁵³⁶. García López (1992: 173).

⁵³⁷. Se trata de las tumbas nº 1, 2, 11, 23, 27, 47 y 48 (Cereijo 1992; véase Andúgar, en este volumen).

Tabla 20.

Frecuencias absolutas de los restos óseos faunísticos hallados en varios contextos funerarios de La Bastida, clasificados según género y edad, (según Cereijo 1992: tabla 2).

V

ESPECIES SEPULT.	N	I-J	O/C J	J-A	SA-A	N	BOS I-J	J-SA	N	SUS J	SA-A	CANIS SA-A
1	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-
TULIPA	1	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
2	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-
11	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	-	1
23	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	1	-
27	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-
47	-	-	-	-	-	1	1	1	-	-	-	-
48	-	-	1	1	2	1	-	-	1	1	-	-
TOTAL	1	1	3	1	5	2	1	1	1	1	1	1

Los valores asociados a cada tumba revelan una circunstancia anómala, a saber, que algunas acumulan restos pertenecientes a varios individuos de la misma especie e, incluso de especies distintas. Dado que lo normal en las sepulturas argáricas es que sólo aparezcan huesos de una porción o individuo, cabe preguntarse si bajo una misma etiqueta se habían agrupado huesos de varias sepulturas, o bien si durante la excavación no se distinguió entre huesos correspondientes al ajuar funerario y huesos incorporados tafonómicamente en los sedimentos de colmatación de las tumbas. En este sentido, sería de ayuda contar con la información relativa a la parte esquelética recuperada y a su estado de conservación, pero, por desgracia, estos datos no constan en el informe de Cereijo.

Pese a las limitaciones en la información contextual, el análisis de los restos de fauna de La Bastida ofrece un panorama razonablemente completo sobre las estrategias ganaderas y cinegéticas de que se benefició el asentamiento.

Entorno actual y evaluación del potencial agrícola

A. Gilman y J. Thornes incluyeron La Bastida en el análisis sobre los usos de la tierra en la prehistoria del sureste⁵³⁸. Su aproximación partía de datos actualistas o historiográficos acerca de los usos potenciales de los suelos cercanos a

⁵³⁸. Gilman y Thornes (1985a, b).

un conjunto de 35 yacimientos situados en diversos entornos ecológicos, para inferir preferencias sobre los sistemas de cultivo practicados entre el Neolítico y la Edad del Bronce. El razonamiento preveía que si los yacimientos localizados en el actual sureste árido tendiesen a ubicarse cerca de suelos aptos o potencialmente aptos para el regadío, la hipótesis que mantenía esta práctica en respuesta a unas condiciones climáticas similares a las de hoy en día hallaría un apoyo positivo. A su vez, la concatenación entre aridez y práctica de la irrigación permitiría explicar el desarrollo de la complejidad socio-política durante las edades del Cobre y del Bronce en el sureste; una complejidad que alcanzó una escala superior a la observada en las regiones limítrofes más húmedas, donde la agricultura de secano sería factible y donde, por tanto, habría faltado un incentivo clave para el cambio social. Con matices, las propuestas de R. Chapman (1978, 1981, 1991), C. Mathers (1984a, b) y el propio Gilman (1976, 1987, 1988) incluían aridez y regadío como premisas básicas a la hora de dar cuenta de la singularidad expresada por las culturas de los Millares y de El Argar.

La Bastida fue uno de los yacimientos incluidos en el análisis. Su cercanía respecto al yacimiento calcolítico de Campico de Lébor motivó el tratamiento conjunto de ambos⁵³⁹. Gilman y Thornes expusieron sintéticamente las características del entorno de La Bastida en lo referente a parámetros climáticos, vegetación, suelos y sustrato geológico, añadiendo informaciones de registros históricos desde el siglo XVIII (Catastro de Ensenada, fotos aéreas del vuelo americano de 1956). Sirviéndose de estas indicaciones, ajustaron las áreas de regadío potencial a las cultivadas según este sistema mediante técnicas tradicionales (boquera), desestimando así considerar las amplias extensiones favorecidas hoy en día por la construcción de grandes embalses y el aprovechamiento de las aguas freáticas mediante modernos sistemas de bombeo⁵⁴⁰.

La distribución de los distintos usos de la tierra (monte, secano, cultivo en bancales, regadío natural-boquera, irrigación) en las áreas accesibles a 12, 30, 60 y 120 minutos de marcha desde La Bastida, así como el cálculo de las hectáreas ocupadas por cada modalidad, revelan que el 82% del suelo accesible dentro del radio de 30 minutos de marcha corresponde a la modalidad de monte, es decir, no apto para la agricultura (Fig. 89, Tabla 21). Este elevado porcentaje se reduce a la mitad (39%) al considerar el territorio incluido en el radio de dos horas de camino. Pese a ello, la conclusión es que la ubicación del asentamiento no tuvo como prioridad el acceso cómodo a terrenos aptos para el cultivo intensivo. En este sentido, los autores señalan que el principal recurso hídrico de las inmediaciones, la rambla de Lébor, transcurre por un estrecho

539. Gilman y Thornes (1985a: 87-91).

540. Gilman y Thornes (1985a: 89-90).



Figura 89.

Vista aérea de La Bastida, en el centro de la imagen, desde el norte con el valle del Guadalentín al fondo.

cauce en las cercanías del yacimiento, lo cual limita la extensión de las tierras próximas potencialmente irrigadas de forma natural⁵⁴¹.

En la comparación estadística entre los asentamientos situados en el sureste árido y en el húmedo, La Bastida forma parte de un reducido grupo de casos excepcionales dentro del primer grupo (junto a La Almoloya, El Oficio y Fuente Álamo), cuya localización no maximizó la explotación agrícola de los recursos hídricos, sino la defensa⁵⁴².

M^a M. García López realizó también una completa descripción de las variables medioambientales del entorno de La Bastida⁵⁴³. Retomó parcialmente el trabajo de Gilman y Thornes, fundamentalmente en lo que al área de explotación potencial dentro del radio de una hora de marcha se refiere, y añadió un mayor detalle en la descripción del sustrato geomorfológico. Entre los aspectos que la autora destaca figuran que la abundancia de agua permite en la actualidad el cultivo de pequeñas parcelas y, por otro lado, que dentro de los límites del área de captación hay afloramientos de mineral de cobre (Sierrecica de Cimbra y, posiblemente, en el Alto de los Secanos).

541. Gilman y Thornes (1985a: 91).

542. Gilman y Thornes (1985a: 178).

543. García López (1986: 3-7, 1992: 17-24).

Tabla 21.

Superficies ocupadas por los distintos usos de la tierra en el entorno de La Bastida, según la escala establecida de tiempos de marcha, (según Gilman y Thornes 1985a: 165, fig. 5.1).

V

NOMBRE DEL YACIMIENTO	ZONA (MIN)	USOS DE TIERRA (HA)				
		MONTE	SECANO	TERRAZA	BOQUERA	REGADÍO
Bastida	60-120	5151.25	7349.75	491.0	0	2078.75
	30-60	1509.25	469.0	467.0	23.75	348.25
	12-30	460.25	8.75	93.0	0	5.0
	0-12	86.25	0	10.5	0	5.5

Como hemos apuntado anteriormente, para García López esta circunstancia influyó en la elección del cerro de La Bastida como lugar de habitación⁵⁴⁴.

En el mismo año en que García López defendía su tesis de licenciatura, Jorge Juan Eiroa publicaba en el volumen II de la “Historia de Cartagena” un ensayo de *site catchment analysis* centrado en La Bastida⁵⁴⁵. Su acercamiento compartía algunos objetivos y metodologías con el reciente trabajo de Gilman y Thornes, pero, a diferencia de aquél, como hemos visto muy centrado en la contrastación de la hipótesis del regadío, éste mostraba una mayor variedad de puntos de interés y un mayor conocimiento directo del terreno.

Eiroa planteó inicialmente su estudio definiendo el área de captación de La Bastida mediante el trazo de tres círculos concéntricos de 1 km (área de captación inmediata), 5 km (captación primaria) y 10 km (captación secundaria) de radio (Fig. 90)⁵⁴⁶. Del análisis de los territorios incluidos en dichas áreas, concluye que, en el territorio comprendido en el primer kilómetro en torno al asentamiento, sus habitantes habrían hallado recursos diversos y básicos, como agua, forraje, pastos, caza, frutos, leña, tierra cultivable y mineral de cobre. Más allá, el segundo anillo de 5 km a la redonda habría permitido obtener elementos adicionales para la subsistencia (caza, recolección, pastoreo, agricultura, minería). Por último, la extensión incluida en el radio de 10 km contenía los ricos recursos de cobre de la sierra de la Manilla y una parte de la fértil vega del Guadalentín. A esta última escala, habría que pensar en relaciones de complementariedad entre poblados, dado el elevado coste en desplazamiento que supondría la explotación de unos recursos relativamente

⁵⁴⁴. García López (1992: 24).

⁵⁴⁵. Eiroa (1986: 376-394).

⁵⁴⁶. Eiroa (1986: 377).



^

Figura 90.

Área de captación de La Bastida, en el centro de la imagen, en un radio de 1 km alrededor del yacimiento.

alejados de La Bastida pero, en cambio, más accesibles desde otros enclaves de la misma “microrregión”, una unidad territorial de la que también habrían formado parte los poblados de Las Anchuras, Los Picarios, Las Cabezuelas, El Lienzo⁵⁴⁷ y Cabeza Gorda⁵⁴⁸. En resumen, la ubicación de La Bastida conjugaría el aprovechamiento de un medio rico en recursos subsistenciales, y unas condiciones excelentes para el control visual y la defensa, todo ello quizá en un marco de complementariedad con otras localidades⁵⁴⁹.

Ahora bien, la estimación de los recursos necesarios para la subsistencia de una comunidad depende en primera instancia del tamaño de dicha comunidad. Partiendo de la extensión excavada y del número de habitaciones documentadas, Eiroa calcula que en La Bastida se habrían edificado unas 130 casas, las cuales, habitadas por una media de entre 4 y 6 personas, arroja una población total

547. Yacimiento conocido también como “Cabezo de Guerao” y “Tira del Lienzo”, excavado recientemente en el marco del Proyecto La Bastida (Lull *et alii* 2011).

548. Eiroa (1986: 383-386).

549. Eiroa (1986: 386).

que oscilaría entre 520 y 840 individuos⁵⁵⁰. Teniendo en cuenta que, como promedio en poblaciones agrícolas, cada habitante requeriría el consumo de 210 kg anuales de grano y, por otro lado, un rendimiento cerealístico por hectárea de 1 tm, Eiroa señala que el territorio agrícola situado dentro del radio de 1 km sólo habría proporcionado entre el 30 y el 35% del alimento necesario, y que, aun considerando el siguiente anillo de 5 km de radio, el asentamiento debió ser deficitario. Por tanto, la población debió haber incorporado recursos subsistenciales producidos por otras comunidades mediante un sistema de intercambio⁵⁵¹. A este respecto, se sugiere que La Bastida podría haber asumido un papel protagonista en la metalurgia, cuyos productos habría intercambiado por alimentos.

El trabajo de Eiroa argumentó sobre bases concretas la intuición expresada antes por otros investigadores en el sentido de que el entorno inmediato de La Bastida habría sido insuficiente para abastecer de alimentos a su numerosa población. Por tanto, no habría que entender La Bastida como un microcosmos autosuficiente, sino como parte de un conjunto interrelacionado a mayor escala, que Eiroa subsume con la categoría “microrregión”.

Cronología

La ubicación cronológica de La Bastida dentro del desarrollo argárico ha sido una cuestión relevante. Como es lógico, las primeras aproximaciones se realizaron desde la óptica de la cronología relativa. Beatrice Blance analizó la relación entre artefactos metálicos y tipos de sepultura a partir de las publicaciones del SHPH. La abundancia de inhumaciones en urna, con frecuencias superiores a las del yacimiento de El Argar, unida a la escasez de cistas y a la presencia de ítems como cuentas de hueso segmentadas y de vértebras de pescado, y puñales de su tipo I, la llevaron a proponer una cronología tardía para la ocupación argárica de La Bastida⁵⁵². En el mismo sentido, según H. Schubart la presencia en varias tumbas de vasos de carena baja apoyaría su cronología reciente (Argar B)⁵⁵³. Por su parte, Lull concluyó con que el momento inicial del asentamiento (Fase I) dataría justo antes del apogeo y la expansión argárica⁵⁵⁴, a tenor de la constatación de ítems como hachas, collares y la abundancia de enterramientos en urna⁵⁵⁵.

550. Eiroa (1986: 386). Unos años más tarde, R. Chapman (1991: 214, cuadros 14, 25) sugirió una población de unos 1020 habitantes, aunque dicho cálculo se basó en una comprensión errónea del valor “3.400 m²” apuntado por Lull en referencia a la superficie excavada por el SHPH, y no “3,4 ha” para la superficie del asentamiento, tal y como parece comprender Chapman. Si este investigador hubiese asumido las 4 ha aproximadas de extensión mínima del yacimiento, los valores demográficos habrían ascendido hasta los 1200 habitantes.

551. Eiroa (1986: 390-392).

552. Blance (1971: 131-132).

553. Schubart (1975: 89); para un matiz sobre este argumento, véase Lull (1983: 325).

554. Lull (1983: 324); en paralelo a la Fase I del Cerro de la Encina (Monachil), como señalaron los excavadores de este yacimiento (Arribas *et alii* 1974: 139-140).

555. Lull (1983: 323).

En cuanto al final de la ocupación prehistórica, hemos señalado anteriormente que la posibilidad de una prolongación hasta el Bronce Final a partir de un lote de posibles cerámicas tardías⁵⁵⁶ o del supuesto hallazgo de un hacha de talón y anillas⁵⁵⁷ deben considerarse con cautela. De ahí que, por ahora, no sea posible otorgar una cronología más reciente que la conocida para cualquier conjunto argárico de las tierras bajas del sureste, pero que, por otro lado, sea más necesario que nunca poseer una serie fiable de dataciones radiocarbónicas que permita dejar atrás las incertidumbres de las estimaciones cronológicas relativas.

Hasta el inicio del Proyecto La Bastida, el yacimiento contaba con varias dataciones absolutas, aunque escasamente fiables. Según nos ha comunicado amablemente M. J. Walker⁵⁵⁸, el 23 de diciembre de 1976 visitó La Bastida, donde recogió varios huesos de bóvidos, équidos, caprinos y lagomorfos visibles en la superficie del yacimiento. Estos restos conformaron la muestra datada el 26 de agosto de 1980 en el laboratorio de la Universidad de Sydney (Australia). El resultado, SUA-1180A: 3560±180 bp, fue publicado años después por el mismo investigador⁵⁵⁹ y recogido por Eiroa y Lomba en varias publicaciones sobre la prehistoria de la Región de Murcia⁵⁶⁰. El resultado fue obtenido tras datar la fracción apatita del material óseo y, en principio, su valor central no calibrado resultaría coherente con una cronología esperada de plena época argárica. Sin embargo, dos factores aconsejan considerar esta datación con reservas: su amplísima desviación tipo y, además, el hecho de haber sido obtenida tras procesar una muestra mezclada, formada por fragmentos de huesos de distintas especies y procedencia estratigráfica desconocida.

En la misma comunicación, Walker nos informó de que el laboratorio de Sydney obtuvo una segunda datación de la misma muestra ósea, SUA-1180B: 2160±170 bp⁵⁶¹, aunque, esta vez, a partir de la fracción colágeno. Como puede verse, la desviación típica resulta de nuevo muy amplia, circunstancia que por sí sola pone en entredicho la validez del resultado. Pero, además, conviene hacer notar que el valor central no calibrado apunta a una cronología muy tardía, alejada en más de un milenio del final de la ocupación argárica de La Bastida. Tal vez este resultado demasiado reciente se deba a la mezcla de fragmentos óseos prehistóricos y de restos de especímenes muy posteriores, quizá incluso modernos.

556. García López (1986: 137-143, figs. 233-236, inventario en anexo vol. II; 1992: 41, 143-150, 175), Ros (1986: 323, 326, 1989: 58 y ss.), Ros y García López (1987), Eiroa (1986: 371, 373, 1989: 96, 2004a: 139, 141), Lomba (1994: 267).

557. Lull (1983: 324, nota 43). Siret señala que el hacha procedía de Totana (1913: 345), no de La Bastida en concreto. Recordemos al respecto que Siret-Flores excavaron en Totana varios años después de hacerlo en 1886 en La Bastida y Las Anchuras (véase *supra*).

558. Comunicación personal efectuada el 22 de octubre de 2011.

559. Walker (1995: 119). Valor Delta C13: -10±2‰.

560. Eiroa y Lomba (1997/1998: 89); Eiroa (2004a: 165).

561. Valor Delta C13: -20±2‰.

En suma, las dos dataciones proporcionadas por SUA carecen de fiabilidad y, por tanto, no deberían ser tenidas en cuenta a la hora de determinar la cronología ocupacional del yacimiento.

Documentación y catálogo de materiales museísticos

Diversos conjuntos de hallazgos depositados en museos han sido objeto de labores de documentación empírica y catálogo. Por su amplitud, destaca el trabajo ya comentado de García López⁵⁶² sobre los materiales cerámicos custodiados en el Museo Arqueológico de Murcia. Además de la vertiente analítica, es preciso valorar el dibujo de una gran cantidad de piezas y la fotografía de una selección de las mismas. Años antes, a principios de la década de los 60, H. Schubart había catalogado y dibujado materiales diversos de La Bastida custodiados en los museos de Almería, Murcia y Cartagena, en el marco de un ambicioso programa de investigación sobre el mundo argárico. Este trabajo, hasta ahora inédito y de gran valor, se incluye como anexo en este volumen. Los únicos objetos de La Bastida publicados por Schubart corresponden a los descubiertos en las excavaciones de Luis Siret y Pedro Flores en 1886. Como señalamos anteriormente, La Bastida mereció un trato marginal en *Les premiers Âges*, en parte debido a que las excavaciones tuvieron lugar muy poco tiempo antes del cierre de la edición de esta obra. Sea como fuere, los Siret no publicaron ningún objeto de esta procedencia. Por tanto, debemos su conocimiento a la iniciativa de Schubart y Ulreich por documentar la colección Siret, diseminada principalmente por distintos museos europeos, y que fructificó en 1991 en un extenso *corpus* que constituye hoy en día una obra de referencia⁵⁶³. El apartado dedicado a La Bastida recoge dibujos y descripciones de los contenidos de las 13 tumbas descubiertas, el texto de los cuadernos de campo de Flores y diversas piezas etiquetadas como bastidenses aunque halladas fuera de las tumbas. La mayor parte de estas piezas se hallan en los *Musées Royaux d'Art et d'Histoire*, en Bruselas, encontrándose las restantes en el Museo Arqueológico Nacional, en Madrid⁵⁶⁴.

Vale la pena señalar que pocos años después M. J. Walker dibujó parte del material de La Bastida depositado en los fondos del Museo Arqueológico de Murcia, procedente de las excavaciones del SHPH⁵⁶⁵. La dificultad para consultar la tesis doctoral de Walker aconseja reproducir aquí este material gráfico (Figs. 91-94). A los dibujos no acompañaba ningún catálogo de piezas, ni tampoco indicación de campaña o contexto de procedencia. Tan sólo la indicación de que la mayor parte de los objetos procedían de las tumbas publicadas por Martínez Santa-Olalla y equipo (1947).

⁵⁶². García López (1986, 1992).

⁵⁶³. Schubart y Ulreich (1991).

⁵⁶⁴. Véase *supra*, así como el anexo de Lull *et alii* en este volumen.

⁵⁶⁵. Como parte del trabajo de documentación implicado en la elaboración de su tesis doctoral (Walker 1973: 322; vol. II, figs. 92-95).

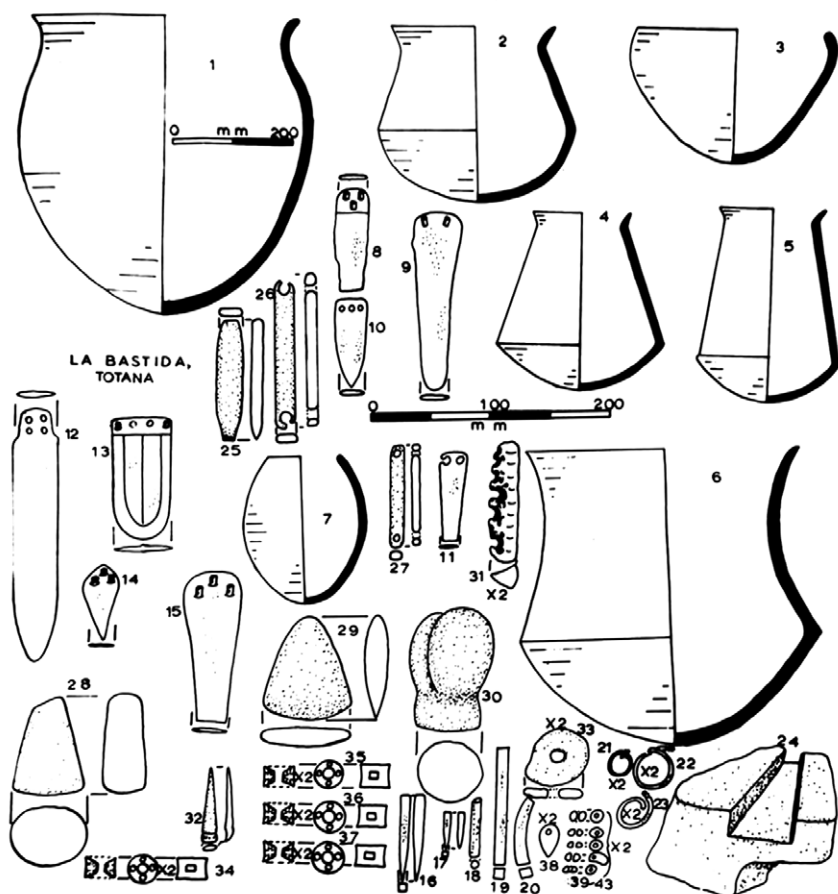


Figura 91.

Materiales cerámicos, metálicos, líticos y óseos de La Bastida dibujados por Walker en el Museo Arqueológico de Murcia (excavaciones del SHPH).

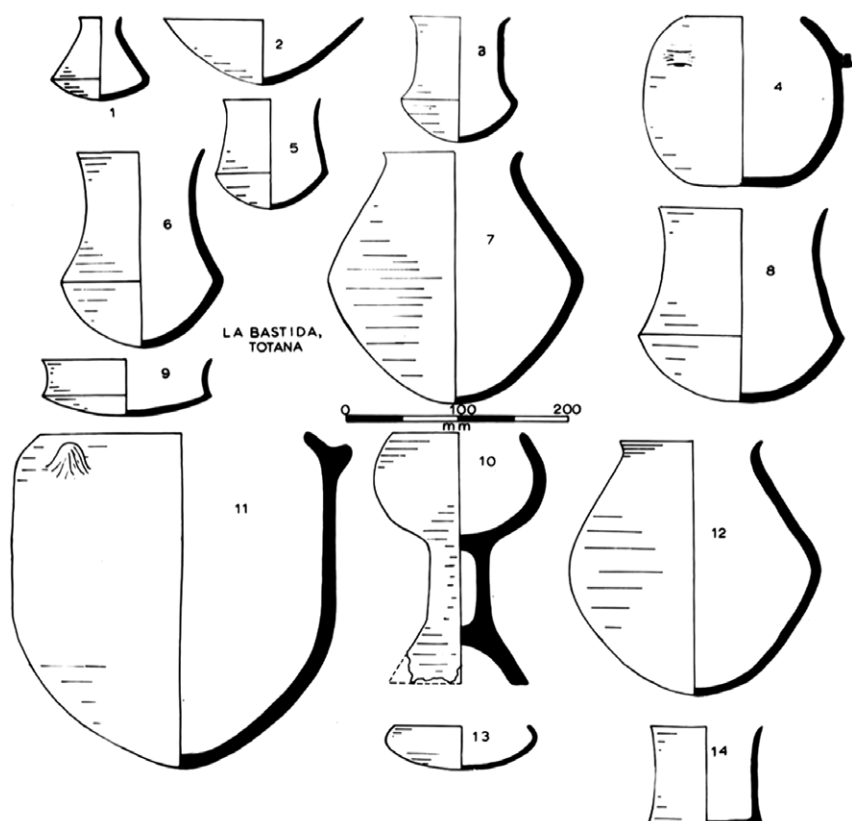


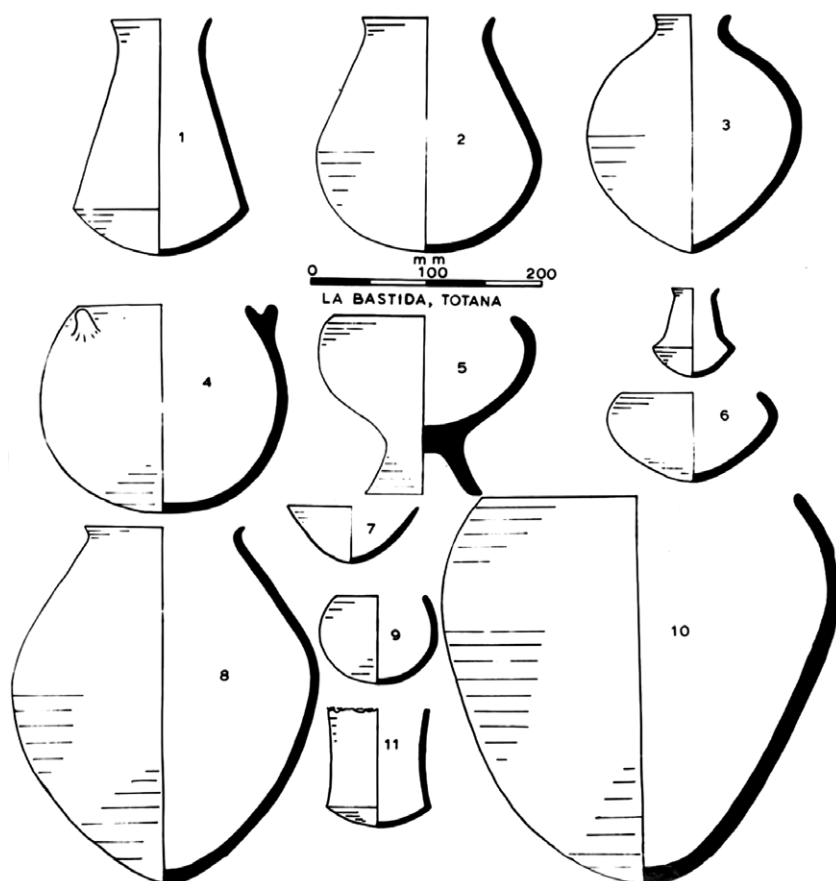
Figura 92.

Materiales cerámicos de La Bastida dibujados por Walker en el Museo Arqueológico de Murcia (excavaciones del SHPH).

>

Figura 93.

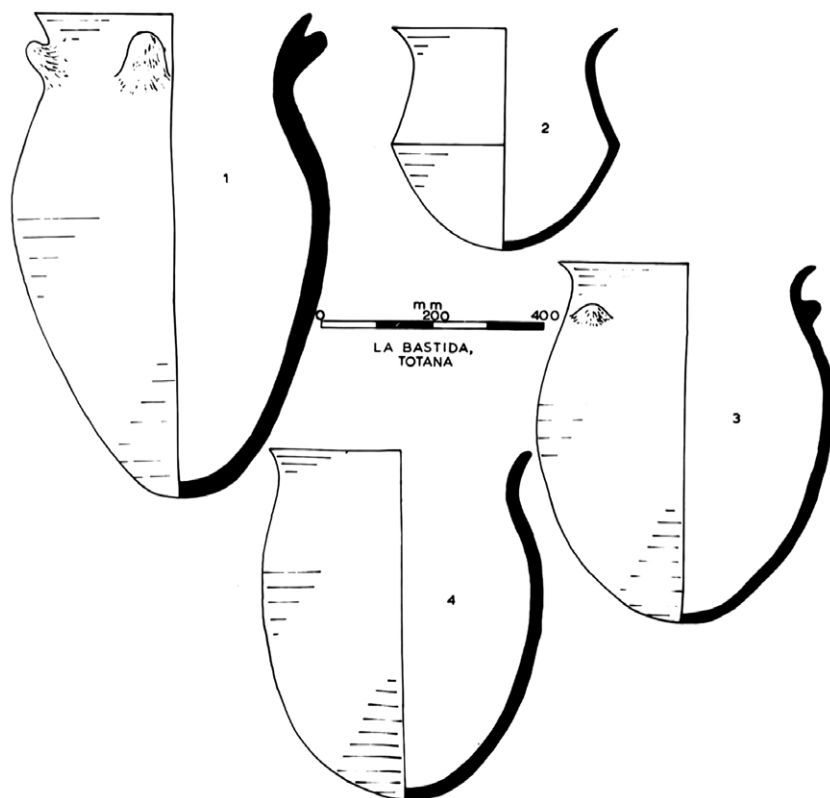
Materiales cerámicos de La Bastida dibujados por Walker en el Museo Arqueológico de Murcia (excavaciones del SHPH).



>

Figura 94.

Materiales cerámicos de La Bastida dibujados por Walker en el Museo Arqueológico de Murcia (excavaciones del SHPH).



Evaluación estratigráfica y síntesis social

La publicación de las excavaciones del SHPH en la década de 1940 supusieron un aporte de datos para la arqueología argárica como no se conocía desde tiempos de los Siret. En algunos campos, como la arquitectura no funeraria y el urbanismo, los trabajos en La Bastida clarificaron y profundizaron aspectos empíricos poco conocidos hasta entonces. Sin embargo, la orientación descriptiva de aquellas publicaciones, el énfasis en la ordenación tipológica como vía para alcanzar el objetivo de la definición cultural, y la búsqueda de paralelos extrapeninsulares para dar sentido a las interpretaciones históricas (preocupaciones tan extendidas en la investigación prehistórica), limitaban el potencial cognoscitivo de los descubrimientos al obviar explorar otras dimensiones de los mismos.

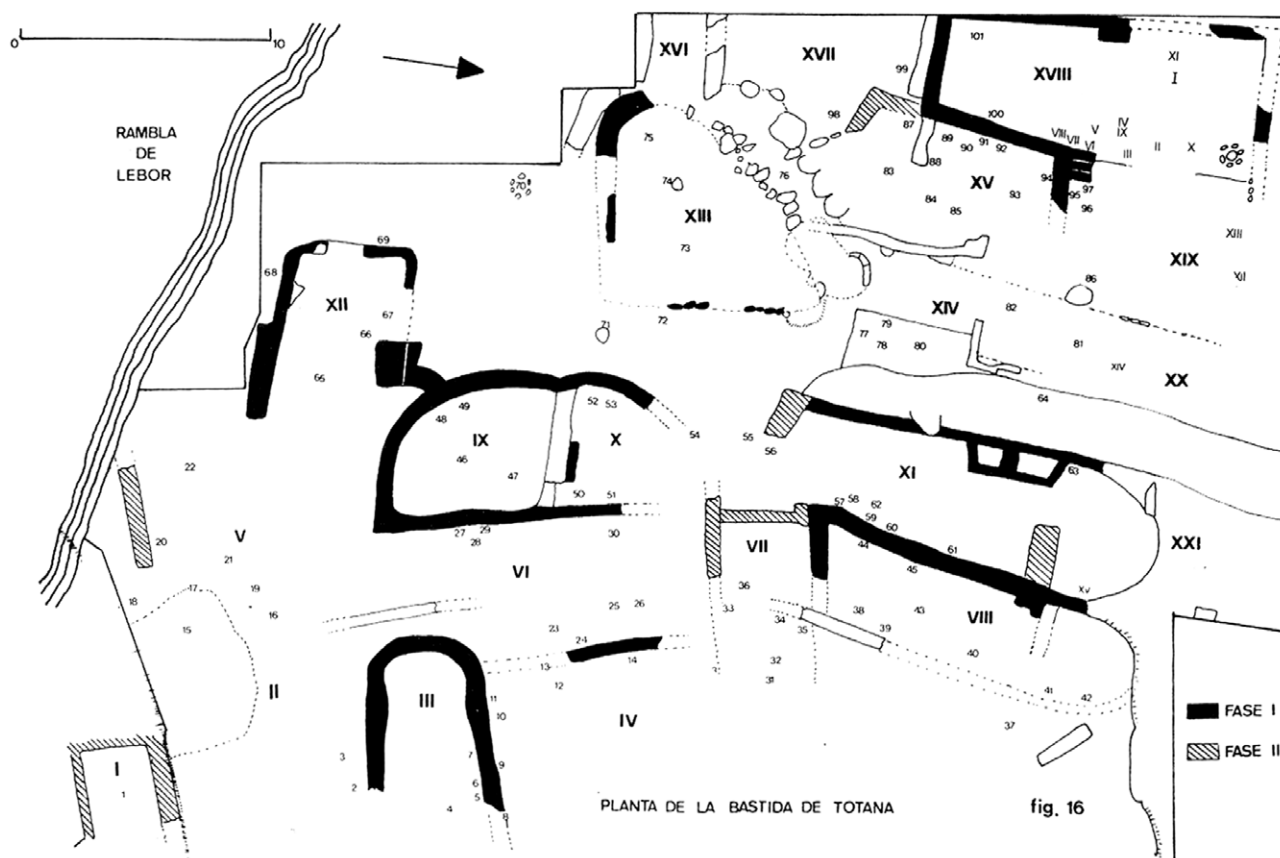
Uno de los objetivos de la tesis doctoral de Vicente Lull, titulada “La cultura del Argar. Macroambiente, microambiente, asentamientos, sociedad y economía”⁵⁶⁶ y presentada en la Universidad de Barcelona en 1980, consistía precisamente en extender el conocimiento de las relaciones socioeconómicas de las comunidades prehistóricas. Y, para conseguirlo, no se trataba de teñir la empiria arqueológica argárica con un color interpretativo o especulativo diferente, sino de “trabajar” esa materialidad más allá de distinguir “agrupaciones de industrias” yuxtapuestas bajo la cobertura de una entidad cultural. Desde esta perspectiva, La Bastida ofrecía una rara oportunidad en la arqueología argárica de finales de la década de 1970: más de una decena de recintos habitacionales, algunos con información sobre sus contenidos, y con un centenar de tumbas distribuidas en su subsuelo; es decir, hallarse ante las “casas con sus tumbas”, algo tan propio de El Argar como, en aquel entonces, difícil de documentar.

En el trabajo de Lull, la presentación de los asentamientos y necrópolis argáricos se estructuraba según comarcas geo-ecológicas. La Bastida se incluía en el repaso de la situación en la cuenca del Guadalentín-Sangonera y, en concreto, en el grupo de la rambla de Lébor⁵⁶⁷. Lull procedió en primer lugar a combinar la información contenida en la monografía publicada por Martínez Santa-Olalla y su equipo en 1947, con los datos publicados por Ruiz Argilés y Posac en 1948 y 1956. Elaboró así una planta unitaria de los sectores excavados, en la cual ubicar en la medida de lo posible otras informaciones de distinto carácter (Fig. 95).

La primera tarea consistió en comprobar si la categoría “departamento”, empleada en la monografía de 1947, era sinónima de “recinto”. El resultado no

⁵⁶⁶. Lull (1980, 1981, 1983).

⁵⁶⁷. Lull (1983: 311-325).



^

Figura 95.

Planta unitaria de las estructuras habitacionales definidas en las campañas de 1944, 1945 y 1948 a cargo del SHPH. Los números indican la localización de las tumbas.

avaló esta equivalencia, puesto que los 21 departamentos sólo permitieron configurar 13 recintos. Entre éstos, no todos se hallaban conservados de igual modo, ni tampoco compartían una misma concepción arquitectónica. Además, y ello era de gran importancia, cinco mostraban un único nivel de ocupación (departamentos I, V, XII, XIV y XVII), mientras que los ocho restantes (departamentos III, VI, IX-X, XIII y XVIII) tuvieron, cuando menos, dos fases de enterramiento⁵⁶⁸. El análisis comparativo de datos funerarios, algunas observaciones aisladas y las secciones estratigráficas en distintas áreas de la excavación concluyeron con que sólo dos recintos testimoniaban dos momentos constructivos (VII-VIII y XI-XXI). La síntesis de todas estas informaciones permitió proponer una fasificación de las ocupaciones en La Bastida, algo que

568. Lull (1983: 314-315).

Martínez Santa-Olalla y equipo habían obviado arguyendo la “homogeneidad cultural” de los materiales exhumados, pero que resultaba básico para cualquier inferencia de orden social.

Según Lull, la Fase I mostraba predilección por los recintos de habitación absidales y, en cualquier caso, por el uso de estructuras murarias de trazado curvo en alguno de sus lienzos⁵⁶⁹. En la Fase II no se abandonan los recintos previos, sino que se rehacen o se compartimentan. Entre las fases I y II no se observa ningún hiato ocupacional, pese a los niveles de incendio en dos de las habitaciones, lo cual avalaría la impresión general de continuidad y homogeneidad subrayada por Martínez Santa-Olalla y su equipo⁵⁷⁰.

A continuación, Lull efectuó una serie de inferencias relativas a la dimensión tecnológica de la economía (agricultura, caza y ganadería, metalurgia, industria textil, entre otros sectores productivos) a partir de los materiales recuperados en habitaciones concretas o, genéricamente, en el sector excavado. Sin embargo, el trabajo sobre los datos no se limitaba a la reconstrucción del estado de las fuerzas productivas, sino que era manifiesta la intención de atisbar las relaciones de producción vigentes en el asentamiento. Resultó especialmente relevante el tratamiento del registro material relacionado con la producción metalúrgica, que se concentraba en el departamento XI-XXI con la presencia de escorias, hornos, un mazo y un molde. Lull mostró que el significado de este hallazgo no radicaba sólo en sí mismo, sino que su relevancia social quedaba definida al ser comparado con el equipaje material de las restantes habitaciones y, seguidamente, al comparar el valor social de los ajueres funerarios presentes en las tumbas asociadas a aquélla y a las demás⁵⁷¹. Al abordar el registro empírico de La Bastida, puso en práctica una metodología comparativa al servicio de la inferencia de relaciones sociales, en la cual las unidades de comparación eran conjuntos estructurados de objetos arqueológicos con sentido social.

Una de las conclusiones más interesantes que ofreció el análisis de La Bastida fue haber mostrado una desigualdad económica objetiva entre las unidades sociales que componían la comunidad⁵⁷². En virtud de ella, durante la Fase I el grupo que habitó la habitación XI-XXI se distinguió económicamente del resto por poseer mayor cantidad de medios de producción, mientras que, en la Fase II, a la diferenciación económica se añadió una dimensión política al hallarse un enterramiento infantil destacado (tumba 58) que revelaría el funcionamiento de reglas para la transmisión hereditaria de la posición económica.

⁵⁶⁹. Lull (1983: 315-316).

⁵⁷⁰. Lull (1983: 316).

⁵⁷¹. Lull (1983: 318-323).

⁵⁷². Lull (1983: 324-325).

Lull señaló que las evidencias de La Bastida no bastaban para hablar de una sociedad dividida en clases, pero sin duda la conclusión extraída abrió nuevas perspectivas de investigación que acabaron consolidando en publicaciones posteriores la idea dominante hoy en el estado de la cuestión, a saber, que la sociedad argárica desarrolló formas de desigualdad y explotación económica con un correlato en las relaciones políticas asimilable a la definición marxista del Estado.

Relevancia de La Bastida en la arqueología argárica

La entidad del yacimiento, patente para cualquiera en su extensión, localización geográfica y variedad de hallazgos, las publicaciones del SHPH y la lectura arqueológica y social de Lull fueron los principales factores para que la investigación del mundo argárico considerase La Bastida como uno de los asentamientos capitales de este grupo arqueológico⁵⁷³. En 1947, Bernardo Sáez se lamentaba extrañado por no poder recopilar más que un par de noticias referidas a La Bastida a raíz de los trabajos de Inchaurrendieta, pese a que su descubrimiento y noticia antecedió los trabajos de los hermanos Siret; además del resumen de Émile de Cartailhac (1886) que, a la postre, iba a propiciar el interés de los hermanos Siret, sólo una mención en *Primeros pobladores históricos de la Península Ibérica* (1890) de Francisco Fernández y González, y otra en *Geología y protohistoria ibéricas* (1893), de Juan Vilanova y Juan de Dios de la Rada era su exiguo balance⁵⁷⁴. La lista con los primeros ecos del yacimiento podría haberse ampliado a la referencia de Carlos Laxalde, quien en un artículo para “La Ilustración de Madrid” titulado “Primeros pobladores de España” y publicado el 15 de marzo de 1871, cita los importantes descubrimientos de Inchaurrendieta en La Bastida, antes de añadir premonitoriamente que “hechos de esa naturaleza ó quedan aislados y caen en el olvido, ó lo que es peor, se les mira con una glacial indiferencia capaz de aterrar al hombre de más tesón en trabajar por la ciencia”⁵⁷⁵. También Salvador Calderón, en su “Enumeración de los vertebrados fósiles de España” (1876), dedica una breve nota a los “dos cráneos en una urna funeraria de la Edad del bronce, y frontales de niño, así como dientes y muelas con corona plana”⁵⁷⁶, recogiendo así lo mencionado por Inchaurrendieta en la “Revista de la Universidad de Madrid” de 1870. Y, por último, el fugaz recuerdo a los trabajos de Inchaurrendieta expresado por Francisco Cánovas Cobeño en la última entrega del escrito titulado

⁵⁷³. Así, Emeterio Cuadrado (1947: 70) la mencionó tempranamente en uno de sus primeros artículos, dedicado a la expansión de la cultura argárica a través de Murcia, no dudando en atribuirle un estatuto urbano y señalando que fue tal vez el enclave argárico de mayor entidad. Para valoraciones similares, véanse, por ejemplo, Walker (1973: 362), Ayala (1981), Eiroa (1986: 377 y ss.).

⁵⁷⁴. Sáez (1947: 40, nota 15).

⁵⁷⁵. Laxalde (1871: 67).

⁵⁷⁶. Calderón (1876: 422).

“La Prehistoria”, aparecido en las páginas del “Liceo Lorquino” de diciembre de 1897⁵⁷⁷.

Es bien sabido que *Les premiers Âges* de los hermanos Siret elevaron a categoría internacional los hallazgos prehistóricos del sureste. Sin embargo, el lugar marginal de La Bastida en esta obra no contribuyó a que el yacimiento cobrase relevancia. En este sentido, tampoco las excavaciones de Juan Cuadrado, inéditas casi por completo, aumentaron sustancialmente el interés de la comunidad académica.

El panorama cambió sustancialmente desde los años 40 del siglo XX, cuando tras las excavaciones y publicaciones del SHPH, La Bastida aparece citado regularmente en cualquier estado de la cuestión de la Edad del Bronce en Murcia o en el sureste⁵⁷⁸ y, a menudo también, como referencia puntual en trabajos de carácter más especializado⁵⁷⁹.

La importancia de La Bastida también sirvió de acicate para la propuesta de un parque arqueológico didáctico presentado por M^a M. García López y fundamentalmente dirigido a la población escolar⁵⁸⁰. El hilo argumental giraba en torno a los hallazgos e informaciones derivados de las campañas de 1944, 1945 y 1948. En primer lugar, contemplaba la consolidación de las estructuras descubiertas en las campañas de excavación de la década de 1940. A continuación, se planteaba la restitución arquitectónica y de estructuras y equipos interiores. El proyecto incluía también el vallado del área arqueológica y la construcción de un “edificio de servicios museográficos” o “centro de información”, que cumpliría el cometido de dar la bienvenida a los visitantes y de ofrecer una introducción al mundo de El Argar en general y de La Bastida, en particular. También se preveía la dotación de aulas, laboratorios donde analizar futuros hallazgos y de una zona habilitada para replicar una excavación arqueológica, enfocada al alumnado escolar.

Según informa García López, el proyecto obtuvo financiación por parte de la Administración Central, pero quedó parado poco después de 2004 tras realizarse una primera intervención arqueológica de limpieza y consolidación a cargo de la empresa ArqueoTec⁵⁸¹, y de haber comenzado la construcción de

577. Cánovas Cobeño (1897: 358). Pese a que Cánovas se refiere a Inchaurrendieta como “antiguo amigo”, yerra al citar su nombre de pila (“Eugenio” por “Rogelio”).

578. Véanse, por ejemplo, Tarradell (1950: 73), Pericot (1950: 205), Bosch Gimpera (1954: 53), Arribas (1967: 102, 1968: 52), Gilman (1976: 308, 1987: 30, 32), Ayala (1980: 58 y ss.; 1981, 1986, 1991), Eiroa (1989: 77 y ss., 1994: 169, 2004a, b), Chapman (1991, 1995: 39), Lomba (1994: 267), Molina y Cámara (2004a: 460-462, 2004b).

579. Véanse, por citar sólo algunos ejemplos, Schubart (1976: 334, 335), Mathers (1986: apéndice 4.43, 1994: 28, fig. 1.5), Micó (1993), Montero (1992: tabla 2, 1994: 204-207, 1999: 344, 352), Risch y Ruiz Parra (1994: 86), Risch (1995), Martínez Rodríguez, Ponce y Ayala (1996), Contreras (2001: 69, 80), Ros (2003: 224 y ss.), Aranda y Esquivel (2006: 128), Bartelheim *et alii* (2012), Murillo (2013: 383, 433).

580. García López (2006).

581. Véase Martínez Sánchez (en este volumen).

las instalaciones que habrían de albergar el edificio de servicios. Cuando el actual “Proyecto La Bastida” dio inicio, a finales de 2008, dichas instalaciones se encontraban acabadas y completamente desocupadas.

8. CONCLUSIÓN



8. CONCLUSIÓN

Cuando comenzamos la investigación recogida en estas páginas, perseguíamos dos objetivos: identificar el paradero de las piezas halladas en La Bastida y recopilar la información relativa a las excavaciones efectuadas en el yacimiento durante los últimos 140 años, incluyendo también la de cualquier otra actividad que le hubiese afectado. No hay duda de que hemos conseguido mucho más de lo que imaginábamos, mediante una labor a veces detectivesca. Pero, además, unas pesquisas en principio estrictamente empíricas (¿quién, cuándo, dónde y cómo excavó?, ¿dónde están los hallazgos?) nos han ofrecido la oportunidad de repasar la historia de la arqueología en España y, de refilón, algunos episodios de la historia de este país en general.

De la mano de Inchaurreandieta y Siret, asistimos a la etapa en que la arqueología y, en especial, la arqueología prehistórica, comenzaba a articularse como actividad ordenada y rigurosa enfocada al conocimiento del pasado. Es interesante observar que esta labor fundamental no recayó en “gente de letras”, sino en profesionales técnicos, ingenieros en concreto, que aplicaron principios básicos de la documentación y análisis de los fenómenos físicos a conjuntos de objetos por entonces desconocidos. De especial mérito fueron los tempranos trabajos de Inchaurreandieta, aunque a falta de una mayor difusión quedaron eclipsados por la obra de los hermanos Siret. La Bastida no fue para ellos un yacimiento de referencia, al estar relativamente alejado de su radio de acción y haber sufrido ya por aquel entonces rebuscas y daños importantes. La historia de estas intervenciones, casi siempre anónimas y en ocasiones devastadoras, resulta insoslayable al referirse a La Bastida, aunque por encima de todas destacan las incluidas en el relato protagonizado por “El Corro” y “El Rosao”. Popularizadas por la pluma ágil de Juan Cuadrado, las peripecias de

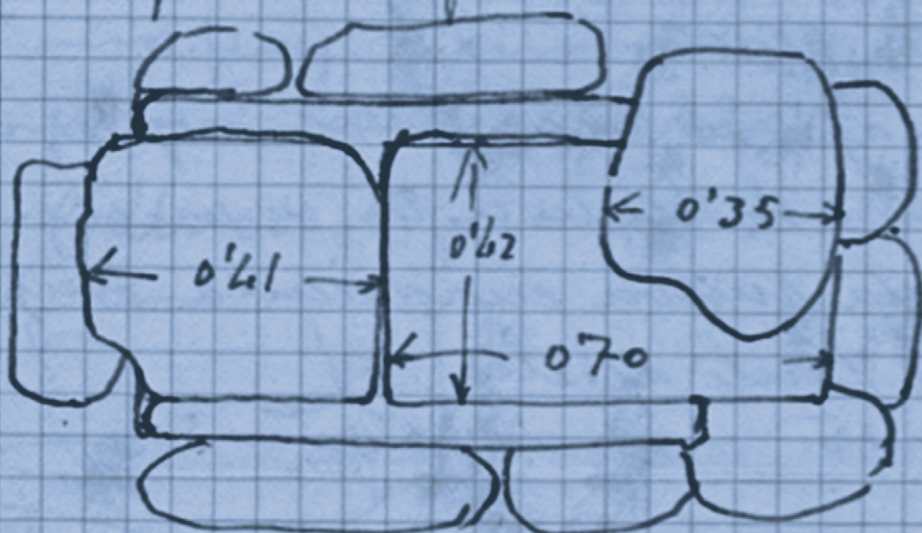
estos dos totaneros en torno a hallazgos y falsificaciones de objetos procedentes de La Bastida han conformado un ejemplo de picaresca con los ingredientes típicos del género: ingeniosos y pillos burladores, gitanos por más señas, burlados ricos e incautos y de nuevo burladores víctimas de su propia audacia. Sin embargo, hemos argumentado que la realidad pudo ser distinta, semejándose más a una floreciente industria del expolio arqueológico y del engaño orquestada por miembros de las clases acomodadas (Francisco Cayuela), que se beneficiaba de la demanda generada por coleccionistas públicos y privados.

Las excavaciones de Juan Cuadrado Ruiz aportaron una notable colección de objetos, pero, por desgracia, muy poca información acerca de su procedencia. Pese a ello, su experiencia pudo ser útil al equipo del Seminario de Historia Primitiva del Hombre que excavó La Bastida entre 1944 y 1950. Dirigidas las de 1944 y 1945 tan sólo nominalmente por Julio Martínez Santa-Olalla, e inédita la de 1950, han aportado hasta el momento la mayoría de la información publicada sobre el yacimiento. A estos trabajos hemos dedicado una buena parte del presente texto, presentando gran cantidad de documentos inéditos, analizando las circunstancias de su desarrollo, evaluando los resultados y, en ciertos casos, corrigiendo o matizando las informaciones publicadas. Dejando de lado las motivaciones políticas y personales que pudieron impulsar las excavaciones del SHPH en Murcia, son de valorar las aplicaciones metodológicas ensayadas durante aquellas campañas, en especial las dos primeras. No se ha destacado lo bastante que, hasta la puesta en marcha de diversos proyectos sobre arqueología prehistórica en el sureste a partir de la década de 1970, las excavaciones del SHPH habían proporcionado el registro más extenso sobre estructuras de habitación argáricas y la trama urbana de los grandes asentamientos en cerro. Por otro lado, hemos constatado también que el rigor metodológico no siempre se tradujo en una secuencia acertada de las ocupaciones prehistóricas en La Bastida lo que, a su vez, condicionó erróneamente ulteriores interpretaciones sobre el origen de la sociedad argárica.

Los objetos hallados a lo largo de más de un siglo de excavaciones y rebuscas emprendieron periplos que han acabado por configurar una auténtica diáspora: Bruselas, Gante, Madrid, Almería, Murcia, Lorca, Cartagena y Mazarrón son los museos públicos que custodian piezas de La Bastida, una lista a la que habría que añadir la casa-museo Arrese en Corella y un número indeterminado de colecciones privadas. Hemos de congratularnos por haber sido capaces de identificar como procedentes de La Bastida un buen número de piezas

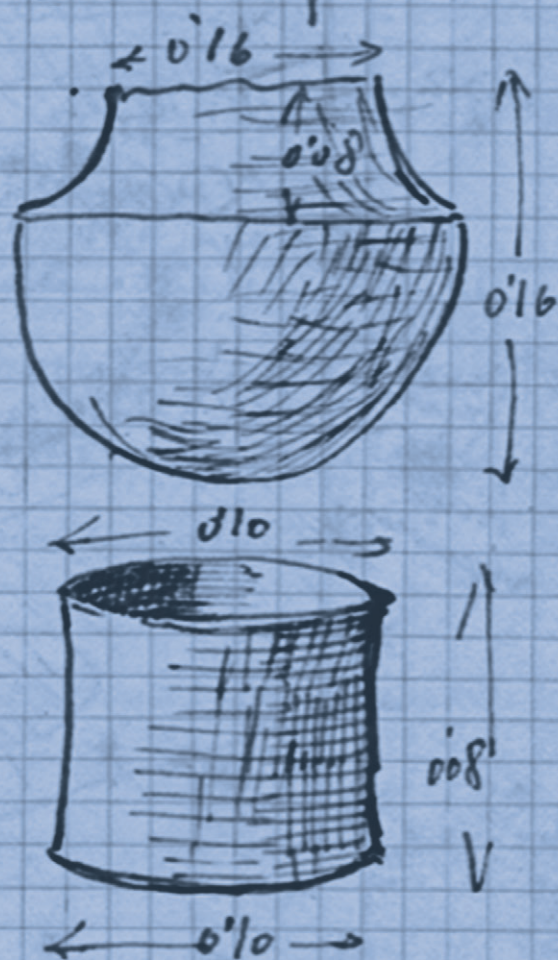
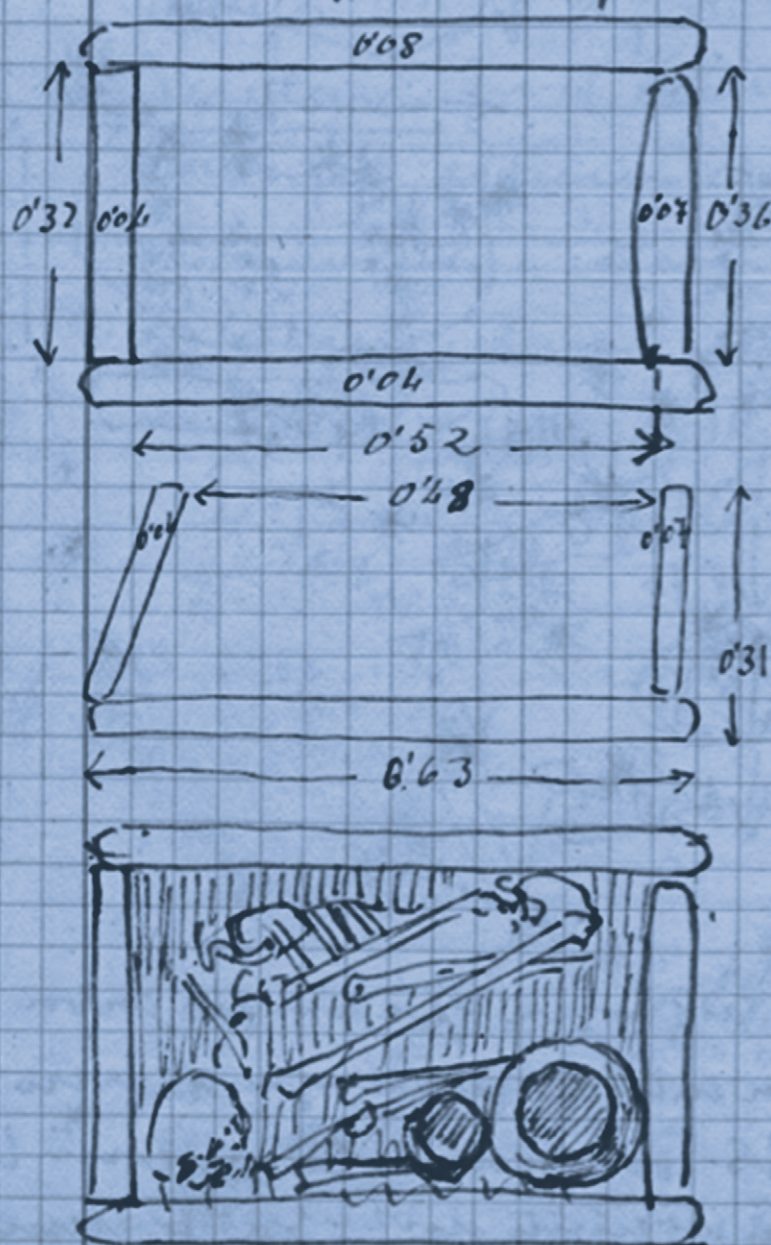
anónimas o mal catalogadas y, también, de contar hoy en día con información segura sobre su paradero. Ello indica lo mucho que resta por descubrir en archivos y museos, y permite comenzar a idear programas de estudios analíticos centrados en conjuntos amplios de piezas. Sin embargo, esa misma diáspora debería servir como enseñanza respecto a los perjuicios que ocasiona la falta de continuidad de las iniciativas arqueológicas y las deficiencias en cuanto al depósito y la vigilancia de los yacimientos y de los objetos descubiertos. La Bastida reúne las condiciones para convertirse en un yacimiento de referencia científico, educativo, museístico y cultural para nuestro pasado. Así lo consideraron los miembros del SHPH en los años 40, la Diputación de Murcia en los 60 e investigadoras como García López en los 80 y 90. Compartimos con todas estas personas e instituciones el mismo objetivo, y esperemos que ahora este empeño tenga la continuidad que merece.

Ajinas: Varilla grandes base semicircular
y cuello rectangular y boca pequeña. Pared
de paredes ligeramente curvadas y base idé-



unos gramos
de color
de unos de ave

Disposición de las loras que cubrían la cista
en las piezas que rodeaban la caja.



9. BIBLIOGRAFÍA

Aguilar, M.

(1945), "La Escuela de Ingenieros de Caminos y Madrid", *Revista de Obras Publicas*, 93, tomo I (2757), pp. 107-113.

Almagro Gorbea, M., Casado, D., Fontes, F., Mederos, A. y Torres, M.

(2004), *Prehistoria. Antigüedades Españolas I*. Real Academia de la Historia, Madrid.

Almagro Gorbea, M.

(2011), "Luis Siret y la Real Academia de la Historia", en Cano, J. A. (ed.), *Almería, un museo a cielo abierto. La importancia de nuestra provincia en la historia de la Arqueología*. Instituto de Estudios Almerienses, Almería, pp. 13-35.

Alonso del Real, C.

(1954), "Informe del Secretario de la Comisaría General", en *Actas de la II Asamblea Nacional de Comisarios de Excavaciones Arqueológicas 1951*, Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, Informes y Memorias nº 29, pp. 19-37.

Aranda, G. y Esquivel, J. A.

(2006), "Ritual funerario y comensalidad en las sociedades de la Edad del Bronce del sureste peninsular: la cultura de El Argar", *Trabajos de Prehistoria*, 63 (2), pp. 117-133.

Arrese y Magra, J. L. de

(1978), *Arqueología. Catálogo de la colección*. Fundación Arrese-Institución Príncipe de Viana, San Sebastián.

Arribas, A.

(1967), "La Edad del Bronce en la Península Ibérica", en Gómez Tabanera, J. M. (ed.), *Las raíces de España*. Instituto Español de Antropología Aplicada, Madrid, pp. 85-108.

Arribas, A.

(1968), "Las bases económicas del Neolítico al Bronce", en Tarradell, M. (ed.), *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*. Vicens Vives, Barcelona, pp. 33-60.

Arribas, A., Pareja, E., Molina, F., Arteaga, O. y Molina Fajardo, F.

(1974), Excavaciones en el poblado de La Edad Del Bronce "Cerro De La Encina" Monachil (Granada) (El Corte Estratigráfico Nº 3). Excavaciones Arqueológicas en España, Madrid.

Ayala, M^a M.

(1980), "La plenitud de la metalurgia del bronce: la cultura argárica", en *Historia de la Región de Murcia*. Ediciones Mediterráneo, Murcia, pp. 55-102.

Ayala, M^a M.

(1981), "La cultura del Argar en la provincia de Murcia", *Anales de la Universidad de Murcia*, XXXVIII, nº 4, pp. 147-192.

Ayala, M^a M.

(1986), "La cultura de El Argar en Murcia. Datos actuales. Un avance para su estudio", en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cul-

tura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 329-340.

Ayala, M^a M.

(1991), *El poblamiento argárico en Lorca. Estado de la cuestión*. Real Academia Alfonso X El Sabio, Murcia.

Ayala, M^a M. y Jiménez Lorente, S.

(2005), "Las cazoletas del yacimiento de la Edad del Bronce La Bastida de Totana", *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 21, pp. 39-49.

Ayarzagüena, M.

(1994), "Luis Siret, un ingeniero de minas belga en España", *Revista de Arqueología*, 162, pp. 48-53.

Bachmann, H.-G.

(2000), "Acerca de la arqueometalurgia en el ámbito de Fuente Álamo", en, Schubart, H., Pingel, V. Y Arteaga, O., *Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas 1977-1991 en el poblado de la Edad del Bronce*. Junta de Andalucía, Sevilla, p. 171-182.

Bayonas, A.

(2010), "Rogelio Inchaurrendieta Pérez", *Revista del Casino de Madrid*, 62, pp. 27-31.

Bates, W.

(1914), "Archaeological Discussions. Summaries of original articles chiefly in current publications", *American Journal of Archaeology*, 18 (4), pp. 499-550.

Beltrán, A.

(1945a), "De nuevo sobre las falsificaciones de Totana", *Publicaciones de la Junta Municipal de Arqueología de Cartagena*, 1, pp. 31-32.

Beltrán, A.

(1945b), "Museo Arqueológico Municipal de Cartagena (Murcia)", *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, V, pp. 199-201.

Beltrán, A.

(1945c), "El nuevo Museo Arqueológico Municipal de Cartagena", *Boletín Arqueológico del Sur este Español*, 1, pp. 4-12.

Beltrán, A.

(1946a), "Museo Arqueológico Municipal de Cartagena (Murcia)", *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, VI, pp. 181-193.

Beltrán, A.

(1946b), "Inauguración del nuevo local del Museo de Cartagena", *Archivo Español de Arqueología*, 1946, pp. 159-160.

Beltrán Lloris, M.

(2008), "Antonio Beltrán: *genitor museorum*", *Caesaraugusta*, 79, pp. 155-182.

Berlanga, M.-R. de

(1902), "Estudios epigráficos", *Revista de la Asociación Artístico-Arqueológica-Barcelonesa*, Volumen 3^o, Año 1901-1902, pp. 185-210.

Berlanga, M.-R. de

(1903), "Tres objetos malacitanos de cronología incierta", *Bulletin hispanique*, 5 (3), pp. 213-230.

Bartelheim, M., Contreras, F., Moreno, A., Muriillo-Barroso, M. y Pernicka, E.

(2012), "The silver of the South Iberian El Argar Culture: A first look at production and distribution", *Trabajos de Prehistoria*, 69 (2), pp. 293-309.

Bosch-Gimpera, P.

(1929), *El Arte en España: guía de la sección España primitiva del museo del Palacio Nacional*. Museo del Palacio Nacional-Exposición Internacional de Barcelona, 1929. Herma, Barcelona. (<http://ddd.uab.cat/record/59791>)

Bosch-Gimpera, P.

(1954), "La Edad del Bronce en la Península Ibérica", *Archivo Español de Arqueología*, XXVII, pp. 45-92.

Bittel, K., Junghans, S., Otto, H., Sangmeister, E. y Schröder, M.

(1968), *Studien zu den Anfängen der Metallurgie (Band 2 – Teil 3)*. Gebr. Mann, Berlín.

Blance, B.

(1971), *Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel*, Studien zu den Anfängen der Metallurgie, 4, Berlín.

Brandherm, D.

(2003), *Die Dolche und Stabdolche der Steinkupfer- und der älteren Bronzezeit auf der Iberischen Halbinsel*. Prähistorische Bronzefunde VI, 12, Franz Steiner, Stuttgart.

Buikstra, J., Castro, P., Chapman, R., Gale, N., González Marcen, P., Grant, A., Jones, M., Lull, V., Pícazo, M., Risch, R., Sanahuja, M^a E. y Stos-Gale, S.

(1991), "Proyecto Gatas, II Fase: Informe preliminar del estudio de los materiales", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1989*, II, pp. 214-218.

Calderón, S.

(1876), "Enumeración de los vertebrados fósiles de España", *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, 5, pp. 413-443.

Cánovas Cobeño, F.

(1897), "La Prehistoria (Conclusión)", *El Liceo Lorquino*, XLIX, pp. 356-359.

Cardito Rollán, L. M^a, Castelo Ruano, R., Panizo Arias, I., Rodríguez Casanova, I.

(1997), "Julio Martínez Santa-Olalla: Vinculación y contribución a los organismos e instituciones arqueológicas españolas de posguerra", *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, pp. 573-580.

Carrilero, M. y Suárez Márquez, Á.

(1997), *El territorio almeriense en la prehistoria*. Instituto de Estudios Almerienses, Almería.

Cartailhac, É. de

(1886), *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*. C. H. Reinwald Librairie, París (pp. sobre Totana: 294-296).

Casanova, D. A.

(1965), *Un belga en España. Luis Siret y el sudeste milenario*. Real Sociedad Geográfica, Madrid.

Castelo, R., Cardito, L., Panizo, I. y Rodríguez Casanova, I.

(1995), "Julio Martínez Santa-Olalla. Vinculación y contribución a los organismos e instituciones arqueológicas españolas de posguerra", en Mora, G. y Díaz-Andreu, M. (eds.), *La cristalización*

del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España. Universidad de Málaga, Málaga, pp. 573-580.

Castelo, R., Cardito, L., Panizo, I. y Rodríguez Casanova, I.

(1995), *Julio Martínez Santa-Olalla. Crónica de la Cultura Arqueológica de la Posguerra Española*. StockCero. Madrid.

Cereijo, M.

(1992), "Las sepulturas de La Bastida de Totana", en García López, M^a M., *La Bastida de Totana. Estudio de materiales arqueológicos inéditos*. Universidad de Murcia, Murcia, pp. 207-210.

Contreras, F.

(2001), "El mundo de la muerte en la Edad del Bronce. Una aproximación desde la cultura argárica", en ... *Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*. Caja de Ahorros del Mediterráneo, Alicante, pp. 67-85.

Cuadrado Díaz, E.

(1947), "La expansión de la cultura de El Argar a través de Murcia", *Boletín Arqueológico del Sudeste Español*, 8-11, pp. 66-72.

Cuadrado Díaz, E.

(1986), "Introducción a los estudios argáricos en tierras de Murcia. Una mirada retrospectiva", en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 317-327.

Cuadrado Ruiz, J.

(1927 - inédito), *Solicitud a la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades para los trabajos en La Bastida (Totana), remitida a Madrid en septiembre de 1927*. Cuaderno de 12 hojas manuscrito custodiado en el archivo familiar en Vera (Almería) (consulta facilitada en diciembre de 2009 por el bisnieto del autor, Ignacio Martín Lerma).

Cuadrado Ruiz, J.

(1930), "El yacimiento eneolítico de "Los Blanquizaes de Lébor", en la provincia de Murcia", *Archivo Español de Arte y Arqueología*, VI, pp. 51-56.

Cuadrado Ruiz, J.

(1977), *Apuntes de arqueología almeriense*. Cajal, Almería.

Cuadrado Ruiz, J.

(1986), *De arqueología y otras cosas*. Cajal, Almería.

Cuadrado Ruiz, J.

(1986 [1933]), „Muerte de un hipanófilo ilustre“, en *De arqueología y otras cosas*. Cajal, Almería, pp. 137-140 [publicado inicialmente en el diario *La Independencia*, 7-XI-1933].

Cuadrado Ruiz, J.

(1935), „Noticia sobre algunos yacimientos prehistóricos en la provincia de Murcia“, *Boletín de la Junta de Patronato del Museo Provincial de Bellas Artes de Murcia*, nº XIII, pp. 30-37.

Cuadrado Ruiz, J.

(1945), “Las falsificaciones de Objetos Prehistóricos en Totana (Murcia)”, *Boletín Arqueológico del Sudeste Español*, 1, pp. 19-42.

Cuadrado Ruiz, J.

(1947), “Algunos yacimientos prehistóricos de la zona Totana-Lorca”, *Boletín Arqueológico del Sudeste Español*, 3, pp. 56-65.

Cuadrado Ruiz, J.

(1949), *Una visita al Museo Arqueológico Provincial de Almería. Avance al catálogo definitivo de sus fondos y colecciones*. Imprenta Caparrós, Almería.

Cuadrado Ruiz, J. y Vayson de Pradenne, A.

(1931), “Un Glozel espagnol. Les falsifications d'objets préhistoriques à Totana (Espagne)”, *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 28, nº 9, pp. 371-389.

Cuadrado Ruiz, J.

(1986), “Las estaciones prehistóricas del término de Lentegí (Granada)”, en Cuadrado Ruiz, J., *De Arqueología y otras cosas*. Editorial Cajal, Almería, pp. 87-99.

Chapman, R. W.

(1978), “The evidence for prehistoric water control in south-east Spain”, *Journal of Arid Environments*, 1, pp. 261-274.

Chapman, R. W.

(1981), “Archaeological theory and communal burial in prehistoric Europe”, en Hammond, N., Hodder, I. y Isaac, G. (eds.), *Pattern of the Past: Studies in Honor of David Clarke*. Cambridge University Press, Cambridge, pp. 387-411.

Chapman, R. W.

(1991 [1990]), *La formación de las sociedades complejas*. Crítica, Barcelona.

Chapman, R. W.

(1995), “Urbanism in Copper and Bronze Age Iberia?”, en Cunliffe, B. y Keay, S. (eds.), *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia. From the Copper Age to the Second Century AD. Proceedings of the British Academy*, 86, pp. 29-46.

Dalmaso, D.

(2011), “Utilización de escorias siderúrgicas en suelos agrícolas de la región pampeana argentina”, *Revista Acero Latinoamericano*, oct-nov. 2011, pp. 30-33.

Díaz-Andreu, M.

(1993), “Theory and Ideology in Archaeology: Spanish Archaeology under the Franco Regime”, *Antiquity*, 67, pp. 74-82.

Díaz-Andreu, M.

(2003), “Arqueología y dictaduras: Italia, Alemania y España”, en Wulff, F. y Alvarez Martí-Aguilar, M. (eds), *Antigüedad y franquismo (1936-1975)*. Diputación Provincial de Málaga, Málaga, pp. 33-74.

Díaz-Andreu, M.

(2007), “Internationalism in the invisible college. Political ideologies and friendships in archaeology”, *Journal of Social Archaeology*, 7 (1), pp. 29-48.

Díaz-Andreu, M.

(2008), “Las relaciones entre la arqueología española y británica (1920s-1970s)”, en Mora, G., Papí, C. y Ayarzagüena, M. (eds.), *Documentos inéditos para la Historia de la Arqueología. Memorias de la Sociedad Española de Historia de la Arqueología 1*. Sociedad Española de Historia de la Arqueología, Madrid, pp. 117-127.

Díaz-Andreu, M.

(2011), "La Historia de la Prehistoria andaluza durante el periodo franquista (1939-1975)", *Memorial Luis Siret. I Congreso de Prehistoria de Andalucía. La tutela del patrimonio prehistórico*. Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 39-72.

Díaz-Andreu, M. y Ramírez Sánchez, M.

(2001), "La Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas (1939-1955). La administración del patrimonio arqueológico en España durante la primera etapa de la dictadura franquista", *Complutum*, 12, pp. 325-343.

Díaz-Andreu, M. y Ramírez Sánchez, M.

(2004), "Archaeological Resource Management Under Franco's Spain. The Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas", en Galaty, M. L. y Watkinson, Ch. (eds.), *Archaeology Under Dictatorship*. Kluwer/Plenum, Nueva York, pp. 109-130.

Eiroa, J. J.

(1986), "Aproximación a los modelos sociales de la Edad del Bronce en el Sureste", *Historia de Cartagena*, vol. II, Ediciones Mediterráneo, Murcia, pp. 354-404.

Eiroa, J. J.

(1989), *Urbanismo protohistórico de Murcia y el sureste*. Universidad de Murcia, Murcia.

Eiroa, J. J.

(1994), "Novedades sobre el Calcolítico y Bronce Antiguo en Murcia", en Castro, L. y Reboreda, S. (eds.), *Edad del Bronce*. Actas del Curso de Verano da la Universidad de Vigo, celebrado en Xinzo de Limia, 6/8 Julio 1993. Xinzo de Limia, pp. 155-193.

Eiroa, J. J.

(2004a), *La Edad del Bronce en Murcia*. Real Academia Alfonso X El Sabio, Murcia.

Eiroa, J. J.

(2004b), "La Edad del Bronce en la Región de Murcia", en Hernández Alcaraz, L. y Hernández Pérez, M. (eds.), *La Edad del Bronce en tierras valencianas y áreas limítrofes*. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Villena, pp. 399-427.

Eiroa, J. J. y Lomba, J.

(1997/1998), "Dataciones absolutas para la Prehistoria de la Región de Murcia. Estado de la cuestión", *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 13-14, pp. 81-118.

Fernández de Avilés, A.

(1941), "Más sobre las falsificaciones de Totana", *Correo Erudito. Gaceta de las Letras y de las Artes*, II, vol. II, entrega nº 10, pp. 139-141.

Fortea, J.

(1984), "Curriculum vitae del Prof. Dr. Francisco Jordá Cerdá", en Fortea, J. (ed.) *Scripta Praehistorica Francisco Jorda Oblata*. Universidad de Salamanca. Salamanca, pp. 11-15.

García Cano, J. M.

(2006), *Pasado y presente del patrimonio arqueológico en la Región de Murcia*. Fundación Centro de Estudios Históricos e Investigaciones Locales de la Región de Murcia, Murcia.

García López, M^a M.

(1986), *Estudio analítico de la cerámica de La Bastida de Totana*. Tesis de licenciatura. Universidad de Murcia, Murcia.

García López, M^a M.

(1992), *La Bastida de Totana: estudio de materiales arqueológicos inéditos*. Universidad de Murcia, Murcia.

García López, M^a M.

(2006), "Proyecto del parque arqueológico didáctico de La Bastida de Totana", *XVII Jornadas de Patrimonio Histórico*, pp. 483-491.

Gilman, A.

(1976), "Bronze Age dynamics in southeast Spain", *Dialectical Anthropology*, I, pp. 307-319.

Gilman, A.

(1987), "El análisis de clase en la Prehistoria del Sureste", *Trabajos de Prehistoria*, 44, pp. 27-34.

Gilman, A. y Thornes, J. B.

(1985a), *Land use and prehistory in South-east Spain*. Allen and Unwin, Londres.

Gilman, A. y Thornes, J. B.

(1985b), *El uso del suelo en la prehistoria en el sudeste de España*. Fundación Juan March. Madrid.

Goberna, M^a V.

(1985), "Arqueología y Prehistoria en el País Valenciano: aportaciones a la historia de la investigación", *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*. Anejo a *Lucentum*. Secretariado de Publicaciones Universidad de Alicante, pp. 5-72.

Goberna, M^a V.

(1986), "Los estudios de la Prehistoria durante la segunda mitad del siglo XIX y primeros años del XX: La obra de Luis Siret", en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 28-34.

Gómez Ródenas, M^a A.

(2001), "Región de Murcia", en Mora, G., Tortosa, T y Gómez Ródenas, *Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Valencia. Murcia. Catálogo e índices*. Real Academia de la Historia, Madrid, pp. 141-231.

González Fernández, R. y Martínez Cavero, P.

(2010), "Las inscripciones latinas de Totana (Murcia) en la correspondencia y en los apuntes del presbítero José María Bellón (1816-1894)", *Documenta & Instrumenta*, 8, pp. 115-144.

González Guerao, J. A.

(2009), "La arqueología de Totana a través de las fuentes escritas", *Cuadernos de La Santa*, 11, pp. 219-226.

González Simancas, M.

(1997 [1907]), *Catálogo Monumental de España. Provincia de Murcia*. Colegio Oficial de Arquitectos de Murcia, Murcia.

Gracia, F.

(2008), "Relations between Spanish Archaeologists and Nazi Germany (1939-1945). A preliminary examination of the influence of *Das Ahnen-erbe* in Spain", *Bulletin of the History of Archaeology*, 18 (1), pp. 4-24 (doi: 10.5334/bha.18102).

Gracia, F.

(2009), *La arqueología durante el primer franquismo (1939-1956)*. Bellaterra, Barcelona.

Gracia, F.

(2012), *Arqueologia i política. La gestió de Martín Almagro Basch al capdavant del Museu Arqueològic Provincial de Barcelona (1939-1962)*. Universitat de Barcelona, Barcelona.

Grima, J.

(2011), "Formación, avatares y venta de la primera colección arqueológica de los hermanos Siret", en Cano, J. A. (ed.), *Almería, un museo a cielo abierto. La importancia de nuestra provincia en la historia de la Arqueología*. Instituto de Estudios Almerienses, Almería, pp. 109-158.

Herguido, C.

(1994), *Apuntes y documentos sobre Enrique y Luis Siret, ingenieros y arqueólogos*. Instituto de Estudios Almerienses, Almería.

Hernández Carrión, E.

(2011), "Los falsarios y las falsificaciones de Totana. La colección del Museo Municipal "Jerónimo Molina" de Jumilla (Murcia)", en *¿Hombres o Dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, Alcalá de Henares, pp. 298-311 y 496.

Inchaurrandieta, R. de

(1868a), "Fósiles encontrados en el terreno mioceno de Madrid", *Revista de Obras Públicas*, 16, tomo I (15), pp. 173-175.

Inchaurrandieta, R. de

(1868b), "Fósiles encontrados en el terreno mioceno de Madrid", *Revista de Obras Públicas*, 16, tomo I (17), pp. 197-199.

Inchaurrandieta, R. de

(1869), *Aplicaciones de la geología a la práctica del ingeniero de caminos*. Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, Madrid.

Inchaurrandieta, R. de

(1870), "Estudios Pre-Históricos. La Edad del Bronce en la prov. de Murcia", *Boletín-Revista de la Universidad de Madrid*, II, nº 13, pp. 806-815.

Inchaurrendieta, R. de

(1875), "Notice sur la montagne funéraire de La Bastida – Province de Murcie (Espagne)", *Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistorique*. Copenhague (1869), Imprimerie de Thiele, pp. 344-350.

Inchaurrendieta, R. de

(1901), "La geología y el ingeniero de caminos", *Revista de Obras Públicas*, 48, tomo I (1331), pp. 105-107.

Jordá Pardo, J. F.

(2004), "Francisco Jordá Cerdá: Cincuenta años de investigación arqueológica en la Península Ibérica", en Flor, G. y Rodríguez Asensio, J. A. (eds.), *XI Reunión Nacional de Cuaternario. Oviedo (Asturias), 2 - 3 y 4 de julio 2003*. Asociación Española para el Estudio del Cuaternario y Universidad de Oviedo. Oviedo, pp. 1-7.

Kunter, M.

(1990), *Menschliche Skelettreste aus Siedlungen der El Argar-Kultur*. Philipp Von Zabern, Maguncia.

Lanuve, R. A.

(1932), "Campamento de Espuña. La excursión a Aledo", *El Tiempo. Diario de Información*, nº 7867 (miércoles 20 de julio de 1932), p. 1.

Laxalde, C.

(1871), "Primeros pobladores de España", *La Ilustración de Madrid*, año II, nº 29.

Leira, R.

(1985), "Historia de la colección", en *Exposición homenaje a Luis Siret 1860-1934*. Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 24-39.

Lomba, J.

(1994), "Bronce Tardío y Bronce Final", en Eiroa, J. J. (ed.), *Prehistoria de la Región de Murcia*. Universidad de Murcia, Murcia, pp. 263-287.

Lomba, J.

(1995-1996), "El marco historiográfico: el Calcolítico en la Región de Murcia", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, nº 11-12, pp. 23-37.

Lomba, J., Martínez Rodríguez, A., Ponce, J., Pujante, A. y Sánchez González, M^a J.

(1996), "Prospección arqueológica rambla de Lébor 90", *Memorias de Arqueología*, V, pp. 743-763.

López Almagro, J.

(1924), "¿Dónde está mi Murcia? III", *El Liberal*, nº 8023 (jueves, 18 de diciembre de 1924), p. 1.

López Azorín, F.

(2012), *Murcia y sus científicos en la Real Sociedad española de Historia Natural (1871-1940)*. Fundación Séneca, Murcia.

Lull, V.

(1983), *La "cultura" de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*. Akal. Madrid.

Lull, V. y Estévez, J.

(1986), "Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas", *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 441-452.

Lull, V., Micó, R., Rihuete, C. y Risch, R.

(2010), "Metal and Social Relations of Production in the 3rd and 2nd Millennium BCE in the Southeast of the Iberian Peninsula", *Trabajos de Prehistoria*, 67, 2, pp. 323-347.

Lull, V., Micó, R., Rihuete, C. y Risch, R.

(2011), "Proyecto La Bastida: economía, urbanismo y territorio de una capital argárica", *Verdo lay*, 13, pp. 57-70.

Lull, V., Micó, R., Rihuete, C. y Risch, R.

(2014), "The La Bastida fortification: new light and new questions on Early Bronze Age societies in the western Mediterranean", *Antiquity*, 88, pp. 395-410.

Llopis, J.

(1951), "Nuevos ejemplares de la falsificación totanera", *Crónica del VI Congreso Arqueológico del Sudeste Español. Alcoy, 1950*. Cartagena, pp. 41-42.

Maertens de Noordhout, J.

(1938), *Catalogue du Musée des Antiquités de l'Université de Gand*. Imprimerie de Scheema-ecker, Gante.

Maicas, R. y Papí, C.

(2008), "*Facta non verba*. Estudio preliminar del archivo Siret del Museo Arqueológico Nacional: principales documentos arqueológicos", en Mora, G., Papí, C. y Ayarzagüena, M. (eds.), *Documentos inéditos para la historia de la arqueología*. Memorias de la Sociedad Española de Historia de la Arqueología, Madrid, pp. 49-66.

Maier, J.

(1996), "En torno a la génesis de la arqueología protohistórica en España. Correspondencia entre Pierre Paris y Jorge Bonsor", *Mélanges de la Casa de Velazquez*, 32, 1, pp. 1-34.

Mariën, M. E. y Ullrich-Closset, M.

(1985), *Du néolithique à l'âge du Bronze dans le sud-est de l'Espagne. Collection Siret*. Musées Royaux d'Art et d'Histoire, Bruselas.

Martín Lerma, I.

(2011), "Juan Cuadrado Ruiz: un almeriense para la historia", en Cano, J. A. (ed.), *Almería, un museo a cielo abierto. La importancia de nuestra provincia en la historia de la Arqueología*. Instituto de Estudios Almerienses, Almería, pp. 101-107.

Martín Moreno, S.

(1994), "La Escuela de Caminos del Cerrillo de San Blas", *Revista De Obras Publicas*, 141 (nº 3338), pp. 75-87.

Martín Nieto, P.

(2001), "Documentación de la colección Siret conservada en el Museo Arqueológico Nacional", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 19, pp. 227-255.

Martínez Cervero, P.

(1997), *Aproximación a la Prehistoria e Historia Antigua de Totana*. Ayuntamiento de Totana, Totana.

Martínez Rodríguez, A., Ponce, J. y Ayala, M^a M.

(1996), *Las prácticas funerarias de la cultura argárica en Lorca, Murcia*. Caja de Ahorros de Murcia-Ayuntamiento de Lorca, Lorca.

Martínez Santa-Olalla, J.

(1946), *Esquema paleontológico de la Península Ibérica (2ª edición)*. Publicaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre, Madrid.

Martínez Santa-Olalla, J.

(1947a), "Antecedentes", en Martínez Santa-Olalla, J., Sáez Martín, B., Posac, C., Sopranis, J. A. y del Val, E., *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II, de La Bastida de Totana*. Ministerio de Educación Nacional, Informes y Memorias nº 16, Madrid, pp. 7-12.

Martínez Santa-Olalla, J.

(1947b), "El cabezo de La Bastida de Lébor", en Martínez Santa-Olalla, J., Sáez Martín, B., Posac, C., Sopranis, J. A. y del Val, E., *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II, de La Bastida de Totana*. Ministerio de Educación Nacional, Informes y Memorias nº 16, Madrid, pp. 25-27.

Martínez Santa-Olalla, J.

(1947c), "Las excavaciones en el siglo XX", en Martínez Santa-Olalla, J., Sáez Martín, B., Posac, C., Sopranis, J. A. y del Val, E., *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II, de La Bastida de Totana*. Ministerio de Educación Nacional, Informes y Memorias nº 16, Madrid, pp. 43-46.

Martínez Santa-Olalla, J. y Sáez Martín, B.

(1947), "Orígenes anatolio-egipcios y orientales del Bronce Mediterráneo Hispánico", en Martínez Santa-Olalla, J., Sáez Martín, B., Posac, C., Sopranis, J. A. y del Val, E., *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II, de La Bastida de Totana*. Ministerio de Educación Nacional, Informes y Memorias nº 16, Madrid, pp. 121-158.

Martínez Santa-Olalla, J., Sáez Martín, B., Posac, C., Sopranis, J. A. y del Val, E.

(1947), *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II, de La Bastida de Totana*. Ministerio de Educación Nacional, Informes y Memorias nº 16, Madrid.

Mathers, C.

(1984a), "Linear regression, inflation and prestige competition: second millennium transformations in south-east Spain", en Waldren, W., Chapman, R., Lewthwaite, J. y Kennard, R-C. (eds.), *The Deya conference of Prehistory. Early settlement in the western mediterranean islands and their peripheral areas. Part IV*, BAR International Series, 229, Oxford, pp. 1167-1196.

Mathers, C.

(1984b), „Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practice in south-eastern Spain“, en Blaff, T. F. C., Jones, R. F. J. y Keay, S. J. (eds.), *Papers in Iberian archaeology*. British Archaeological Reports, International Series, 193 (1). Oxford, pp. 13-46.

Mathers, C.

(1986), *Regional Development and Interaction in South-East Spain (6000-1000 b.c.)*. Tesis doctoral, Universidad de Sheffield.

Mathers, C.

(1994), “Goodbye to All That?: Contrasting Patterns of Change in the South-East Iberian Bronze Age c. 24/2200-600 BC“, en Mathers, C. y Stoddart, S. (eds.), *Development and Decline in the Mediterranean Bronze Age*. Sheffield Archaeological Monographs, 8, Sheffield Academic Press, Sheffield, pp. 21-71.

Mederos, A.

(2003/2004), “Julio Martínez Santa-Olalla y la interpretación ariana de la Prehistoria de España (1939-1945)“, *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 69/70, pp. 13-55.

Mederos, A.

(2012), “El periplo académico de Julio Martínez Santa-Olalla en la década de los cincuenta“, en Roldán, L. y Blánquez, J. (eds.), *Julio Martínez Santa-Olalla y el descubrimiento arqueológico de Carteia*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, pp. 69-81.

Mederos, A.

(2014), “El espejismo nacional-socialista. La relación entre dos catedráticos de Prehistoria, Oswald Menghin y Julio Martínez Santa-Olalla (1935-1952)“, *Trabajos de Prehistoria*, 71, (2), pp. 199-220.

Mederos, A. y Escribano, G.

(2011), *Julio Martínez Santa-Olalla, Luis Diego Cuscoy y la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas en Canarias Occidentales (1939-1955)*. Canarias Arqueológica, Monografías 5, Museo Arqueológico de Tenerife, Tenerife.

Melgares, J. A.

(1978), “Una nueva falsificación totanera hallada en Caravaca de la Cruz (Murcia)“, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXXI, nº 2, pp. 427-431.

Mezquíriz, M^a A.

(1954), “Un museo en Corella“, *Príncipe de Viana*, 56-57, pp. 343-344.

Micó, R.

(1993), *Pensamientos y prácticas en las arqueologías contemporáneas: normatividad y exclusión en los grupos arqueológicos del III y II milenios cal ANE en el sudeste de la península ibérica*. Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra.

Miguel, F. J. De, Patón, D., Cereijo, M. y Moreno, R.

(1992), “Informe faunístico del yacimiento de “La Bastida de Totana” (Murcia)“, en García López, M^a M., *La Bastida de Totana: estudio de materiales arqueológicos inéditos*. Universidad de Murcia, Murcia, pp. 185-206.

Millán, C.

(1949), “La obra del Seminario de Historia Primitiva del Hombre en el Sureste español“, *I Congreso Nacional de Arqueología*. Almería, pp. 49-52.

Molina, F. y Cámara, J. A.

(2004a), “La cultura de El Argar en el área occidental del sureste“, en Hernández Alcaraz, L. y Hernández Pérez, M. (eds.), *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*. Instituto Alicante de Cultura Juan Gil-Albert, Villena, pp. 455-470.

Molina, F. y Cámara, J. A.

(2004b), “Urbanismo y fortificaciones en la Cultura de El Argar. Homogeneidad y patrones regionales“, en García Huerta, M^a R. y Morales Hervás, J. (eds.), *La península ibérica en el II milenio A.C. Poblados y fortificaciones*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 9-56.

Montero, I.

(1992), “La actividad metalúrgica en la Edad del Bronce del sudeste de la península Ibérica: tecnología e interpretación cultural“, *Trabajos de Prehistoria*, 49, pp. 189-215.

Montero, I.

(1994), *El origen de la metalurgia en el sureste peninsular*. Instituto de Estudios Almerienses, Almería.

Montero, I.

(1999), "Sureste", en Delibes, G. y Montero, I. (eds.), *Las primeras etapas metalúrgicas en la península Ibérica. II. Estudios regionales*. Instituto Universitario Ortega y Gasset, pp. 333-357.

Montero, I. y Murillo, M.

(2010), "La producción metalúrgica en las sociedades argáricas y sus implicaciones sociales: una propuesta de investigación", *Menga*, 1, pp. 37-51.

Montes, R.

(1993), *Falsificaciones arqueológicas en España*. Algazara, Málaga.

Munuera, J. M^a

(2000, original de 1916), *Apuntes para la Historia de Totana y Aledo*. Real Academia Alfonso X El Sabio, Murcia (reedición de María Martínez Martínez). Referencias manuscritas de Rogelio de Inchaurrendieta redactadas en 1899 y transcritas por Munuera en las pp. 74-79.

Muñoz Amilibia, A. M^a

(1992), "Prólogo", en García López, M^a M., *La Bastida de Totana: estudio de materiales arqueológicos inéditos*. Universidad de Murcia, Murcia. pp. 9-14.

Murillo, M.

(2013), *Producción y consumo de plata en la península ibérica*. Tesis Doctoral, Universidad de Granada, Granada.

Navarro, F. J.

(1995-1996), "Manuel González Simancas, autor del Catálogo Monumental de España. Provincia de Murcia (1905-1907)", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 11-12, pp. 295-302.

Navarro, F. J.

(1996), "El ingeniero metido a arqueólogo", *El Semanario - La Opinión*, domingo 16 de junio, p. 6.

Nicolás, M^a E.

(1982), *Instituciones murcianas en el franquismo (1939-1962). Contribución al conocimiento de la ideología dominante*. Editora Regional de Murcia, Murcia.

Paris, P.

(1904), *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive (tome second)*. Ernest Leroux, París.

Pellicer, M.

(1986), "Perfil biográfico de Luis Siret", en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 13-18.

Pericot, L.

(1950), *La España primitiva*. Barna, Barcelona.

Posac, C.

(1946), "Algunos aspectos del Bronce Mediterráneo", *Crónica del II Congreso Arqueológico del Sudeste Español*, pp. 147-149.

Puche, O.

(2002), "Ingenieros de minas arqueólogos", en Quero, S. y Pérez Navarro, A. (coords.), *Historiografía de la Arqueología Española. Las Instituciones*. Museo de San Isidro, Madrid, pp. 13-45.

Quero, S.

(2006), "Bernardo Sáez Martín y las instituciones arqueológicas españolas (1939-1972)", *El legado Sáez Martín a los museos municipales de Madrid*. Museo de San Isidro/Ayuntamiento de Madrid, Madrid, pp. 23-39.

Quero, S.

(2009), "Martínez Santa-Olalla, Julio", *Diccionario Histórico de la Arqueología Española*. Marcial Pons, Madrid, pp. 423-424.

Reimond, G.

(2009), "L'archéologie espagnole entre amateurisme et professionnalisme. Quelques notes sur le projet phalangiste de Julio Martínez Santa-Olalla", *Kentron*, 25, pp. 91-123.

Ripoll, E.

(1985), "Nota biográfica sobre Don Luis Siret (1860-1934)", en *Exposición homenaje a Luis Siret 1860-1934*. Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 6-21.

Risch, R.

(1995), *Recursos naturales y sistemas de producción en el Sudeste de la Península Ibérica entre 3000 y 1000 ANE*. Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona (www.tesisenxarxa.net/TDX-0507108-164458/).

Risch, R. y Ruiz Parra, M.

(1994), "Distribución y control territorial en el sudeste de la península Ibérica durante el tercer y segundo milenios A.N.E.", *Verdolay*, 6, pp. 77-87.

Roldán, L.

(2012), "Julio Martínez Santa-Olalla. Algunos apuntes biográficos", en Roldán, L. y Blánquez, J. (eds.), *Julio Martínez Santa-Olalla y el descubrimiento arqueológico de Carteia*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, pp. 83-93.

Ros, M^a M.

(1989), *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el valle del Guadalentín*. Colegio Oficial de Arquitectos de Murcia-Universidad de Murcia, Murcia.

Ros, M^a M.

(2003), "Panorama actual y perspectivas de investigación en torno a las comunidades del Bronce Tardío en el Valle del Guadalentín (Murcia) y su entorno próximo", en Ramallo, S. F. (coord.), *Estudios de Arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia*. Universidad de Murcia, Murcia, pp. 219-247.

Ros, M^a M. y García López, M.

(1987), "Cerámicas del Bronce Tardío y Final de la Bastida (Totana, Murcia)", *Crónica del XVIII Congreso Arqueológico Nacional*, pp. 373-390.

Ruiz Argilés, V.

(1948), "Las excavaciones de 1948 en la ciudad algariense de La Bastida de Totana (Murcia)", *Cuadernos de Historia Primitiva*, III, nº 1, pp. 128-133 (RA).

Ruiz Argilés, V. y Posac, C.

(1956), "El Cabezo de La Bastida. Totana (Murcia)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III/IV, pp. 60-89 (RP).

Sáenz Ridruejo, F.

(2007), "Ingeniería e Historia", *Ingeniería y Territorio*, 78, pp. 38-47.

Sáez Martín, B.

(1947), "Las excavaciones en el siglo XIX", en Martínez Santa-Olalla, J., Sáez Martín, B., Posac, C., Sopranis, J. A. y del Val, E., *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II, de La Bastida de Totana*. Ministerio de Educación Nacional, Informes y Memorias nº 16, Madrid, pp. 29-41.

Salas, E.

(2006), "El legado de Don Bernardo Sáez Martín a los museos municipales de Madrid", *El legado Sáez Martín a los museos municipales de Madrid*. Museo de San Isidro/Ayuntamiento de Madrid, Madrid, pp. 15-21.

Sánchez Gómez, L. Á.

(2001), "Etnología y prehistoria en la Universidad Complutense de Madrid. Crónica de una desigual vinculación (1922-2000)", *Complutum*, 12, pp. 249-272.

Sánchez Pravía, J. A.

(2003), "Tinajería y tinajeros en Totana, Murcia (siglos XVI-XX)", *Memorias de Arqueología*, 11, pp. 541-572.

Sánchez Pravía, J. A.

(2005), *El barro encantado. Tradición alfarera en Totana (siglos XVI-XX)*. Ayuntamiento de Totana, Totana.

Sandars, H.

(1913), "False Iberian Weapons and other forged antiquities from Spain" *Proceedings of the Society of Antiquaries*, XXV, pp. 68-77.

Segura, J. M^a

(2002/2003), "Algunes falsificacions de la col·lecció Visedo Moltó d'Alcoi", *Recerques del Museu d'Alcoi*, 11/12, pp. 195-200.

Schubart, H.

(1973), "Las alabardas tipo Montejicar", *Estudios dedicados al Dr. Luis Pericot*. Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Barcelona (Publicaciones Eventuales 23), Barcelona, pp. 247-269.

Schubart, H.

(1975), „Cronología relativa de la cerámica sepulcral en la cultura de El Argar“, *Trabajos de Prehistoria*, 32, pp. 79-92.

Schubart, H.

(1976), „Relaciones mediterráneas de la Cultura de El Argar“, *Zephyrus* XXVI-XXVII, pp. 331-342.

Schubart, H. y Ulreich H.

(1991), *Die Funde der Südostspanischen Bronzezeit aus der Sammlung Siret*. Philipp von Zabern, Maguncia.

Siret, H.

(1999 [1889-1890]), “Las costumbres funerarias de los pueblos prehistóricos del mediodía de España”, en Siret, H. y Siret, L., *Del Neolítico al Bronce*. Arráez editores, Mojácar, pp. 119-131.

Siret, H. y Siret, L.

(1890), *Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España*. Barcelona.

Stos-Gale, S.

(2001), “The development of Spanish metallurgy and copper circulation in prehistoric Southern Spain”, en Gómez Tubío, B. M^a, Respaldiza, M. Á. y Pardo, M^a L. (eds.), *III Congreso Nacional de Arqueometría*. Universidad de Sevilla-Fundación El Monte, Sevilla, pp. 445-456.

Stos-Gale, S, Gale, N., Houghton, J., Speakman, R.

(1995), “Lead isotope analyses of ores from the Western Mediterranean”, *Archaeometry*, 37(2), pp. 407-415.

Stos-Gale, S., Hunt, M. y Gale, N.

(1994), “Análisis elemental y de isótopos de plomo de objetos metálicos de Gatas”, en Castro *et alii*, *Proyecto Gatas. Sociedad y economía en el sudeste de España c. 2500-900 cal ANE*. Memoria entregada en la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 470-496.

Stos-Gale, S., Hunt, M. y Gale, N.

(1999), “Análisis elemental y de isótopos de plomo de objetos metálicos de Gatas”, en Castro, P. V., Chapman, R. W., Gili, S., Lull, V., Micó, R., Rihuete, C., Risch, R. y Sanahuja, M^a E., *Proyecto Gatas 2. La dinámica arqueoecológica de la ocupa-*

ción prehistórica. Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 347-360.

Taracena del Piñal, T.

(1953), “Organización de la colección Siret en el Museo Arqueológico Nacional”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LIX, pp. 327-344.

Tarradell, M.

(1950), “La península Ibérica en la época de El Argar”, *Crónica del V Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Almería, 1949)*. Publicaciones de la Junta Municipal de Arqueología y del Museo de Cartagena, Cartagena pp. 72-84.

Ulreich, H.

(1986), “Las tumbas de El Argar y El Oficio según la documentación Siret”, en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 427-440.

Val, E. del y Posac, C.

(1948), “Una nueva ciudad del Bronce Mediterráneo”, *Anales de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias*, XI, pp. 575-578.

Val, E. del, Sopranis, J. A. y Posac, C

(1947a), “La ciudad y su arquitectura”, en Martínez Santa-Olalla, J., Sáez Martín, B., Posac, C., Sopranis, J. A. y del Val, E., *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II, de La Bastida de Totana*. Ministerio de Educación Nacional, Informes y Memorias nº 16, Madrid, pp. 47-58.

Val, E. del, Sopranis, J. A. y Posac, C

(1947b), “Las industrias”, en Martínez Santa-Olalla, J., Sáez Martín, B., Posac, C., Sopranis, J. A. y del Val, E., *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II, de La Bastida de Totana*. Ministerio de Educación Nacional, Informes y Memorias nº 16, Madrid, pp. 59-74.

Val, E. del, Sopranis, J. A. y Posac, C

(1947c), “Las sepulturas”, en Martínez Santa-Olalla, J., Sáez Martín, B., Posac, C., Sopranis, J. A. y del Val, E., *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II, de La Bastida de Totana*. Ministerio de Educación Nacional, Informes y Memorias nº 16, Madrid, pp. 91-120.

Vera, C.

(2009), "Julio Martínez Santa-Olalla y el nacionalsocialismo: un oscuro y controvertido aspecto del primer excavador científico de Carteia", *Almoraima*, 39, pp. 489-504.

Villar, J.

(visitado en 2011) URL: <http://www.rogelioinchaurreandieta.es>

Villar, J. y Romero, G.

(2007), "Excelentísimo Señor Don Rogelio de Inchaurreandieta Páez", *Cuadernos de La Santa*, 9, pp. 225-236.

Walker, M. J.

(1973), *Aspects of the Neolithic and Copper Ages in the basins of the rivers Segura and Vinalopó, South-east Spain*. Tesis doctoral, Universidad de Oxford.

Walker, M. J.

(1985), *Characterising local southeastern Spanish populations of 3000-1500 B.C.* British Archaeological Reports, International series, 263, Oxford.

Walker, M. J.

(1986), "Avance al estudio de la craneología de El Argar y otros yacimientos en el sureste español", *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 453-466.

Walker, M. J.

(1988a), *Ensayo de caracterización de poblaciones del sureste español 3000 a 1500 a. J.C.* Universidad de Murcia, Murcia.

Walker, M. J.

(1988b), "Nota acerca de la problemática de las craniosinostosis y su frecuencia en cráneos prehistóricos del sureste", en Valera, M., Efea, M^a A. y Blázquez, M^a D. (eds.), *Actas del VIII Congreso Nacional de Historia de la Medicina*, vol. III, Murcia, pp. 1711-1714.

Walker, M. J.

(1995), "El Sureste, Micenas y Wessex: la cuestión de adornos óseos de vara y puño", *Verdolay*, 7, pp. 117-123.

10.

APÉNDICE

SISTEMA DE CODIFICACIÓN DE LAS TUMBAS ARGÁRICAS

BASTIDA II

S.

1

4

C

9

10

20

30

40

50



10.

APÉNDICE

SISTEMA DE CODIFICACIÓN DE LAS TUMBAS ARGÁRICAS

Proponemos un sistema de codificación, a modo de matrícula, que contiene los principales atributos de una sepultura (contenedor funerario, individuo/s inhumado/s y ajuar funerario) en un formato normalizado.

EJEMPLO

BAS 4 URF4 ^{¿H?1A} **F8 PÑ**^{4R} **16COLL**^{16(O)}

LECTURA

BAS	Sigla del yacimiento. En el ejemplo: La Bastida (BA), serie excavada por Siret (S).
4	Nº de tumba. En el ejemplo, la sepultura número 4 de la serie excavada por Siret.
URF4	Tipo de contenedor funerario. En el ejemplo, urna de la forma 4
^{¿H?1A}	Número de inhumaciones; en superíndice a la izquierda, sexo; en superíndice, a la derecha, edad. En el ejemplo: inhumación individual de un posible varón fallecido en edad adulta.
F8	Ajuar cerámico. En el ejemplo: una vasija de la forma 8.
PÑ ^{4R}	Ajuar formado por instrumentos metálicos. En el ejemplo: un puñal de cuatro remaches.
16COLL ^{16(O)}	Ajuar formado por collares. El número total de cuentas precede a la sigla COLL. En superíndice, el número de cuentas precede al tipo o materia prima específica, que se escribe entre paréntesis. En el ejemplo, collar de dieciséis cuentas, todas ellas de hueso.

¿CÓMO SE ELABORA LA MATRÍCULA DE UNA TUMBA?

Se distingue un mínimo de cinco campos, separados por un espacio, correspondientes al nombre del yacimiento, el número de la tumba, el tipo de sepultura, el/los cuerpo/s inhumados y el ajuar (con cuatro subcampos diferenciados).

(1) Yacimiento

Abreviatura

(2) N° de tumba

(3) Tipo de sepultura

CI: cista

CO: covacha

UR: urna

UR^º: dos urnas con las bocas afrontadas

FO: fosa

En otros casos, enunciar con nombre completo (por ejemplo, “cámara”)

- **Subtipo de sepultura**

- **Para CI (cista)**

CIL (lajas)

CIMP (mampostería)

CIMx (mixta)

- **Para UR (urna)**

URF1

URF2

URF3

URF4

URF5

- **Para FO (fosa)**

FOS (simple)

FOC (compuesta – p.e. con forro de piedras)

(4) Individuo/s

En texto normal el nº de individuos: 1, 2, etc. El superíndice a la izquierda se reserva para sexo: H (varón), M (mujer), ? (infantil, alofiso e indeterminable).

El superíndice a la derecha se reserva para edad: INF (infantil), SB (juvenil), A (adulto).

EJEMPLO PARA UN INDIVIDUO

M^{1A} = una mujer adulta

EJEMPLO PARA DOS INDIVIDUOS

H, ?^{2A, INF} = dos individuos: un varón adulto y un infantil

(5) Ajuar

Para todas las categorías de ajuar se empleará el código EXT en el subíndice izquierdo a fin de indicar que el ítem en cuestión es ajuar externo.

→ **Ajuar 1:** cerámica; se consignan las formas precedidas de un número si hay más de un ítem; por ejemplo: 3F5 = 3 formas 5

F1

F2

F3

F4

F5

F6

F7

F8

→ **Ajuar 2:** metales excepto adornos (aunque se incluye la diadema por su peso en la determinación de categorías sociales) y afiladores (“brazales”). Todos ellos precedidos de un número cuando haya más de uno:

ESP: espada

DIA: diadema

ALB: alabarda

HAC: hacha

CU: cuchillo

PÑ: puñal

Gi: puñal del grupo intermedio

PÑ/CU: puñal o cuchillo

PZ: punzón

BZL: afilador (“brazal de arquero”)

Los superíndices a la derecha indican el número de agujeros para remaches (independientemente de la parte conservada) y materia de los mismos; si hay más de un ítem, se separan sus características mediante una barra:

- espadas: 4 (roblones), 5+2 (5 roblones y 2 remaches); asterisco (*) equivale a plata; ejemplo: ESP 4* = espada de 4 roblones y que alguno o todos es/son de plata
- alabardas y cuchillos/puñales = como en el caso anterior, excepto que no hay roblones; ejemplo: 2CU ^{3R/2R*} = 2 cuchillos, uno de ellos de 3 remaches de cobre y el otro con 2 remaches, uno o ambos de plata.
- diademas; superíndice a la derecha si es plata (*) u oro (°); ejemplo: DIA° = diadema de oro.

→ **Ajuar 3:** adornos que no son collares precedidos de un número cuando haya más de uno

BZT: brazalete

AN: anillo

PD: pendiente

AN/PD: anillo o pendiente

DIL: dilatador

BOT: botón

COL: colgante aislado

El superíndice a la derecha indica si el ejemplar es cerrado/abierto, el número de vueltas y si es de plata/oro: CR (cerrado), AB (abierto), 1 (una vuelta –solo para los ejemplares abiertos–), 1+ (1 vuelta y media), 2 (dos vueltas), etc; por ejemplo: 3BZT^{CR/AB2*/AB1+} = 3 brazaletes, el primero cerrado, el segundo de dos vueltas y de plata y el tercero de una vuelta y media y de Cu/Br.

Si los botones son de marfil se indicará en el superíndice a la derecha con el código MF.

→ **Ajuar 4:** collares; acrónimo COLL precedido del número de cuentas; por ejemplo: 138COLL = collar de 138 cuentas

En superíndice a la derecha se consigna la materia, entre paréntesis, precedida del número de cuentas y ordenadas de mayor a menor según el número de las mismas; por ejemplo, collar de siete cuentas, 3 de piedra, 2 de hueso, 1 de cobre y 1 una de plata = 7COLL ^{3(L) 2(O) 2 (M/1*)}

- Códigos de las cuentas:

Piedra	L
Serpentina	SER
Calcita	CZ
Cristal de roca	CR
Yeso	Y
Hueso	O
Hueso segmentado	OS
Diente	D
Marfil	MF
Vértebra pescado	V
Concha	CH
Dentalium	DENT
Conus	CON
Cyprea	CYP
Glycimeris	GLY
Metal	M
Cuenta tubular de metal	CM
Espiraliforme cobre	EPL
Anilla	ANL
Separador	SR
Vidrio	VD
Fayenza	FZ
Terracota	TC
Otros	OT

→ **Ajuar 5:** ítem no normalizado; se escribe su nombre completo precedido de un número si hay más de uno: pesa de telar, punzón de hueso, yunque, molino, fauna, etc.

INDICACIÓN DE EXPOLIO

Si la tumba fue saqueada o apareció muy alterada por ocupaciones prehistóricas posteriores, la matrícula irá precedida de la letra zeta en minúscula ("z"); por ejemplo: **zBA 9 UR 71^A**

LISTADO GENERAL DE CÓDIGOS POR ORDEN ALFABÉTICO

AB	abierto
ALB	alabarda
AN	anillo
AN/PD	anillo/pendiente
ANL	anilla
BOT	botón
BZL	afilador (brazal)
BZT	brazaletes metálico
CH	concha
CIL	cista de lajas
CIMP	cista de mampostería
CIMx	cista mixta
CM	cuenta tubular de metal
CO	covacha
COL	colgante aislado
COLL	collar
CON	Conus (concha)
CR	cerrado / cristal de roca
CU	cuchillo
CYP	Cyprea (concha)
CZ	calcita
D	diente
DENT	Dentalium (concha)
DIA	diadema
DIL	dilatador
EPL	espiraliforme
ESP	espada
EXT	exterior
F1	cerámica de la forma 1
F2	cerámica de la forma 2
F3	cerámica de la forma 3
F4	cerámica de la forma 4
F5	cerámica de la forma 5

F6	cerámica de la forma 6
F7	cerámica de la forma 7
F8	cerámica de la forma 8
FOS	fosa simple
FOC	fosa compuesta
FZ	fayenza
Gi	Puñal del grupo intermedio
GLY	Glycimeris (concha)
H	varón
HAC	hacha metálica
L	piedra sin especificar
INF	infantil
M	mujer
MF	marfil
O	hueso
OS	cuenta segmentada de hueso
OT	otros (categoría no específica)
PD	pendiente
PÑ	puñal
PÑ/CU	puñal o cuchillo
PZ	punzón metálico
SB	juvenil
SER	serpentina
TC	terracota
UR	urna
V	vértebra de pescado
VD	vidrio
Y	yeso
*	plata
°	oro
+	media vuelta (espirales)
?	indeterminable

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Guarda delantera	Martínez Santa-Olalla et alii 1947: Lám. I.
Portada interior	Fondo John D. Evans LB21A.
1	ASOME.
2	Cartomur (www.cartomur.imida.es/visorcartoteca).
Portada Capítulo 1	Bayonas 2010: 27.
3	Bayonas 2010: 27.
4	Actas del Congreso de Copenhague.
5-6	ASOME.
Portada Capítulo 2	Archivo MAN 1944_45_FD01200_001r-ID001.
7	Fotografía cedida por Julián P. Flores, descendiente del capataz de los Siret, a quien agradecemos su gentileza (imagen también reproducida por Grima 2011: fig. 21).
8	Fotografía reproducida por Schubart y Ulreich (1991).
9	Archivo Siret (MAN) 1944_45_FD00364_003r-001.
10	Archivo MAN 1944_45_FD01200_001r-ID001.
11-12	ASOME.
13-18	ASOME – Jose Antonio Soldevilla.
Portada Capítulo 3	Archivo Siret (MAN): 1944_45_FF00162-ID001.
19	Cuadrado Ruiz (1945: figura I).
20	Pierre Paris (1904).
21	Sandars (1913: fig. 2).
22	Cuadrado Ruiz (1931: lámina IV).
23	Archivo Siret (MAN): 1944_45_FF00162-ID001.
24	Archivo Siret (MAN): 1944_45_FF00161r-ID001.
25	Cortesía de Emiliano Hernández (Museo Arqueológico de Jumilla) (imagen publicada en Hernández Carrión 2011: 307).
26	http://www.regmurcia.com (consulta efectuada en diciembre de 2013).
Portada Capítulo 4	Catálogo Monumental de España.
27	Catálogo Monumental de España.
Portada Capítulo 5	Cuadrado Ruiz (1935: fig. 7).
28	Imagen gentileza de la familia Cuadrado.
29	Cuadrado Ruiz (1935: fig. 7).
30	Cuadrado Ruiz (1949: 111).
31	Cuadrado Ruiz (1935: fig. 8).

32	http://hdl.handle.net/10687/51944 (consulta efectuada en diciembre de 2014).
33	Cuadrado Ruiz (1931: lám. III, 1).
34	Cuadrado Ruiz (1949: 105, fotografía de Luis Ruiz).
35	http://hdl.handle.net/10687/51942 (consulta efectuada en diciembre de 2014).
36	Cuadrado Ruiz (1935: fig. 9).
37	http://hdl.handle.net/10687/51943 (consulta efectuada en diciembre de 2014).
Portada Capítulo 6	Fondo John D. Evans LB58A y MAN 1973/58/FF-95(9).
38	Díaz-Andreu y Ramírez Sánchez (2004: 111).
39	Martínez Santa-Olalla et alii 1947.
40	http://documentosdelcarteropetras.blogspot.com/2011/03/julio-martinez-santa-olalla-las-raices.html (consulta efectuada en diciembre de 2014).
41	Graciá (2008: 11).
42	Archivo General de la Región de Murcia, fondo de la Diputación, registro nº dip 7390 - carpeta antecedentes 022.
43	Archivo General de la Región de Murcia, fondo de la Diputación, registro FOT_POS-038_300.
44	Archivo General de la Región de Murcia, fondo de la Diputación, registro nº dip 7390 - carpeta antecedentes 025.
45	Cortesía de Juan Cánovas Mulero (Totana).
46	ASOME.
47	Archivo General de la Región de Murcia, fondo de la Diputación, registro nº dip 7390 - carpeta antecedentes 007.
48	Archivo General de la Región de Murcia, fondo de la Diputación, registro nº dip 7390 - carpeta antecedentes 012.
49	Archivo General de la Región de Murcia, fondo de la Diputación, registro nº dip 7390 - carpeta antecedentes 009.
50	Archivo General de la Región de Murcia, fondo de la Diputación, registro nº dip 7390 - carpeta antecedentes 010.
51	Archivo General de la Región de Murcia, fondo de la Diputación, registro nº dip 7390 - carpeta antecedentes 008.

52	Archivo General de la Región de Murcia, Fondo de la Diputación, registro FOT_POS-038_303.
53	Fotografía tomada por Eduardo del Val, procedente del fondo de John D. Evans LB14A.
54	Fondo John D. Evans LB21A.
55	Cortesía de Carlos Posac.
56	del Val, Sopranis y Posac (1947: fig. 16).
57	Fondo John D. Evans LB02A.
58	Martínez Santa-Olalla (1947: lámina IX, detalle).
59	Archivo General de la Región de Murcia, Fondo de la Diputación, registro FOT_POS-038_309.
60	del Val, Sopranis y Posac (1947: fig. 16).
61	Fondo John D. Evans LB78A.
62	Fondo John D. Evans LB58A y MAN 1973/58/FF-95(9).
63	Archivo General de la Región de Murcia, Fondo de la Diputación, registro FOT_POS-038_307.
64	Ruiz Argilés y Posac (1956: fig. 19).
65	Documento digital del fondo Martínez Santa-Olalla (MAN): 1973_58_FF-484(18)-001.
66	Jordá Pardo (2004: foto 1).
67	Imagen del archivo Evans depositada en el UCL (cortesía de Todd Whitelaw).
68	ASOME.
69	Fondo John D. Evans LB90A.
70	Mezquíriz (1954: lámina 2).
71	Archivo ABC.
72	Arrese (1978: lámina V).
73	ASOME.
74	ASOME.
Portada Capítulo 7	ASOME.
75	Cortesía M. J. Walker.
76	Cortesía M. J. Walker.
77	http://www.regmurcia.com (consulta efectuada en diciembre de 2013).
78	ASOME.
79	ASOME.
80	ASOME.

81	Agradecemos a Francisco García Molina esta información, así como la fotografía que aquí se reproduce.
82	Infraestructura de Datos Espaciales de la Región de Murcia, http://www.iderm.es (consulta efectuada en diciembre de 2014).
83	Instituto Geográfico Nacional (documento expedido el 18 de diciembre de 2008).
84	ASOME.
85	del Val, Sopranis y Posac (1947: 116, 120, fig. 14, nº 1 y 2).
86	Walker (1973: lám. CLXXV).
87	Walker (1973: lám. CLXXVI).
88	Walker (1973: lám. CLXXXI).
89-90	ASOME.
91	Walker (1973: fig. 92).
92	Walker (1973: fig. 93).
93	Walker (1973: fig. 94).
94	Walker (1973: fig. 95).
95	Lull (1983: 313, fig. 16).
Portada Capítulo 8	ASOME – Jose Antonio Soldevilla.
Portada Capítulo 9	Diario de Jordá (1950, la versión pasada a limpio)
Portada Capítulo 10	Fondo John D. Evans LB65A.
Guarda trasera	ASOME.

